

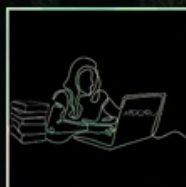
Disney

*¿Y si la Bella Durmiente
no se hubiera despertado?*

Una vez en un sueño

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL





UNA VEZ EN UN SUEÑO

UN GIRO INESPERADO



TRADUCCIONES MIDCYRU

Este libro ha sido traducido por y para fans por el “EQUIPO MIDCYRU” con el único fin de entretener y hacer llegar a más personas estos fantásticos cuentos, la labor ha sido realizada sin fines de lucro, con la única misión:

“QUE LA LECTURA NO ENCUENTRE OBSTACULOS”

Recuerden siempre apoyar al autor comprando su obra.

EQUIPO DE TRADUCCIÓN

Ale Bustamante/@Ααφνη

Belén

Claire Vásquez

Dafne

Eva

Gravity63

Natalia/Hilla

Marie Y.

Josué/Kylar

Ana/ La Huerfanita

DISEÑO, EDICIÓN, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN

Gravity63

Muchas gracias, sin ustedes, nada de esto habría sido posible

Y agradecemos también a nuestros lectores... Esto es por y para ustedes





Índice

Capítulo 1: Piense en el Dragón	8
Capítulo 2: Y vivieron Felices para siempre, redactado	11
Capítulo 3: Status Quo	16
Capítulo 4: Dulce Dama Bonita	24
Capítulo 5: En las Cartas	30
Capítulo 6: El Baile	36
Capítulo 7: Estamos Todos Locos Aquí	43
Capítulo 8: El Pájaro Azul de la Felicidad	51
Capítulo 9: Bailando Mientras el Mundo Arde	63
Capítulo 10: Interludio	78
Capítulo 11: El Inevitable y Primitivo Bosque	82
Capítulo 12: Entra el Príncipe	91
Capítulo 13: Érase una vez como Realmente Fue (según lo dicho por el príncipe	99
Capítulo 14: El Desenlace	102
Capítulo 15: Mientras Tanto, de Regreso al Castillo...	113
Capítulo 16: Sintiéndose Rabioso	114
Capítulo 17: Eres tan Vanidosa	131
Capítulo 18: Canta para mí, Musa	142
Capítulo 19: Dormir, tal vez Soñar	164
Capítulo 20: Despertar. Mas o Menos.	169
Capítulo 21: Interludio	177



Capítulo 22: No Tenían la Más Nebulosa	178
Capítulo 23: El Doble de Diversión	189
Capítulo 24: Interludio	204
Capítulo 25: Vacío	206
Capítulo 26: Interludio	227
Capítulo 27: ¡Oh, Necios, Debo estar Enloqueciendo!	230
Capítulo 28: Terrores de la Niñez	241
Capítulo 29: El Larguísimo Viaje de Vuelta al Castillo	254
Capítulo 30: Interludio	257
Capítulo 31: Su Regreso	258
Capítulo 32: Otro Desenlace	274
Capítulo 33: Piense en el Dragón. Otra Vez	285
Capítulo 34: El Fin	296
Capítulo 35: ¿El Fin?	297
Capítulo 36: Felices Para Siempre	300
Epílogo: Todas las Cosas Buenas	309



*Para mi hija, Ivy. Despierta, agarra tu espada,
derrota a los dragones gemelos
de la duda y la incertidumbre, conquista el mundo.
Siempre te querré.
Además, deja de beber mi café.*

—L.B.



Érase una vez yo estaba en un bosque oscuro sin fin. No, en realidad interminable, te lo digo. ¡En otro mundo! Vagué durante años solo por el bosque. Mi esposa murió hace años. No sé dónde estaba mi hijo mayor. Creo que mis hijas y mis hijos estaban a salvo en casa.

Érase una vez, estábamos todos juntos, en un castillo, ya sabes, pero las cosas cambian. Las esposas mueren y los hijos mayores crecen y persiguen princesas y muchachas campesinas, alejándose de ti para siempre....

—King Hubert



Capítulo 1: Piense en el Dragón

UN DRAGÓN ESTABA MUERTO

Un dragón escupe fuego, gigante, negro y púrpura, proveniente de las mismas profundidades del infierno, estaba muerto en algún lugar fuera del castillo. Las espinas caían de las almenas como lluvia, produciendo sonidos de madera curiosamente agradables en los terrenos del patio. Muchas cosas extrañas y espantosas estaban sucediendo en una antigua fortaleza, que ya había sufrido un tratamiento bastante inusual durante los últimos dieciséis años.

El apuesto príncipe había matado al dragón con la ayuda de las tres pequeñas hadas extrañas que él ahora seguía. Sin ellas, no habría hecho nada bien.

Sin ellas, nunca hubiera podido lanzar la mágica espada al único lugar que mataría a la bestia fácilmente. Sin ellas, no habría conseguido la espada encantada en primer lugar. Sin ellas, todavía se estaría pudriendo en el calabozo del hada malvada, esperando con impaciencia que pasaran cien años para poder romper el hechizo de su verdadero amor, (como un anciano vacilante).

Aun así, el dragón seguía fastidiándolo en el fondo de su mente, como un mosquito. Un dragón asesinado debería ser *algo*. Debería haber una pausa, un asombroso momento de silencio, en el que él, las hadas y cualquier otra persona que estuviese observando tomaría un respiro y reconocería la increíble hazaña que acaba de realizarse. No se hacía ilusiones de que todo se debiese a él; aun así, él era un príncipe, el otro un dragón, y el dragón estaba muerto, ¿no debería haber un intermedio? *¿Alguna cosa?*

Y también. Había algunos detalles sin resolver sobre el dragón y su muerte. El fuego, por ejemplo, parecía que el dragón había incendiado la mayor parte del bosque. ¿Seguiría siendo el fuego tan violento? ¿Encendería las espinas leñosas que rodeaban el castillo y el pueblo? ¿Todo el lugar era solo una hoguera gigante esperando a explotar?



¿Quedaba, de hecho, algo del cuerpo del dragón o se había convertido de nuevo en Maléfica?

¿Había estado luchando contra un dragón que había estado temporalmente en forma de hada, o el hada se había transformado en la bestia?

¿Venía realmente del infierno? ¿O era más una exageración por parte del hada?

Y, sin embargo, siguió subiendo los escalones dentro del silencioso y adormecido castillo. La chica que estaba destinada a dormir cien años solo había estado inconsciente durante unas horas, junto con el resto de su reino. En el interior, el aire ya tenía ese olor fresco y mohoso que suele asociarse con los dormitorios de quienes no suelen moverse mucho: las abuelas muy grandes, por ejemplo.

Las alas de las hadas levantaban diminutos tornados de polvo mientras avanzaban.

El dragón se desvaneció en su mente mientras luchaba contra la extraña presencia del sueño mágico, el hechizo de las hadas buenas afectaba incluso a aquellos a quienes no estaba destinado. Los oscuros y tenues pasillos solo aumentaban su sensación de nadar por el castillo, mientras pateaba con sus piernas hacia el sol.

Porque eso es lo que había conseguido al derrotar al dragón: la chica, su luz del sol.

La vio por primera vez dentro de un rayo de sol. Estaba bailando y cantando en un claro del bosque, su cabello dorado brillaba mientras se arremolinaba a su alrededor. Su voz era la esencia misma de un día feliz y soleado, destilada en una canción. Ella era tan ingrávida, levantada en los dedos de sus pies como motas de oro en una viga somnolienta, flotando en su camino hasta el techo.

Muy pronto besaría a la chica, rompería el hechizo, despertaría a la chica, despertaría a *todos*, y se casarían, y habría un felices para siempre, para todos.

O algo así. Las hadas no fueron exactamente explícitas cuando salieron de la nada, lo liberaron, lo ayudaron a matar al dragón y lo llevaron a ese conjunto de escaleras que en ese momento estaban subiendo.



De alguna manera, su chica del claro estaba mezclada con hadas, brujas, dragones y castillos, era precisamente este castillo familiar donde lo habían llevado de niño para ver al bebé babeante con el que algún día se casaría. Resultó que la chica del bosque *era la princesa*, no es que eso le importara al príncipe; había estado dispuesto a cambiar las convenciones y casarse con aquella campesina por amor.

Sin embargo, esto era *mucho más* conveniente para todos.

Cuando entró en el dormitorio de ella, esos pensamientos fueron descartados en la misma pila mental de cenizas donde yacía el dragón.

Porque allí estaba su bella durmiente, no la chica campesina. Quien ahora vestía el atuendo apropiado de una princesa, dejándole ver que él debió haber sabido siempre lo que ella realmente era. Un vestido azul tan puro como el cielo, alas blancas de tela sobre sus hombros como los de un ángel. Los labios cerrados, pero no apretados, sin sueños, sin la tensión de ninguna emoción.

Phillip hizo una pausa, abrumado por su belleza.

¿Una de las hadas hizo ruido? ¿Sentía alguna fuerza externa que lo empujaba a apresurarse? El dragón estaba muerto, había un millón de explicaciones esperando, había una chica dormida frente a él que se moría por despertar.

Se arrodilló, presionando sus propios labios muy suavemente contra los de ella.

Inmediatamente, sus rodillas se doblaron.

Cayó, su cabeza golpeando los suaves edredones y los cojines de satén de la cama de ella.

Su último pensamiento, antes de que el sueño y los sueños de otra persona lo vencieran fue:

Ese maldito dragón.

¿Alguien se aseguró de que estuviera realmente muerto?



Capítulo 2: *Uyvivieron Felices para siempre, redactado*

ÉRASE UNA VEZ, un rey y una reina que gobernaban su reino como lo habían hecho sus antepasados, pero con menos sabiduría. Cazaron a los unicornios en lo profundo del bosque hasta que no quedó ninguno. Desterraron a todos los sabios ancianos y ancianas, brujas y ermitaños, sacerdotisas y chamanes, quienes les aconsejaban seguir un camino más prudente. Organizaron fiestas para los reyes y reinas de los dominios vecinos que llevaron al castillo a la quiebra, lo que los llevó a imponer impuestos aún más altos a los pobres. Luego, comenzaron a mirar las tierras de esos vecinos con ojos codiciosos, deseando tener más para ellos. Pero como era, en su mayor parte, un país pacífico, no tenían recursos militares

Después de algunos años, la reina dio a luz a una niña, lo que fue una decepción, ya que ellos querían un príncipe que pudiera heredar el reino y convertirse, un día, en rey. Al menos ella era hermosa y de carácter dulce, con un halo de cabello dorado que la hacía lucir como un querubín. Todos los que vieron a la princesa de bebé se enamoraron de ella.

Para la ceremonia de nombramiento de la bebé Aurora, el rey y la reina invitaron a todos los que conocían, también a las tres hadas malvadas que vivían en las partes más oscuras del reino. Todos los invitados comían ricos manjares, que se mantenían calientes bajo cúpulas doradas, y comían con tenedores y cuchillos dorados. A cada banquetero se le permitió conservar su vajilla dorada, así como las copas con joyas que contenían vino antiguo e invaluable.

Y todos los invitados le dieron regalos a la pequeña y hermosa bebé: ponis blancos como la nieve, almohadas de terciopelo y seda, juguetes tallados por los enanos más inteligentes.

Y luego, fue el turno de las tres hadas malvadas.

—Aquí está ella, como fue prometido. —dijo el rey.

—Ahora es tiempo para sus regalos. —dijo la reina.

La primera de las hadas rio malvadamente —Hmm... ¿Qué tal belleza? También puede ser agradable contemplarla mientras nos esclaviza eternamente.



La segunda hada dijo. —Le daré el regalo de la canción y la danza. Quizás ella pueda entretenernos.

La tercera hada dijo —Le daré a sus padres el poder que ellos deseen y la ayuda sobrenatural que ellos necesiten para alcanzar el deseo de su corazón. Y en su decimosexto cumpleaños, reclamaremos a la princesa como nuestra.

Las tres hadas malvadas rieron y rieron con inquietantes carcajadas.

—¡No!

Escondida entre los invitados, estaba una de las últimas hadas buenas que quedaban en el reino, que había mantenido un perfil bajo desde que comenzaron los destierros.

—Mi señor y señora. —Maléfica dijo, avanzando. Era una figura impresionante, joven y atractiva. —No pueden hacer eso. No pueden vender a su hija a personas como estas.

—Pensé que habíamos acabado con la última de las tuyas. —el rey gruñó. —No te metas en los asuntos del rey, bruja. No es tu lugar.

Maléfica miró con tristeza a la indefensa y pequeña bebé, quien seguía sonriendo a pesar de lo que pasaba a su alrededor.

—Pobre niña— ella murmuró —Mis poderes no son suficientemente fuertes para evitar esta cruel transacción. No como están las cosas ahora. Pero juro, por mi propia vida, que volveré y arreglaré todo. En tu decimosexto cumpleaños, la bondad y la nobleza serán restauradas en este miserable reino.

Y se desvaneció en un puff de humo verde.

A medida que pasaban los días en el miserable reino, la pequeña princesa Aurora crecía en gracia y belleza. Cantaba y bailaba para el deleite de todos a su alrededor.

Mientras tanto, sus padres hacían un buen uso de los poderosos demonios y de la magia temible que les habían dado las hadas. Libraron guerras extrañas y terribles contra sus vecinos, que no solo diezmaron a sus enemigos, sino que castigaron a la tierra misma, volviéndola infértil y sucia. Solo cosas horribles, negras y retorcidas crecían por donde había pasado el ejército del rey y la reina.

Pronto, así fue la mayor parte del mundo conocido.



Los apacibles valles, los frondosos huertos, los ríos resplandecientes y las montañas cubiertas de nieve que, tanto la reina y el rey, habían envidiado y deseado para sí mismos, ahora no eran más que una tierra baldía arrasada por vientos calientes y mortales, ocupada solo por los más viles, criaturas antinaturales nacidas de la oscuridad y la magia. Y los monstruos, habiendo consumido todo lo demás, empezaron a volver sus horribles ojos hacia el castillo de sus amos.

Mientras tanto, la buena princesita era descuidada por sus padres y a menudo vestía harapos, excepto en la rara ocasión en que el rey y la reina la notaban y decidían vestirla como un miembro de la realeza, para que todos los que quedaban pudieran verla y admirarla.

Aurora tomó su maltrato sorprendentemente bien, haciéndose amiga del número decreciente de gatos, ratones, perros, pájaros y ardillas que vivían dentro de las paredes del castillo. Todas las personas que aún hacían del castillo su hogar la amaban completamente. Pero ellos tenían más miedo de sus padres.

A la edad de dieciséis años, Aurora, ahora una bella joven, sabía completamente bien que la celebración de su cumpleaños era menos importante que los eventos apocalípticos que estaban ocurriendo en el mundo a su alrededor.

Ella perdonó a sus padres, de antemano, por olvidarse de ese día especial, como ellos habían hecho por los últimos quince años. Aun así, ella se vistió en su más fino vestido y se preparó para encontrarse con todos, con la gracia y el humor por el que ella era conocida. *Alguien* la recordaría y le desearía felicitaciones, tal vez susurradas para que sus padres no la oyeran.

Cuando el reloj dio el mediodía en medio de su cumpleaños, aparecieron las tres hadas malvadas.

—Hemos venido por lo que se nos prometió— dijo la primera.

—¡Ya no podemos controlar la magia que nos diste! — protestó el rey.

—Quizás no deberías hacer tratos con el diablo— dijo la segunda hada.

—¡Debes salvarnos! — gritó la reina.

—No— dijo la tercera hada. —Ahora entrégala.

Confundida, Aurora pasaba la mirada desde sus padres a las hadas.



—¿Qué ... qué significa todo esto? — preguntó, esperando contra toda esperanza que le explicaran.

—Deben irse— dijo la reina con cansancio, señalando a las hadas.

—*NO*.

Como había sucedido dieciséis años antes, hubo una bocanada de humo verde. Maléfica apareció. Ella no se veía como antes; ahora se apoyaba duro en un bastón, y su hermoso rostro estaba dibujado y hueco. Llevaba túnicas negras envueltas a su alrededor como si fuera una antigua peregrina al final de un muy largo viaje.

—Me ha llevado dieciséis años completos prepararme, pero ahora haré todo lo posible para evitar más mal en este reino— dijo, su voz aún fuerte. Levantó su bastón y una luz verde brilló desde el orbe cristalino de su parte superior.

—No tienes poder...— comenzó la primera hada.

—¡*Márchense!* —Maléfica gritó. Lanzó ambas manos al aire y un fuego verde salió disparado de su cuerpo.

Las tres hadas chillaron y se disolvieron hacia atrás, la esencia de su ser devuelta al lugar malvado que las había engendrado.

—Oh, necio rey y reina —Maléfica dijo. —El mal que ustedes han hecho *no puede* ser enteramente desecho. Las tierras gritarán para siempre por el mal que les han causado. Quizás, de alguna manera, yo puedo salvar lo poco que les queda.

Ella levantó sus brazos otra vez y cantó. Una niebla verde fluyó desde la punta de sus dedos y atravesó las delicadas ventanas acristaladas del castillo. Fluía alrededor de los árboles negros y retorcidos que ahora crecían en el foso seco. Enredaderas y espinas comenzaron a brotar del suelo. Estos crecieron rápidamente y se extendieron por encima de los muros del castillo, entrecruzándose rápidamente como la urdimbre y la trama del telar de una solterona. Pronto todo el castillo se vio envuelto en una sombra verde oscuro.

Gritos profanos de frustración resonaron desde la tierra devastada más allá.

Agotada, Maléfica retrocedió, su rostro descolorido aún más pálido que antes.

—Estamos a salvo.



Al rey, que estaba a punto de darle las gracias reales o algo así, no se le permitió hablar.

Ella levantó la mano y lo silenció.

—*Tú*, sin embargo, recibirás un castigo mucho más amable del que mereces considerando las cosas que has hecho— dijo fríamente. —Por vender a tu propia hija a la Oscuridad y destruir el mundo fuera de estos muros del castillo, *deberías* morir. Pero como la nueva reina de este castillo, mostraré indulgencia y te encerraré en el calabozo para siempre, donde podrás pensar en lo que has hecho y arrepentirte.

Y los guardias del castillo, y la gente dentro de él, no hicieron nada para detenerla, y puede que, de hecho, hubieran ayudado a empujar al viejo rey y a la reina abajo por las escaleras.

— ¿Venderme? —Aurora murmuró. —No lo entiendo...

Maléfica puso su mano en la cabeza de la pobre chica.

—Lo siento tanto, niña. —dijo ella —Esta es una terrible cosa que te ha pasado a ti y al mundo que conociste. Pero al menos ahora, tú y estos que todavía están aquí, pueden vivir, y sobreviviremos y prevaleceremos.

Y así, la Reina Maléfica, Aurora y los supervivientes del castillo vivieron felices para siempre, mientras el mundo yacía muerto y mortal a su alrededor.



Capítulo 3: *Status Quo*

LA PRINCESA AURORA estaba girando de nuevo.

Ella no podía evitarlo.

Cuando los pasillos eran anchos, acogedores y vacíos... Cuando bandas brillantes de real luz solar se deslizaban a través de las enredaderas y las ventanas, doradas y lentas, formando charcos en el suelo como ella imaginaba que lo harían en los bosques de verdad... Cuando la alfombra suave la llamaba, estampada con colores oscuros y puntos brillantes como se suponía que eran los prados ... Luego cantaba y giraba, rodando por el pasillo, sintiendo los cálidos momentos de luz en su piel mientras extendía los brazos. Tratando de recuperar fragmentos de sus sueños que, de vez en cuando, involucraban el bosque.

A veces se quitaba los zapatos dorados.

Cantaba lo que le viniera a la mente y le pareciera apropiado para el momento: fragmentos de las melodías más agradables que le había enseñado el juglar, adecuadas baladas de su tutor de música, canciones de cuna medio recordadas, fragmentos de su propia invención. A veces, justo antes de que el sueño la reclamara, la música sonaba en sus oídos adormecidos, orquestas y coros enteros proclamaban con severidad, pero con alegría, algo ella que no recordaba. A veces intentaba recordar esas melodías y también cantarlas.

Este era usualmente un buen corredor para dar vueltas. Estaba en el lado sur del castillo, justo encima del gran salón, y si los vientos cálidos del exterior lograban raspar las capas de humo y hollín, a veces se formaban rayos de sol. El otro extremo del pasillo conducía a un amplio conjunto de escaleras formales de piedra, que tenían balaustradas buenas para arrastrar las puntas de sus dedos dramáticamente mientras se empujaba hacia adelante y hacia atrás a cada lado, como un ciervo que cae feliz en una cascada.

O tal vez era el pez que hacía hizo eso. Ella no podía mantenerlos en orden en su mente.

En la parte inferior, trataba de cruzar y descruzar sus pies rápidamente como había visto hacer a algunos de los trovadores y a las artistas femeninas.



Su cabello dorado caía como ondas de costosa tela, primero por un hombro y luego por el otro, mientras cambiaba de posición rápidamente. Levantó el dobladillo de su vestido para poder observar sus pies y asegurarse de que estaban haciendo lo que se suponía que debían hacer. Pero todo era tan absolutamente elegante, que cualquiera que lo viera habría pensado que era parte de la actuación.

Por supuesto, cualquiera que la viera también podría haberse preguntado porque una joven mujer —mucho menos a una princesa real— estaba brincando así.

Hizo una pirueta junto a una mesa en el salón de banquetes menor, dio un pequeño salto a través de una despensa lateral, pasó arrastrando los pies junto a un sirviente *ligeramente* sorprendido y atravesó lo que una vez había sido un invernadero, pero cuyo vidrio ahora estaba cubierto de enredaderas gruesas y protectoras como el resto del castillo.

Aurora solo detuvo su canto y baile cuando llegó a la amplia puerta acorazada que conducía a la mazmorra *especial*.

Al pie de un tramo largo y sinuoso de escaleras de piedra fría, había varias cámaras pequeñas y redondeadas que parecían guaridas de avispas. La mayoría de ellas estaban vacías; había poco o, prácticamente, ningún crimen en el castillo, ya que no había otro lugar adonde ir, nadie de quien se pudieras escapar en una población restante de menos de mil. Y nada que valiera la pena robar.

Cuando el juglar se emborrachaba demasiado y se le iba de las manos, la reina lo tiraba al cepo. Sólo una vez lo envió a las mazmorras a secarse.

No, las únicas personas allí abajo eran los arquitectos del fin del mundo conocido: los padres de la princesa Aurora, el rey Stefan y la reina Leah.

Una vez se había escabullido allí para mirar a sus progenitores.

Su tía Maléfica nunca le había prohibido que lo hiciera, su tía nunca le prohibía nada. Aurora no sabía por qué sentía que tenía que hacerlo a escondidas.

Pero había esperado hasta que Maléfica hubiera bajado y vuelto, para saber que habría antorchas aún encendidas y que el camino no estaría completamente oscuro.



Aurora se había quitado los zapatos dorados, caminando de puntillas, pegada a las paredes toscamente talladas, aplastándose a ellas como una niña que juega al escondite.

El rey y la reina habían estado aturridos y en silencio, sentados en el único banco duro de su pequeña celda, sin mirar nada en absoluto. No había emoción en ninguno de sus rostros. Eran como estatuas esperando el fin de los tiempos, o que el castillo mismo se derrumbara a su alrededor.

Con un escalofrío, Aurora había huido escaleras arriba lo más rápido que podía, encontrando a su tía Maléfica y envolviéndola en, exactamente, el tipo de abrazo que a la mujer mayor no le gustaba, pero que aguantaba, en ocasiones, por el bien de su hija adoptiva.

Aurora no tenía intención de volver a bajar al calabozo.

Ahora, ella sólo tembló y se movió rápidamente más allá de la puerta del calabozo, todo el anterior deseo de bailar se marchitó y se fue.

Sus padres habían bailado, se decía, mientras el mundo caía a su alrededor.

Su enfermedad, su maldad, su codicia y crueldad que corrían tan espesa por su sangre...también estaban en la sangre de Aurora. Naturalmente.

Sintiendo su pánico crecer, comenzó a correr hacia la sala del trono, deteniéndose justo antes de la puerta para entrar a un ritmo más majestuoso, alisando la parte delantera de su vestido.

Maléfica estaba sentada en el trono con una elegancia fácil que Aurora deseaba tener. Sus largos dedos señalaban lánguidamente, gesticulando hacía aquí y allí mientras hablaba. Era casi la hora del baile de mediados de noviembre; había pasado un mes completo desde las festividades anteriores. La sala estaba llena de sirvientes y miembros de la realeza menor, todos con solicitudes de último minuto para ajustes mágicos en sus disfraces, adiciones al menú o aprobación real de un determinado baile.

Algunos de los sirvientes no eran estrictamente humanos.

Algunos de los sirvientes eran negros y grises y de formas extrañas. Tenían picos en lugar de bocas, o hocicos de cerdo o, peor aún, no tenían bocas. Sus pies eran pezuñas hendidas o garras de pollo con espuelas o manitas enormes y extendidas.



Pero eran necesarios para mantener a raya a los monstruos más inmundos, los del Exterior. Maléfica los creó a partir de arcilla y espíritus de otro mundo, un mundo no muy agradable, suponía la princesa.

La inteligencia de ellos era despreciable. Su silencio fue insistido por la reina, quien vio el efecto que ellos habían tenido sobre los inquietos humanos que residían en la fortaleza. Aurora estaba afligida por eso; la chica de buen corazón lamentaba la injusticia de las estrictas órdenes bajo las cuales ellos estaban.

Y, sin embargo, ellos eran tan inquietantes....

Los ojos de Maléfica se encontraron con los de Aurora y su rostro cambió en una sonrisa de satisfacción.

—Ven, niña mía, acá. Eres un bienvenido descanso de estas agotadoras preparaciones.

—Tía. —Aurora dijo con alivio, acercándose al trono y parándose detrás de la reina. Como siempre, sus miedos y dudas amainaban en el momento en que ella se acercaba a la Salvadora del Reino. Ella se sentía *a salvo*. —Realmente, no deberías molestarte con todo esto. ¡Haces mucho más por el reino!

—Ah, pero esto es importante para la moral, cariño mío. —Maléfica dijo, levantando y arqueando su ceja mientras sonreía a su pupila. —. Con ninguno de nosotros siendo capaz de dejar el castillo hasta que el mundo sane...bien, necesitamos estas diversiones para mantener nuestros espíritus en alto. —ella levantó un largo dedo y metió un mechón de pelo dorado detrás de la oreja de Aurora. —Además... tus padres te descuidaron durante *dieciséis años*. ¡Dieciséis años sin un baile o un cumpleaños para una princesa real! Incluso los campesinos hacen más por sus hijos.

—Gracias, Tía Maléfica. —Aurora murmuró, inclinando su cabeza. Ella no sentía nada más que gratitud hacia la mujer que la había cuidado...pero aún no podía mirarla directamente a sus amarillos ojos. Ellos nunca parecían enfocarse en nada. Era imposible precisar exactamente que sentía la mujer, excepto cuando ella hacía un efuerzo, moviendo su boca.

—Me gusta el tema que has elegido esta vez. —Maléfica dijo, una sonrisa torciendo la comisura de sus labios. —“Cielo y Agua Azul”, muy poético.



—Tengo que usar mi imaginación. —Aurora dijo —Ya que nunca he visto el mar o un río.

En sus sueños, algunas veces tintineantes arroyos fluían junto a bancos de lodo frescos y sombreados, pero obviamente eso era un producto de su propia hambrienta imaginación, y a menudo todo estaba en tonos marrones.

—Lo has hecho bastante bien— Maléfica acarició a Aurora en la cabeza como...bueno, como una mascota¹. Un movimiento de caricia divertido que parecía significar algo más. Otro curioso hábito de su tía. —Ahora escucha, sabes que el baile va a ser muy tarde esta noche. ¿Por qué no corres y duermes una pequeña siesta para refrescarte? Sé lo mucho que te encanta bailar.

—Pero quiero ayudar...

—En otra ocasión, querida. —Maléfica dijo, tocándola gentilmente en la mejilla. —Habrá muchos más momentos como este en los próximos años.

—Sí, Tía Maléfica. Gracias, Tía Maléfica. —dijo Aurora obedientemente, luego se inclinó hacia adelante y dio un rápido beso en la mejilla ahuecada de su tía.

Los ojos de Maléfica se movieron nerviosamente.

La poderosa hada no había *pedido* ser la salvadora de la única gente que quedaba en el mundo. Ella no había pedido que el mundo fuera destruido en primer lugar.

Ella no había pedido convertirse en madre de una princesa abandonada.

Ella probablemente quería vivir sola en su antiguo castillo, practicando sus hechizos y comunicándose con poderes más allá del alcance de los hombres mortales, feliz para siempre.

Así que, si ella no estaba acostumbrada a los abrazos o besos o cualquier otra muestra de afecto que Aurora no había recibido de sus propios padres, bien, las dos podrían aprender. Aurora eventualmente la desgastaría.

La princesa caminó lentamente de vuelta a su habitación.

El pasillo era amplio, vacío y acogedor, pero esta vez no tenía ganas de dar vueltas. Se sentía inútil y desganada.

¹ Juego de palabras: petted: acariciar y pet: mascota



—*SU ALTEZA.*

Una mano le arañó el hombro por detrás.

Aurora se dio la vuelta, pero solo era el viejo juglar. Su rostro estaba pálido y su nariz larga y estrecha estaba apretada más allá de su extremo habitual. Parecía más degenerado y salvaje que nunca; su ropa estaba desgarrada en una docena de lugares diferentes, y había rasguños cerca de sus ojos, lo que hacía parecer que estaba llorando sangre.

—No se encuentra bien, Maestro Tommins— dijo Aurora suavemente. No podía *oler* nada en él, ni siquiera el licor de luna casero que algunos de los campesinos habían comenzado a destilar para divertirse. Pero estaba tan enviciado, que a veces *no tomar* una copa le provocaba convulsiones.

—Está ahí fuera. ¡Lo es! ¡*Hay un afuera!*

Él miró hacia atrás salvajemente y luego agarró sus manos y apretó las suyas alrededor de las de ella. —¡Su Alteza, *escapé!*

—Suéltame, estás enfermo— repitió Aurora, solo un poco alarmada por su comportamiento. Estaba más preocupada por su salud y por lo que pasaría si alguien lo sorprendía tocándola de esa manera.

Llegaron hacia ellos unos pasos familiares y ominosamente irregulares. El sonido llevó al juglar a la histeria.

Aurora se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Quizás deberías recostarte un poco...

Pero fue demasiado tarde. Arrastrando los pies alrededor de la esquina estaban dos de los guardias privados de Maléfica: monstruos aceitosos negros y grises que se movían pesadamente, apenas erguidos. Parecía que los habían armado mal.

Los ojos del juglar se agrandaron de puro terror cuando los vio, pero no quitó su atención de la princesa.

—Su Alteza...

—*Aléjate de ella, cantante humano.* —el que más se parecía a un cerdo resopló ruidosamente. —*Maléfica te ordena que te duermas y dejes en paz a su heredera.*



—¡Tú eres la llave! —el juglar susurró, arrojándose hacia la princesa para que sus labios tocaran su oreja. Ella trató de no empujarlo lejos. —¡Tú! ¡Todavía están ahí afuera!

—¡JUGLAR! —dijo el otro guardia, el de la cresta de gallo y los ojos amarillos de demonio. Cada uno puso una horrible mano con garras sobre los hombros del pobre hombre. Lo levantaron en alto como si no fuera más que una mota de polvo.

—¡Su Alteza! —gritó el juglar.

Los monstruosos guardias se rieron.

—*¡Canta para nosotros y es posible que no te hagamos mucho daño de camino al calabozo!*

—Por favor, sean suaves con él— instó Aurora. —Está teniendo un ataque de algún tipo. Necesita un médico, no una paliza...

—¡CANTA! —ordenó el segundo, ignorándola. Ninguno de los monstruos se molestó en inclinarse mientras se alejaban.

—¡CANTA!

El juglar hizo todo lo posible, las lágrimas corrían por su rostro ensangrentado, sobre los hombros de las pesadillas.

—*Douce...douce dame jolie...*

Aurora miró hacia él con tristeza y horror.

Y tal vez, solo tal vez, una pequeña chispa de algo demasiado horrible para admitirlo. Alivio de que la tarde se hubiera vuelto más interesante.

Después de que se perdieron de vista, todo lo que quedó fue la canción que se desvanecía rápidamente, fluyendo por el pasillo como humo.

“Pour dieu ne pensés mie

Que nulle ait signorie

Seur moy fors vous seulement...”



Aurora notó que sus manos todavía estaban unidas donde el juglar las había sostenido. Cuando las separó, descubrió que él había metido algo allí para que ella lo sostuviera.

Ella la levantó con asombro.

Era sola una pluma, color azul brillante.



Capítulo 4: Dulce Dama Bonita²

SIN PENSAR EN ELLO, Aurora usó la uña del pulgar para doblar la columna, para ver si se sentía como una pluma real. Así era. La hizo girar entre sus dedos pensativamente.

Todavía había palomas, por supuesto, una gran bandada de ellas en los patios (que los campesinos ocasionalmente atrapaban para cenar, no siempre confiando en la comida mágica). Pero no tenían plumas como estas.

Quedaban algunas gallinas y patos, pero incluso los drakos más bonitos y de alas iridiscentes, no lucían un azul de esa pureza.

Había algunos descendientes de pájaros extranjeros de las selvas, mantenidos a salvo en jaulas doradas, pero los azules eran muy claros, como las diminutas flores de los tapices antiguos. No como este.

Sostuvo la pluma frente a ella mientras, mucho más pensativa, se dirigía a su habitación.

Aurora vivía en una habitación bellamente decorada en el segundo piso del castillo. Todos los sobrevivientes de la realeza y los nobles menores vivían en el torreón principal, como también los dignatarios extranjeros atrapados en el reino cuando el mundo exterior finalmente colapsó. Los... supervivientes *menores*, los campesinos y los sirvientes, vivían en un barrio de chabolas construido apresuradamente en uno de los patios más grandes del castillo.

Si Aurora no miraba demasiado a las gruesas enredaderas que cubrían las ventanas y, si había alguna buena y fuerte linterna brillando, ella podía pretender que era una habitación completamente normal de una princesa de la realeza. Había una cama con dosel rosa, espumosa y adornada con cintas en una tarima elevada, un armario con molduras doradas en el que colgaba una cantidad asombrosa de hermosos vestidos, un tocador con una jarra y una palangana de plata, un pequeño sofá con almohadas de seda y una pequeña y adorable mesita junto a la chimenea con largas y elegantes patas.

² Douce dame Jolie (traducido desde el francés)



Había también un librero lleno de libros que no habían funcionado correctamente desde que el mundo se había acabado. Muchos de ellos estaban perdiendo grandes trozos de textos e ilustraciones. Algunos estaban simplemente en blanco. Las palabras que quedaban habitualmente estaban en lenguajes que ni siquiera eran reales. Un efecto, Maléfica le había explicado, de la magia maligna y destructora de mundos que el rey Stefan y la reina Leah habían desatado. Literalmente habían destruido la tierra, las mentes y los inventos de los hombres. Los poderes de la reina no eran lo suficientemente grandes para restaurar todo completamente...ellos eran apenas suficientes para mantener a la población que quedaba con vida.

Y así, la mayoría de los libros permanecieron en blanco, y la tela tuvo que tejerse con hilo convocado por magia. Las ruedas giratorias no habían funcionado como se suponía en media década.

En ese momento, la cama de Aurora parecía especialmente acogedora: los sirvientes la habían arreglado toda, rechoncha y bonita. Y a ella le *encantaba* bailar, así que *iba* a estar despierta hasta tarde esa noche.

También estaba el pequeño asunto de que cuando no estaba girando, lo que más le gustaba era acostarse y soñar durante horas. Su cama siempre era su lugar favorito para estar; ella podía pasar el día entero en la oscuridad bajo sus cobijas. Eventualmente la noche llegaría y algunas veces, las cosas eran más interesantes de noche... tanto como cualquier cosa era interesante en el castillo del fin del mundo.

Y cuando las noches no eran particularmente interesantes, bueno, al menos había pasado otro de los días interminables, lejos.

Ella cedió, colapsando de espaldas sobre el grueso colchón lleno de plumas. Giró la pluma azul en sus dedos.

Nunca había visto al juglar en ninguno de los patios exteriores o de las murallas. Él tendía a ceñirse a las sombras, las habitaciones internas, las áreas apartadas, como un ladrón o un gato. La luz brillante lastimaba sus ojos de adicto y se sentía más incómodo que la mayoría, al mirar las gigantes enredaderas que bloqueaban el cielo.

Quizás eso es lo que quería decir con estar "afuera". No...*Afuera*.

Pobre loco, borracho y tonto.



Suspiró y levantó la mano sobre su cabeza para agarrar uno de los libros rotos, uno con un diseño fácilmente memorable en su cubierta, y comenzó a colocar la pluma entre sus pesadas y dementes páginas.

En el último momento, cambió de opinión y la guardó en la bolsita de plata que su castellana le había puesto al cinturón. Un ser que alguna vez vivió, de donde sea que fuera, no merecía ser presionado como un objeto inanimado, archivado como un manuscrito antiguo. La princesa la mantendría con ella hasta que averiguara qué hacer.

Pensó en una pluma diferente que tenía y dejó escapar otro suspiro.

En vez de irse a dormir, se sentó en su hermosa y pequeña mesa, tomó su pluma de cisne blanco, y se dispuso a resolver los problemas de matemáticas en el precioso trozo de vitela que tenía delante.

Después de fortificar el castillo, hacer arreglos para la vida de todos los que estaban dentro y resolver cualquier fuente mágica de comida que se pudiera obtener, Maléfica se había abocado en darle una educación a Aurora. El rey y la reina habían descuidado todo lo relacionado a su hija no deseada: habilidades básicas de lectura y escritura, costura, el tipo de pasatiempos útiles que se suponía que las damas reales debían conocer, incluso la etiqueta y la geografía. La nueva reina inmediatamente se dispuso a rectificar esto, con media docena de tutores, agregando cosas a la mezcla que no eran necesariamente "principescas".

Como matemáticas.

En las que Aurora era terrible.

Algunas cosas venían a ella naturalmente: cantar, tocar la flauta dulce, amabilidad, paciencia para coser (incluso aunque pasarían años antes de que sus habilidades con la aguja estuvieran a la altura de las de una niña de doce años). Sus dedos estaban habitualmente cubiertos con diminutos pinchazos de bordado, y Maléfica había sugerido, con una carcajada, que pospusiera el cardado y el hilado hasta que se le pudiera confiar la punta afilada de un huso.

Pero los números...y cualquier cosa que se tuviera que hacer con números...era una cosa completamente distinta. Aurora se preguntaba, en privado, si había una razón por la que a las princesas no se les enseñaba matemáticas o alquimia o el funcionamiento del mundo; tal vez simplemente no podían entenderlo.



Aun así, ella se forzó a sí misma a poner atención cuando el viejo tesorero del castillo le demostró pacientemente la magia de la adición y la sustracción de cantidades con palos de conteo y ábacos, y el carpintero del castillo le mostró la medida de formas, con cuerdas y pesos.

Cuando ella trataba de hacer exactamente los mismos problemas por su cuenta, por el contrario, ellos nunca le hacían sentido. Los números nadaban frente a ella y las pequeñas líneas de conteo parecían multiplicarse por su propia voluntad. Su habilidad para dibujar era insignificante, y sus cuadrados a menudo parecían papilla.

Pero Maléfica trataba tan duramente a su sobrina adoptiva, que Aurora se forzaba a sí misma a mantenerse trabajando en secreto, en privado. Seguía adelante sólo por imaginar la mirada en el rostro de su tía cuando ella finalmente le mostrara cómo podía dividir un rebaño de ovejas de tinta en cinco rebaños iguales más pequeños.

Aurora dibujó un pequeño y feo garabato de una oveja. Luego dibujó cuatro más. Ellas las contó. Había cinco. Ella dibujo dos más, más alejadas. Ahora había seis.

Aurora frunció el ceño, mirando hacia el papel.

Quizás siete. ¿Ocho?

Ella trató con sus dedos, pretendiendo que cada uno era una cálida bola blanca de lana.

¿Se contaba el principio y el último también? ¿O era como las páginas de un libro, donde no contabas ambos extremos?

Ella pasó diez minutos tratando de hacer que los dos grupos de ovejas se sumaran. Estaba bastante segura de que eran alrededor de siete, pero la falta de precisión le estaba dando dolor de cabeza.

Finalmente, se arrojó sobre su cama con frustración.

Ella nunca sería tan inteligente, poderosa y elegante como su tía.

A veces sentía que la reina simplemente la estaba complaciendo.



A veces ella sentía mínimos indicios de ira, porque siempre estaban diciéndole que hacer. "*Toma una siesta*". ¿Qué era ella, una niña? "*Oh, no podrías ayudar con estos preparativos de fiesta inimaginablemente complejos*". ¡Aurora estaba destinada a ser reina algún día! Ella podía manejar una fiesta.

Algunas veces, en la secreta seguridad de su cama con dosel, en los más oscuros confines de su mente, ella se preguntaba si su tía realmente tenía las mejores intenciones hacia ella.

¿Por qué no podía dejarla participar en los recorridos mágicos del castillo? ¿Por qué no podía mirar, y tal vez aprender cómo Maléfica convocaba la comida, la bebida y otros lujos que lograban consumir a pesar de la destrucción del mundo Exterior? ¿Y cuánto tiempo tendrían que permanecer encerrados en el castillo de todos modos? ¿Cuándo sería lo suficientemente seguro salir al exterior, aunque fuera por un corto tiempo?

Había una historia que un sacerdote le había contado una vez (el pobre sacerdote de alguna manera terminó fuera del castillo cuando todo sucedió), sobre la primera vez que el mundo fue destruido. Por el agua, no por monstruos. Después de soportar la inundación en un bote durante semanas, los humanos sobrevivientes habían enviado una paloma o un erizo o algún otro pájaro para ver si había tierra seca en algún lado.

¿Ellos no podían hacer eso?

¿No podían ellos enviar fuera a uno de los guardias inhumanos? ¿No podían ellos dejarlos ir a explorar y volver, usando algo de la magia de Maléfica de alguna forma para que los protegiera?

¿Realmente había logrado el juglar hacer todo el camino de ida y vuelta?

El Exiliado, el único enviado a la fuerza fuera del castillo, nunca había regresado...pero probablemente no había querido enfrentar la ira de la reina. Él había desafiado su derecho a gobernar; *él era un verdadero rey*, había dicho, no "una ramera de un hada demasiado grande para sus pantalones".

Pensándolo bien, fue una suerte para él que ella no lo destruyera en el acto. Maléfica tenía una racha de mal genio, aunque trataba de proteger a su sobrina de eso.



Aurora se giró malhumorada en su cama y se tapó la cabeza con la almohada. Estos eran los pensamientos de los que más se avergonzaba. Pensamientos ingratos sobre la mujer que había salvado lo que quedaba del mundo. Aurora tenía demasiado de sus padres en ella. Parecía carecer de la gratitud humana básica, dado todo lo que tenía.

Deseó tener poderes mágicos.

No, su mente dijo rápidamente, no como los que sus padres habían recibido. Ni siquiera tantos como Maléfica, ella quería solo un poco. Solo para poder *ver*. Cómo era el mundo ahora, cómo estaba cambiando o sanando ... o cómo había sido antes, cuando había animales y personas y todos los libros funcionaban correctamente. Se estaba haciendo difícil recordar, otro efecto del mal que cambió la tierra.

Ella deseó...

...Y un libro cayó sobre su cabeza.



Capítulo 5: En las Cartas

LA PRINCESA AURORA SE INCORPORÓ, sorprendida por la repentina cascada de páginas de pergamino que cayeron al suelo. No un libro...una baraja de cartas. Tarjetas de colores brillantes, intrincadamente pintadas, cuyas imágenes aún estaban intactas.

Ella las levantó solo con la punta de sus dedos, muy cuidadosamente, como si con tocarlas, ellas pudieran desaparecer de vuelta a su imaginación.

Las primeras le eran familiares. Eran como el tipo usado para jugar que la gente en el castillo solía usar para pasar sus largas horas de confinamiento. Un tres de espadas, un nueve de copas, un dos de corazones, todo en los colores heráldicos brillantes y simples del reino. Un ocho de sillas. Un trece de muñecas. Un cero de castillos.

Los números eran elegantes, alargados y dorados, justo como los que dibujaba en el aire cuando las matemáticas eran fáciles.

Un dolor extraño palpitaba donde las cartas le habían golpeado en la cabeza. ¿Qué números de oro? ¿Cuándo fueron fáciles las matemáticas? Eso nunca sucedió, excepto quizás en un sueño....

Se sacudió y pasó a la siguiente carta.

Un *comodín*.

Aurora frunció el ceño hacia ese. La figura lucía la habitual sonrisa traviesa de los de su clase, pero su abigarrada apariencia parecía irregular. Su rostro era largo y estrecho, y en lugar de un cetro o varita llevaba un laúd. Considerándolo todo, se parecía demasiado al jugador.

Y después de *él* vinieron cartas aún más extrañas de palos igualmente extraños.

Un uno de soles: una bola amarilla brillante, rayos dorados que se extendían nítidamente hasta los bordes de la tarjeta. Aurora la sostuvo cerca de su cara, maravillándose por los detalles. Deseó que el artista hubiera dejado espacio para un indicio del cielo azul que ella ya no podía recordar. El sol parecía tan feliz con su propia energía que sus ojos eran simples curvas, entrecerrados, su boca casi inexistente.



¿El sol real de verdad tiene una cara?

Aurora no estaba segura. Ella no podía recordarlo.

En la imagen bajo él, un niño desnudo cabalgaba felizmente en un pony sobre colinas tan verdes que ella estaba tentada a tocar la pintura con su uña. Su montura estaba moteada de blanco y negro y tenía cuerno y barba. Ninguno de los caballos que quedaban en el castillo se le parecía en nada.

La siguiente carta era de una chica que lucía, a primera vista, como la misma Aurora, sus brazos envueltos cariñosamente alrededor del cuello de un león. El león era leonado, anaranjado y rojo, y el pelo dorado de la chica era tan grueso y parecido a una melena, que ella podía haber sido una versión del sol mismo. Aurora conocía a los leones porque ellos estaban tallados en las decoraciones alrededor del castillo y en las inscripciones de los escudos heráldicos.

En la carta después de esa, una chica, que también lucía como ella, estaba tocando a una bestia diferente en la nariz. Aurora no tenía idea que animal era. Pequeño como una ardilla, pero con orejas suaves y demasiado largas que eran tan ridículos como los cuernos del pony. De su nariz rosada brotaban largos bigotes que estaban tan cuidadosamente pintados que Aurora sintió que se le partía el corazón. Deseó poder tocar a una criatura así, como la niña de la imagen.

Y finalmente, había un animal solitario en un abierto camino verde rodeado por árboles. Se parecía un poco a un caballo, pero con cuerpo más pequeño y piernas más delgadas. No tenía melena, y su cola era corta y gorda. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás, ladeada, como si estuviera atento al peligro.

Aurora miró rápidamente a su alrededor, repentinamente nerviosa. Ningún libro en el castillo tenía todas esas imágenes, e incluso los tapices estaban borrosos. Parecía que esta extraña baraja estaba completa. ¿Por qué esas? ¿Por qué ahora?

—¿Princesa? ¿Su Majestad? —una voz la llamó desde el otro lado de la puerta.

Aurora rápidamente colocó las cartas en una pila desgarrada y, buscando un lugar para guardarlas, las metió en la bonita bolsita de terciopelo que había preparado para acompañar su vestido esa noche.



Sin esperar una respuesta, la propietaria de la voz se deslizó dentro: pequeña, de cara redondeaba, y tan delicada como una libélula. Aurora sintió que un ardor de culpabilidad le calentaba la cara y el pecho. Lady Lianna era su sirvienta y su más cercana amiga. Y la princesa era su única amiga: ella había sido parte de una comitiva visitante cuando el fin del mundo había llegado, destruyendo su tierra natal, a sus padres, y a todos los que ella había amado.

A pesar de su vestido completamente apropiado y los moños de ébano muy elegantes e intrincadamente trenzados que cubrían sus orejas, había algo inconfundiblemente extraño en sus grandes ojos negros y piel grisácea. Otros miembros de la realeza en el castillo tendían a evitarla.

—No estás ni siquiera parcialmente vestida aún —Lianna la regañó, pero ella no chasqueó la lengua como lo haría otra persona. Ella fluyó de un lado a otro de la habitación, recogiendo cosas para una transformación de salón de baile: cepillo, cintas, faldones, punta dorada, zapatos dorados.

—Um—dijo Aurora. Hasta hace un momento atrás, el baile había sido posiblemente lo más importante, o al menos lo más interesante en su vida. El único evento que había que esperar cada mes.

Pero ahora todo lo que Aurora quería, era que Lianna se alejara para que ella pudiera volver a tenderse en su cama y echarles una mirada a todas las cartas.

La doncella se plantó detrás de la princesa y comenzó a desatarle la espalda de su vestido de día.

—Su prima segunda, la Señorita Laura, se negó a usar el vestido de usted tan generosamente le dio en ese rollo de tela.

—¿De verdad? —Aurora preguntó, momentáneamente distraída. —Pensé que ella luciría bien en ese color aguamarina oscuro. Combinaba con sus ojos.

—Creo que fue menos el color que quién lo eligió— dijo Lianna secamente. Habiendo terminado con los cordones, le dio la vuelta a Aurora con firmeza, pero educadamente, y comenzó a ayudarla a quitarse las mangas largas abotonadas.

—Oh, que molesto. Bueno, ella es sólo una niña —dijo Aurora, sacudiendo la cabeza y los brazos, para quitarse las mangas largas.



—Ella tiene quince, su Majestad. —su amiga dijo con un apenas audible siseo. —Yo mantendría un ojo en sus insolencias. Tendrá muchos años de confinamiento con ella, y sus admiradores, por delante.

Aurora sacudió su cabeza con una sonrisa —Lianna, esto no es como la corte de donde tu viniste. No hay conspiraciones. No hay ningún complot. Ella es una niña que no quiere que la futura reina elija un vestido para ella. Lo entiendo...a mí tampoco me gusta cuando la gente me dice que hacer.

Hubo un momento de silencio. Aurora se dio cuenta que lo último había salido mucho más vehementemente de lo que ella había querido.

Los grandes ojos de Lianna eran ilegibles, como siempre.

—Oh, absolutamente. Y el Exiliado era sólo un amigable vecino del reino.

—Eso fue diferente. —Aurora dijo, incómoda con el recuerdo. —Quería apoderarse del castillo. De hecho, trató de organizar un golpe.

—Comenzó hablando, Su Alteza. Le dijo a la Reina Maléfica que no tenía lugar para gobernar. Que él estaba mejor adaptado. Comenzó con una charla y terminó con el siendo arrojado al Exterior por todos, por nuestra seguridad. Si realmente le agrada la señorita Laura, debe advertirle que controle su lengua y obedezca a los que están por encima de ella sin dudarlo.

La princesa estaba callada. Todo lo que recordaba de esa época confusa era un hombrecillo ventoso, gordo y de barba blanca, gritando y discutiendo como una tormenta contra la figura fría y afilada de su tía. La furia de sus palabras se había dividido y disipado por la calma del comportamiento de ella.

Y luego su maldición cuando los sirvientes inhumanos lo arrojaron al Exterior.

Lianna cedió al ver la expresión preocupada en el rostro de su ama.

—Ven— dijo. — Olvidémonos de eso, y te pondremos en tu vestido.

Se volvió hacia el armario con la precisión de un insecto. Aurora se quitó el vestido y lo dejó caer al suelo. Fue un momento divertido y dramático, pero Aurora era una buena chica y no pudo resistir la tentación de salir de él de inmediato, recogerlo y suavizarlo. La forma en que le habían enseñado a cuidar la ropa.



No, espera ... nadie le había enseñado. La habían ignorado y la habían dejado enloquecer con los sirvientes y los perros durante años.

Ella puso una mano en su cabeza.

—Aquí, ahora, mira esto. —Lianna dijo rápidamente, trayendo el nuevo vestido. —Este es un vestido para una princesa real.

Lo era, de hecho, y Aurora no pudo evitar sonreír. La falda y el corpiño eran de un azul oscuro, como ella imaginaba que el mar había sido, salpicada de hilos dorados, de la forma en que imaginaba que el océano había brillado bajo un sol dorado. La faja hacía juego con sus esclavinas, ambos hechos con la misma tela dorada tomada de uno de los vestidos de la vieja reina.

Las costureras del palacio y las damas de la corte habían trabajado día y noche en él, en todos los trajes para el baile.

— Es demasiado amable de parte de todos, que hayan hecho esto para mí. —ella murmuró.

—Es generoso de tu parte y de la reina darles a las damas algo que hacer— Lianna casi resopló.

—¿Qué quieres decir? Esto llevó semanas de trabajo—, dijo Aurora, mostrándole las finas costuras.

—Las costureras deben coser. Las señoras deben danzar. Todos hacen lo que deben hacer, o todos nos volveremos locos aquí. —la sirvienta dijo, sosteniendo la falda para que Aurora pudiera entrar en ella apropiadamente. Las he visto trabajando, sus agujas brillando adentro y afuera, como si ellas fueran impulsadas por el diablo. Incluso los campesinos cepillan a sus burros y dejan salir a los cerdos y tratan de hacer crecer pequeños vegetales en los jardines a pesar de la comida que nuestra amada reina nos provee con su magia. No pueden evitarlo. Todos deben hacer lo que deben hacer.

—¿Y las damas en espera? —dijo Aurora con una sonrisa suave y burlona.

—Esperamos. —dijo Lianna sin una pizca de humor.

—Pero no tienen que hacerlo. —dijo la princesa, gentilmente. —Es muy amable que tú estés sirviéndome, y yo te quiero como una amiga, pero...¿no quieres hacer nada diferente?

Lianna se quedó mirándola, sus ojos negros abiertos sin pestañear.



—Yo estoy aquí sólo por la gracia de nuestra querida reina. —ella dijo categóricamente. —Estoy agradecida por continuar con mi existencia.

Aurora se mordió el labio. Lo que había confundido con el seguimiento insensato de órdenes era en realidad una gratitud abrumadora. Lianna se sintió bendecida de que simplemente estuviera viva; cualquier cosa que hiciera ahora era una celebración alegre de eso.

—Lo siento. —dijo Aurora suavemente, tomando su mano. —No era mi intención insultar lo que tú haces. Yo sólo quería decir...si quieres hacer algo más...casarte con alguien, quizás...no lo sé... Extrañaría tu presencia constante, pero te animaría por completo.

Lianna finalmente pestañeó.

—Gra...gracias, Princesa. —ella dijo. Entonces el momento terminó y la sonrisa rápida y conocida regresó. —Por ahora, la princesa debe tener su cabello peinado y arreglado por una experta. Tome asiento.

Aurora se dejó empujar suavemente sobre su sillón con cojines rosas. Se miró en el nebuloso espejo plateado mientras Lianna tomaba sus mechones y los cepillaba, hacia abajo, trazos largos, una y otra vez hasta que brillaron.

—Tu cabello es tan hermoso— suspiró la doncella. —Como oro hilado.

Aunque siempre decía esto, lo decía cada vez con sentimiento. Aurora se miró al espejo y sonrió. Ella era guapa. Ella era una princesa de la realeza. Estaba a punto de haber un baile. Éstas eran cosas por las que, de vez en cuando, podía permitirse sentirse feliz.



Capítulo 6: El Baile

TODOS EN EL CASTILLO DE ESPINAS se presentaron en el baile mensual. Bueno, los campesinos estaban en el salón secundario, y los sirvientes estaban, por supuesto, sirviendo, pero ninguno se quedó fuera. Todos tenían vino, sidra, comida, sal, y la oportunidad de escuchar a los músicos tocando.

De las paredes colgaban largas guirnaldas de seda en todos los tonos de azul y se elevaban sobre el techo para asimilar a cómo solía verse el cielo. Fuentes de bronce mágicas burbujearon agua teñida de azul para darle un efecto.

Los arroyos artificiales corrían por los abrevaderos en medio de las grandes mesas como, tal vez, lo hicieron alguna vez los arroyos reales. Aunque no tintineaban correctamente, como lo hacían en los sueños de Aurora. Las mesas estaban cubiertas con viejos tapices azules y verdes. Sus imágenes eran borrosas y se desaparecían; los platos azules y los dorados se dispusieron de forma que quedaran cubiertos para que nadie los viera y se sintiera incómodo. Siempre había platos de oro en las fiestas. Fue lo único en lo que Maléfica insistió. Platos dorados y cúpulas doradas sobre la comida para mantenerla caliente. Verlos siempre hacía sonreír a la reina, aunque nunca decía el por qué.

Los candelabros, las grandes velas y las antorchas en las paredes parpadeaban con llamas azules danzantes gracias a la magia de la reina Maléfica.

Los músicos tocaban en el espacio frente a las tres grandes mesas, largas serpentinas azules atadas a sus cuernos y mandolinas. Se sentaron en un sitio que se parecía mucho a una amplia tina de madera, pero que la gente que recordaba insistía en que era un barco.

Incluso el juglar estaba allí, aunque con una discreta cadena dorada amarrándolo al pilar más cercano y con un guardia parado cerca. Al parecer, se le había concedido un permiso de su recuperación forzada sólo por esta noche. Y aunque sus ojos estaban rojos, inyectados en sangre y llorosos, estaba tocando su laúd con la velocidad y habilidad por las que era conocido. Y actuando de otra manera completamente como su yo normal.



Aurora se encontró exhalando un suspiro de alivio, y decepción. Decepción culpable. A ella de verdad le gustaba el juglar y realmente no quería que nada malo le pasara a él...pero con él tocando y todo de vuelta a la normalidad, parecía, realmente, como si todo lo que él le había dicho sobre el Exterior no fuera nada más que el delirio de un alcohólico. Todo seguiría como antes....

Ella se forzó a alejar su atención de él y devolverla a los jueguistas.

Los nobles del castillo estaban vestidos en brillantes colores azules: Jubones de terciopelo prusiano, faldas de lino cerúleo, corpiños de bígaro, redondos de zafiro, capas de cobalto, todo arremolinándose y ondulando mientras la gente hablaba, bailaba o recorría la habitación.

Aurora vio la escena desde su punto de vista al lado del trono con una sonrisa de satisfacción. En la tarima real, mirando hacia la habitación completa, imaginó que ella también estaba en un barco, viendo las olas chocar entre sí, en un baile tras otro.

Tal vez, en la realidad, así era el mar.

Maléfica vestía completamente de negro como era lo usual, pero como un guiño al tema de las festividades, ella había cambiado su tocado con cuernos a un azul ligeramente iridiscente y llevaba muñequeras iridiscentes a juego.

Aurora movió las piernas de una manera un poco principesca; su bolso decorativo colgaba más pesado de lo habitual. Fue solo cuando miró hacia abajo que vio las esquinas desiguales de las cartas sobresaliendo de la parte superior de su bolsa de terciopelo.

—¿Te pasa algo, querida? — dijo la reina.

—No. Es solo...—Aurora jugueteó con la bolsa y aflojó sus cordones. — Encontré esto hace un rato. Yo estaba...Yo iba a preguntarte acerca de ellas.

Mientras le entregaba la baraja, se preguntó si eso era estrictamente cierto. No dudaba en mostrárselos ahora, pero si no la hubieran atrapado, ¿lo habría hecho?

—Ahhh. —los ojos de Maléfica se agrandaron por un momento, pero el sonido que salió de su boca fue largo y calmado.

Aurora no tenía la menor idea de cómo interpretarlo. —Así es como el mundo era antes. Antes de que tus padres lo destruyeran. He aquí: el sol. Un unicornio. Un león. Un conejo. Un ciervo...



Mientras la reina nombraba cada carta, ahora se encontró pronunciando las palabras que no sabía tras ella, tratando de recordar.

—Y así. Tú no deberías miraras, querida. Sólo te harán sentir triste. Todos ellos se han ido de este mundo, nunca volverán.

Maléfica dejó caer las cartas de sus dedos al suelo.

Aurora la miraba con lágrimas en los ojos.

—No podrías...—ella susurró. —¿No podrías con tu magia...?

—No hay magia en el mundo lo suficientemente poderosa para traer de vuelta aquello que está verdaderamente muerto y extinto. Lo siento tanto, querida mía. Debes, tristemente, sacar esto completamente de tu cabeza. Esto sólo puede causarte dolor.

Aurora asintió en silencio, tratando de no sollozar.

Maléfica puso un dedo bajo el mentón de su sobrina y gentilmente forzó su cabeza hacia arriba. —¿Ves? Esto ya está arruinando tu fantástica fiesta. Es desafortunado que las hayas visto.

La princesa tomó aire profundamente y trató de recomponerse. A través del borrón de sus lágrimas contenidas, los números dorados de las tarjetas brillaban y centelleaban desde el suelo, negándose a ser basura. La reina también miró las cartas en el suelo y comenzó a golpear el borde de su trono con sus largas uñas negras.

—¿Dónde las encontraste, de todas formas? —ella preguntó casualmente.

Aurora se encogió de hombros. —Ellas cayeron de mi librero. Nunca las había notado antes. Todos los otros libros están, como ya sabes, sin sentido o blancos.

—Por supuesto que lo están— la reina dijo, asintiendo, pareciendo aliviada. —Debes ser cuidadosa, Aurora. El Exterior tiene formas de conseguir entrar. Mis poderes pueden evitar los ataques físicos, los grandes monstruos y las obvias amenazas de invasión...pero el más tiene formas de deslizarse dentro...a través de las grietas en tu mente. Los deseos son poderosos y peligrosos. No desees cosas que nunca podrán ser.

—Sí, Tía Maléfica. —las palabras de la mujer habían sido dichas lo más gentilmente posible, y sólo había habido el tono más suave de castigo.



Sin embargo, la princesa se sintió una vez más llena de vergüenza por su ingratitud, su tontería de niña al desear ver algo que nunca volvería a ser. Cosas que hace mucho tiempo fueron destruidas por sus propios padres. Y sus malos deseos.

—Oh, querida, no seas gruñona. —dijo Maléfica con una sonrisa.—
¡Disfruta tu fiesta, querida! ¡Mira toda la diversión que están teniendo todos, gracias a ti!

La reina señaló hacia la multitud con un elegante y dramático gesto de sus dedos. Mientras estaba mirando hacia otro lado, Aurora rápidamente usó uno de sus ágiles pies para barrer algunas de las cartas fuera de la vista, debajo de la cola de su vestido. Sólo entonces ella siguió el ejemplo de su tía y miró alrededor.

Lianna estaba aplaudiendo en el otro extremo de la habitación; ella nunca bailaba. Cuando vio a la princesa mirando hacia ella, asintió levemente con la cabeza. Aurora se volvió para seguir la dirección de su asentimiento y vio, vestido con un jubón de terciopelo gastado que ciertamente no era de él, al mozo de cuadra, Cael. Tenía la cabeza echada hacia atrás de la risa, por algo que había dicho una de las sirvientas; su espeso cabello castaño echado detrás de él como... como... como una melena. Pero sus ojos estaban dirigidos a Aurora y sonrió. No le gustaba mucho, pero le devolvió la sonrisa de todos modos. Un joven que quería bailar era un joven que quería bailar, y en el castillo del fin del mundo, no había mucho para elegir.

Por otro lado... también estaba el Conde Brodeur, que nunca apartaba la mirada de sus ojos cuando hablaban, que la adulaba y hablaba con dulzura. Un hombre mayor y más sabio que un tonto mozo de cuadra. Alguien con quien podía discutir las cosas.

Recogió sus faldas y, en secreto, las cartas, y se apresuró a bajar para unirse a él.

—Su Majestad—dijo el conde, volviéndose y ejecutando una profunda reverencia en el momento en que la vio. Su capa azul voló detrás de él como la cola de un pájaro magnífico: un pavo real o un tejón o algo parecido. Su bigote gris salpicado le hizo cosquillas en el dorso de la mano mientras se la besaba.



—¿Una palabra, se puede? —le preguntó, tratando de no hacer el tonto y ponerse a reír, a pesar de que no podía detener a la sonrisa que estaba formándose en la comisura de sus labios. Era también difícil no mirar a sus manos mientras ellas metían las cartas en su bolso.

—Puede tener todas mis palabras, para siempre, Su Alteza— prometió, solo el brillo en sus ojos delataba cualquier admisión de exageración. —Además, todos mis bailes.

Extendió los brazos y Aurora recogió con gracia la cola de su vestido y dejó que él la llevara delicadamente al piso de baile. Las yemas de sus dedos apenas se tocaban en el más apropiado de los bailes. Cuando giró, vio a Cael imitando una flecha que golpeaba su corazón y fingiendo grandes lágrimas. Pero tomó otro trago de sidra y no pareció demasiado preocupado mientras conversaba con la criada que lo había traído.

—¿Puedo hacerle una pregunta, conde Brodeur, discretamente? —preguntó, volviéndose para evitar mirar al mozo de cuadra.

—Siempre, Su Alteza— dijo el conde, su interés definitivamente despertó. —¿Intriga? ¿Esquemas? ¿Algo para aliviar el aburrimiento por aquí?

Aurora eligió no pensar acerca de los rumores sobre cómo Brodeur aliviaba su propio aburrimiento. Ella también prefirió ignorar a Lianna, que los miraba de cerca con lo que parecía un ceño fruncido en su rostro por lo demás plácido.

—Nada, quizás, tan interesante. —ella deslizó su mano dentro de su bolsa y sacó la pluma. —¿Qué piensa de esto...?

El conde lo miró de reojo, decepcionado. —Es solo una pluma. ¿Y qué?

La princesa se mordió el labio, un poco desconcertada por su reacción.

—Pero...no es la pluma de una paloma —ella señaló —o la de un gorrión, o...

—¿Es esto para una búsqueda del tesoro? — preguntó, emocionado de nuevo. —¿Alguien está organizando otra búsqueda del tesoro?

Aurora frunció el ceño. ¿Una búsqueda del tesoro? ¿Todo ese montón de juegos a los que una princesa de la realeza no estaba invitada?

—No— ella dijo impacientemente. —El juglar dijo que la había conseguido en el Exterior.



—¿EL EXTERIOR?

El conde detuvo la danza y la agarró por los hombros de una enteramente indecente e inapropiada manera.

—Bien, señor. —Aurora dijo, lo más educadamente posible, mirando a su alrededor nerviosamente.

—¿Cuándo fue? ¿Él esta devuelta? ¿Cómo logró salir? ¿Qué vio? —el conde demandó, casi siseando como su tía.

—No lo sé. Él estaba borracho. Él siempre está borracho. Quizás ha estado mintiendo. —ella tartamudeó.

— ¿ÉL REALMENTE FUE AL EXTERIOR? ¿Es el aire de afuera bueno y dulce? ¿Él sobrevivió? ¡Debes decirme! —dijo, prácticamente sacudiéndola.

—Por favor...me está haciendo daño— dijo Aurora, peleando con las lágrimas. La gente estaba mirando. A pesar de la ocasional ruptura de la etiqueta en el interminable confinamiento del castillo, los ataques a la princesa real, en público, nada menos, simplemente no sucedían.

Dos de los sirvientes de Maléfica aparecieron instantáneamente a cada uno de sus lados, sosteniendo sus lanzas de bronce listas.

El conde palideció e inmediatamente la dejó ir.

—Mil disculpas, Su Alteza. —dijo, hacienda una reverencia extremadamente profunda y tocando su corazón. —Yo estaba... abrumado.

Su cara estaba roja y sus ojos eran rápidos, inquietos.

Aurora notó que, a pesar de esto, él había expresado cuidadosamente su disculpa de tal manera que podría malinterpretarse en el sentido de que estaba abrumado por ella, su belleza.

Todo el mundo estaba mirando.

Incluida la Reina Maléfica, cuyos ojos amarillos miraban sin pestañear para ver qué haría. La princesa no quería nada más que salir huyendo. Levantar sus faldas y correr fuera de la habitación, lejos de las caras, correr a la cama, a su soledad y silencio.

Pero ella era la princesa real del Castillo de Espinas en el fin del mundo. Y una palabra equivocada de su padre enviaría a ese estúpido hombre directo a su muerte.



Ella se encogió de hombros, tratando de canalizar a su tía.

—No hay ningún problema aquí. —dijo, con voz temblorosa. —Como el conde dijo, él estaba meramente sobreexcitado. Pueden regresar a sus puestos.

Las criaturas se desplomaron, pero obedecieron, luciendo decepcionadas por no haber podido maltratar a alguien. La multitud se alejó, también decepcionada de que la emoción hubiera terminado.

El conde hizo una reverencia moderada, aunque hosca. Se apresuró a alejarse de él, a cualquier lugar, hacia la señorita Laura, que lucía un vestido naranja extremadamente brillante en lugar del vestido aguamarina que se suponía que debía llevar.

Y Aurora se guardó la pluma y el secreto del juglar para sí misma a partir de entonces, tan a salvo en su corazón como todos lo estaban en el castillo.



Capítulo 7: Estamos Todos Locos Aquí

UN MES PASÓ.

Pronto sería tiempo para otro baile.

Esta vez el tema era “Oro”.

La gente asumió que era el tipo de metal brillante, en monedas y collares. Pero ese no era el tipo de oro que Aurora estaba imaginando.

Ella estaba imaginando al sol.

Trataba de no pensar en eso. Ella trataba de no desearlo. Trataba de ser como Lianna, agradecida sólo por ser y porque hubiera un sol en algún lugar en el cielo. Ella pasó mucho tiempo acostada esos días, tratando muy duro de ser agradecida, cuando no, estaba simplemente mirando al espacio. Tratando de no sentirse inquieta y enjaulada. De vez en cuando, el sol empujaba un rayo a través de las enredaderas protectoras de la ventana de su dormitorio y su gruesa y pesada luz se dirigía a su cama. Yacía en su calor durante horas, como un gato frente al fuego, deseando que cubriera todo su cuerpo.

Algunas veces podría pasar una tarde entera viendo las pequeñas motas de polvo hacer sus lentos bailes en la luz dorada, como perezosas hadas de otro mundo. A veces parecía que, si se concentraba lo suficientemente duro, podía hacerlas danzar de la forma que ella quería. Ellas realizaban ballets enteros y rutinas solo para ella, cada uno único, cada pequeña bailarina dentada y dorada. A veces se alejaba durante las actuaciones, lo que podía haber sido grosero, pero también inevitable.

A veces ella podía gastar horas observando un solo punto de luz del sol, lentamente moviéndose alrededor de la habitación y subir la pared antes de desaparecer.

Ella dormía, mucho.

Lady Astrid, una prima segunda de algún lugar del lado de su padre, era una de los pocos nobles quienes notaron su completo abandono, incluso con la pequeña y desesperada vida que llevaban los del castillo.



La pequeña y regordeta mujer apareció en su puerta en medio de una de las muchas tardes interminables con una aguja y un marco y una mirada de determinación de acero.

—Su Real Alteza, creo que tal vez algo de trabajo útil la ayudaría a animarse y pasar el tiempo constructivamente.

—Mmmfh mmmng mmmbr—Aurora dijo a través de su almohada. No tenía que levantarse por una dama.

—¿Disculpe, Su Alteza?

—Gracias, pero no hoy, Lady Astrid. No me siento con ganas.

—Su Alteza —Astrid dijo a través de sus dientes. — Creo que esto es por su propio bien. Se lo ruego, levántese de la cama y empiece a actuar como una princesa y no como una mocosa perezosa y malcriada.

Aurora se sentó ante eso, sorprendida.

—Si los sirvientes de la reina te escucharan hablarme de esa manera, ellos te lanzarían a los calabozos.

—Gran diferencia que haría por aquí— dijo la señora mayor amablemente. —Y no hay nadie alrededor. Gracias al cielo por los pequeños milagros. Ahora, ¿vienes? No hay asiento aquí lo suficientemente cómodo para mi trasero robusto y envejecido.

Y Aurora, cuyo modo básico de ser era no hacer nada, o hacer lo que le dijeran por falta de una buena razón para hacer lo contrario, siguió dócilmente a Lady Astrid al estudio más cercano.

Era una forma un poco más interesante de pasar el tiempo que mirar al vacío, a pesar de los pequeños pinchazos de sangre en la tela, las innumerables veces que tuvo que entrecerrar los ojos y volver a enhebrar la aguja y el desorden general que hizo con la pieza. Afortunadamente, era solo una muestra, nada especial.

Eventualmente, se metió en un surco e hizo pequeñas filas de nudos que no eran demasiado terribles.

—¿Haces esto todos los días? —Aurora preguntó, frunciendo el ceño al ver dónde estaba clavada la aguja en la parte trasera de su tela.



—Cada tarde. —dijo Lady Astrid enérgicamente. Ella se sentó en la silla más grande y confortable, más cercana al fuego.

Sus cejas estaban fruncidas mientras hacía la parte un poco más difícil, hermosas cejas arqueadas sobre su rechoncha y regordeta cara. —Después del almuerzo, antes de las oraciones de mediodía.

—¿Tienes un horario?

—Por supuesto. Tienes que mantener la mente y el cuerpo ocupados. Las manos ociosas son los juguetes del diablo. Levantarse, vestirse, estirar, desayuno, una caminata rápida por el castillo para la digestión, elogios, refrigerio a media mañana si está disponible, una visita a algunos de los residentes mayores, o inspección de la lavandería, reparación, etc. Discusión con Lady Carlisle o el Marqués Belloq, almuerzo, rezar una oración rápida esas preciosas almas que hemos perdido desde nuestro confinamiento aquí, revisión de las tiendas o, alternativamente, revisión de los criados, un recorrido por la lamentable vegetación restante en el patio, mirar si hay algo para arreglar o decorar...

—Dios —dijo la princesa. —Tienes cada minuto del día planeado.

—Me volvería loca si no. —dijo la señora, a medio aliento. —Y a más personas les iría mejor si lo hicieran— añadió intencionadamente.

La princesa detuvo su trabajo y mordió su labio, mirando a la divertida mujercita. Algunos de los nobles, como Brodeur, habían caído en extraños excesos durante el confinamiento, pero todo el mundo trataba de evitar que Aurora se enterara. Aquí estaba Jane, una simple anciana sensata que, a pesar de ser un poco aburrida y bastante crítica, se había adaptado a la vida en el Castillo de Espinas lo mejor que pudo y se hizo útil donde pudo. Nivelado.

Aurora tocó la bolsita de su castellana. Había decidido no decirle a nadie acerca de la pluma desde el incidente con Brodeur. Pero esta prudente mujer de bajo perfil no parecía el tipo de persona quien haría un escándalo. Como Brodeur.

Después de un momento, ella llegó a una decisión y sacó la pluma.

—Esto...Lady Astrid... ¿qué piensas de esto?

Y por primera vez, la mujer lucía atónita.

Su cara se suavizó cuando la vio, cayendo en algo como maravilla.



—Luce...fresca— dijo suavemente. —No con años y años de antigüedad. Y es tan...imperfecta para ser mágica. Luce como si fuera del Ext...

Ella comenzó a extender la mano para cogerla y luego curvó los dedos en el último momento.

— ¿De dónde la obtuvo?

—No estoy segura de que pueda decirlo. —Aurora admitió, pensando en la reacción de Brodeur. —¿Sabes qué tipo de pluma es? ¿O de qué pájaro viene?

—¿Parezco una especie de experta en animales, en pájaros y otras cosas aladas?— Astrid preguntó bruscamente, recuperando la compostura. —Dado que...no puede ser... del exterior...voy a asumir que es de una paloma o una de esas otras ratas voladoras que acechan el patio.

Volvió a su trabajo.

Aurora miró la pluma con tristeza.

—Yo no hablaría con nadie más...dentro del castillo acerca de la pluma, Su Alteza. —la señora agregó en voz baja después de un momento. —Si me lo preguntas, la gente está un poco tensa y revuelta...y las paredes tienen oídos. Su, bendita, tía nos ha salvado a todos, pero se pone muy susceptible a todo lo que tenga que ver con el Exterior. Por una buena razón, supongo. Mantendré su secreto...Hay otros que no lo harían.

La princesa asintió...otra vez con tristeza. Ella deseó haber hablado con Astrid antes del último baile. ¿El conde Brodeur ya le habría dicho a alguien su secreto? O peor ¿se lo habría dicho a su tía?

Lo más probable es que Aurora no se metiera en problemas, pero el pobre jugador ... En ese momento él estaba reteniendo su ira por su embriaguez pública. ¿Cuánto peor podría ser para él si su tía se enterara de que salió al Exterior?

Aurora guardó la pluma y volvió a coser.

Era mejor, ella supuso, que no hacer nada en absoluto.

Los días previos al baile fueron particularmente sombríos. Aunque a veces los días eran difíciles de contar, con el poco sol, sin luna y con relojes que no marcaban las horas de ninguna manera que tuviera sentido.



Pero incluso con el mundo cambiado, las estaciones vueltas locas, la luna desaparecida, y las enredaderas protectoras que mantenían a los habitantes del castillo a salvo del mundo antinatural que rugía en el Exterior... todavía había algunas señales del curso del tiempo.

Al comienzo de cada año de su confinamiento, por ejemplo, una extraña campana sonaba en todo el país. Golpeaba una o dos veces por día por varios días, sus reverberaciones duraban horas seguidas, aumentando gradualmente y resonando en los pasillos hasta que todos estaban bastante conmocionados y enloquecidos. Todos, desde el campesino más bajo hasta la propia Aurora, se tapaban los oídos con lana y se escondían debajo de las almohadas tratando de escapar del sonido. Incluso Maléfica parecía estar apretando los dientes, nerviosa.

El paso de las semanas podía percibirse realizando un seguimiento cuidadoso u observando cómo la propia reina crecía y menguaba.

Al final de cada baile estaba sana, enérgica y su magia era más poderosa: durante muchos días después, las comidas fueron interesantes y fantásticas, se convocaron nuevas distracciones, se renovó la ropa y las tiendas se reabastecieron. Todo el mundo se regocijó y la vida en el Castillo de Espinas fue soportable durante un tiempo.

Pero...al poco tiempo...la reina comenzó a verse más cansada, con profundas sombras bajo sus ojos y una languidez que sobrepasaba su habitual demostración de hastío en los días más alejados de una fiesta.

Todavía se servían las comidas, pero la comida era gris, blanda y difícil de recordar. Los fuegos, velas y linternas, que ardían todas con combustible mágico, se apagaban. Las personas se agrupaban más cerca de ellos y se iban a la cama más temprano, aterrorizados ante la idea de que podrían irse por completo. Entre el color gris constante del torreón y las comidas extrañamente olvidables, el tiempo perdía su significado por completo y la gente comenzaba a perder cualquier esperanza que les quedara. Flotaban por los pasillos como fantasmas, silenciosos y sombríos. A menudo esto era cuando finalmente se daban cuenta de que alguien había desaparecido de sus decrecientes filas, y encontraban el cuerpo de alguien que simplemente no pudo soportarlo más.



En esos tiempos, cuando la moral en el castillo era la más baja, cuando incluso los aldeanos parecían rendirse con sus pequeños jardines y las cosas se llenaban de polvo por falta del cuidado de los sirvientes y nadie los reprendía porque nadie tenía la energía, en esos momentos, Maléfica le pedía a Aurora que cantara.

Para todos.

Todos se reunirían en el gran salón: nobleza y realeza al frente, por supuesto, en sillas y cojines dispuestos para ellos. Detrás de ellos estaban la nobleza menor y los artesanos, comerciantes y hombres libres restantes, en taburetes y alfombras. Luego los villanos, los campesinos y los sirvientes, dondequiera que pudieran caber. Todos olvidarían su hambre, su encierro, su creciente locura en el momento en que su voz hiciera sonar la primera nota.

La princesa cantaría durante horas, para todos, en un momento en el que menos quería ver a nadie, y mucho menos cantar.

—No puedo hacerlo esta vez, Lianna.

Aurora estaba sentada, desplomada más bien, en su silla con cojines rosas, su cabello alrededor en muy ligeros enredos, lo que era tan desordenado como su doncella jamás lo dejó.

Lianna miró a su princesa con ojos impasibles. Ella era la única que parecía no verse afectada por ese estancamiento y tenía poca paciencia con los que sí.

—Debes— dijo simplemente. —Es una distracción agradable y muy necesaria para la gente.

—¿Distracción? — Preguntó Aurora, momentáneamente despertada por la extraña elección de palabras.

Lianna se encogió de hombros con impaciencia. Cogió su cepillo y empezó a cepillar. “De su depresión o tristeza o lo que sea. Sea lo que sea que los tiene a ustedes tan bajos. Y además de ser algo agradable, tu reina te lo pidió. Deberías obedecer, felizmente ”.

—Lo sé— suspiró la princesa, hundiéndose de nuevo. —Yo solo... lo odio. Odio estar frente a todos...cantar... cantar es algo que hago. Para mí. Siento que estoy en exhibición allí.



—Estás en exhibición— dijo Lianna con su habitual franqueza. —Eres su hermosa princesa. Un faro brillante de esperanza. Te dieron belleza y canción y un título real y...un cabello absolutamente hermoso. Estar expuesta es uno de tus deberes. Y hablando de cabello...

Cogió un único y largo mechón dorado y empezó a cepillarlo sistemáticamente.

—No pedí ninguna de estas cosas— murmuró Aurora. Sacó la pluma de su castellano y empezó a enrollarla desganadamente entre sus dedos.

—Nadie pide las cosas que se le dan, la mayor parte del tiempo. No pedí...cabello negro... o ... mis pies torpes... o ... lo que soy ahora. Dónde estoy ahora. ¿Preferirías ser una sirvienta obligada a fregar todo el día? ¿O uno de esos campesinos que fingen que todavía estás cultivando la tierra? Es bastante ridículo, ¿sabes? De hecho, escuché a varios de ellos hablar sobre la posibilidad de criar esas tristes y tontas ovejas que tienen en ese ... zoológico de mascotas, tratando de salvar la línea. Y los caballos.

Aurora sonrió con complicidad.

—No te gustan mucho los animales, ¿verdad?

Su doncella se encogió de hombros.

—Supongo que tienen sus usos.

—Los amo. Ojalá hubiera más de ellos. Ojalá...—Se detuvo, pensando en lo que Maléfica había dicho sobre los deseos. Liannaladeó la cabeza hacia la princesa con curiosidad. Aurora rápidamente cambió de tema. —¿Tu... tuviste alguna vez una mascota o algo? ¿Dónde creciste?

La niña dejó de cepillarle el cabello. Sus ojos se desenfocaron, como Aurora nunca había visto antes. Su rostro se suavizó ante un recuerdo invisible.

—Yo ... tuve un pájaro una vez. Un cuervo.

Aurora parpadeó sorprendida. Se quedó tan quieta como le fue posible, no queriendo molesta a Lianna y sacarla de su historia.

—Él había caído fuera de su nido. Un polluelo. Sus plumas de vuelo aún no habían salido. Lo recogí y lo llevé a casa. Lo crié como un bebé.



Sin darse cuenta, Lianna estaba imitando los movimientos de lo que había hecho, haciendo que sus manos metieran al pájaro invisible en un paño suave, llevándolo con delicadeza.

—Él vivió. Se convirtió en un pájaro adulto fuerte y saludable, con plumas de ébano y un pico amarillo brillante. ¡Qué ojos tan brillantes también! Iba conmigo a todas partes. Se sentaba en mi hombro. Se sentaba en el respaldo de mi silla, detrás de mí, durante las comidas. Él nunca se fue de mi lado...

Lianna se apagó, perdida en la memoria.

Aurora no quería romper el hechizo, pero no pudo evitar preguntar.

—¿Qué...pasó con él?

Y el hechizo se rompió.

Su doncella se sacudió. —Fue convertido en piedra. Por un hada. Una estúpida, estúpida hada. Lo único que amé en mi vida y ella lo mató.

—Lo siento mucho— dijo Aurora, extendiendo la mano para estrechar la mano de Lianna. —Parece que las hadas no hacen más que maldad. A todos nosotros.

La otra chica miró la mano de su princesa que agarraba la suya, luego miró hacia el rostro de Aurora. Una extraña corriente confusa de emociones se cruzó con la suya.

—Conozco una canción sobre cuervos— dijo Aurora alegremente. —La cantaré esta noche, solo para ti. En memoria de tu amigo.

—Gracias, alteza— murmuró Lianna. Ella también sonrió, una genuina y rara sonrisa de corazón.

No acostumbrada a la expresión, su rostro solo permitió que la mitad de su boca se inclinara. Pero si la princesa real pudiera traer incluso un poco de felicidad a la gente esta noche, como lo hizo con su doncella, absolutamente lo haría.

Y lo haría con gratitud y alegría cada vez que Maléfica se lo pidiera, decidió Aurora.

No importa cuánto lo odiara.



Capítulo 8: El Pájaro Azul de la Felicidad

EL CONCIERTO FUE UN GRAN ÉXITO. Aurora cantó bellas canciones que hicieron a la gente suspirar maravillados, canciones tristes que hicieron a la gente llorar por cosas que nunca serían realidad, canciones divertidas y casi obscenas para traerlos de vuelta del abismo. Cuando cantó “The Raven of the Evercliffs,” ella miró a Lianna. Los ojos de su sirvienta se mantuvieron abiertos y sin pestañar durante toda la canción.

Como repetición sorpresa, un pequeño sirviente cantó una simple balada country que hizo que todos aplaudieran y gritaran. Aurora lo sostuvo alto en sus brazos para que toda la multitud pudiera ver. Por una noche, al menos, todos estaban felices de nuevo. Había un poco de esperanza en el Castillo de las Espinas una vez más, suficiente para llevarlos al siguiente baile. Incluso Maléfica pareció alegrarse.

Todo esto fortaleció la nueva resolución de Aurora y cristalizó sus intenciones. Ella ideó un Plan. Un Plan para mejorarse a sí misma. Para mantenerse ocupada (como Lady Astrid). Para hacer lo que quedaba del mundo mejor para los que la rodean (como Lianna)

El plan era el siguiente: cada mes trabajaba en una cualidad que sentía que le faltaba hasta convertirse en una mejor persona. Primero fue la Gratitude. Luego fue Paciencia. Después de eso fueron los Pensamientos Puros.

Hizo un montón de listas maravillosas repletas de ideas para ejercitar cada parte deficiente de su psique. Fue mucho más fácil que las matemáticas.

Una de sus primeras tareas pendientes de Gratitude fue dar un discurso de agradecimiento en el Baile de Oro como sorpresa para su tía.

—Y te damos las gracias, amable reina...

Aurora sostuvo el discurso cuidadosamente escrito en su mano derecha y movió su mano izquierda por su cuerpo, indicando una multitud imaginaria. No se sintió bien. Debería estar señalando a la reina, no a la audiencia. O tal vez si ella solo enfatizara el nosotros.



—¡Te agradecemos, amable reina, por nuestra seguridad, nuestra salud, nuestro bienestar, nuestras mismas vidas! Sin su previsión y amabilidad, estaríamos tan muertos como el mundo que nos rodea, tan extintos como los conejos...

Ella vaciló en esa palabra. Trató de no pensar en el naipe con la tierna cosa de pelaje marrón levantando la nariz hacia la chica de cabello dorado, que se parecía tanto a ella. Trató de no pensar en cómo se vería el animal en la vida real, si realmente era tan amigable, si su pelaje era suave, si su nariz se movía o se quedaba quieta....

—Extintos como los conejos.— ella comenzó de nuevo, tomando un respiro. —Por...

Un movimiento parpadeó en los límites de su visión. En la base de su escritorio, al lado de una de las largas patas que irónicamente terminaban en patas.

Allí, por supuesto, había un conejo.

De alguna manera había sabido lo que era antes de incluso dirigir su mirada hacia allí. Y ahora que lo había hecho, sintió su corazón latir fuera de control, su respiración atorada en su garganta.

Lucía exactamente como la imagen y, a la vez, no se parecía en nada. Sus ojos eran cafés, grandes, brillantes, y mayormente, vacíos. Se inclinó hacia adelante, vacilante, para olfatear la pata del escritorio, echando atrás sus bigotes y sus tontas orejas largas.

El volteó su cabeza para mirar directamente hacia Aurora. No tenía cola, solo una nube de blanco estúpidamente entrañable en su trasero.

—Tú no eres real. —Aurora dijo, esperanzada y dubitativa. —Están extintos.

El conejo ladeó su cabeza e hizo girar sus oídos como un molino de viento. Si ella no lo hubiera conocido mejor, podría haber pensado que su cara de animal estaba mostrando el equivalente a una sonrisa.

Oh, ella quiso tocarlo.

Quería inclinarse y extender la mano, como hacía con las pocas cabras y ovejas que nacían en el castillo cada año. Quería ser la chica de la imagen y que respirara su aliento cálido y húmedo en la palma de su mano.



Ella pensó en las palabras de Maléfica. Acerca del Exterior encontrando formas inesperadas para entrar en el castillo. Sobre la implicación de que ella era más débil que la mayoría a este respecto debido a sus padres, debido a su sangre malvada y contaminada.

Aurora cerró sus ojos.

—Tú no eres real.

Cuando ella los abrió, el conejo se había ido.

Lo que sintió entonces no tuvo nada que ver con el alivio o el agradecimiento. Era como si todas sus pequeñas reservas de energía, de esperanza, de felicidad, ahora de repente fueran drenadas a la fuerza de ella hacia el suelo. Dejó que el discurso cayera en un triste aleteo y se acostó en su cama, demasiado vacía para hacer otra cosa.

Lianna estaba empezando a preocuparse por Aurora.

Incluso intentó concertar una cita entre la princesa y Cael; difícil, porque él no podía leer las notas que ella le enviaba. A Aurora simplemente no le importaba mucho. El mozo de cuadra siempre estaría ahí. Él estaría allí el próximo mes, si a ella le importaba para entonces. Y también el baile. Y también los músicos y la comida, y luego habría otro mes....

—Además, los chicos del establo no son buena pareja para una princesa real— dijo en voz alta, imitando la voz y el dramático discurso de Maléfica. Se sentó sola en su escritorio, jugando con su pequeña pila de tesoros ilícitos — las tres cartas que había logrado conservar, la pluma azul — en lugar de trabajar en matemáticas o en sus listas. —Todos están sucios y trabajan con animales y viven afuera y...

Ella se detuvo, y no fue para preguntarse—como ocasionalmente hacía— con quién podría hacer una buena pareja, desde que todos los príncipes del mundo estaban muertos. No, era un turbio e intrigante pensamiento, que involucraba a chicos de establo y a animales.

Ella sacó la pluma, y la miró.

Lady Astrid tenía razón. Ella no podía hablar con nadie de dentro del castillo acerca de eso.

La anciana lo había dicho de manera muy específica y cuidadosa.



El mozo de cuadra no estaba dentro del castillo. Vivía en el establo. En el patio.

Y sabía algo sobre animales. Aves, tal vez...

Era una idea interesante. Una idea que, de hecho, involucraba hacer algo. Una acción de algún tipo. Que era donde normalmente las cosas se desmoronaban para Aurora. Las acciones eran agotadoras. En su mayoría, le parecía mejor acostarse en su cama y pensar en acciones. La sola idea de levantarse estos días parecía agotadora e irrazonable.

Algunas veces ella tenía que sorprender a su cuerpo para hacer algo.

Así que, sin pensarlo, saltó de la cama y se abrochó la castellana al cinturón. Se apuró para encontrar a Lianna antes que pudiera encontrar alguna razón para cambiar de idea. La sirvienta estaba sentada frente a la mágica chimenea que no usaba madera, sólo mirándola, calentando sus manos.

Lo que habría sido extraño si Aurora no supiera que ella venía de un país caluroso.

—Creo...creo que me gustaría tener una palabra con el chico del establo, después de todo. —Aurora dijo. No era una mentira.

Pero ella aún sintió culpa cuando, la usualmente pasiva Lianna, se paró inmediatamente, alegría y picardía en sus grandes ojos negros.

—Saldremos afuera a través de la cocina de verano. — dijo ella, estrechando las manos de la princesa entre las suyas. —¡Vamos! Cuando bajemos al patio exterior, correré y prepararé el camino. Diremos que solo está visitando a los animales, como le encanta hacer.

Las dos chicas se apresuraron a través de los pasillos, tomadas de la mano. Cuando una matrona de aspecto impasible de la nobleza menor dobló una esquina, las chicas inmediatamente bajaron la velocidad a un paso más decoroso, asintiendo serenamente hacia la mujer. Tan pronto como se perdió de vista, volvieron a correr.

—Espere aquí. Le hare una seña desde la ventana de la lechería cuando sea seguro. — dijo Lianna, ante la puerta del patio. Empezó a abrirla, luego se detuvo y se volvió, repentinamente invadida por la conciencia. —Haga lo que haga...no lo haga...no haga nada que la avergüence. Es solo un mozo de cuadra.



Aurora sonrió. —Planeo solo hablar. Sin embargo, gracias por tu preocupación—apretó el brazo de Lianna. —Eres una buena amiga.

La chica ladeó su cabeza hacia Aurora con una ilegible expresión; la princesa no podía evitar recordar al conejo imaginario que había visto. Entonces Lianna se alejó a través de la oscuridad negra-verdosa del patio. No pasó mucho tiempo antes de que su cabeza se asomara por el camino y agitara la mano frenéticamente, como una niña pequeña.

Aurora agitó su mano en respuesta y atravesó la puerta.

No le gustaba salir del castillo; sólo la perspectiva de acariciar a los animales podía sacarla de allí. A pesar de su añoranza por el sol, el cielo y la libertad, se sentía más segura bajo montañas de fría roca gris. Dentro, casi se podía olvidar que había un Exterior, que algo le había pasado a ese Exterior.

En el patio y en la muralla exterior, no había posibilidad de olvidarlo.

Enredaderas gigantes negras y verdes, algunas tan anchas como la altura de un hombre, se arqueaban por encima de los muros del castillo. Se entrelazaban, unían y entretejían en patrones extrañamente nauseabundos. Espinas gigantes, algunas del tamaño de una espada, apretaban, desgarraban y mantenían las enredaderas juntas; la piel de las plantas se fruncía donde estas perforaban, casi como si fuera doloroso. Unas pocas hojas delgadas y de aspecto poco saludable decoraban la parte inferior de las ramas más grandes, como si fueran simplemente una ocurrencia tardía de las monstruosas plantas.

Todo el patio y todos los patios estaban bañados por un crepúsculo perpetuo. En los días buenos lo atravesaban estrechos rayos de sol, pero incluso aquellos parecían enfermizos, cuando llegaban al suelo. Los campesinos se las habían arreglado para arreglar jardines largos, delgados y de aspecto infeliz que recorrían la ruta de la débil luz que los atravesaba.

Aurora se apresuró con tanta delicadeza como pudo, tratando de no cerrar los ojos. Envolvió su chal con fuerza a su alrededor.

Un campesino había muerto al caer a una espina.

Tan pronto como estuvo bajo el saliente del establo — en un momento necesario, cuando la limpia lluvia cayó libremente del cielo — respiró profundamente. Se suponía que las princesas reales no debían mostrar miedo. Pero solo cuando estuvo bajo la cobertura de la sombra real de la madera



maciza muerta y de las paredes de piedra, y envuelta con la humedad de los interiores fríos y oscuros y el aliento de los animales en su interior, se sintió segura.

Una vez recuperada, se volvió para acariciar a Fala, que ya era vieja cuando el mundo fue destruido; ni siquiera el campesino de corazón más duro pensaría en deshacerse de ella ahora. Aurora besó la cálida nariz de la yegua y le acarició el hocico debajo de sus ojos ciegos. Luego, lentamente, como si fuera un asunto a lo que ella tenía que atender, se adentró en el establo.

Olía fuertemente a un heno extraño y mágico, a estiércol de caballo y vaca, a cuero, a aceites y a humanos que no se bañaban con tanta frecuencia como una princesa real. A ella no le importaba.

—¡Su Alteza!

Cael salió de la penumbra, ya no llevaba las buenas galas que le habían prestado. Con una túnica holgada y unos leggins antiguos cuidadosamente atados, aún tenía una figura igual de hermosa. En su propio territorio, ciertamente tenía más arrogancia y fanfarronería.

—Cael—, dijo Aurora, inclinando suavemente su barbilla. Si se trataba de una cita real, ilegal, no autorizada, ¿qué vendría después? ¿Terminaría con él tratando de besarla? ¿La llevaría a un montón de heno limpio, como había oído susurrar a algunas de las criadas?

—¿Cómo puedo servir? — preguntó, con un brillo en sus ojos. —Me temo que hoy no es el mejor tiempo para dar una vuelta por el reino. Con los monstruos y demonios y todo muerto y eso.

—Sí, soy consciente de las circunstancias actuales del mundo en el que vivimos. Vine a hacerte una pregunta. ¿Qué es esto?

Sacó la pluma de la bolsa plateada de su castellana y la levantó.

—Vaya, es una pluma, Su Alteza— comenzó a bromear Cael. Luego se detuvo, de repente mirándola con más fuerza.

Se la quitó sin preguntar. Aurora vio la mirada intrigada en sus ojos. — Bueno, golpéame los flancos, es una pluma de pájaro azul. ¿Dónde lo consiguió?

—¿Cómo sabes que es de un pájaro azul? — preguntó ella, ignorando su pregunta.



—Soy algunas temporadas mayor que usted—dijo, tocándose el mechón en una especie de saludo. —Mis recuerdos todavía están nublados, como los de todos nosotros. Pero cuando era un bebé, recuerdo que me dejaron afuera solo con mis hermanos, que se suponían que me cuidaban, con un trozo de pan para el almuerzo. Los pájaros vinieron a picotear mis migas. Gorriones y otros más, e incluso un par de estos tipos, tan azules como el cielo en un día de invierno.

Aurora escuchó su historia con asombro. Imagina tener pájaros como compañeros de juego...

—¿Puedo preguntar de dónde sacó esto, alteza? No parece que haya salido de un sombrero, un alfiler o una capa ... es demasiado pequeño y no está aplastado en absoluto.

—No creo que pueda revelar eso— dijo lentamente, retirándola.

—Oh, sí— dijo lentamente el mozo de cuadra. —Pero...si...es de afuera...

Aurora lo miró con dureza.

—Le ruego que me disculpe—, murmuró el chico, mirando hacia abajo, y de repente parecía años más joven. —Sería...un milagro...un regalo del cielo...saber que todavía hay pájaros azules.

Aurora sintió que se derretía. Aquí se sentía enjaulada e inútil, como una princesa que pasó toda su vida dentro de los muros del castillo, y allí estaba él, uno de los muchos que habían vivido la mayor parte de sus vidas afuera. Aquellos que sabían lo que se estaban perdiendo, incluso si no podían recordarlo con precisión. Quien, de alguna manera, había perdido mucho más que ella.

Ella se acercó y le estrechó la mano.

Él la miró sorprendido.

—Por mi honor, tan pronto como resuelva este pequeño...misterio, les dejaré entrar— prometió. —Tan pronto como escuche noticias sobre...la seguridad de salir afuera, te lo haré saber. Yo misma.

—G-gracias, Su Alteza— tartamudeó. Le ofreció una reverencia espontánea y entrecortada.

—Buen día, Cael— dijo con un asentimiento real con la cabeza.



—Que tenga un buen día, Alteza— dijo solemnemente. —Eres...tan sabia y amable como hermosa.

El resplandor que se elevó en sus mejillas la calentó en el camino de regreso al castillo. Puede que no fuera su chico favorito en el castillo, pero era un chico. Y se sintió bien.

Un extraño y rápido silbido la hizo mirar hacia arriba.

Lianna estaba de pie, por lo demás inmóvil, cerca de la puerta de la cocina de verano, con una canasta sobre un brazo como si tuviera la intención de hacer algo útil. Dos chicas molestas y chismosas estaban con ella: nada menos que la señorita Laura y su acompañante, la única Lady Malder, un poco mayor. Ninguna de los dos había visto a la princesa todavía.

Lianna negó con la cabeza muy levemente. Aurora no podría regresar al castillo de esa manera.

La princesa se mordió el labio y rápidamente corrió hacia la pared de piedra, presionándose contra ella tan cerca como se atrevió, sin arruinar su vestido. La siguiente entrada estaba en el lado completamente opuesto, donde las camareras iban a vaciar las ollas y los cocineros tiraban los despojos. Apestaba, pero nadie la vería allí. Se apresuró con todo el cuidado que pudo, manteniendo la cola de su vestido fuera del polvo.

Al doblar la esquina, vio a uno de los sirvientes de Maléfica husmeando alrededor de la puerta.

¿Fuera de servicio?

¿Podían acaso estar fuera de servicio?

Estaba de rodillas y manos, olisqueando en el basurero como un animal. Aurora tuvo que girar la cabeza cuando él encontró un trozo de entrañas y lo sacó del montón, estirándolo hasta que el tubo de carne se partió.

Sosteniéndose la nariz y con arcadas, pasó junto a la puerta. La última entrada, que era poco probable que estuviera vigilada, era un pasaje secreto que alguna vez existió para escapar rápidamente en caso de invasión. Casi todo el mundo lo conocía ahora; quedaban pocos secretos entre la población restante. Pero rara vez se usaba porque las escaleras estaban resbaladizas, los túneles oscuros y húmedos...y pasaba directamente por la cámara donde estaban encarcelados el rey Stefan y la reina Leah.



La princesa apartó lo que parecía ser un juego de barriles pesados con la lluvia, y entró de mala gana en el agujero que goteaba, que estos revelaron. Descendió lentamente, casi resbalando dos veces en los primeros metros y sacudiéndose mucho la cabeza. Maldijo, usando una palabra que había escuchado a Cael usar una vez, y descubrió que la hacía sentir un poco mejor.

El camino por delante estaba a oscuras, pero no había forma de que pudiera perderse; solo había un camino para recorrer. Y seguía diciéndose esto mientras avanzaba lentamente, con una mano en cada pared viscosa para estabilizarse.

Trató de distraerse con lo trascendental que había aprendido recién: que la pluma era de un pájaro azul. Un pájaro que solo existía en el Exterior...

...Un Exterior que se suponía que era un páramo, desprovisto de todo, salvo la vida más nociva y malvada.

Un Exterior al que aparentemente el juglar había escapado y del que había regresado, no del todo peor salvo por su desgaste. ¿Pero todavía existía la posibilidad de que solo estuviera borracho y enojado? ¿Que simplemente había encontrado una pluma en alguna parte y había inventado esa loca historia?

Bueno, entonces la vida continuaría. Como lo había hecho.

Pero si realmente hubiera estado en el Exterior...y si las cosas estuvieran vivas allí...

La princesa recogió el dobladillo de su falda mientras caminaba delicadamente sobre un charco de lodo. Ahora había una pequeña luz que la alcanzaba desde las antorchas parpadeantes en la mazmorra anteriormente dichas. Se apoyó en la pared del fondo hasta las escaleras del otro lado, sin querer ver o ser vista por los prisioneros.

Y luego...escuchó voces. La voz de su tía. ¿Y sus padres?

Redujo la velocidad y se apretó contra la fría pared negra para escuchar y mirar.

—Oh, ya es suficiente—dijo Maléfica con un cansado, aunque dramático, movimiento de sus brazos. —No hay salida. Eventualmente morirán. Y yo viviré de nuevo.

—Pero nuestra hija...— dijo la vieja reina, acercándose y sosteniendo las barras. Casi sonaba como si a ella le importara.



—¿Su hija? — Maléfica preguntó, su voz elevándose con dramática sorpresa. —¿De verdad? ¿Qué clase de madre amorosa entrega a su hija a las hadas durante dieciséis años?

Aurora frunció el ceño. Eso estaba mal. Ellos la entregarían a las hadas a los dieciséis años, no durante dieciséis años.

—¡Fue para protegerla! — El rey Stefan protestó.

—¿De verdad? — Maléfica se giró, arqueó los brazos y los dedos como un animal y bajó sus ojos amarillos a su nivel. —¿No se te ocurrió otra forma de “proteger” a tu hija? ¿Mejores guardias? ¿Paredes más altas? ¿Runas y hechizos dentro del castillo? ¿De verdad? Déjenme decirles algo, queridos.

Bajó la voz y habló con un siseo a través de unos labios que apenas se movían.

—Pueden pensar que soy más malvada que cualquier demonio que haya caminado sobre esta tierra. Y puede que tengan razón. Pero si alguna vez tuviera una hija, pueden estar seguros de que la mantendría cerca, le enseñaría bien, la instruiría en las artes de la magia y la haría lo suficientemente fuerte y poderosa para protegerse a sí misma, y nunca dejaría que nada viniera entre nosotros.

Aurora sintió algo extraño en su interior. Maléfica nunca había esto tan descontrolada, tan furiosa. Sus palabras sonaban de alguna manera más verdaderas ahora que en todo su discurso dramático y cuidadosamente compuesto.

—O— Maléfica se recuperó. Se enderezó de nuevo a su completa altura y se ajustó la capa. —O admitan la verdad entre ustedes mismos. No importa mucho de cualquier manera, porque al final, ustedes en realidad siempre quisieron tener un hijo.

Y con eso, se dio la vuelta y salió del calabozo.

Aurora estaba tan confundida que no se molestó en intentar esconderse. Su tía casi tropezó con ella.

—Aurora—dijo con su voz normal, levemente sorprendida. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo...estaba jugando al escondite con algunos de los niños de los sirvientes—balbuceó.



Nunca antes le había mentado a Maléfica. Pero escuchar esa conversación la había puesto nerviosa.

—Oh—dijo su tía, aceptando su explicación, pero aún confundida. —Eso es bastante... gentil de tu parte, querida. Sin embargo, no los animaría a esconderse aquí. No sea que caigan bajo el hechizo maligno de tus padres.

—O del juglar —añadió Aurora rápidamente, aliviada de que su mentira fuera recogida tan rápidamente.

—¿El juglar? No está aquí.

—Pero él no está en las empalizadas, así que asumí...

—Oh—, el rostro de Maléfica se transformó en una máscara de tristeza. —Se ha ido, cariño. Aparentemente, el pobre tonto borracho realmente logró salir afuera de alguna manera. Pensé que eran solo sus habituales divagaciones borrachas...

—¿Qué? — Apenas se contuvo a sí misma de agregar, así que era verdad...

Maléfica la miró con ojos inteligentes e ilegibles. —Salió y regresó, hace más de un mes. Yo misma descubrí la verdad. No tengo idea de cómo lo hizo. Hay un agujero en la seguridad en alguna parte. Debo volver a lanzar mis hechizos y protecciones. Quién sabe qué podría haber traído con él...

—¿Dónde está ahora? — Aurora respiró, pensando en su pluma.

—De vuelta en el Exterior. Donde quería estar tan desesperadamente. Para siempre, esta vez. Yo...no lo detuve.

Aurora sintió ganas de vomitar. Le dolía la cabeza. Ella tenía la pluma. ¿Debería decirle a su tía? Las lágrimas brotaron de sus ojos.

Maléfica la malentendió, extendiendo la mano para darle una palmada en el hombro.

—Querida. No llores demasiado. De todos modos, el tiempo que le quedaba aquí no era largo, de la forma en que estaba viviendo. Pero, y esto es importante, nunca debes hablar de esto con nadie. La gente tiene ideas divertidas, equivocadas... no hay nada afuera. Nada que te mantenga vivo por mucho tiempo. No queremos que nadie inicie rumores.

Se envolvió con la capa y empezó a marchar.



—Tía...— comenzó Aurora, sin estar segura de lo que iba a decir. Una admisión de todo. Algo sobre el juglar. Algo sobre una pluma. Preguntas sobre el Exterior.

Pero eso no fue lo que salió.

—¿Y si pudiera hacerlo? ¿Y si pudiera aprender magia? ¿Me enseñarías tus poderes? ¿Me criarías para ser como tú? ¿Y podríamos gobernar el mundo juntas, y tal vez volver a ser como antes? ¿Antes de que mis padres lo destruyeran? ¿Juntas?

Maléfica parpadeó una vez con sus lentos ojos amarillos. Quizás, por primera vez en la historia, un comentario irónico, una observación dramática o una broma sin sentido no se formó en sus labios.

Parecía incómoda pensando en la pregunta y se encogió de hombros.

—Pero no puedes—, dijo finalmente. —Simplemente no eres capaz, querida.

Y corrió escaleras arriba, su capa arrastrándose majestuosamente detrás de ella.

Aurora se hundió en las frías piedras. Ella no bajó a confrontar a sus padres. Ella no subió. Se quedó en la reconfortante oscuridad y lloró por cosas que ni siquiera podía nombrar.



Capítulo 9: Bailando Mientras el Mundo Arde

LA MAÑANA DEL BAILE DE “ORO”, Aurora estaba en la cama, como era usual.

Con el juglar que se había marchado, no había forma de que ella pudiera descubrir la verdad acerca del asunto. O estaba muerto, o estaba libre del castillo, viviendo con bandadas de pájaros azules mutantes o lo que sea, y en ningún caso regresaría.

Ella volteó con cansancio las blancas páginas de uno de sus libros. La parte trasera de su mente estaba jugando con la idea de desear que las imágenes de las páginas aparecieran. Con el deseo de que la oscuridad del Exterior entrara. ¿Qué sería peor que vivir en el castillo con la misma gente por el resto de su vida? ¿Peor que libros en blanco y padres odiosos? ¿Peor que ser confrontada cada día por tu propia estupidez—tan estúpida que incluso tu propia tía la trataba con condescendencia?

Ella imaginó el breve y glorioso momento de falso paraíso que el Exterior traería: pájaros, árboles, conejos y otros animales por todos lados, inundando los salones del castillo, cantando, ronroneando y saltando en el regazo de la gente— y luego todo explotó en un apocalipsis final y arrebatador cuando los monstruos entraron y todos murieron.

Suspiró, dándose vuelta sobre su cama. Ella sabía exactamente lo ridícula que estaba siendo. Como una princesa, una princesa viva, en el final del mundo, ella era infinitamente más afortunada que aquellos que habían muerto, y su vida era mucho mejor que la vida de la mayoría de los que quedaban.

Con gran esfuerzo, se empujó a sí misma hacia arriba hasta que estuvo sentada, al menos, en el borde de su cama. Su cabeza se sentía casada, con todo los terribles que le pesaban. Se sentía enferma—y esa idea la atraía mucho. De volver a meterse en la cama, dormir y tener a Lianna esperándola y luego yéndose...

Destellos aparecieron en las esquinas de su visión. Ella estaba aliviada y asustada a la vez; ella realmente estaba enferma.

A punto de desmayarse, incluso...



Pero los destellos no eran dorados o plateados, como normalmente eran cuando ella sentía mareada. Ellos eran rojos, verdes y azules.

Se fusionaron en tres bolas de color distintas en lugar de disiparse cuando ella tomó unas cuantas respiraciones profundas. Las bolitas bailaban por la habitación de una manera que sugería inteligencia: como si estuvieran investigando las grietas, las hendiduras, los recovecos y las rendijas. Como si estuvieran buscando a alguien o algo que pudiera estar escondido.

Mientras Aurora se arrastraba hacia su cama lejos de ellos, notó con indiferencia que cuando se acercaban a un objeto sólido, sus pálidas luces lo iluminaban y proyectaban su sombra. Como luces reales. No alucinaciones. Finalmente, las tres bolas debieron haber decidido que era seguro y se agruparon, flotando justo frente a Aurora.

Ella pestañeó, sus ojos se tomaron un momento para acostumbrarse al brillo tan cercano. Tan pronto como pudo ver apropiadamente otra vez, Aurora se dio cuenta que había algo en el centro de las luces.

Pequeñas cosas vivientes.

Las cosas lucían sospechosamente como pequeñas mujeres. Una en cada luz.

—Oh, cielos— dijo Aurora en voz alta, tratando de estabilizarse.

La primera habló. Su voz era demasiado aguda y diminuta para escucharla. Aurora negó con la cabeza y se señaló la oreja.

Las bolas se movieron un poco.

Luego, de repente, aumentaron de tamaño.

Ahora Aurora estaba frente a tres— aún pequeñas— damas voladoras envueltas en luz.

La princesa comenzó a asustarse. Esas eran hadas. Eso era suficientemente sorprendente. No quedaban otras hadas, excepto Maléfica. Y ciertamente ninguna buena...

Pero—mucho más importante—había algo terriblemente familiar acerca de ellas. Algo en su cuerpo las reconoció inmediatamente, pero su mente no; ella estaba abrumada por la necesidad de extender la mano y hacer que aterrizaran sobre ella. Para intentar abrazarlas.



¿Por qué?

—Este no es el mundo en el que se supone que debes vivir— dijo la verde. La voz seguía siendo muy aguda, pero Aurora pudo distinguirla esta vez.

La azul rodó los ojos. —Se te acaba el tiempo. Los años y las horas están enredados, es verdad, pero ambos van rápido. Si quieres salvarte a ti misma y a los que amas, necesitas averiguar cómo salir de todo esto.

—Despierta, tú no perteneces a este lugar. —la tercera, que estaba en la luz roja, intervino. —¡Despierta ya! ¡Haz algo!

Se oyeron pasos en el pasillo, el andar extraño y sincopado de Lianna. No, espera, un momento.... Aurora estaba dividida entre el pánico y la frustración.

—Tiempo de tomar su baño.

Su amiga apareció en la puerta sosteniendo una toalla y un cepillo.

Las hadas simplemente se habían esfumado. Como si nunca hubiesen estado allí, en absoluto. La princesa sucumbió pensativa a su baño. Ella accidentalmente había deseado... y algo había sucedido.

Aurora estaba gloriosa en su vestido dorado. Sin un rastro de envidia, Lianna declaró que era la más bella princesa que hubiese visto; de alguna manera las costureras se las habían arreglado para crear un vestido perfecto, varios tonos más claros que su cabello, y que brillaba cuando se movía. Con su cabello recogido en intrincados bucles de trenzas y una diadema dorada en la parte superior, la princesa real era una imagen del sol mismo, su esclavina y sus faldas como rayos que acababan de tocar la tierra.

Probablemente. Ninguno podía recordar el sol.

Aurora hizo su discurso de gratitud y agradeció a su tía con una verosímil emoción. Y al final, ella de hecho se sintió de la manera que lo había hecho cuando lo había escrito.

La reina usaba cuernos dorados esa noche, en deferencia al tema. Mantuvo su mirada modestamente inclinada durante el discurso, y luego agradeció calurosamente a su pupila cuando terminó. Los cuervos celebraron. Todos parecían un poco más salvajes esa noche. Los bailarines danzaban más rápido y fuerte. Los músicos tocaban como si el demonio estuviera tras de ellos ahora que su líder se había marchado de verdad. La risa era demasiado fuerte y la bebida demasiado copiosa.



El tiempo finalmente pudo haber pasado factura a los sobrevivientes en el castillo.

Aurora lo miró distraídamente desde su lugar habitual junto al trono de Maléfica, pero en realidad no estaba prestando atención.

¿Y si las hadas fueran en realidad demonios malvados del Exterior que intentaban entrar? ¿Y si hubieran descubierto que su mente era débil, como la del juglar borracho? Un recipiente perfecto y flexible sobre el que trabajar su maligna influencia. ¿No estaba pensando en lo maravilloso que sería si todos murieran antes de que llegaran las hadas? ¿Qué tipo de persona pensaba ese tipo de cosas?

¿Quién imaginaba abrir una puerta y dejar entrar la muerte?

Una nueva idea interrumpió esta familiar espiral de pensamientos con la que se había estado torturando.

¿Qué tal si ella no era la única persona a que se le aparecían esas visiones?

¿Y si había otras mentes en el Castillo tan débiles y enfermas como la suya —propensas a pensamientos autodestructivos— portales del mal?

Como la del juglar...

Aurora miró de un lado a otro sobre la multitud de tonos dorados, buscando algo. Algún signo de una mente débil o malvada. Nada se reveló de inmediato.

La risa estaba casi al borde de la histeria, pero eso podría haber sido un alivio de que las cosas volvieran a ser... "normales". Si cuestionaban la fuente de su banquete mágico, los huevos de codorniz dorados y las sopas doradas, al menos se lo estaban comiendo. Si los músicos hubieran sentido dolorosamente la ausencia del juglar, aún estaban tocando las notas para los bailarines dorados que giraban. No había una nota fuera de lugar en ninguna parte, real o metafórica.

—¿Por qué no estás bailando? —Maléfica preguntó. Agarró una copa de oro que contenía un vino negro espeso.

Sus ojos estaban ensombrecidos, y sus movimientos eran lentos. Sería ella misma otra vez, en unas cuantas horas...



Aurora mordió su labio. Estaba casi abrumada por una sensación de déjà vu que la ahogaba. Ella había hecho esto antes. Al menos una vez. Probablemente lo volvería a hacer en el próximo baile. Y una y otra y otra vez ...

El pánico crecía en su cabeza y no estaba segura de qué hacer con él.

—Ve— dijo su tía, moviendo su muñeca imperiosamente, ahuyentándola. Aurora asintió con la cabeza y se alejó obedientemente, contenta de tener una orden que seguir y darle a su cuerpo algo que hacer.

Pero su mente no estaba en el baile. Estaba en las hadas y las traidoras y en como realmente era el Exterior. Estaba en lo que le había pasado al juglar, en la pluma y en su tía. Sus pies estaban meramente siguiendo el movimiento sin alegría. Nadie lo notó de todas formas; la innata gracia de la princesa, la habilidad, la belleza y la elegancia la hacía la más hermosa bailarina de la habitación sin siquiera tener que intentarlo. Las antorchas doradas se reflejaban miles de veces en los suaves pliegues dorados de su vestido; sus zapatos dorados brillaban como llamas de velas.

El conde Brodeur la evitaba como la plaga, sin siquiera mirarla a la cara cuando ellos dieron vueltas en medio de un set. En medio de una interminable danza en cadena, Aurora vio a Maléfica levantarse silenciosamente y escabullirse del trono, fuera de la habitación.

Tal vez era un buen momento para tomarse un descanso. Conseguir una copa de sidra. Aclarar su cabeza. Junto a los cuencos de ponche, Lady Astrid tenía una sonrisa sombría en su rostro y una jarra en la mano y asentía con la cabeza a algo que la condesa DeShabille, mucho mayor, le estaba gritando al oído. Hace apenas una semana, o algo así, la princesa no le habría dado ni un segundo pensamiento a ninguna de los dos. Habría bailado, coqueteado cortésmente con los chicos y hombres más lindos, y habría hecho todo lo posible por impresionar a su tía.

Pero ahora...

Lady Astrid parecía un soplo de aire fresco en el castillo herméticamente cerrado y en la propia cabeza de Aurora. Por lo menos, la dama se merecía escuchar la verdad sobre lo que había sucedido con el juglar y de dónde había salido la pluma.



Y luego dos de los sirvientes de Maléfica se acercaron a la dama. El de cresta de gallo y el de perro —flanqueándola muy evidentemente—. Hablaban lacónicamente y gesticulaban con sus lanzas; la dama parecía confundida.

Aurora se disculpó con sus compañeros, se separó de los otros bailarines y se acercó lo más rápido que pudo. Pero cuando llegó allí, los tres se habían ido. Nadie más parecía haberse dado cuenta. La condesa DeShabille se quedó quieta, asintiendo para sí misma y tarareando en voz baja.

—¿VISTE DÓNDE FUE LADY ASTRID? — Aurora preguntó con cuidado y en voz alta, sabiendo que la mujer era mayormente sorda.

—UNA MUJER MUY CORTÉS Y AMABLE —la condesa gritó de vuelta —ELLA ME REvisa TODOS LOS DÍAS, SABES, PARA ASEGURARSE QUE ESTOY BIEN.

—¿DÓNDE FUE? — Aurora repitió, tratando de no sonar ruda.

—TODO, CREO. A ELLA Y A SU MARIDO LES GUSTA VIAJAR. NO A MÍ.

La princesa no pudo evitar un resoplido de decepción, pero se obligó a asentir cortésmente antes de correr hacia las escaleras más cercanas.

¿A dónde estaban llevando los guardias de Maléfica a Lady Astrid? ¿Y por qué?

Quizás había algo malo con uno de los residentes del Castillo. Lady Astrid era lo más cercano a una enfermera que tenían los nobles. Pero mientras Aurora miraba por todas partes, corriendo por los pasillos del castillo y agachándose en todos los lugares probables, sin encontrar nada, comenzó a sospechar que no era por una causa tan noble.

Con un nudo en el estómago, pensó en la pluma. De su desafortunada revelación a Brodeur y luego a Lady Astrid...y las implicaciones de dónde había venido la pluma ...

El juglar se había ido, el conde Brodeur estaba nervioso. La propia Astrid había dicho que todo el asunto era peligroso. Y ahora los guardias reales se habían llevado a la dama.

Orando por estar equivocada, Aurora se apresuró a subir el último tramo de escaleras. Las que originalmente conducían al solárium de su padre, que Maléfica había reclamado como sus propias habitaciones.



Lo eligió por respeto a Aurora, no queriendo aparentar reemplazar a sus padres por completo, especialmente en su propia habitación. Además, estaba un poco alejado de todos los demás y en una torre, justo el tipo de cosas que le gustaría a una reina de las hadas.

Aurora se detuvo junto a la puerta y respiró hondo.

Ella se movió para entrar...

Y luego se detuvo.

Cualquier cosa que ella hubiera esperado ver—Maléfica hablando con sus guardias, Maléfica castigando o cuestionando a Lady Astrid, Maléfica de pie en frente de su gran espejo ajustando su vestimenta—nada de eso era lo que estaba pasando en la habitación.

Lady Astrid estaba allí con Maléfica. Amordazada y atada. La cuerda cortaba en su cara y hacía que su vestido dorado se hinchara en ridículos pliegues entre las cuerdas. Solo estaba de pie porque los dos guardias la sostenían de esa manera. El rostro de Astrid estaba pálido y sudoroso, la mordaza tensa, su piel blanca y dorada.

—Una excelente elección, mis mascotas. —Maléfica estaba diciendo con una risa gutural. Parecía que quería acariciar a uno de los horribles guardias, pero retiró la mano en el último momento y la apretó en un puño. —La mujer es ciertamente...robusta. La verdadera realeza sería lo mejor, su sangre sería la más fuerte. Lástima que el exiliado se haya ido, fue un error. Pero ella servirá por ahora.

La reina metió la mano en su capa. Sacó una extraña daga de piedra negra de hoja ondulada que parecía afilada pero incómoda. Antes de que Aurora pudiera siquiera adivinar para qué era, Maléfica lo hundió profundamente en el pecho de Astrid. El movimiento fue rápido y sin embargo interminable; la reina tuvo que moverlo de un lado a otro para que todas sus curvas sinuosas penetraran en la carne de la mujer.

Astrid gritó, o intentó hacerlo, los gritos ahogados sonaban húmedos e inútiles detrás de su mordaza. Los guardias que la sujetaban silbaron y ulularon de júbilo. Con la determinación tensando su mandíbula, Maléfica arrancó la daga. Una fuente de sangre brotó del pecho de la pobre mujer, demasiado pura, demasiado limpia para parecer posible considerando la irregularidad de la herida.



Aurora se apretó la boca con los nudillos para evitar gritar.

Maléfica cantó:

*"Magia del más oscuro poder,
Concédeme esto, por una hora más.
Te doy sangre por la que duerme.
Mi cuerpo muerto, pero mi espíritu se mantiene
Vivo en sus pensamientos y sueños.
Aunque para ella este mundo parezca
Tan real como en el que está despierta.
Viviré de nuevo, hágase mi voluntad ".*

Casi con delicadeza, como si estuviera regando una frágil flor, Maléfica tomó su bastón y sostuvo el orbe de cristal con su punta en el torrente de sangre. El mundo se desdibujó; el orbe era un agujero en el aire mismo y la sangre se doblaba y brotaba hacia él, arrastrada hacia su vórtice. De alguna manera atravesó la pared y llenó la vasija de vidrio, batiendo y echando espuma roja.

Cuando estuvo lleno, la reina retiró su bastón y le dio un giro dramático. La sangre del interior brillaba y burbujeaba furiosamente. Luego cambió, perdiendo su enrojecimiento y convirtiéndose en el familiar verde brillante, resplandeciente de la magia de Maléfica.

La reina suspiró, moviendo los hombros y estirando los brazos como si acabara de despertar de un largo y reparador sueño o de un baño caliente. Las sombras bajo sus ojos se habían ido. Su piel lucía más fresca, más regordeta.

Pero ella no parecía del todo feliz.

—No fue suficiente. Está tomando más y más sangre de esos nobles idiotas para sostenerme por menos y menos minutos....

Lady Astrid aparentemente ya estaba olvidada. Los dos monstruos la dejaron caer hacia adelante. La sangre brotó de ella en chorros irregulares directamente al suelo. La sangre también humedeció su mordaza y comenzó a acumularse en gotas grandes y pesadas en su barbilla.



Aurora se encontró rezando para que la dama estuviera muerta. Había algo en la forma en que los guardias no podían mantener los ojos fijos en su ama, sino dejarlos deslizarse hacia el cuerpo pálido que ahora sostenían. Sus lenguas colgaban de sus bocas y babeaban hambrientos.

Maléfica movió su báculo en un círculo.

—¡Espíritus del mal, abran la puerta hacia el otro reino! —ella demandó.

El orbe trazó un contorno plateado en el aire que brillaba y temblaba. La vista a través de él era la misma habitación, pero distorsionada. O... menos distorsionado. Los detalles de la imagen eran de alguna manera más nítidos que la realidad, los colores más complicados. Era más feo y fascinante que la habitación real.

Pero eso no fue lo que hizo que Aurora jadeara.

En esa otra habitación, a través de la ventana reluciente, la cama de la reina no estaba vacía; la propia Aurora dormía en ella.

La princesa cayó contra la pared del castillo. No era como mirar una estatua o una pintura de ella misma; realmente era ella. Ella lo sabía. Sabía que habría una pequeña peca en el interior del dedo meñique izquierdo. Podía sentir la forma en que su vientre se aplanaba cuando estaba boca arriba. Conocía su propia respiración.

Lo que...la otra Aurora...realmente no estaba haciendo...

La que duerme.

Aurora era la que dormía.

Aunque para ella este mundo parezca

Tan real como el que está despierta.

Esto...no era real...

El mundo entero no era real.

Tan pronto como lo pensó, supo que era verdad. Sentía que era verdad. Allí, en ese mundo complicado y feo, esa era la realidad.

Todo esto era un sueño...

Aurora sintió ganas de desmayarse. Solo dejarlo ir. Dejar que la locura que formaba el mundo continuara sin ella.



Maléfica miró pensativamente la cama de Aurora.

—Todo lo que tengo que hacer es aguantar un poco más— murmuró. —Hasta que el reloj dé las doce y termine su decimosexto cumpleaños...

Contempló el cabello rubio, el cuerpo pequeño, los pies delicados, la nariz de duendecillo de la durmiente.

—Supongo que su cuerpo tendrá que hacerlo hasta que pueda encontrar algo mejor— agregó encogiéndose de hombros ligeramente decepcionada. —Pero tendré todo un reino a mi disposición en ese momento.

No te desmayes.

Una vocecita, un diminuto destello de voz insistió moleestamente en la mente de Aurora. Pero era su propia voz, desde el interior de su cabeza, no una alucinación o la visita de un hada del Exterior. Desmayarse no resolvería nada. Todo esto era muy real. Estaba sucediendo. No desaparecería. Tendría que lidiar con pensar en ello, procesarlo y llorar por ello, y todas las reales ramificaciones, más tarde.

Ahora mismo tenía que correr.

—Su Majestad, la Princesa Aurora esta...

Lianna se había apresurado a subir las escaleras, pero se detuvo cuando vio a Aurora en las sombras. Las dos chicas se miraron. Entonces los ojos de Aurora se desviaron del rostro de la otra chica a sus pies.

Lianna había recogido la falda de su vestido para correr rápidamente escaleras arriba, tal como lo había hecho la princesa. Pero donde Aurora tenía zapatos dorados, Lianna tenía ...

Pezuñas.

Manitas abiertas, feas y carnosas.

Por eso siempre caminaba de manera tan extraña, se dio cuenta Aurora. No era un hábito ajeno.

Ella era una de las criaturas de Maléfica.

—Su Alteza— susurró Lianna, dirigiéndose a la princesa esta vez.



De alguna manera, esto impulsó a Aurora a actuar. Pasó rápidamente junto a la otra, ¿chica?, escaleras abajo, golpeando su hombro contra ella mientras avanzaba.

—¡TRAIDORA! — siseó, casi como su tía.

¿A dónde podría ir? Su primer impulso fue su dormitorio. Cama segura, solitaria y cómoda. Eso era tonto.

Su segundo pensamiento fue esconderse debajo de su cama. Como una niña pequeña. Lo cual también era una tontería.

Su tercer pensamiento fue un armario de escobas, que —con todo el castillo lleno de guardias monstruosos y una poderosa reina de las hadas detrás de ella— también era una tontería.

Se quedó de pie un momento, congelada, aterrorizada. No había lugar adonde ir.

O más bien, solo había un lugar adonde ir.

El Exterior.

Se movió como si estuviera buceando, lanzándose hacia la entrada trasera, donde, hacía apenas unos días, había ido a encontrarse con Cael. Aurora no tenía el tiempo ni la energía para estar aterrorizada por la cúpula verde oscuro en lo alto de las enredaderas; simplemente se dirigió directamente a las defensas exteriores del torreón. Una anciana solitaria remarcó la presencia de la princesa con una ceja enarcada, vagamente curiosa, mientras vaciaba un odre de agua sobre su parcela reseca de frijoles.

Baile de oro o no, las cosas morirían sin ayuda en este mundo.

La princesa se precipitó hacia la torre más cercana en el muro exterior. Incluso a través de las pesadas piedras, estaba segura de que podía comenzar a escuchar movimiento, una alarma sonó una vez que se dieron cuenta de que había huido.

Arriba, arriba, arriba, subió las escaleras en las que había jugado de niña, libre para vagar por el castillo a voluntad como una rata.

Su vestido se seguía enredado con sus piernas a pesar de su agilidad y gracia; hizo una pausa lo suficiente para arrancar el tren inferior.



Sintió una punzada de pena por las mujeres que habían cosido la tela y las ancianas que la tejieron. Pero ahora tenía las piernas libres y podía dar varios pasos a la vez.

Duplicó su velocidad más allá de los pisos con barracones. No todos los guardias humanos habían ido al baile; la gente todavía tenía que patrullar, a pesar de la seguridad de la barrera espinosa. La miraron desde los bancos donde estaban afilando sus espadas o puliendo sus yelmos. Quizás no se sorprendieron tanto como los guardias de otros castillos, en otras épocas, con las princesas que se hospedaban bien en sus habitaciones, capillas y jardines.

Aurora se detuvo en lo alto de su torre y miró a su alrededor como loca. Su objetivo era la barbacana: la entrada principal al castillo, con el rastrillo y el puente levadizo. Era el punto que sobresalía más del torreón y se inclinaba más hacia las enredaderas.

Pero el pasaje por donde ella había emergido era un tramo terriblemente expuesto para correr. Las altas almenas a la derecha del camino de piedra estaban destinadas a proteger a los guardias de las fuerzas invasoras. No había nada a la izquierda más que un muro bajo; ¿Quién atacaría un castillo desde adentro?

En el patio de abajo, media docena de figuras deformes salieron del castillo, armadas con arcos y hondas. Tenían una vista perfecta de ella.

—¡Allí está!

Uno señaló un brazo que terminaba en una sola y aterradora garra en forma de gancho.

Aurora se agachó y corrió.

Maléfica apareció en una ventana arqueada en una torre del castillo, la furia le deformada cada gesto. —¡Guardias, agarren a la princesa! —gritó ella.— ¡Quiere hacerse daño a sí misma!

Pero al mismo tiempo, levantó su bastón y comenzó a murmurar un encantamiento.

La princesa deseó que sus pies se movieran más rápido. Ella entrecerró sus ojos hacia el camino que tenía ante ella, las antiguas rocas que se deslizaban a ambos lados de ella.



La barbacana fue una vez un lugar de extrema seguridad, con “agujeros de asesinato” para dejar caer aceite hirviendo sobre las cabezas de los invasores, pero había estado más o menos abandonado desde que el mundo se había acabado. La puerta gigante estaba sellada en su lugar; nunca hubo motivo para elevarla. La plataforma en la parte superior ahora solo se usaba como un escape privado para los adolescentes del castillo y los sirvientes borrachos. Aurora no esperaba encontrar a nadie allí.

Para su consternación, los cascos brillantes de los guardias empezaron a salir por la estrecha entrada a las escaleras como topos.

—¡Su Alteza! —llamó uno, inmediatamente saltando para agarrarla.

Ahí arriba, las enredaderas estaban angustiosamente cerca. Se entrelazaban con la altura de un hombre, más o menos, por encima de su cabeza antes de inclinarse y disparar hacia abajo treinta metros, donde sus gruesos troncos formaban un muro vivo justo fuera de los de piedra del castillo. El foso había desaparecido, el agua absorbida por su crecimiento codicioso e improbable. El polvo repugnante producido por su envejecimiento y su cambio, yacía marrón, sobre todo. Olía mal.

Aurora miró a su alrededor como loca, incapaz de creer que estaba a punto de hacer lo que estaba a punto de hacer.

Un guardia se abalanzó sobre ella.

Ella saltó.

Aurora cayó con más fuerza de la que había pensado y aterrizó en una rama gruesa. Tosió y jadeó, sin aliento. Tenía las costillas magulladas y le dolía el estómago. Pero era fue todo.

Ahora que estaba dentro del enredado mundo de las plantas, sería pan comido: bajar de una enredadera estrechamente entrelazada a otra.

Los guardias continuaron gritando desde algún lugar sobre ella.

—¡Mi señora!

—¡Tras ella!

—Reina Maléfica, ¿qué hacemos?

Con una sonrisa que no estaba segura de por qué había hecho, Aurora comenzó su descenso.



Y luego las enredaderas comenzaron a moverse. No las más viejas y gruesas; pequeños látigos de enredaderas jóvenes, onduladas como los zarcillos de un pepino. Le dispararon alrededor de las piernas y los brazos y tiraron.

—¡NO! — Aurora gritó, frustrada con el mundo. Ella se sacudió, tiró y pateó. La vegetación se rompió tan fácilmente como los brotes de soja.

La princesa quedó desconcertada por su propia ferocidad y sus logros. Ella realmente no había esperado que fuera tan fácil. Un poco menos arrogante pero más resuelta, Aurora se movió más rápidamente hacia abajo.

Luego, las espinas crecieron mucho más rápido de lo que se suponía, estallaron anchas, gruesas e incorrectas en la forma en que atravesaban la piel de las enredaderas y entre sí. Perforaron la carne de Aurora, afiladas como agujas. Dondequiera que intentara colocar sus manos, surgían más. Muy rápidamente, quedó cubierta de cortes, pinchazos y riachuelos de sangre.

Además, ellas gritaban.

Gritaban mientras se abrían paso a través de sus propios tallos, las unas hacia las otras; gritaban de alegría cuando la pinchaban. Les salieron caras extrañas, largas y arrugadas como las de los ancianos. Pero cuando lograron hablar, sonaban como Maléfica.

—Vuelve...

—No hay nada para ti allá afuera...

—Vuelve al castillo...

Aurora mordió sus labios y trato de no sollozar. No podía moverse hacia ningún lugar por las afiladas espinas.

—¡Aléjense! —ella gritó con ira y amargura. — ¡Deseo que desaparezcan!

Las espinas retrocedieron, derritiéndose como terrones de azúcar en té caliente.

Aurora pestañeó. Quería pensar en lo que había pasado. Pero tenía que moverse rápido, antes que Maléfica atacara otra vez.

Lanzándose con un abandono casi descuidado, cayó en picado, rebotando de rama en rama como un guijarro arrojado a un pozo profundo. Golpeó el suelo oscuro con una dureza enfermiza. Su cabeza se echó hacia atrás y se



sacudió tanto que todo se volvió borroso. No ayudó que el aire fuera denso y polvoriento, y estuviera en un crepúsculo permanente.

Pero allí, a cierta distancia del castillo, apenas visible a través de las enredaderas entrelazadas, pudo ver un leve destello de luz amarilla. Dorada y ensangrentada, Aurora enderezó los hombros y caminó hacia la luz del sol.





Capítulo 10: Interludio

UN CASTILLO DORMIDO. Un reino dormía. La gente, los caballos, los ratones e incluso las fuentes y los mosquitos yacían dormidos. Un silencio se había apoderado de todo, y todo parecía dulce y pacífico a primera vista. Hermosas zarzas de aspecto antiguo protegían dentro a los que dormían y ocasionalmente florecían rosas rosadas con aroma a miel.

Solo había dos grupos de cosas que no dormían. En uno estaba el muerto.

El otro era un trío de hadas de aspecto preocupado que revoloteaban por el castillo y vigilaban a los durmientes, especialmente a la princesa real. Aurora yacía perfecta, hermosa, con las manos unidas debajo de las costillas como si estuviera en constante oración. Sus labios estaban separados. Sus ojos se pusieron blancos. Algo estaba sucediendo en lo que se suponía que era un sueño rápido y sin sueños.

Colapsado en un desgarrado montón junto a ella, en el suelo, estaba el príncipe Phillip. El que se suponía que debía despertarla y terminar con todo. En cambio, el chico tonto se había quedado dormido... el primer indicio que tenían las hadas de que algo andaba terriblemente mal.

Y luego la gente empezó a morir.

Flora, el hada que vigilaba a Aurora, tenía una mano preocupada y cansada en la cabeza. Sus extrañas y fluidas vestimentas rojas flotaban tristemente a su alrededor, como niebla en lugar de tela. Su rostro parecía mayormente humano salvo cuando se miraba de cerca. Había una extraña serenidad detrás de todas sus emociones aparentemente normales.

Sus compañeras, una duendecilla regordeta vestida de azul y una hamadriade de verde, llegaron flotando desde sus rondas.

—Todo está tranquilo—, dijo Merryweather, la de azul. —Quiero decir, todavía están durmiendo. Así que, por supuesto, están callados.

—Lo está haciendo de nuevo—. Flora señaló el rostro de Aurora. Por una fracción de segundo, las facciones de la hermosa princesa se retorcieron de agonía o disgusto. Se recompusieron casi de inmediato.



Fauna, la de verde, gimió de desesperación. —No puedo creer que esto esté pasando. Se suponía que íbamos a salvar a la princesa y a todos. No solo entregárselos a Maléfica. ¿Estamos seguros de que están todos ahí?

—Por desgracia, sí.

—¿Cómo planeó ella todo esto? — Merryweather demandó.

—No creo que ella lo haya planeado—, dijo Flora, suspirando. —Creo que simplemente se aprovechó de la situación. Creo que siempre tuvo una especie de ... plan de respaldo en caso de que alguna vez la mataran.

—Si alguna vez me matan, quiero que ustedes dos me resuciten—, dijo Merryweather con un bufido. —Si ella realmente tuviera amigos, podría haber hecho lo mismo.

—¡Se amable! — Fauna la amonestó, moviéndose de un lado a otro en el aire. —Si ella realmente tuviera amigos, tal vez no habría terminado tan desagradable y malvada. Y, además — agregó de mala gana— si realmente tuviera amigos, ahora estaríamos en problemas peores.

—¿Peor? ¿Cómo podría ser peor? No podemos despertar a nadie aquí. No con un hechizo, no con la dedalera, no con agua bendita.

—No lo hemos descartado todo— espetó Flora. —No lo hemos intentado todo.

—Cierto. ¿Ya has intentado besar a alguien? — Merryweather preguntó maliciosamente.

Flora le dirigió una mirada fulminante.

Un grito horrible y penetrante resonó en el castillo.

—Oh no. ¡No otro! — Fauna gritó alarmada.

Inmediatamente, las tres hadas se redujeron a bolas de luz rojas, azules y verdes y volaron por el aire como fuegos fatuos en una misión. Atravesaron como un rayo el patio, los dormitorios y la capilla hasta que encontraron la fuente del grito: Lady Astrid, dormida en su costura, su rostro una máscara de horror y miedo.



Las tres bolas se convirtieron rápidamente en figuras de tamaño humano que la tomaron en brazos. Fauna mantuvo erguida la cabeza de la mujer; Merryweather agarró una capa y la arrugó para intentar evitar lo que vendría después. Flora miró a la soñadora con ojo crítico.

Todo parecía estar bien al principio. Y luego la sangre oscura y espesa comenzó a empapar el vestido de la dama, sobre el lugar donde estaba su corazón. Merryweather inmediatamente empujó la capa sobre la herida, presionándola con las manos tan fuerte como pudo. Fauna cerró los ojos e invocó el poder curativo de los bosques, un encantamiento antiguo, generalmente infalible. Flora dibujó símbolos en el aire con su dedo anular desnudo, dejando un rastro dorado detrás de él, en una extraña runa tridimensional.

No sirvió.

Lady Astrid gritó y gritó y gritó. De alguna manera, era consciente, a pesar de la extraña media vida que vivía entre soñar y dormir, que su muerte se acercaba y era inevitable. Sus gritos eran de dolor, miedo, rabia, horror y todo lo terrible que las hadas nunca habían sentido ellas mismas, en cantidades humanas.

La sangre fluyó más rápido hasta que brotó a través de la tela como una fuente, agitándose con cada latido del corazón.

Y luego el corazón se detuvo.

El silencio del castillo dormido fue completo y absoluto una vez más.

Merryweather dejó caer los trapos ensangrentados con una tristeza que disfrazó con disgusto. Las lágrimas plateadas se formaron en los ojos de Fauna mientras acariciaba el cabello de la mujer muerta hacia atrás, bajo su tobillo.

Flora apretó los puños con frustración.

—Maldita sea Maléfica— maldijo, usando la peor frase humana que se le ocurrió. —Ella es peor de lo que jamás podríamos haber imaginado. Es una sanguijuela de alma asesina y que drena la vida.

—¿Y por qué estos dos? — Merryweather preguntó filosóficamente. —Este parece inofensivo, y en realidad, ese campesino era literalmente un don nadie. Buen hombre, pero una elección extraña.



—Bueno— dijo Fauna suavemente. —Ambos están igualmente muertos ahora, nobles o no. Y Maléfica se ha ganado otra hora.

—Solo dos más antes de que su control sobre Rosa se complete— agregó Merryweather. —Quiero decir, sobre Aurora.

—Tenemos que intentarlo de nuevo—, insistió Flora. —Sentí que en realidad hicimos algo esa vez. Que la alcanzamos, un poco.

—Es todo lo que podemos hacer—coincidió Fauna. —Así que intentémoslo de nuevo.

Las tres hadas se tomaron de la mano y cerraron los ojos, preparándose para soñar un sueño de hadas.



Capítulo 11: El Inevitable y Primitivo Bosque

SE ABRIÓ CAMINO a través del túnel de enredaderas una con una calma deliberada, más allá de los peligros del castillo. Ni siquiera podía oír los gritos de arriba o la conmoción en el patio. No habría ningún levantamiento de rejas en un corto plazo, y Maléfica no podría apuntar sus hechizos a la princesa si ni siquiera podía verla. Podría haber nuevos peligros por delante, pero los viejos y familiares se alejaban como sombras.

Las plantas alrededor de ella eran enredadas y enormes, sólidas e inamovibles. Ellas no buscaban bloquear su camino más allá. Ella arrastró sus manos a lo largo de ellas, sintiendo las hojas desmoronarse bajo sus dedos como si fueran viejas, secas y muertas.

Se detuvo, repentinamente recordando. Ella miró alrededor y llamó tentativamente:

—¿Juglar? ¿Maestro Tommins?

—¿Exiliado?

—¿Hola?

No hubo respuesta.

Miró hacia la sucia tierra mientras caminaba—si es que hubo alguna huella humana en el suelo sin vida, era vieja y estaba perdida entre las extrañas trazas que habían dejado el tiempo y el viento. No había señales de que alguien hubiera estado en el Exterior alguna vez además de ella.

Se estremeció. La alcohólica y estrecha cara del juglar había sido un consuelo. Incluso alguna señal del Exiliado hubiera sido reconfortante. Que él se las hubiera arreglado para vivir—sobrevivir—en el Exterior por todos esos años.

El mundo ensombrecido por las enormes plantas finalmente terminó en un arco que no reveló nada más que el infierno dorado de luz que había vislumbrado antes. No había ni rastro de lo que había más allá. Se protegió los ojos y salió.



No respiró en un primer momento, por miedo a lo que pudiera oler. Miedo de los venenos que absorbería. Sintió el calor en su piel y admiró el enrojecimiento de la luz a través de las grietas donde sus dedos se encontraban.

Lentamente retiró su mano.

Pensó que estaba alucinando de nuevo.

El aire estaba casi quieto y la luz, sí, era dorada —pero suave ahora que ella se había acostumbrado. El "infierno" no era más que un fuerte sol de la tarde. Pequeñas motas flotaban en el aire, más grandes y esponjosas que el polvo que rondaba su dormitorio. Extendió su dedo y uno aterrizó en él: una vaina plumosa, sus hilos blancos como la leche anclados a una hermosa lágrima marrón.

Ella la dejó ir.

La princesa se encontraba en lo que parecía un pequeño prado cubierto de hierba...en las afueras de un bosque. Uno apropiado, no una barrera de plantas mágicas. Árboles con troncos de color gris claro y hojas de un verde increíblemente brillante salpicaban los bordes tímidamente, una suave invitación a los bosques oscuros más allá. Delante de los árboles, la hierba verde oscuro y ámbar crecía en grandes grupos. Diminutas flores de color azul claro con centros de color huevo pálido brotaban con un vivaz entusiasmo.

Una brisa hacía ruidos sordos en las hojas de los árboles y en las hierbas más viejas.

Aurora se arrodilló y puso las manos en el suelo.

Cerró sus ojos otra vez, sintiendo el calor del sol en el suelo. Tomó aire profundamente, inhalando la esencia del pasto y marrón y barro y... ¿agua? Flotaba desde algún lugar, húmeda, metálica y llena. Ella no tenía idea que en realidad se podía oler el agua.

Hizo un voto tonto pero sincero de no volver a vivir nunca más adentro.

Abrió los ojos y todo seguía allí. Después de un momento se dio cuenta de que siempre había estado allí.

Mientras...

Las espinas. El eterno anochecer del castillo. El estar siempre encerrada con la misma gente. Comer palomas, esconder perros y gatos.



Nada de eso era necesario.

Afuera había un mundo entero con árboles, flores, ríos y... ¿otras personas?
Y...

¿Para qué era todo?!

¿Por qué Maléfica los había tenido prisioneros a todos? ¿Qué había pasado, sus padres no lo habían destruido todo? ¿Cómo ellos vivían en el extraño mundo de sueños, sin darse cuenta de la verdad?

Un extraño qwork qwork desde arriba la sobresaltó.

Lentamente, con calma hacienda su camino por el cielo azul estaba un cuervo, sus grandes alas empujando el aire hacia los lados como un dios. Sin pensar en la princesa real debajo de él o el castillo de la locura más allá.

Los pájaros eran reales. Más allá de las palomas y los periquitos.

Probablemente incluso los pájaros azules.

Se puso de pie y se tambaleó hacia los árboles, abrumada por el deseo de tocar la corteza.

Pero cuando pasó por encima de un grupo de césped, el prado comenzó a nadar frente a sus ojos y su perspectiva cambió. Mientras sus dedos rozaban la superficie de madera, el interior de su cabeza se abrió.

Le resultaba familiar.

No conocía este prado, exactamente. Pero se le hacía familiar el concepto. El tipo de plantas. El cuervo grajo³, que ella sabía que era mucho más grande que un cuervo cornejo⁴. Los árboles: la forma de los árboles en círculo significaba que probablemente había un pantano o un arroyo en el medio, donde la tierra se hundía. Ella sabía eso. Ella sabía que más allá de esos árboles frondosos, habría árboles nudosos, y más gruesos con hojas de color verde oscuro. Y más allá de ellos, pinos. Y bajo sus pesadas ramas, allí yacía una oscuridad amistosa, tan completa que avergonzaría a las enredaderas del castillo.

Ella sentía.

³ Raven en inglés.

⁴ Crow en inglés.



Ella sentía la suave, pero dura tierra bajo ella, cómodamente apoyándola mientras el cielo y el mundo giraban. Le impedía volar.

Había otro prado. De un cálido y dulce olor, como este. Pero mucho más grande—¿o ella era sólo más pequeña? — Pequeñas piernas golpeaban el suelo. Diminutas piernas desnudas. La calentaba el sol que le hacía cosquillas en la piel y siempre estaba dos pasos detrás de una mariposa grande y lánguida. Esta agitaba sus alas de gran tamaño como una broma y la pequeña reía, persiguiéndola, pero sin querer atraparla, porque eso terminaría mal.

El mundo era seguro, maravilloso, suave y cálido, y en casa...

En casa había un pastel. Un pastel rosado y azul brillante, torcido, cubierto con montones de glaseado. Aplaudió con manitas gordas y se rió, luego hundió toda la cara en él. Tres caras felices y complacidas sobre ella, sonrientes y serenas. Y aliviadas.

Espera—

Trató de incorporarse.

Ellas lucían como...

Eran las tres hadas, bolas de luz, que la habían visitado en su habitación.

Pero ellas no eran hadas. Eran sus tías, que la habían adoptado cuando sus padres murieron. La habían criado en el bosque y—

No, su tía era Maléfica, quien la había adoptado cuando derrotó a los padres de Aurora, quienes habían destruido el mundo.

Se dobló, imágenes conflictivas en su cabeza parpadeaban demasiado rápido. Su estómago comenzó a agitarse.

Una niña mayor ahora, pretendiendo ser una princesa.

¿Fingiendo? Pero ella era una princesa....

Sus tres tías le habían confeccionado un disfraz: un vestido de plumas encontradas y pétalos de flores y grandes hojas verdes. Estaba ceñido a la cintura con un cinturón de juncos de río trenzados y decorado con una incongruente piedra azul brillante que las tías habían encontrado en alguna parte. Una tiara de caña a juego descansaba sobre su cabello desgreñado y medio trenzado. Cuando giraba, le salían plumas y hojas, y era la reina del bosque.



No, la única reina era Maléfica, y ella era la verdadera reina. Y todos vivían en el castillo, en un dormitorio adecuado, con una cama elegante ...

—¡Alto!—ella gimió, balanceándose hacia adelante y hacia atrás.

Pero las memorias seguían viniendo.

Se recostó en el piso del bosque. Por horas.

Viendo las luces que cambiaban mientras se movían a lo largo de la tierra cubierta de musgo, como los caracoles con los que solía jugar. Era lento, un viaje milagroso sobre una nuez brotada, la magia del sol hace que sus primeras hojas se desplieguen hacia el cielo. La luz se está moviendo. Durmiendo un poco. No tengo ganas de recoger bayas. Queriendo algo nuevo, algo emocionante, más allá de ver lo que había debajo de las pesadas rocas junto al arroyo.

Girando a través de la sombra y la luz, a través de la hierba y las alfombras de agujas de pino, feliz, pero sintiendo que las cosas aún no habían comenzado. Preguntándose cuándo lo harían.

Sus tres tías discutían cuando pensaban que estaba dormida. Voces dulces y, a veces, agudas. Cosas que no podía entender; oraciones que comenzaban de una manera y no tenían sentido al final, por mucho que se concentrara.

Total, absoluta confusión cuando obtuvo su sangre de luna.

Los recuerdos se desvanecieron lentamente. El dolor punzante detrás de sus ojos se atenuó. Se frotó las sienes y notó distraídamente que estaba acurrucada en posición fetal con tan fuertemente que le dolían las piernas. Las estiró con cautela, el miedo de un calambre muscular anuló momentáneamente el lío en su cabeza. Se acomodó en una posición sentada, el movimiento esparciendo tierra, ramitas y hongos en su hermoso vestido de baile.

¿Dónde te criaron, en un granero? Lianna había preguntado una vez con disgusto, habiendo encontrado a la princesa en uno de sus estados de ánimo, acurrucada en el suelo en la esquina de su habitación, entre bolas de polvo y demasiado cerca del orinal.

—No, me crie en el bosque—dijo ahora en voz alta, riendo un poco.

Y sus tías eran ... hadas. Vivían como salvajes campesinas, vestidas con delantales y turnos raídos, pero alegres.



Ellas se habían sentido incómodas con ropa humana, Aurora pudo verlo en retrospectiva. Ofreciéndole comida, hábitos extraños y amor. Se esforzaron mucho y, a veces, fracasaron, pero el amor era constante y duraría mucho más allá del final de su corta vida. Pensó en el divertido y mal hecho vestido de disfraz.

¿Por qué no usaron simplemente su magia? ¿Cómo lo hacía su tía Maléfica?

Ella ...no su tía.

No una princesa. Ni una infancia en un castillo.

No Aurora.

Rosa. Rosa. Su nombre provenía de una flor que era espinosa y verde, fuerte y hermosa, con momentos de increíble suavidad en blanco y rosa.

Dieciséis años como Rosa, viviendo con tres tías locas en medio del bosque.

No una princesa. Solo una niña.

La niña, crecida y años más vieja ahora. ¿Cómo había pasado eso?

La chica al borde del prado se sentó.

Ella no podía pensar ahí. Tenía que comenzar a moverse. Se volvería loca si se quedaba quieta. Se tambaleó entre el bosque, pero siendo cuidadosa de no tocar ninguno de los árboles.

Dieciséis años de memorias alternas de una vida en un bosque. Dieciséis años en las oscuras esquinas de un castillo, corriendo alrededor como un ratón desaliñado mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor. Varios años después de eso con Maléfica—ajá, de ahí es de donde vinieron.

Pero... ¿era este el bosque donde ella creció? No se sentía exactamente correcto, pero no podía señalarlo del todo.

La última cosa que ella había visto en el castillo regresó: la imagen de su propio cuerpo en ese brillante “otro mundo”, más allá del orbe del báculo de Maléfica.

¿Qué había dicho la reina?



*Te doy sangre por la que duerme.
Mi cuerpo muerto, pero mi espíritu se mantiene
Vivo en sus pensamientos y sueños.
Aunque para ella este mundo parece
Tan real como en el que está despierta.*

Entonces ... ¿todo esto era un sueño? ¿Incluso el bosque en el que estaba ahora? A menos que solo estuviera alucinando, en los últimos jadeos de la fiebre, y su cuerpo estuviera en algún lugar dormido, muriendo, en los páramos envenenados del Exterior.

Aurora/Rosa tiró de las raíces de su cabello, sintiendo que se estaba volviendo loca por la indecisión y el pánico. Extendió la mano ante ella y miró la pequeña peca en su dedo. La que coincidía con su forma de dormir. Sintió una brisa en la punta de sus dedos.

—Esto es todo lo que tengo— dijo en voz alta. Necesitaba escucharlo con sus propios oídos, fuera de las voces de su cabeza. —Lo que sé por el tacto, el olfato y la vista es todo lo que sé. Digamos que esto, el ahora, es real. Empecemos con eso.

Extendió la mano para tocar tentativamente un árbol al pasar. Esta vez no la inundó ningún doloroso recuerdo opuesto, sólo el reconfortante recuerdo del árbol mismo. Su piel recordaba la corteza rugosa de los pinos mejor que su mente y apreció la savia pegajosa, incluso cuando esta retrocedió por primera vez al tacto.

Por reflejo, su psique trató de aferrarse a los fragmentos de recuerdos oscuros que comenzaban a encogerse, como las pieles de frutas desechadas.

Pero...Maléfica.

Esa gran mujer que había aparecido como salvadora, que había evitado que sus padres la entregaran a.... espera, eso no era real, ¿verdad? Bueno, ella resolvería eso en su cabeza con más tiempo. Maléfica había aparecido, magnífica, regia y dominante, y había puesto un brazo protector alrededor de la princesa asustada y abandonada.



Y en los años transcurridos desde entonces...cómo Aurora había esperado y rezado y luego atesorado los momentos en que su tía abandonó el drama y la honró con una genuina sonrisa de cariño. Cómo hizo todo lo posible para impresionar a la bella, real y dominante dama. Cómo Maléfica llenó sus pensamientos despiertos con asombro y gratitud ... cuando la princesa no estaba sumida en la inquietud y su gemela, la languidez. Aurora la había amado. Con todo su inocente corazón y alma.

Vio, con un desgarró en la esencia misma de su ser, a Maléfica parada en el balcón y ordenando su captura. Las palabras que la reina había dicho no coincidían con su rostro: había hablado de clemencia para una princesa trastornada, pero sus labios se habían despegado en una mueca y sus ojos estaban llenos de odio. Nunca había habido afecto allí. Todo había sido una artimaña.

Aurora/Rosa sintió que las lágrimas se derramaban silenciosa e interminablemente.

La peor parte era que le habría perdonado todo a Maléfica, incluso lo que le había hecho a Lady Astrid, si tan solo la reina hubiera mentido al respecto. Si hubiera tomado a Aurora en sus brazos y le hubiera dicho: Shhh, todo ha terminado, te amo. Incluso si Aurora no le creyera a su tía por completo, la habría perdonado y olvidado.

—¡Yo...soy tan...patética! — chilló, dejando que el grito terrible, trepador, histérico e inhumano le abrumara las lágrimas y se apoderara de todo su cuerpo tembloroso.

Se sintió bien, pero no la llevó a ninguna parte.

Cuando abrió los ojos, se sorprendió al ver un pajarito delante de ella, sentado en una rama y mirándola con escepticismo. Aurora/Rosa sintió la urgencia de mirar a su alrededor para ver si alguien más se había dado cuenta.

El pájaro se estiró y soltó un pío impaciente. Hinchando su pecho a la luz del sol, reveló una capa de plumas que eran del azul cielo más puro imaginable.

La princesa jadeó. Fue a buscar la pluma que le había dado el juglar, para ver si coincidía. Pero su castellana se había ido, junto con las cartas y la pluma y todo lo demás. Todo debió haberle sido arrancado en la fuga. La memoria muscular la impulsó, y sin pensar, empezar a palmea el resto de su vestido rasgado. ¿Tenía algo en los bolsillos para el pajarito?



La miró con impaciencia.

—Lo siento— dijo con una débil sonrisa y encogiéndose de hombros. —Hoy no soy yo.

Sabía que este pájaro tenía un nombre. Y no era pájaro azul. Cuando de niña había preguntado a sus tías qué clase de pájaro era, Fauna había desechado su pregunta por irrelevante. Aurora/Rosa no podía haber pronunciado lo que los pájaros se llamaban a sí mismos para distinguirlos de otros tipos de aves, y el pequeño pájaro azul era tan significativo como cualquier otra cosa. Pero, por supuesto, los pájaros eran individuos, y era grosero dirigirse a uno por el nombre de toda su raza.

Pareció que el pájaro hacia el equivalente en pájaro de rodar los ojos y se dispuso a acicalarse, como si nunca hubiera estado realmente interesado en una limosna, de todos modos. Aurora/Rosa sonrió. Deja que un pájaro se encargue de sí mismo.

Restregó su cara exhausta, untándola con brea de pino en el proceso y sin importarle. Todo era una locura.

En la base del árbol más cercano había un grupo de menta silvestre. Rompió un tallo y lo masticó, comenzando a caminar de nuevo. El mundo era hermoso. Había un viejo roble anunciando un cambio en el bosque. En su raíz subterránea debían estar los hongos que gustaban a los jabalíes.

Oye, si todavía hay cerdos salvajes, ¿habrá unicornios también?

Cerró un ojo, tratando de recordar si alguna vez había visto uno cuando era niña. Una vez había visto un magnífico ciervo blanco, con dos cuernos dorados, pero nada con un solo cuerno.

El mundo Exterior...afuera...era tan asombroso como siempre había deseado en el Castillo de Espinas. Podría vivir felizmente en este bosque y este prado hasta que los pensamientos dentro de su cabeza se aclararan.



Capítulo 12: Entra el Príncipe

POR SUPUESTO, como con todo en su complicada e irreal existencia, no fue así como se desarrollaron las cosas.

Estaba deambulando por la curva sinuosa de un sendero de caza, tarareando una pequeña canción que recordaba a medias para sí misma, cuando se encontró con una escena de un tapiz: Un ciervo. No, una cierva, lo sabía, no solo por la falta de cuernos, sino también por la forma de su cara y el tamaño de sus flancos. Hermosa, grande, delgada y tan elegante en sus pequeños dedos como cualquier criatura inventada de un cuento de hadas.

Y, de pie a cierta distancia de ella, estaba el hombre más increíblemente guapo que Aurora/Rosa hubiera visto en su vida. No es que hubiera visto tantos, por supuesto. En cualquiera de sus infancias.

Era tan magnífico como un ciervo: alto, musculoso, elegante y saludable. Sacudió su cabeza de cabello castaño grueso y brillante como la melena de un animal. Su rostro parecía tallado por un antiguo escultor, cuya habilidad nunca había sido superada: nariz fuerte, mentón fuerte, pómulos altos cuyas manzanas aún eran un poco suaves y rosadas por la juventud. Pestañas largas. Ojos marrones brillantes.

Se estaba acercando a la cierva con una mano hacia arriba. De repente, él notó una espada de acero brillante en su cadera, su empuñadura al alcance de la mano, su hoja sin duda mortalmente afilada.

Iba a matar a la cierva. La estaba buscando.

—¡NO!

Aurora/Rosa corrió hacia adelante, arrojándose sobre el apuesto y horrible hombre.

Había redescubierto un mundo de belleza, naturaleza, vida y animales, y ni diez minutos después, había alguien demasiado dispuesto a destruirlo.

—¡PARA! ¡DETENTE! — ella gritó.

El hombre miró hacia arriba, alarmado.

La cierva ladeó la cabeza y saltó.



El hombre parpadeó y su rostro se iluminó con una sonrisa de felicidad.

—¡Eres tú! —gritó.

Justo cuando estaba a punto de golpearlo con los puños, él extendió los brazos y la envolvió en un abrazo gigantesco.

—¿Qué?— Ella trató de empujarle los brazos desesperadamente, con un pánico creciente. —¡SUELTA ME! ¡VETE!

—No puedo creer que seas tú— dijo el hombre de nuevo, sin prestar atención a sus acciones. Cerró los ojos y la apretó como un oso. Dejó de luchar por un momento, y de repente se preguntó: cómo ella sabía cómo se sentía el apretón de un oso.

—¿¿Quién diablos eres tú?!— ella finalmente exigió, controlándose a sí misma. Con una mano libre, se las arregló para echarse hacia atrás y abofetearlo en la cara.

No estaba segura de quién estaba más sorprendido, él o ella. Nunca había hecho algo así en toda su vida. Ella nunca había golpeado a nadie. En ninguno de sus recuerdos.

El hombre la bajó y parecía menos herido que confundido, como un niño cuyo juguete había dejado de funcionar correctamente. Las marcas rojas de los dedos de ella le picaron en la cara, pero él no pareció darse cuenta.

Él dio un paso atrás, mirando su cabello enredado, su vestido andrajoso, su rostro ensangrentado y cubierto de brea, el tallo de menta todavía colgando por un lado de su boca. —¿Escapaste? Desde el castillo, ¿verdad? ¿Estás bien?

—Yo ... escapé— admitió.

Él esperó.

Ella continuó mirándolo en silencio.

—¿No me recuerdas? — Intentó con todas sus fuerzas no parecer herido.

—Recuerdo muchas cosas— dijo ella. —Demasiadas cosas. Nada de eso tiene sentido. Realmente no te recuerdo. Las cosas están un poco confusas.

Odiaba sonar como si estuviera disculpándose. Básicamente, el hombre la acababa de agredir.



—Oh. Bueno, está bien— dijo alegremente. —A pesar de que yo te recuerdo, y nos conocimos, incluso aunque no lo recuerdas, nunca nos presentaron adecuadamente. Así que no puedes recordar mi nombre, al menos, porque nunca lo supiste.

—Está bien— dijo ella lentamente.

A pesar de su desconfianza inicial, su ligereza, su sonrisa alegre y, tenía que admitirlo, su hermosura general la estaban derritiendo con bastante rapidez. Su discurso parecía genuino y completamente libre de matices, a diferencia de si el Conde Brodeur hubiera estado diciendo las mismas palabras.

—Soy Phillip. Príncipe Phillip.

Ejecutó una hermosa reverencia, pero la terminó con una sonrisa juvenil.

Ella se encontró sonriendo, incapaz de detenerse.

—Soy la Princesa Aurora— dijo con la leve reverencia de un miembro de la realeza saludando a otro. —O...posiblemente... Rosa, campesina y señora del bosque. Es un poco confuso en este momento.

—No, eso está empezando a tener sentido—dijo Phillip con un gesto pensativo.

—Bueno, me alegro de que tenga sentido para alguien— dijo secamente.

—Me gusta más Rosa, creo. Aurora implica algo etéreo e inalcanzable. No como un hermoso olor a dulce flor. ¿Puedo llamarte Rosa?

—Si te gusta. También podrías llamarme Henry para lo que realmente importa —dijo, decidiendo ignorar las implicaciones de "inalcanzable". Además, estaba todo el doble significado de "arrancar una rosa", el camino verbal por el que el Conde Brodeur ciertamente habría ido. —No me gusta tanto Henry. No se sale de la lengua —bromeó el príncipe. —Aurora sí, aunque: Aurora, Aurora, Aurora. Oh... quizás no.

¿Por qué, cuando hace unos momentos había estado teniendo una crisis por su propia existencia, dividida entre dos vidas que parecía haber llevado, de repente estaba siendo tan ridícula? Este príncipe la estaba distrayendo por completo. Este príncipe al que había pillado cazando en su mundo de sueños.

—¿Por qué estabas matando a ese ciervo?— demandó, recuperando su ira.



—¿Matarlo?— preguntó, con los ojos muy abiertos por la confusión. —No estaba tratando de matarlo. Estaba tratando de hablar con él.

—Usted. Um. ¿Qué?

—Tú...yo estaba tratando de rescatarte. Del castillo. —él señaló. Ella miró. Sintió un momento de punzante decepción. Aquí había estado pensando que se había adentrado en la naturaleza salvaje del mundo, lejos de todos, para no volver a ver a otro ser humano vivo ... y allí se asomaba el castillo, a solo una cresta de árboles de distancia. Cubierto de espesas enredaderas negras y como flotando en una turbia neblina de polvo. Una pequeña bandada de mirlos pasó volando en primer plano, sin importar un ápice la extrañeza de la escena o la difícil situación de los humanos capturados dentro.

—Sin embargo, hay una especie de fuerza que me mantiene fuera— dijo, frunciendo el ceño.

—Espinas. Se llaman espinas— dijo ella, amablemente.

—No, además de eso — respondió él con una suave sonrisa. —Sigo cortando las vides y vuelven a crecer más gruesas. Entonces recordé lo cerca que estabas de los animales del bosque, y pensé que tal vez podrían ayudar. Estaba tratando de hablar con los ciervos.

—¿Estabas...intentando...hablar con el ciervo? ¿Para qué te ayude a rescatarme? —preguntó lentamente, tratando de asegurarse de que entendía correctamente.

—Bueno— tartamudeó el príncipe, sonrojándose de repente. —Quiero decir, parecía que casi podías hablar con los animales. Estaban a tu alrededor cuando te conocí, todos estos animales salvajes, muy cerca de ti. No parecía irrazonable ... no sé ... me quedé sin otras opciones.

—Oh, oh, estabas, ah ...

Estaba en peligro de ponerse histérica. Ella podía notarlo. Trató de controlar su risa, pero solo lo logró a medias.

—Hablar con un...no, eso es dulce.

El príncipe se encogió de hombros con impotencia y volvió a sonreír. Ella sintió que se sentía más a gusto con él. Una persona, un niño, que podía reírse de sí mismo, era instantáneamente agradable. Maléfica podría haber sido muchas cosas, pero la autocrítica no era una de sus virtudes.



—Está bien, príncipe Phillip— dijo. —Estabas tratando de rescatarme. ¿Cómo me conoces? ¿Antes de...?

—No te conocía— dijo el chico con un suspiro. —Yo te amaba. Nos amábamos.

—¿Lo hicimos? —Ella parpadeó sorprendida.

Esta vez parecía menos herido que frustrado. —¿Qué es lo último que recuerdas?

Ella sacudió su cabeza. —No es eso. Te lo acabo de decir. Tengo demasiados recuerdos. ¿Por qué no me hablas de nosotros desde la primera vez que nos conocimos?

—Nos conocimos una vez...—Dejó de hablar de repente y negó con la cabeza. —Me encontré contigo en un claro en lo profundo del bosque. Iba de camino al castillo. Se suponía que iba a conocer a la princesa con la que me iba a casar. Por primera vez. Reunirnos, quiero decir. No casarme por primera vez. Todo se arregló cuando éramos niños.

Ella lo miró fijamente. Había demasiada información en lo que dijo; tuvo que desenredarlo desde el principio.

—Ese castillo— dijo finalmente, señalando la monstruosidad cubierta de enredaderas que ahora estaba detrás de ellos.

—Si. Ese castillo.

—Estabas cabalgando hacia ese castillo. Allí.

—En el mundo real, sí— dijo Phillip.

—Para casarte con la princesa de ese castillo.

—Si.

—Oh. —Enroscó un mechón de cabello alrededor de su dedo, pensando. —¿Quién era?

—¡Eras tú! —Phillip dijo, exasperado. —Pero yo no lo sabía en ese momento. Eras la princesa con la que se suponía que debía casarme.

—Pero yo no estaba en el castillo. Estaba en el claro cuando me conociste.



—Sí, bien. — Phillip se apartó el espeso cabello de la frente y logró meterse en lo que parecía ser un rasguño muy satisfactorio de su cuero cabelludo en el proceso. —Según tengo entendido, te enviaron a vivir al bosque para estar a salvo hasta los dieciséis años, momento en el que volverías para casarte conmigo.

Aurora/Rosa examinó el mechón de cabello con el que había estado jugando. Su meta distante e impensada había sido masticar el final, pero ahora no tenía la urgencia. Nada en su vida, real o soñada, tenía ningún sentido.

—Quizás...quizás volvamos a la parte en la que estábamos enamorados.

—Te conocí en un claro en lo profundo del bosque— dijo Phillip con entusiasmo. —Nos enamoramos. Instantáneamente.

—Eso suena bien.

No sonaba como ella, exactamente, pero sonaba bien.

Para ser justos, la mayoría de sus recuerdos eran todavía de su tiempo en el Castillo de Espinas, que había pasado con las mismas personas que había conocido desde que era un bebé. Enamorarse instantáneamente de alguien a quien había visto crecer —y usar los mismos retretes que tú —no era realmente posible.

—Era. Lo es —dijo, tomando sus manos entre las suyas. —Eres lo mejor que me ha pasado.

Ella lo miró a la cara. Sus ojos castaños claros se movieron seriamente hacia adelante y hacia atrás, tratando de encontrar algún rastro de reconocimiento en su rostro. Era mucho más guapo que Cael. Y ser objeto de tanta atención y escrutinio por parte de alguien con su físico era más que un poco agradable, incluso si ella no sabía quién era.

—¿Recuerdas esa canción que cantabas cuando nos conocimos?— susurró, apartando un sucio mechón de pelo del rostro de ella. —¿La canción de cuna? “Érase una vez un sueño”.

Rosa se tambaleó hacia atrás como si le hubieran dado una bofetada.

Ella conocía esa canción. La letra atravesó sus recuerdos como un cuchillo caliente.



Se llevó una mano a la cabeza mientras escenas destellantes y demasiado brillantes pasaban ante sus ojos: un bosque moteado, el paso de un caballo, un niño, este niño, que llegaba del bosque como un espíritu. Manos grandes, pero no ásperas. Los ojos marrones claros se volvieron suaves gracias a ella. El estómago y el corazón le daba un vuelco mientras esperaba que la tomara en sus brazos....

De vuelta al presente, el príncipe también la tenía en sus brazos. Lo cual fue útil, ya que estaba a punto de caer al suelo nuevamente. También era un poco extraño. No estaba acostumbrada a que nadie la abrazara tan de cerca, mucho menos alguien a quien apenas conocía. Sus manos sobre ella eran fuertes pero un poco extrañas. Sus brazos eran musculosos pero desconocidos. El calor de su piel contra ella no era desagradable, simplemente inesperado.

Ella se estabilizó, empujándolo suavemente.

Era una cosa extraña ver a este chico, tan guapo, tan...bien vestido, justo ahí frente a ella después de todas sus visiones. Realmente era como si lo hubiera soñado, y como un deseo que le hubiera sido concedido, apareció cuando ella despertó.

—Creo que recuerdo algo— susurró finalmente.

La felicidad que destellaba su sonrisa y que brillaba en sus ojos era cegadora. Ella se estremeció, no queriendo decepcionarlo diciéndole lo poco que recordaba, o que montar en su caballo era al menos igual a la parte en la que casi se besan.

—Así que me conocías cuando vivía con las...eh...mis tías...

—¡LAS HADAS!— lloró de alegría, sobresaltándola. La tomó por los hombros y la hizo girar. —¡Por supuesto! ¡Me ayudaron a derrotar al dragón! ¡Podrían ayudarnos ahora!

—Hadas— dijo, tambaleándose un poco mientras él la dejaba en el suelo. —Correcto. Mis tías eran hadas. Ahora lo entiendo.

Se llevó una mano a la cabeza, como solía hacerlo la tía Flora cuando se sentía agotada o derrotada por su joven pupila. —No creo que lo supiera entonces. Cuando vivía con ellas.

—¿No sabías que vivías con hadas?— Phillip preguntó, confundido. La sostuvo con el brazo extendido para mirarla a los ojos.



—No— dijo ella, un poco molesta porque él no le creyera, y sí, porque ella no lo sabía. ¿Cómo podría no haberlo sabido? —No las recuerdo haciendo mucho en el camino de la magia...

—Bueno, eso no importa. Todo está en el pasado. Lo que tenemos que hacer ahora es salir de aquí y de la casa para acabar con Maléfica de una vez por todas.

El príncipe le dio un amistoso apretón en los hombros antes de finalmente dejarla ir.

La tarde era suave y la luz dorada. Phillip era un joven apuesto que parecía contento con estar de nuevo con ella, con tener ahora una búsqueda, un propósito y una dirección. Su cabello brillaba al sol como un topacio.

Esto ya era mejor que el Castillo de Espinas, o estar sola y aburrida en Forest Cottage.

—Espera —ella dijo después de un momento. —¿Había un dragón?



Capítulo 13: Érase una vez como Realmente Fue (según lo Dicho por el príncipe)

EN UNA TIERRA LEJANA, mucho tiempo atrás, vivía un rey y su bella reina. Por muchos años habían deseado tener un hijo y, finalmente, su deseo fue concedido. Una niña nació y ellos la llamaron Aurora—porque ella había llenado sus vidas con la luz del sol. Luego se proclamó una gran fiesta en todo el reino para que todos, los de alto o bajo estatus, pudieran rendir homenaje a la recién nacida princesa.

El buen Rey Stefan y su reina, Leah, le dieron la bienvenida especialmente a un rey vecino y amigo de toda la vida, porque ese día anunciarían que Phillip, su hijo y heredero, y la hija de Stefan, se comprometerían y así unirían los dos reinos para siempre. Y así el joven príncipe miró, sin saberlo, a su futura esposa.

También estaban invitadas a esa feliz ocasión las hadas buenas: Flora, quien bendijo a la princesa con belleza y gracia, y Fauna, quien le dio el don de la canción.

Pero antes que la tercera hada buena, Merryweather, pudiera otorgarle su regalo, la hada malvada Maléfica apareció, enojada por no haber sido invitada a aquella feliz ocasión. Ella, también, le dio un “regalo”; pero fue una terrible maldición: antes de la puesta de sol del decimosexto cumpleaños de Aurora, ella se pincharía su dedo en el eje de una rueda y moriría.

El rey y la reina estaban profundamente afligidos por esto —pero todo no estaba perdido. Porque el hada buena Merryweather aún tenía un regalo que darle. Ella dijo:

“Dulce princesa, si a través del truco de esta malvada bruja

Un huso en caso de pincharse el dedo,

Un rayo de esperanza todavía puede haber en esto, el regalo que te doy:

No en la muerte sino solo en el sueño

La fatídica profecía que mantendrás



Y de este sueño despertarás

Con un beso de Verdadero Amor, el hechizo se romperá ".

El rey Stefan, todavía temeroso por la vida de su hija, decretó en ese momento que todas las rucas del reino debían ser quemadas ese mismo día. Así se hizo.

Para proteger aún más a la amada hija del rey del mal, las hadas buenas sugirieron que criaran a Aurora en secreto y a salvo, disfrazadas de campesinas, en medio del bosque, lejos de todos. De modo que, el rey y su reina, observaron con gran pesar cómo su posesión más preciosa, su única hija, desaparecía en la noche.

Y así, durante dieciséis largos años, el paradero de la princesa siguió siendo un misterio, mientras que, en lo profundo del bosque, en la cabaña de un leñador, las hadas buenas llevaban a cabo su bien plan diseñado. Viviendo como mortales, criaron a la niña como si fuera suya y la llamaron Rosa.

Un día, muchos años después, Rosa estaba cantando y jugando con sus amigos animales en el bosque, cuando un apuesto joven llegó vagando por el bosque, perdido. Era el príncipe Phillip, que se dirigía a casarse con la princesa con la que se había comprometido dieciséis años antes: la propia Aurora.

Pero al ver a la hermosa doncella, todos los pensamientos de casarse con alguien de la realeza desaparecieron; Phillip se enamoró locamente de Rosa. Y aunque ella también se enamoró instantáneamente, la chica tímida se alejó corriendo como el mismo ciervo con el que se hizo amiga. Sin embargo, prometió volver a encontrarse con él esa noche.

Ay de la pobre Rosa, esa fue también la noche de su decimosexto cumpleaños, la noche en que la devolverían al castillo. Sus tristes tías revelaron la verdad de quiénes eran y quién era ella, y cómo se casaría con el príncipe del reino vecino al día siguiente.

En el castillo, llorando y sola con su vestido nuevo y su tiara, la princesa Aurora fue víctima del hechizo lanzado por la malvada Maléfica. Siguió la voz del hada malvada a través de una puerta secreta y encontró una ruka encantada, la última que quedaba en el reino. Obligada por Maléfica, Aurora extendió la mano y se pinchó el dedo en el eje.



Inmediatamente, cayó en un sueño profundo y mortal. Luego las tres hadas buenas pusieron a todos en el reino a dormir para que, al despertar, Aurora no se sintiera extraña y sola.

Justo antes de caer bajo el hechizo de las hadas, el padre de Phillip le reveló al rey Stefan cómo, lamentablemente, su hijo se había enamorado de una campesina y tenía la intención de casarse con ella. Las tres hadas se dieron cuenta instantáneamente de lo que esto significaba: el príncipe Phillip era el único amor verdadero de Aurora y podría romper el hechizo que la retenía. Corrieron de regreso a su cabaña en el bosque, donde Phillip se encontraría con Rosa.

Desafortunadamente, la siempre intrigante Maléfica había llegado allí primero y agarró al príncipe, arrojándolo a su mazmorra más profunda.

Usando sigilo y magia, las tres hadas lograron liberar al príncipe. Con la ayuda de un escudo y una espada hechizados, Phillip derrotó a la malvada Maléfica de una vez por todas, incluso después de que ella se convirtiera en un dragón sulfuroso que escupía fuego.

Luego, las tres hadas llevaron al príncipe victorioso a la habitación donde dormía Aurora. Al ver a su hermosa Rosa, el príncipe Phillip se arrodilló a su lado e inmediatamente le dio el Beso de Amor Verdadero.

La princesa Aurora se despertó, vio al príncipe y se llenó de alegría. Los dos se casaron al día siguiente, para regocijo de todos, y vivieron felices para siempre.



Capítulo 14: El Desentlace

—PERO ESO ULTIMO NO PASÓ. —Aurora/Rosa dijo pensativamente.

—No— el Príncipe Phillip suspiró —pero debió haberlo hecho.

—Así que, de alguna forma, en vez de despertarme, fuiste succionado a mi...este...—indicó el mundo a su alrededor con un movimiento de su mano.

—Supongo que Maléfica era más poderosa que lo cualquiera hubiera pensado. Su alma no murió cuando yo la maté... se escondió. Dentro de ti, de alguna manera.

Aurora/Rosa se estremeció. El chico a su lado no tenía idea de cuánta razón, emocionalmente y metafóricamente, él tenía.

—Yo la amé. —ella dijo.

—¡Buen Dios!

Por primera vez, los ojos de él no estaban centrados en ella, estaban enfocados hacia adentro y vieron algo que no debió ser un dragón de cuento de hadas: algo monstruoso de los abismos del infierno. Algo que él nunca quiso volver a ver.

Y mientras, ella le decía su versión de la historia. La que no estaba relacionada en absoluto con el Príncipe Phillip. Quizás por eso ella había tenido problemas para recordarlo a él claramente.

—¡Dios mío! —Phillip juró otra vez cuando hubo terminado. —Esa es una de las cosas más terribles que he oído. ¿Todos ustedes estaban atascados dentro de un castillo de pesadilla, creyendo que era el fin del mundo y eran los últimos sobrevivientes?

—Fue brutal, ahora que lo pienso. Pero teníamos comida. Y fiestas. Oh...eso sonó estúpido.

Phillip frunció el ceño. —Pero si ella controlaba el sueño, ¿Por qué no hacer que el mundo entero sea así? ¿Realmente completamente destruido? ¿Por qué tener un lugar al que escapar?



—No lo sé, ¿por qué podría un hada malvada responder a no ser invitada a una fiesta, maldiciendo a la bebé para la que estaba hecha la fiesta?— Aurora/Rosa dijo cansada. —Nada de esto tiene ningún sentido. No creo que entenderé nunca cómo es una vida normal. Con dos padres y sin magia y sin una versión de la realidad.

—Sabes, ahora que de verdad pienso en eso, me parece un poco extremo, maldecir a una bebé y todo eso. —Phillip dijo, asintiendo.

Luego él comenzó a sonreír tontamente.

—¿Qué? —Aurora/Rosa preguntó, con sospecha.

—Estoy dentro de tu cabeza. Ni siquiera sabía tu nombre antes y ahora estoy dentro de tu cabeza. —él apenas podía contener su sonrisa.

—Huh.

Era cierto, y era un muy extraño pensamiento... eso llevó a un montón de otros pensamientos extraños.

—Así que todas las otras...personas...en el Castillo...Ellos son todas personas reales...dentro de mi cabeza.

Ella puso una mano en su cabeza, que repentinamente se sintió mucho más pesada, incluso a pesar que sabía que estaba imaginándolo.

—¿Estás segura? —Phillip preguntó. Él señaló hacia el castillo. —Como, esas espinas no están en el mundo real. Quiero decir, hay espinas alrededor de todo el castillo, pero son normales, pequeñas y tienen flores. Y puedo decirte por experiencia que la tierra alrededor de aquí parece toda arruinada. Debería estar una villa completa justo allí y un cruce de caminos por allí. Y el bosque debería comenzar mucho más lejos—todo son campos y granjas en varios kilómetros a la redonda.

—Así que tal vez las otras personas no son todas reales, quizás ellos son personajes inventados en tu sueño. Quiero decir, posiblemente no podrías haber conocido a todas las personas reales en el castillo porque tú creciste en el bosque. Nunca los conociste.

Aurora/Rosa frunció el ceño. La pobre Lady Astrid vino a su mente, y las cosas que Maléfica dijo acerca de ella y de su muerte.



—Bueno, tú has estado fuera de casa y en esta cosa de ser príncipe más que yo. ¿Alguna vez has oído hablar de Lady Astrid?

Phillip frunció el ceño. —Tal vez. ¿Quién es su marido?

La Princesa le dio una punzante mirada —No es que eso importe, pero el Duque Walter de los Cinco Árboles.

—Oh...¡Sí! Un pequeño compañero jubilado. Aproximadamente de este alto,— dijo Phillip, con la mano debajo del hombro. —Hombre sensato, decía siempre mi padre. Lady Astrid también es un poco bajita, ¿no? Y... algo... ¿redondeada? ¿Y un poco fanática de la religión?

Aurora/Rosa nunca había pensado en ella de esa forma—en el Castillo de Espinas, leer las mismas oraciones cada un par de horas parecía una forma tan útil de pasar el tiempo como cualquier otra.

—¿Y la Señora Laura?

—Oh, sí, la conozco— dijo Phillip con una triste sonrisa. —Ella me persigue todo el tiempo. Una bonita chica.

—¿Y el conde Brodeur?

—Creador de chismes, decadente, inútil, intrigante— respondió el príncipe con prontitud. —Pero mayormente inofensivo.

—Bien—dijo la princesa lentamente —entonces diría que sí, la mayoría de la gente en el castillo es real. No conocí a ninguno de ellos cuando viví en el bosque, pero los he conocido a todos ellos por años aquí. Y...creo...Maléfica necesita matar personas y hacerlas morir en la vida real, también, para mantenerse a sí misma aquí.

—Santo Cie...está bien, dejaré de decir eso.

—Así que tal vez el mundo no esté completamente destruido porque ella no tiene completo control sobre él. Ella necesita a personas reales que la mantengan en marcha. Y, este no es su sueño. Es mío. Ella meramente está usando parte de él. Y ella vino con un truco fácil para mantener a todos en la línea. Una mentira fácilmente creíble. “No salgan de aquí, todo está muerto y envenenado. Quédense aquí. Donde yo puedo vigilarlos y usarlos.

—O quizás—dijo Phillip pensativamente—quizás ella trató de crear un mundo de pesadilla. Tal vez no pudo porque...no era demasiado fuerte.



La princesa pestañeó. Ni siquiera se le había ocurrido esa posibilidad.

Las cartas. El conejo. Las visiones del mundo exterior. Ellos no eran monstruos del Exterior tratando de invadir: era su propio ser, tratando de despertar. Las hadas... ¿Qué habían dicho?

“Despierta, tú no perteneces aquí. ¡Despierta ya! ¡Haz algo!”

Su cerebro era débil, lento, pero finalmente estaba dibujando los hilos de conexión entre las cosas.

—Las hadas estaban allí cuando tú...uh...me besaste, ¿cierto?

—Sí, que yo sepa, todavía están allí, en el castillo real.

—El castillo está en el mundo real, y está aquí también. —ella pensó con fuerza. Dolía. En ninguna de las dos vidas se le había pedido que pensara las cosas. Pero necesitaba hacerlo ahora. —Tal vez ellos, y tú, no puedan entrar fácilmente al castillo de los sueños debido a los hechizos de Maléfica. Las hadas definitivamente intentaron alcanzarme y decirme cosas, pero desaparecieron tan pronto como apareció uno de sus secuaces. Así que tal vez... tal vez si encontramos la cabaña en la que creo que crecí, donde me criaron, ¿podríamos encontrarlas allí? ¿O encontrar alguna forma de contactarlos allí? ¿En lugar de simplemente esperar a que me encuentren de nuevo? "

—¡Ese es un excelente plan! —dijo Phillip, levantándola y balanceándola de nuevo. Ella sonrió cautelosamente, encantada de que al él le gustara el plan. Él no parecía como alguien que mintiera para no herir los sentimientos de alguien.

Ella no se sentía ... complacida.

El la bajó y miró alrededor de ellos, evaluando la escena y la situación. La confianza se filtraba de él como el sudor más puro. —Como dije, esta tierra es extraña, pero en cierto modo imita el mundo real. Ese camino nos llevará más adentro del bosque, en la dirección correcta.

Y así ellos comenzaron su aventura.

El camino era simple pero tortuoso. Phillip ocasionalmente se detenía a escalar un árbol para ver donde estaban con respecto al castillo.



De lo contrario, estaba feliz de estar allí a su lado: seguía mirándola en secreto, con el rabillo del ojo, recogiendo pequeñas nueces y bonitas hojas para mostrárselas, y en general actuando como un niño locamente enamorado de la criatura al lado de él.

Era un poco embarazoso, pero no desagradable.

—¿Así que nosotros estamos enamorados? —ella se aventuró.

—Locamente. ¡Aún lo estamos! —entonces él miró de reojo, ansiosamente.
—Al menos, yo lo estoy...

—Pero...

—Pero ¿qué? ¿Necesitas que haga algo para probarlo? ¡Haré lo que sea, mi lady! —él se detuvo y se hincó en una de sus rodillas. ¡Envíame a cualquier misión que quieras! ¿Quieres que te traiga la rosa más bonita de los confines del este? ¡Lo haré! ¿Traerte un antiguo tesoro resplandeciente de ruinas malditas? ¡Absolutamente! ¿Matar a un dragón? Oh, espera, eso ya lo hice...

Aurora/Rosa rió. Salió de ella sin vigilancia e imparable, algo que había experimentado muy pocas veces en el Castillo de Espinas. El príncipe sonrió, complacido por su efecto sobre ella. Ella le dio un juguetón empujón en su hombro para obligarlo a levantarse y empezar a caminar de nuevo. No se habría atrevido a intentar un gesto tan familiar con nadie en el castillo excepto con los niños, o tal vez con Lianna. Pero simplemente se sintió... correcto, con Phillip.

Aun así...

—No, quiero decir, pero ... sólo nos vimos una vez. ¿Correcto?

—¡Sí! —levantó la mano y golpeó una hoja con indiferencia.

—¿Eso no es...no sé...un tanto...extraño?

Él la miró, sorprendido.

—No. Fue amor a primera vista. Eso es lo que significa. Primera. Vista.

La princesa rascó detrás de su oreja incómoda. Fue algo extraño encontrarse feliz y libre de todos por primera vez en su vida en el mundo de los sueños ... sola ... y luego, de repente, encontrarse con un príncipe que, aunque guapo, divertido y agradable, le informó que ellos ya eran compañeros de vida, básicamente prometidos.



—¿Cuánto tiempo estuviste aquí afuera, tratando de conseguir entrar al castillo para rescatarme?

—Oh, no lo sé. — se encogió de hombros descuidadamente. —El tiempo es extraño aquí. Yo juro que vi la luna y el sol en el cielo juntos en la noche una vez. ¿Meses? ¿Semanas? Semanas, probablemente. No he tenido tanta hambre.

—¿Meses?

Este era un problema que implicaba agregar cosas: unidades de medida, tiempo ... conceptos difíciles y resbaladizos de contener a la vez. Pensó en la imagen de sí misma durmiendo, en la lentitud de su respiración.

—He estado en el castillo mi vida entera... ¿Cuánto has estado en el calabozo de Maléfica? ¿Cuánto tiempo habrá pasado entre que me durmiera y que tú me besaras?

—No tengo idea. ¿Unas pocas horas, tal vez? Las hadas fueron bastante rápidas.

—Entonces...el tiempo es mucho más lento allá...en el mundo real...o mucho más rápido aquí.

—Eso me hace sentido. —dijo Phillip, asintiendo. — Pensé que te veías mayor.

—¿QUÉ?

Phillip se encogió de hombros avergonzado ante la mirada que ella le estaba dirigiendo.

—¡Lo digo en una buena forma! Más madura. Más ... —Empezó a mover las manos -para indicar qué, ella solo podía adivinar- y luego, sabiamente, las enganchó en su cinturón. —Um, madura.

Ella resopló.

—Madura. Como una matrona o alguna vieja madre o...madre...—ella se detuvo, un gran vacío negro se abrió en su mente. —Madre...

Con cinco años, acurrucada en el regazo de Merryweather, volviéndose un poco grande para esos pasatiempos.



—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde están mis verdaderos padres otra vez? Es decir, ustedes son mis padres reales —la pequeña niña regordeta dijo, solícitamente, tocando a su tía en la barbilla. —Quiero decir los que me hicieron.

La mujer de azul levantó la mirada ansiosamente hacia Flora y Fauna, quienes estaban ocupadas con un pequeñas y tranquilas tareas nocturnas al otro lado de la habitación.

—Lo sabes...ellos están muertos. —Merryweather dijo. Quizás Flora y Fauna la mirarían con el ceño fruncido desde el otro lado de la habitación.

Ella se movió incómoda.

—Sí, pero ¿Dónde? ¿No puedo visitar el lugar donde están enterrados? ¿Recolectar bellotas o flores de la tierra circundante para que pueda llevar un trozo de ellos a casa y guardarlo?

Flora limpió el polvo de sus manos en su delantal y se apresuró hacia ella, igual Fauna.

—Florcita, ellos están a tu alrededor, no te preocupes por eso.

—Pero ¿cómo lucían ellos? — Rosa presionó.

—Como tú. Pero menos lindos. —Fauna dijo, tocándole la nariz.

—¿Mi padre lucía como yo? —la niña preguntó, riendo. —A pesar de que tenía un...

—Bigote, sí. —Flora terminó rápidamente. —Pero tus ojos son un poco como los de él. Amables y grandes.

Rosa suspiró. —Desearía poder haberlos visto, al menos.

Y las tías no respondieron, pero la abrazaron con fuerza.

—Tranquila— estaba diciendo Phillip.

Ella se balanceaba, con las manos en las sienes, tratando desesperadamente de no desmayarse porque este recuerdo le traía muchas cosas importantes. Cosas que no quería olvidar mientras estaba enferma o inconsciente.

—Mis padres no están muertos— gruñó con la boca seca. —Y no destruyeron el mundo. Y no son malvados. Y mis tías me mintieron. Durante dieciséis años. Y Maléfica me mintió.



Y, ¡DIOS MÍO, estuvieron en el calabozo todos esos años y no estaban bajo un hechizo como el resto de nosotros!

La conversación que había escuchado entre ellos y Maléfica cuando regresaba a escondidas al castillo...todo tenía mucho más sentido ahora. Parte de la crueldad de la reina era mantenerlos como las únicas personas cuerdas que quedaban en el reino.

—Soy tan estúpida... ¡Todos estos años! ¡Si hubiera hablado con ellos! ¡Qué tiempo perdido!

—No eres estúpida, dulzura— dijo el príncipe, pasando una mano por su cabello. —Maléfica es una mujer muy inteligente y poderosa. Ella probablemente arregló las cosas para que no hubiera forma de que pudieras hacerlo.

Eso era verdad, pero en una forma mucho más sutil. El rey y la reina fueron establecidos como los destructores del mundo, los autores del apocalipsis del que todos se estaban escondiendo. Fueron arrojados a la mazmorra más profunda. Todos sabían que estaban locos y eran malvados.

La única vez que Aurora se había escabullido allí, estaba demasiado aterrorizada por ellos para hablar.

—Soy una cobarde. — ella enmendó su declaración anterior. —¿Por qué nunca cuestioné nada? ¿Por qué no vi lo que estaba pasando a mi alrededor? ¿Por qué no puse atención a las inconsistencias?

—Porque a pesar de tu...eh, hermosa madurez, todavía eres una inocente joven...mujer— dijo Phillip.

Ella captó la pausa y la miró.

—¡No soy una niña! Estoy ... espera— Su indignidad se desvaneció con la comprensión y el cansancio. —¿Qué edad tengo? ¿De verdad? Oh no importa. Te daré la parte "inocente". Nunca he salido de mi cabaña en el bosque o del castillo de mis sueños. Nunca he conocido a nadie más que mi tía, algunos aldeanos y un número limitado de refugiados del castillo que están todos dormidos.

Pensó en Lady Astrid con un rápido dolor en el corazón. Le hubiera gustado haber conocido a la dama en la vida real. ¿Habría sido la misma mujercita sensata?



—Solo desearía ... desearía haber sido un poco menos densa. O algo.—
Había demasiadas ideas nuevas y viejos recuerdos de los que hacer un seguimiento. Todavía se sentía temblorosa por el último que la golpeó. Tal vez algún día, cuando todo esto terminara, tendría tiempo para resolverlos todos.

Cuanto antes mejor.

—¿Nos estamos acercando?

—No lo creo. —dijo Phillip lentamente, reacio a decepcionarla. —Cuando te encontré estaba cerca al otro lado de los bosques, no tan lejos del último pueblo antes de que el profundo bosque comenzara. Fueron bastantes horas a caballo, así que incluso en esta tierra probablemente tomará algo de tiempo.

Tiempo de nuevo. El tiempo era confuso y no tenía sentido. No estaba segura de poder aguantar por algún tiempo. Si bajaba la guardia, corrientes locas de recuerdos fluían y giraban entre sí y se estrellaban como corrientes en competencia en un arroyo; donde se encontraban, estallaba la espuma y el caos.

—¿Así que de verdad mataste a un dragón? —Aurora/Rosa presionó rápidamente, tratando de reprimir su creciente pánico.

—Sí, lo hice, de hecho. —dijo el príncipe, ladeando su cabeza, disfrutando el pensamiento. —¡Fue épico! ¿Cuándo fue la última vez que algo así pasó? La gente estará cantándolo por años...

Él se detuvo, sonriendo con pesar. Aurora/Rosa se encontró reflejando su sonrisa, casi involuntariamente. Él tenía ese efecto en ella.

—Bueno, para ser honesto, las hadas me rescataron, me dieron estos objetos mágicos y básicamente guiaron la espada hacia su corazón— admitió. —Lo cual, me apresuro a agregar, no quitó el miedo y el pánico extremos que sentí cuando me enfrenté al monstruo gigante escupe fuego.

—¿Estabas asustado?

—Aterrorizado.

—¿De verdad? —Ella estaba intrigada. Por un lado, tenía este vago recuerdo de un hermoso niño con un corcel brillante. Por otro lado ... era agradable escuchar que él era humano

—No es valentía si no sientes miedo, ¿verdad? Si no tienes miedo, entonces no te estás obligando a hacer algo valiente.



Parecía que estaba citando algo que le habían enseñado, pero también parecía que realmente lo creía. Su rostro se oscureció y se nubló. —Sus ojos estaban llenos de odio. Llenos. Y ... al mismo tiempo, vacíos. Desalmados. Como esas horribles criaturas que mantiene a su alrededor. El dragón era aterrador ... pero Maléfica, era escalofriante.

—Eso suena terrible— dijo Aurora/Rosa. Salió más presuntuoso de lo que pretendía.

La miró con los ojos muy abiertos y heridos.

—Lo siento. —se corrigió a sí misma —Debió haber sido realmente terrible. Pero...enfrentaste a un dragón y lo mataste, y se acabó.

—Bueno, obviamente no...

—Está bien, pero yo ahora acabo de haber aprendido que el mundo en el que pensé que viví por los pasados diecinueve años es todo falso. Un sueño. No se siente como un sueño al mismo tiempo, aún no lo hace, exactamente. Cada uno de esos años realmente me sucedió completamente. Y ahora tengo estos otros recuerdos, de dieciséis años, de lo que supuestamente es el mundo real...

—Lo es, confía en mí. He vivido allí mi vida entera.

—Fue real para ti, porque sabes quién eres, y fuiste criado por tus propios padres y viviste en tu propia casa. ¡Estuve en una mentira sobre quien era, quien eran mis padres, donde estaba mi real casa, y lo que eran mis tías! El mundo real, como tú lo llamas, fue toda una mentira.

—Así que es un poco difícil lidiar con esto ahora, gracias. ¡Preferiría matar a un dragón y acabar de una vez que tener que pensar en todo esto!

Estuvo a punto de chillar, a pesar de esforzarse mucho para no hacerlo.

—Incluso la gente falsa de mi falso mundo de sueños era falsa. Er... Farsante. —Hizo una pausa para limpiarse la nariz y trató de no sentirse como una niña mientras lo hacía.

—Háblame de eso. —dijo Phillip suavemente.

Reemplazando la ira, ahora las lágrimas se derramaron por su mejilla mientras hablaba. No estaba segura de cuál prefería.



—Había esta chica...Lianna. Ella era mi...esto es tan tonto...era mi mejor amiga. Cuando estábamos todos confinados al castillo, Maléfica encontró a una chica cerca de mi edad y la hizo mi sirvienta. Sus padres estaban muy lejos, asesinados por demonios del Exterior...No realmente, creo. Supongo. Olvida esa parte. El punto es, ella era extraña, pero éramos cercanas. Yo le contaba todo. Todo el tiempo. Quién me gustaba y cuando tenía mi luna sangrienta y todo.

Ella se quedó quieta, recordando que Lianna estaba tan confundida por eso como lo habían estado sus tías hadas. Por supuesto, le hacía sentido ahora: como ellas, ella no era humana. Ella era una criatura, un espíritu llamado desde las profundidades y forzado dentro de la extraña forma de carne que Maléfica había logrado formar.

Soy lo opuesto de Lianna, ella se dio cuenta. Aurora/Rosa tenía un cuerpo—un cuerpo de princesa natural, real y bonito el que se había visto forzado a diferentes vidas, recuerdos e ideas. Una verdadera madre la había dado a luz. Eran sus pensamientos, imágenes de memoria y todo lo demás que era falso.

—Mientras estaba escapando, yo vi sus pies. Esos eran pezuñas de cerdo. Ella era una de las criaturas de Maléfica. Ella estuvo trabajando para la reina todo el tiempo, diciéndole a ella todo. Sólo pretendiendo ser mi amiga.

—Oh, Rosa. —dijo el príncipe tristemente, corriendo una mano por su cabello. Se atascó en una brea de pino.

Ella comenzó a sollozar. —No recuerdo mucho del mundo real, pero estoy muy segura de que no tenía ningún amigo. Excepto por las ardillas y los conejos. Nadie de mi propia edad o humano o cualquier cosa. ¡Lianna me traicionó! Quiero decir, sé que no fue su culpa. Ella no podía hacer nada más... ¡ni siquiera era una persona real! N siquiera una persona real en el sueño. Pero...

El príncipe puso sus brazos alrededor de ella y la acercó. Ella se hundió en su hombro, sintiéndose tan pequeña. Pequeña como un lirón.

Disfrutó el peso de su pecho y brazos y la oscuridad cuando cerró los ojos, y lloró por tantas cosas, no solo por Lianna.



Capítulo 15: Mientras Tanto, de Regreso al Castillo...

—¡ESE MISERABLE PRÍNCIPE!

Los labios de Maléfica se estiraron, tensos y finos sobre sus dientes hasta que incluso sus molares quedaron al descubierto en un rictus de frustración. Ella no era muy bonita.

En el aire, ante ella, había una escena de un romance pastoral casi ridículo: una niña en mal estado, pero hermosa, en los brazos de un príncipe, en un camino en el bosque. Se dirigían de manera bastante obvia y ominosa, hacia la casa de las hadas.

—Ese cerdo asesino y asqueroso —siseó ella.

Su mano se movió inconscientemente hacia su pecho, sintiendo el lugar sobre su corazón, que, incluso en el mundo de los sueños, todavía tenía la fea cicatriz de una espada.

Sus guardias, la horda deforme convocada desde los lugares oscuros de allá abajo, permaneció en silencio, moviéndose inquietos. Incluso cuando las cosas iban sólo un poco mal, los castigos eran dolorosos, aleatorios y ciertamente no equitativos.

Esto era algo importante.

Sola entre ellos, inmóvil, había una sola humana, que parecía una chica, aunque las faldas andrajosas revelaban sus pies de cerdo. Sus ojos eran grandes, abiertos, y negros, fijados enteramente en la visión que se mostraba en el aire. Una película delgada y húmeda los cubrió.

Maléfica sostuvo su bastón en alto. La sangre en el orbe brillaba con un verde brillante. La hizo girar, lenta y cuidadosamente, como un conocedor de vinos examinando una cosecha particularmente complicada. Desde el interior del verde, una extraña gota de rojo comenzó a palpar, atrapada dentro, pero no se mezclaba con el resto del líquido.

—La batalla acaba de comenzar— dijo Maléfica con una mirada cómplice. —Todavía tengo la sangre de la soñadora tomada del huso. Puede que sea momento de usarla...



Capítulo 16: Sintiendo Rabioso

TRES EXTREMADAMENTE preocupadas tías la encontraron tirada en un hueco al pie de lo que ella llamaba Fern Hill. Era después del crepúsculo, la oscuridad creciendo, y debería haberse ido hace horas...pero el hueco era tan cómodo y no tenía ganas de moverse.

—¡Rosa! —dijo Flora, su voz como un azote. —¡Te hemos estado buscando por todos lados!

Había emoción real en su rostro, la Rosa de trece años lo había notado. En todas sus caras. La usual presencia de la serenidad se había ido.

La niña sabía que debía sentirse mal—o al menos preocupada—pero no sentía mucho de nada. Era como si ellas estuvieran muy lejos.

—¡No puedes estar en el bosque después de que oscurece! —Merryweather la regañó— ¡Los lobos podrían atraparte! ¡O los osos!

—Ellos no van a herirme —ella había dicho, parándose lentamente. Las palabras venían con dificultad. Como si ella estuviera hablando a través de la una boca llena de miel.

—Conejos y búhos son una cosa —Fauna dijo con un gentil tono de precaución —No son lo mismo que los osos.

—O violadores —Merryweather agregó.

Las otras dos tías la fulminaron con la mirada.

Había algo que ellas no le habían contado a ella, algunos adultos tenían un gran temor por los niños que ellas nunca le habían compartido. Rosa estaba solo vagamente intrigada. Las dejó que la llevaran de vuelta a la casa. Y se disculpó, porque ella era una buena niña, prometiendo que trataría de no dejar que pasara de nuevo, porque ella era una buena niña.

Luego se fue directo a la cama y durmió por trece horas, y aun así no quería levantarse.



Volvió al suelo, con el nauseabundo olor a bilis llenando su nariz y boca. Phillip estaba arrodillado junto a ella, sujetándole el pelo y los hombros, mirándola a la cara con preocupación.

El recuerdo la había golpeado como un árbol que cae repentinamente: de la nada, partiéndole la cabeza. Fue tan real....

...Pero, por supuesto, eso era real. Lo que realmente había pasado. Su mente estaba solo recuperando todos esos momentos perdidos.

Había una familiaridad extrañamente reconfortante en la tristeza del recuerdo. Se sentía como tantos días similares en el castillo...durmiendo horas y horas, mirando a la nada. No queriendo hacer nada. Esperando desaparecer.

—Estoy bien—ella dijo, antes que Phillip pudiera preguntarle. Su cabeza se sentía como si estuviera chapoteando, pero, fuera de eso y un pequeño mareo persistente, ella estaba bien para continuar.

Extendió la mano hacia la reconfortante solidez de la raíz de un árbol para incorporarse. Pequeños recuerdos divertidos fluyeron por su brazo hasta su cabeza. Antes de que ella pudiera procesarlos, el príncipe la estaba ayudando. Su brazo era tan robusto e implacable como una roca. Ella no sintió debilidad, ni él cedió cuando él la levantó.

El camino se mantuvo firme durante un tiempo antes de reducirse a lodo polvoriento. El cielo se abrió sobre ellos mientras los árboles desaparecían a derecha e izquierda. A su derecha, la tierra se hundía en un valle diminuto, casi imposiblemente hermoso. Un arroyo corría por su punto más bajo, su orilla bordeada de altramuces rosados. Antes de eso, la hierba alta, de color verde oscuro, brillaba con destellos blancos a la luz del sol. Las abejas evitaban los dientes de león de final de la temporada y las diminutas flores blancas y susurrantes en tallos delgados, mientras que los cardos morados y las ásteres estaban repletos de ellos.

—Me vendría bien un poco de descanso— dijo, mirando con nostalgia las blandas laderas cubiertas de musgo sobre el tintineo del agua.

El príncipe hizo un gran espectáculo examinando con cautela la escena. Aurora/Rosa escondió una sonrisa. Nada parecía perjudicial.



—Está bien— dijo finalmente. —Definitivamente mi cara podría querer un lavado. Se siente toda polvorienta.

Bajaron al tranquilo valle que olía a todo el verano aplastado en una sola flor. Ella se derrumbó agradecida sobre un suave trozo de musgo iluminado por el sol. El príncipe se acostó con cuidado boca abajo y ahuecó las manos en el arroyo.

—Espera... ¿deberíamos beber esto? —él preguntó repentinamente. —Quiero decir, en los cuentos de hadas ellos siempre te atrapan con la comida o la bebida.

—Ya estamos atrapados en un sueño. ¿Cuán más atrapados podemos estar?

—Hum. Excelente punto. —dijo Phillip, y bebió varios sorbos.

—Entonces...mis padres. —reflexionó Aurora/Rosa masticando el extremo dulce de un tallo de hierba. —Quienes, a propósito, no son malos. Aun así, me entregaron a un grupo de hadas cuando era un bebé.

Esa era la parte que actualmente la confundía más. Maléfica fue, evidentemente, terriblemente inteligente en la forma que había construido el falso mundo con su falsa historia; este reflejaba sinuosa y malévolamente al mundo real, y en cada uno sus padres la habían entregado a las hadas. Por diferentes motivos y en diferentes momentos.

—¿Por qué, exactamente, ellos harían eso? ¿Y por qué ocultaron ese secreto de mí?

—Ellos pensaron que era la mejor forma de protegerte. Me imagino. —dijo Phillip. Él tomó un grupo de musgo y lo empapó en el agua, luego se lo entregó. —Toma, tal vez puedas usar esto como una esponja.

Ella sonrió y frotó su cara lentamente, aun pensando. Inconscientemente, empezó a frotar los trozos más picantes, donde estaba la brea de pino.

—Pero si la maldición de Maléfica era que yo debía morir—o caer en un sueño—o lo que sea, en mi decimosexto cumpleaños, entonces, ¿a quién le importaría lo que pasara hasta que yo llegara a esa edad?



—Creo que había alguna duda de lo furiosa que estaba Maléfica por la forma en que su maldición fue mitigada—Phillip dijo encogiéndose de hombros. Su elección de palabras atravesó sus pensamientos; Había momentos en los que el chico guapo y tonto casi sonaba como un futuro rey. —Y que ella vendría por ti de alguna manera pasada de moda, con su ejército o algo así. Yo, en su lugar, no es la forma en que lo habría manejado. Hubiera mantenido a mi hija en casa, donde pudiera vigilarla, y la hubiera rodeado de guardias armados en todo momento, y hubiera tenido a esas hadas merodeando por el castillo.

Esas palabras sonaban extrañamente familiares...

Repentinamente, el discurso de Maléfica hacia sus padres hizo sentido.

Déjenme decirles algo, queridos. Si yo hubiera tenido una hija alguna vez, pueden estar seguros que la mantendría cerca, y la enseñaría bien, la educaría en las artes de la magia, la haría fuerte y lo suficientemente poderosa para protegerse ella misma, y nunca dejaría que nada se interpusiera entre nosotros.

O admitan la verdad ante ustedes mismos. No importaba mucho de cualquier manera, porque al final, realmente hubieran preferido un hijo.

Aurora/Rosa rodó sobre su estómago, extendiéndose sobre el musgo como una niña. Ella miró fijamente la tierra, parte de ella maravillándose de cuán cercanos podía ver los granos individuales y los ojos perfectos de las hormigas. Cómo todo lo diminuto era magnificado como por arte de magia por la lágrima en forma de globo que aterrizó en un parche de musgo.

Pequeña como una princesa. Inútil. Indeseada. Una chica arrojada a un lado hasta que llegara el momento de casarse. Una alianza estratégica. Un útil peón.

—Hey— dijo Phillip, notando su repentino cambio de humor. Él puso su mano en la espalda de ella. A pesar del calor del sol, sus dedos eran más cálidos. —¿Importa ahora? ¿Tú no amabas a tus tías—ellas realmente no te amaban? Seguramente ellas deben haberlo hecho.

—Supongo.



—Créeme, *yo* puedo decírtelo, como alguien que fue criado apropiadamente, un príncipe de la realiza en un castillo real, tú probablemente tuviste más amor, libertad y diversión que cualquier príncipe de los que conozco.

—Antes de que ella muriera, *mi* madre era alguien que yo veía una vez al día, al final del día, por un apropiado beso en la mejilla y para recitar la lección del día. Y mi padre...bueno, mi padre era bastante genial. Excepto cuando él me castigaba. Pero todas sus lecturas, sus lecciones, todo su tiempo conmigo...todo era sólo para capacitarme para tomar su lugar. Piensa en eso. Mi único rol en la vida era prepararme para el día en que el hombre que más amaba muriera. Cumpleaños marcados por un suspiro de logro por haber llegado tan lejos y la preocupación de cuántos años me quedaban antes de cumplir los dieciocho— y si podría gobernar con razón si algo le sucedía a él.

Ella se mantuvo en silencio, concediéndole ese punto.

Pero ella no podía dejarlo ir.

—Al menos tú sabías lo que te esperaba. Yo nunca supe que estaba pasándome —o que iba a pasarme a mí.

—Sí, ese fue un error táctico, creía que ya habíamos dejado claro eso. —Phillip dijo, un poco impaciente. —Pero el punto de esto era para mantenerte a salvo. Lo entiendes ¿cierto? Estoy seguro que, en su propia rara manera, tus padres cuidaron de ti. Maléfica a pesar de su...actuar, seguramente no lo hizo.

Aurora/Rosa se permitió a sí misma un momento de locos pensamientos: ¿Y si Maléfica la hubiera amado? ¿Y si su corazón se había ablandado solo un poco y ella había adoptado realmente a la princesa? ¿Y la llevó a sus malos caminos, y le enseñó los grandes hechizos de invocación, y la hizo despiadada, fuerte y mágica? ¿Fue un final infeliz? La princesa se habría convertido en una villana, pero realmente habría tenido una madre. Ella habría sido despiadada pero independiente.

Esos pensamientos se desvanecieron cuando recordó la mirada de inquietud en los ojos de Maléfica cada vez que la conversación iba por esos rumbos.



Nunca fue una posibilidad. La princesa no era la clase de hija adecuada para ella. Ella era demasiado débil, demasiado amable, demasiado tonta....

—Y mala en matemáticas— ella dijo en voz alta con una amarga sonrisa.

—¿Qué? —Phillip preguntó, confuso.

—Estaba pensando acerca de mi relación con Maléfica. Sólo quise decir...además de todo lo demás, ser esta estúpida princesa, ni siquiera puedo hacer las matemáticas que ellos trataban de enseñarme.

—¿Las hadas te enseñaron matemáticas? —él preguntó, confundido —Ni siquiera sabía que las hadas hicieras ese tipo de cosas.

—No, Maléfica trató —ella dijo con un suspiro, recogiendo un tallo fresco de hierba y empezando por ella. —Ella contrató un tutor para mí, pero yo era terrible en eso.

—¿Dónde?

—En el castillo, tonto. En mi habitación o en la biblioteca.

—Sí, ¿pero en el castillo de aquí? ¿En este sueño?

—Sí, Phillip. Maléfica no salió del bosque para enseñarme matemáticas mientras las hadas me criaban.

Phillip tuvo la indecencia de reírse de ella.

—¡Por supuesto que no podías hacer matemáticas aquí, tontita! Tú no puedes hacer matemáticas en sueños.

Ella se sentó.

—¿Qué?

Phillip se encogió de hombros, descartando todo el asunto con una expresión infantil. —Todos saben eso. Por alguna razón, simplemente no puedes. Todos los que conozco, incluso Sir Gavin, que tiene como cien años, tienen estas pesadillas en las que estás sentado en el escritorio con un ábaco y el maestro encima de ti, chasqueando los dedos con una vara por ser tan estúpido. Las ecuaciones no tienen sentido. Incluso las más sencillos.



Tampoco puedo hablar latín en sueños. Sin embargo, no sé si eso es cierto para todos los demás. Siempre empiezo con hic hec hoc y luego las cosas se ponen raras. De hecho, con solo pensarlo ahora, nada tiene sentido. ¿Qué es una declinación, de todos modos?

Phillip siguió parloteando, pero Aurora/Rosa lo ignoró.

Incluso las partes más agravantes de su vida eran una mentira. Las Matemáticas no eran reales en este mundo. Cerca de veinte años de una falsa historia y ni siquiera podían ser útiles. El tiempo que ella había gastado, las lágrimas de frustración, cuan estúpida pensó que era. Una hermosa y estúpida princesa.

Ella miró al cielo. El asombro de que todavía existiera un mundo natural y que ella estuviera en él aún no había desaparecido del todo. El cielo era de un azul claro y grandes nubes hinchadas se movían lentamente a través de él. El suelo era incómodo en algunos lugares debajo de ella, pero no lo suficiente como para importar realmente. La brisa era cálida cuando sopló.

Phillip se inclinó sobre ella y, por un momento, ella captó su reflejo en sus ojos, pero luego se perdió en ellos.

—¿Puedo besarte? ¿Eso estaría bien? —él preguntó con suavidad.

Ella lo honró con una sonrisa.

—¿Es porque luzco como si estuviera durmiendo?

—¡No! —Phillip dijo, empujándose hacia atrás. —Al diablo con todo eso, solo es que te ves bonita y te amo.

Se inclinó hacia ella y la besó, pero él demoró un poco más de lo que ella había imaginado que él lo haría. Ella sentía su aliento cálido y húmedo, pero no desagradable. Sus rostros se mantuvieron juntos por otro momento, escabulléndose en un segundo casi-beso.

Él se sentó y la miró a la cara, a sus ojos. Empujó un mechón de cabello de ella hacia atrás sobre su cabeza.

Ella lo estaba disfrutando inmensamente.



—Creo...— él dijo finalmente —Creo que deberíamos seguir moviéndonos. Es asombroso que Maléfica no nos haya encontrado todavía.

—No creo que pueda dejar el castillo. —dijo Aurora/Rosa con pereza, estirándose. Aunque no estaba segura de cómo sabía eso. —Si ella pudiera hacerlo ya lo habría hecho. En los últimos años. Ciertamente a estas alturas.

—Bueno, no estaría de más tener una buena ventaja. Puede que no pueda salir del castillo, pero podría enviar a alguien.

¿Alguien más afuera?

El exiliado. El juglar.

Se había olvidado por completo de ellos.

—¿Has visto a alguien más allá afuera? ¿Una especie de...individuo perdido? ¿Podría tener un laúd? O tal vez lo conozcas, nuestro juglar de la corte, el maestro Tommins.

Phillip enarcó una ceja. —No he visto a un alma o signo de alguien desde que llegué aquí. Sentí como si estuviera solo en el mundo. De vez en cuando, podía escuchar sonidos débiles desde el patio del castillo, meros susurros en el viento. Así fue como supe que había gente adentro.

—¿Ninguno? ¿Ni siquiera una...especia de pequeño anciano gordo, bigote blanco...pensando que es el rey?

El rostro de Phillip se puso pálido.

—¿De quién estás hablando? —él preguntó, tratando de controlar sus emociones.

—El exiliado. Él fue expulsado hacia el Exterior años atrás por alta traición. Todos nosotros asumimos que él murió...pero supongo que aquí él pudo haber sobrevivido, después de todo.

—¿Cuál era su nombre? —Phillip ordenó, poniendo sus manos en los hombros de ella. —Hay solamente un rey más en leguas a la redonda, en cualquier dirección.



—Nunca hablamos de su nombre...fue olvidado.— ella tartamudeó. —
¿Hugh? ¿Hugley? ¿Humboldt?

—HUBERT— el príncipe dijo con un grito, retrocediendo.

—Hubert, eso es. —Aurora dijo con Alivio. Entonces repentinamente lo entendió. —Oh...

—Él es mi padre, Rosa — dijo Phillip desoladamente. — Ha estado aquí todo este tiempo y ni siquiera lo sabía. Por supuesto, él también habría estado en el castillo, lo olvidé. Él y tus padres estaban en la sala del trono cuando todo sucedió, esperando la ceremonia de la boda.

—Lo siento mucho...Bueno, algo así— agregó, pensando. —Quizás era mejor para él estar aquí afuera que allí todo este tiempo. Maléfica podría haberlo matado por su sangre allí adentro.

—Tenemos que encontrarlo— dijo el príncipe, saltando. —Está perdido aquí, en alguna parte.

—Phillip— Aurora/Rosa dijo, gentilmente, levantándose y poniendo sus dedos sobre el brazo de él. —Creo que lo mejor que podemos hacer ahora es escapar de todo este lugar por nosotros mismos y despertar...rescatar a todos en el proceso. Su cuerpo, su verdadero ser, recuerda, está aún en el otro mundo.

Phillip comenzó a discutir, luego se detuvo

—Tienes razón— respondió, tomando aire profundamente. Cuadró sus hombros y apretó la mandíbula. —Eso es lo correcto que hay que hacer. Eso es lo que...él querría que hiciera. Es lo que un rey haría.

Siguieron su camino estoicamente —aunque con pesar— retrocediendo por el lado del hermoso valle, Aurora/Rosa poniendo una mano reconfortante en el brazo del príncipe. Él sonrió y palmeó su mano, pero eso no pudo disimular la preocupación que flotaba justo debajo de la superficie de sus ojos.

Cuando estuvieron de vuelta en el camino, ella tomó un último y profundo respiro del olor de las flores silvestres y se volteó hacia el camino, hacia los árboles.



—Está bien, pero mis dos, um, vidas potenciales involucraban estar estancada. Atrapada en un castillo, el real, quiero decir, en el mundo real, hasta que tuve dieciséis años y terminara casada como una princesa de verdad—charló, tratando de distraerlo. —O estar atrapada en el bosque sin nada que hacer, ni nadie a quien ver. Entonces, ¿qué hace la gente normal? ¿No como princesa, o un ser maldito por malvadas hadas? ¿Si no, como una chica normal?

—Bueno, yo...— el príncipe se calló, mirando el polvo en el camino.

—No lo sabes, verdad— dijo, asintiendo. —Porque tú tampoco eres normal. Quiero decir que eres normal, pero un príncipe. No como un granjero, o...

—Rosa, mira— interrumpió, señalando. —¿Qué es eso?

Aurora/Rosa no pudo ver nada fuera de lo común. Solo una pequeña área donde el polvo se movía con la brisa.

Y luego se asentó sobre sí mismo como un león hormiga construyendo su trampa justo debajo de la superficie. Y luego se hizo más grande. Se extendía como un sumidero. Como...

—¡VUELVE! — Phillip gritó, dando vueltas y agarrándola para correr.

Ella tropezó, incapaz de procesar lo que él había dicho, y lo que ella vio y lo que sus pies debían hacer, todo al mismo tiempo.

Aterrizó con fuerza en el polvo, sobre los mismos moretones que se había hecho al caer desde lo alto del castillo. Su pierna izquierda estaba torcida bajo ella.

Rodó sobre su vientre lo más rápido que pudo, tratando de desenredar sus rígidos accesorios, y vio que el mundo se abría ante ella.

Como una boca devoradora, como nada que hubiera visto antes o que pudiera imaginar: el suelo mismo se estaba hundiendo en una grieta que se abría cada vez más, arrastrando consigo toda la tierra, las rocas y la hierba circundante.

Devoró el camino y se acercó a ella tan rápido como un caballo al galope.



—¡ROSA!— Phillip gritó, dándose la vuelta cuando se dio cuenta de que ella no estaba detrás de él.

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia atrás y la agarró, rodeando su cintura y tirándola sobre su hombro.

Se tambaleó bajo su peso por un momento y luego comenzó a correr.

—¡Bájame! — chilló. —¡Puedo caminar!

Observó, boca abajo, mientras la tierra continuaba siendo devorada, el borde del abismo ahora casi a sus pies.

—No lo parecía— resopló Phillip.

—¡BÁJAME! — ella gritó. —¡Iremos más rápido!

Maldiciendo, el príncipe lo hizo, deteniéndose sólo un momento para ponerla de pie.

No soltó su mano.

Los dos aceleraron y solo tuvo que tirar de ella un poco. La gracia, el regalo de las hadas según su historia, parecía concernir tanto a correr como a bailar. Puede que ella no fuera tan rápida como él, pero era ágil, veloz y no necesitaba mirar sus pies para evitar tropezar.

Pero no la ayudó con la resistencia.

Ella empujó con fuerza, casi llorando por el esfuerzo. Había una pequeña parte de ella que solo quería rendirse y admitir que no había escapatoria y que no tenía sentido desperdiciar energía intentándolo. Pero se asombró al ver ese débil impulso completamente superado por la voluntad inmediata de sobrevivir. No podría haber dejado de correr si hubiera querido. También eligió no mirar atrás; los gritos del suelo y los crujidos y ruidos rocosos detrás de ellos fueron suficientes para acelerarlos.

De repente se dio cuenta de que estaban corriendo por el camino por el que habían venido, de regreso al castillo.

Pero seguramente, si esto fuera un ataque de Maléfica, no destruiría el castillo, ¿verdad? ¿Con ella, sus secuaces y sus víctimas todavía en él?



La princesa tiró de la mano de Phillip y lo condujo, atravesando el claro donde se habían encontrado por segunda vez, apuntando directamente a la silenciosa estructura gris que se cernía sobre el campo circundante.

—¡No!— Phillip lloró cuando se dio cuenta de adónde iban.

Pero a solo unos metros de las primeras enredaderas espinosas periféricas, el ruido detrás de ellos se detuvo. Phillip y Aurora/Rosa redujeron la velocidad con torpeza, con fuertes golpes de sus pies, sin aliento y exhaustos.

Lentamente, se dieron la vuelta.

Entre ellos y el bosque había ahora un barranco épico.

Ambos tropezaron hacia atrás mientras intentaban ver la cosa completa desde un solo punto de vista. Era de al menos varios furlongs⁵ a través del otro lado del camino.

—Yo no pondría esto en un sueño. —dijo la princesa con voz temblorosa.

Era como si la garganta fuera demasiado grande para ser creíble, como si su mente no pudiera abarcar cuán grande era. Sus ojos seguían lanzándose a diferentes puntos a lo largo de sus acantilados: donde la tierra cambiaba de color, donde había una roca particularmente grande que sobresalía, donde lo que se parecía mucho a huesos gigantes y antiguos se apretaban contra la tierra recién revelada. Cualquier cosa en la que concentrarse y distraerla de intentar comprender todo.

Ahora todo estaba en silencio, excepto por el ocasional y distante movimiento de las rocas o el impacto de una avalancha de pedregales que se liberaba en algún lugar de las profundidades.

Con cautela, sin decir una palabra, Aurora/Rosa y Phillip se arrastraron hasta el borde y miraron hacia abajo.

El barranco no era infinitamente profundo, como probablemente todos temían, pero era bastante profundo. Y se estaba llenando de agua a medida que los ríos y lagos a lo largo de él se drenaban en su fondo.

⁵ El furlong es una unidad de longitud de medida del sistema anglosajón y equivale a 201,168 metros.



Phillip y Aurora/Rosa se miraron.

—Si vamos a cruzar— dijo el príncipe vacilante —ella podría sellarlo de nuevo sobre nosotros inmediatamente. ¿Correcto?

La oscura idea de la muerte instantánea no atraía en absoluto a la princesa. Pero tampoco la idea de estar atrapada en la mitad del estado, de un mundo de sueños para siempre.

Era como si la garganta fuera demasiado grande para ser creíble, como si su mente no pudiera abarcar cuán grande era.

—Pero si ella quisiera matarnos directamente, ¿no podría haber abierto la tierra inmediatamente debajo de nosotros? Ella está tratando de hacernos retroceder, obligarnos a regresar al castillo. Ella nos necesita...o a mí...vivos y cerca. Por ahora.

—Mmm. Buen punto.

—Además ... ¿tenemos otra opción?

El príncipe suspiró y negó con la cabeza.

—No.

Él comenzó a bajar, probando la firmeza de los puntos de apoyo antes de tenderle la mano. Ella la tomó, observando ociosamente cómo en momentos de necesidad, al menos, su toque ciertamente se estaba volviendo menos extraño. Con la otra mano se arrastró por la tierra fría a su lado, dejando que ésta se enredara en las raíces. ¿Cuánto de esto era el mundo real y cuánto eran capas secretas de su propio yo?

—Bueno, no fue el arroyo del que bebí— dijo Phillip con una sonrisa torcida. —Esa era la trampa, quiero decir.

—No, no lo fue.

De repente, ella no sintió ganas de sonreír, no sintió la necesidad de reflejar su rostro. Se sintió débil y enferma. La fuerza y la determinación que había sentido un momento antes se marchitaron bajo el escrutinio.



—Fue una trampa, ¿no? Ella sabe dónde estamos. De alguna manera ella sabe que he descubierto todo. Ella está tratando de detenerme. Para lastimarme, si necesita...

—¡Sí, y eso es genial! — Phillip dijo con una sonrisa cegadora.

Aurora/Rosa lo miró parpadeando. Se encontró preguntándose si los dos estaban, en ese momento, atrapados en realidades diferentes, como ella y su verdadero cuerpo dormido. Porque no tenía sentido.

—¿Disculpa?— dijo, los modales aparecieron antes de que lo que realmente quería decir llegara a sus labios.

—Significa que estamos en el camino correcto, ¿no lo ves? Cada vez que Maléfica hace algo como esto, cada vez que evadimos por poco una trampa o un ataque o lo que sea que nos envíe, significa que nos estamos acercando a nuestro objetivo. Las hadas. ¡El camino de salida!

—Oh.— Ella le dio vueltas a esto en su cabeza. Tenía sentido. También era una forma de pensar que le resultaba tan completamente extraña que le costaba entenderlo. —Las cosas malas pueden significar cosas buenas. Eso es ... único.

—No, es una estrategia de juegos básica. Como cuando Sir comienza a enviar a todos sus exploradores de un punto después de tu primera caballería, sabes que casi has encontrado dónde escondió la corona.

Ella lo estudió por un momento y decidió darles un descanso a los modales.

—No tengo idea de lo que estás hablando—

—¿Atrapar al rey? ¿En serio? ¿Nunca has jugado? Oh, es un gran juego. Incluso mis hermanas...

Ella solo lo miró, arqueando un poco las cejas.

—Bien, no importa, el punto es este— Phillip siguió hablando mientras se balanceaba en una pieza gigante de raíz, enterrando sus uñas en la sucia pared para mantener el equilibrio. —Es una buena metáfora, si tengo que decirlo. Imagina que estás jugando un muy peligroso juego con Maléfica.



Si tú ganas, entonces despiertas, ella muere —supongo— y todos en el reino despiertan, yo despierto, todos nosotros tendremos un felices para siempre. Si ella gana, bien, supongo que nos mata, se apropia del reino, y llueve un maldito infierno sobre todos y todo.

Ahora ella realmente se sentía enferma.

Su estómago se retorció. ¿Cuándo fue la última vez que ella había comido? ¿Quedaba algo por vomitar? Sus piernas se sentían como de goma. La vista del fondo del barranco repentinamente pareció mucho más lejana. Y el camino de vuelta increíblemente empinado.

Todo lo que ella conocía eran conejos, pájaros, banquetes y bailes. Nada acerca de la vida, la muerte y sobre salvar reinos.

Phillip tuvo que detenerse cuando ella se detuvo, dando vuelta para ver qué había pasado. Cuando vio la cara de ella, él le dio una sonrisa triste. —Dijiste que no sabías que significaba ser una princesa real. Bueno, ahora lo sabes. Ser un miembro de la realeza significa vivir por aquellos a los que gobiernas, son más importantes que tú misma. Envías a tus ejércitos a la batalla para proteger tu ciudad de invasiones. Te casa con gente que no quieres para mantener la paz. —él se rio ante la ironía. —Y hay un reino entero de gente dormida, a merced de Maléfica, dependiendo de ti para que los rescates. Esta es tu misión. Esta es tu aventura.

Él extendió la mano y le dio un apretón en la mano de los nudillos blancos, luego la alcanzó dándole una palmadita amistosa. Se volteó y volvió a bajar de nuevo.

Él estaba en lo correcto. Esto era simplemente lo que ella necesitaba hacer. Nunca había tenido más necesidad de hacer nada en toda su vida.

Tomando un respiro profundo, ella lo siguió.

—¡No puedo creer que nunca hayas jugado a Atrapar al Rey! —él siguió, incluso cuando estuvo a punto de tropezar con una cornisa estrecha que se movió bajo sus pies. Sus manos volaron hacia arriba para mantener el equilibrio, fuera de las de ella. —¡Es, como, el mejor juego de todos!



No soy muy bueno en eso, ni siquiera tan bueno como Brigitte, entre tú y yo, pero mi tío Charles, él es el experto. Lo que haces es configurar todos los marcadores, sin que tu oponente vea...

Mientras seguía parloteando, se encontró sin escuchar al chico que había pensado que era el más guapo del mundo un poco de tiempo atrás. Luego, mientras él seguía interminablemente con las reglas y la configuración del juego, ella se preguntó si se trataba de otro movimiento estratégico por parte del príncipe: un intento de distraerla del peso de la carga que ahora se daba cuenta de que llevaba.

Y después de un tiempo, las cosas se volvieron más fáciles. El camino ancho y de suave pendiente que había hecho una gigantesca roca al caer les permitió caminar un poco uno al lado del otro.

—¿Puedo tomar tu mano? —Phillip preguntó de repente, un poco quejumbroso.

La princesa miró hacia arriba, sorprendida. —Por supuesto. Si. Supongo.

Él sonrió como un niño al que le acaban de regalar un pony, tomando su mano y apretándola una vez. La balanceaba mientras caminaban. Todo rastro de desastre cercano había desaparecido de su mundo. Era el apuesto príncipe héroe, para quien todo era un día de trabajo. El último mal fue superado y ahora era el momento de seguir adelante. Sin vivienda ... a pesar del hecho de que estaban varios pisos por debajo de la superficie de la tierra y profundamente en la sombra del suelo. Sin un plan real de cómo cruzar el agua por el fondo.

—Gracias— ella dijo, después de uno o dos minutos. —Por llevarme de regreso, allí.

—Por supuesto— dijo, rompiendo una raíz con su mano libre mientras caminaban. La miró con picardía. —Pero si voy a tener que rescatarte más, ya sabes, levantarte y lanzarte sobre mi hombro, sería mejor si usaras zapatos más suaves. La próxima vez.

—No habrá una próxima vez. No volveré a necesitar ese servicio, gracias— dijo con altivez. —Estaba ... sorprendida...desprevenida.



—¿Qué pasa con ustedes las chicas y sus zapatos puntiagudos, de todos modos? Consíguelte un buen par de botas de tacón plano, eso es todo lo que necesitas...

—No usaba zapatos en absoluto en el bosque. Estaba descalza todo el tiempo y mi piel era tan gruesa como el cuero. Tenía tantos zapatos en el castillo ... todos de diferentes colores.

Se detuvo, pensando en ello.

Luego se inclinó con la mano libre y se quitó los zapatos dorados.

Con un suave movimiento, Aurora/Rosa los arrojó al barranco.



Capítulo 17: Erestan Vanidosa

—¿POR CUÁNTO TIEMPO HEMOS ESTADO CAMINANDO?

Todavía estaban un poco empapados por haber atravesado el barro y el agua en el fondo del barranco.

Afortunadamente, el arroyo no era tan profundo como parecía desde arriba, pero estaba frío y era desagradable en general. Las botas de Phillip se hundían un poco mientras avanzaba. Salir de él tomó más tiempo que bajar, pero no podría haber dicho cuánto.

—Un rato... no lo sé. ¿Un par de horas? —dijo Phillip—. Es difícil saberlo aquí bajo los árboles, no ver el cielo desde aquí. Parece un poco más oscuro. Quizás el sol se ha puesto o está a punto de ponerse.

Así que este es un crepúsculo real, pensó. No el tono grisáceo que llegaba al Castillo de Espinas. Las sombras se mezclaban con formas sólidas y todo parecía volverse más oscuro, azul y violeta.

Extendió su mano frente a ella; de alguna manera parecía más real, más detallada que a la luz del sol. Pero cuando miró a los lados del camino, directamente al corazón del bosque, ya estaba tan oscuro como la noche. Impenetrablemente negro.

Excepto...

Parpadeó, pensando que alucinaba.

No, no había sido su imaginación. Había diminutos orbes de luz azul y naranja bailando más allá del límite de su visión.

¿Eran luciérnagas? ¿Fuego fatuo? ¿Brujería?

Y luego uno de los orbes se abrió paso hacia ella.

Observó con los ojos muy abiertos cómo se movía de un lado a otro y terminó dando vueltas frente a su cara. Phillip no se había dado cuenta mientras murmuraba cosas sobre encontrar comida y se preguntó si los soñadores necesitaban comer o no.

Dentro del orbe de luz había, como esperaba, una niña diminuta y perfectamente formada.



No como las otras, esta era más joven, con un cuerpo casi infantil. Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa mientras miraba a Aurora/Rosa.

—Eres un hada —dijo la princesa, más para ella misma que para alguien más.

—¡Eres una princesa! —chilló de asombro la pequeña hada— ¡Una hermosa princesa de cuento de hadas! ¡De carne y hueso!

El orbe de luz se redujo al tamaño de la cabeza de un alfiler, luego creció repentinamente y, con un estallido, desapareció. La princesa parpadeó. El hada ahora estaba flotando frente a ella, de puntillas, casi del tamaño de un humano. Tenía lo que parecían interminables ondas de cabello castaño, una túnica bastante corta y una nariz puntiaguda.

—Oh, ¡qué bonita eres! —dijo el hada, rodeando a la chica medio en puntillas, medio flotando. La princesa giró, tratando de seguirla.

—¿Eres... eres del mundo real? —preguntó Aurora/Rosa desesperada— ¿Los otros te enviaron? ¿Vienes de cabaña?

El hada no respondió, estaba demasiado ocupada tocando la ropa y el cabello de la chica y cualquier otra cosa que estuviera a la vista.

—Hey —dijo Phillip cortésmente— ¿Quién es tu amiga, Rosa?

Ella se encogió de hombros incapaz de responder. Pero no pudo evitar darle una sonrisa a la hermosa y encantadora criatura que volaba dejando un rastro de destellos dorados.

—Por favor —dijo, tratando de no reírse de las travesuras de la criatura— ¿Te envió Flora? ¿O Fauna? ¿O Merryweather?

—Oh, no—El hada ahora estaba jugando con las puntas del cabello dorado de la princesa, tocándolo con asombro—. Ellas son serias e importantes hadas madrinas. Están ocupadas con importantes asuntos humanos. Nosotras somos ninfas del bosque. Las hadas de los bosques. ¡Fiaalla! ¡Livuua! ¡Malailialaila! —las llamó ella. Los nombres sin sentido se convirtieron rápidamente en trinos de pájaros y cantos de ranas.

Más orbes se acercaron rápidamente, atravesando los árboles.

El príncipe y la princesa vieron, asombrados, cómo más y más hadas tomaban formas de tamaño natural y aterrizaban a su alrededor.



Todos eran diminutas, delgadas, de ojos grandes y vestían ropas muy pequeñas. Aunque en realidad no había mucho que cubrir.

—¡Oh! ¡Mira tu cabello! ¡Parecen hilos de oro! —dijo una de las hadas—
¡Pero está tan sucio!

—¡Oh, tus manos! ¡Tan delicadas! —dijo otra. Los dedos del hada también eran delicados, demasiado delicados, tan estrechos que estaban a nada de convertirse en algo puntiagudo.

—Tu piel es perfecta —dijo una tercera, flotando en el aire y examinando sus mejillas, un poco demasiado de cerca.

—¿Eres un príncipe? —preguntó una cuarta, volviéndose hacia Phillip y mirándolo a la cara con adoración.

—¿Qué...? sí. Sí lo soy.

—¿Cómo supiste que era una princesa? —preguntó Aurora/Rosa. Tantas hadas volaban a su alrededor que estaba prácticamente envuelta de luces doradas. Los pequeños destellos se sentían cálidos cuando la tocaban, como inofensivos y crepitantes lazos de fuego. Se sentía abrumada y asombrada por el pequeño ejército de criaturas mágicas que la rodeaba.

—¡Pues luces como una, tontita! —rio una de las hadas.

—Eres muy guapo —le dijo un hada a Phillip, juntando las manos frente a ella.

—Bueno, yo... —dijo, sonrojándose.

—¡Mira tu vestido! —chilló un hada— ¡Tu hermoso vestido dorado, empapado! ¡Esos harapos no son atuendos apropiados para una princesa real!

—¡Y tus zapatos! ¿Dónde están tus zapatos?

—¡Ven con nosotros! —ofreció la primera —¡Te cepillaremos el pelo! ¡Y te haremos ropa nueva! Y arreglaremos tus uñas —agregó, lanzando una mirada de disgusto a las imperfectas, sucias y rotas uñas de la princesa. Aurora/Rosa tuvo la repentina necesidad de esconder las manos tras su espalda.

—No. No nos alejaremos del camino. No de nuevo —dijo el príncipe con firmeza.

—Podemos hacerlo aquí entonces.

—Realmente no tenemos tiempo.



—Sólo tomará un momento —suplicó el hada—. Y luego partirán frescos y renovados y vestidos y listos para las aventuras que se avecinan.

—Parece que te vendría bien un masaje en los hombros —dijo otra hada inocentemente, volviendo sus grandes ojos hacia Phillip.

—Bueno, ahora que lo mencionas... —dijo.

—¡Un apuesto príncipe y una hermosa princesa! —chilló la primera hada, aplaudiendo— ¡Somos tan afortunadas!

Pronto, docenas de hadas volaban a su alrededor, iluminando el área con su mágico polvo dorado y creando un espacio extrañamente parecido a una habitación debajo de los árboles. Una hizo que las agujas de pino volaran juntas y formaran un pequeño sofá.

Otra conjuró un espejo utilizando gotas de rocío. Una tercera juntó las ramas de los árboles y las hizo bajar para que formaran una cortina.

—¡No, no, no! —reprendió una de las hadas a Phillip en broma, alejándolo de la princesa hacia el otro lado de la cortina.

Aurora/Rosa se halló rodeada de cuerpecitos flotando en el aire, revoloteando y cambiando de tamaño, bajando y elevándose tan alto que nos las podía distinguir. Sus manos eran gentiles y retiraron cuidadosamente su vestido andrajoso, volando sobre su cabeza sin ningún problema. La princesa no tenía frío, como había supuesto; los destellos dorados la mantenían caliente.

—Aquí...

La llevaron al sofá que había hecho con las ramas de un pino, donde la esperaba un hada con una canasta.

—Inclina tu cabeza hacia atrás —ordenó el hada.

Ella lo hizo. Una cascada de agua tibia cayó sobre su cabeza, limpiando todo su cabello. Se sentía en el cielo. Las hadas frotaban sus manos ligeramente con algo que parecían piñas.

—Tu príncipe no tiene idea de lo afortunado que es —dijo un hada mientras limpiaba las uñas, inclinándose para susurrarle.

—Él no es mi príncipe —protestó a medias. Los cuidados de las hadas eran agradables, tanto que casi le parecía estar de vuelta en casa en el castillo, pero mejor. La forma perfecta de comenzar la aventura.



Alguien estaba cepillando con mucho cuidado el lodo y los nudos fuera de su cabello.

—Realmente parece hilo de oro —dijo el hada con asombro.

Espera... eso sonaba familiar....

Pero antes de que la princesa pudiera recordarlo, otra siguió parloteando.

—¡Te pondremos un vestido tan verde como los pinos que te rodean y zapatos a juego!

Varias hadas estaban haciendo magia en un árbol joven, haciendo que telas y tejidos aparecieran y cubrieran el árbol como si fuera un maniquí.

Aurora/Rosa sintió una punzada de incomodidad al ver lo que hacían, como un déjà vu.

—¿Por qué te importa la ropa? ¿Por qué a las hadas del bosque les importaría la ropa humana?

—No nos importa, tontita. Pero los humanos usan ropa. Y eres *muuuy* hermosa. Así que, necesitas ropa bonita.

—Pero estamos en el bosque. En un sueño. Incluso podría estar desnuda. Como en esos sueños en los que te das cuenta de que no tienes ropa.

—Shhh —dijo un hada, apartándole el cabello del rostro—. Tu belleza tiene rastros de magia de hadas... un regalo de las hadas, si no me equivoco. Probablemente serás la chica más hermosa del mundo. ¡Chica con suerte!

—Um... —dijo la princesa, pensando en esto.

La suerte no parecía ser un factor importante en su vida. En cualquier mundo.

En cuanto a la belleza ...

Bueno, de hecho, le había encantado la forma en que la gente la miraba en los bailes en el Castillo de Espinas.

En la cabaña del bosque, solía jugar a disfrazarse con los vestidos que sus tías le hacían. Solo una vez, hubo un momento en el mundo real, en el que ella se había vestido apropiadamente, y se había visto hermosa frente al espejo. Eso fue justo antes...

Justo antes de...

Dejó escapar un jadeo de dolor cuando el recuerdo la golpeó.



El día que les iba a contar a sus tías sobre el chico que había conocido.

Había vuelto a casa, habiendo olvidado que era su cumpleaños. El tiempo era importante e irrelevante en el bosque; las estrellas marcaban los cambios de estación, la luna crecía y menguaba, los solsticios eran obvios... pero los días, semanas y meses normales no.

Irrumpió en la cabaña y allí, esperándola, estaba el vestido más hermoso que jamás podría haber imaginado. Sin costuras irregulares, sin parches, sin telarañas u hojas que mantuvieran la tela junta. Estaba hecho a su medida y era tan radiante que parecía sacado de un sueño.

También era difícil saber si era azul o rosa, lo cual era un poco extraño, porque ella no era daltónica.

Se preguntó de dónde había salido. Ninguno de los pocos aldeanos o leñadores con los que interactuaban tenía nada parecido a un vestido o, incluso, materiales con los que coserlo.

Pero ese pensamiento se vio rápidamente abrumado por la alegría: alegría por el bonito vestido de su cumpleaños, alegría por la idea de pasar el resto de su vida con el chico que había conocido en el bosque, alegría por el pastel que, de alguna manera, también había aparecido mágicamente allí, perfecto, como si también hubiera salido de un sueño.

Y luego una abrumadora tristeza cuando descubrió lo que realmente significaba su decimosexto cumpleaños y para qué eran los regalos.

El vestido estaba allí porque era una princesa, a punto de casarse, con un príncipe que nunca había conocido.

Sus tres "tías" que parecían haberla querido tanto durante toda su vida desaparecieron de la escena por completo cuando la encerraron en el dormitorio del castillo. Por su seguridad, se quedó sola, sin nada más que pérdida, amargura y desesperanza.

Aurora/Rosa tragó saliva y respiró hondo, tratando de no perder la conciencia por el recuerdo, por el gran torrente de tristeza que la invadió.

Ver a estas hadas conjurar un vestido de la nada, se dio cuenta de dónde había salido su vestido de decimosexto cumpleaños. Y el pastel.

Algo parecido al pánico comenzó a formársele en la boca del estómago.



—Shhh, shhh —dijo un hada, acariciando su muñeca— ¿Qué pasa? Todo está bien.

La risa de Phillip resonó más allá de la cortina, juvenil y fuerte.

—¡Allí! —dijo un hada.

El vestido mágico flotó grácilmente hacia la princesa. A pesar de sus recelos, se puso de pie para recibirlo; habría sido de mala educación no hacerlo. El vestido se ajustó fácilmente a ella. La falda de terciopelo verde oscuro, amplia y suave, caía hasta los tobillos. Los botones dorados se abrocharon en la abertura del corpiño y sobre las elegantes y ajustadas mangas. Desde sus codos, volutas de seda verde oscuro caían hacia el suelo en forma de esclavina. Un collar alrededor de su cuello se deslizaba hacia abajo en una capa, hecha del mismo material.

—En verdad, eres la princesa más hermosa del mundo —susurró un hada.

Aurora/Rosa se miró en el espejo de gotas de rocío. De hecho, ella era la muchacha más hermosa que había visto en su vida. Cuello largo, cabello dorado, grandes ojos violetas, cintura estrecha, labios perfectamente formados y rosas.

Se volvió, solo un poquito, para ver cómo se veía desde un ángulo diferente. El terciopelo verde fluía suave y majestuosamente, haciendo pequeños y deliciosos ruidos cuando sus pliegues se ondulaban. Por muy talentosas que fueran las costureras del castillo, la princesa nunca había usado nada tan elegante o perfecto como esto.

Y sin embargo... pensaba en sí misma como una chica en el mundo de los sueños, escondiéndose en los espacios abandonados del castillo, haciendo amistad con las ratas. Entonces no llevaba vestidos. No era nada elegante ni bonita hasta que Maléfica llegó y la salvó. Se veía a sí misma como una niña del bosque, juguetona y sucia. Nada elegante o bonita hasta su decimosexto cumpleaños.

—¡Oh, eso no es nada! ¡Prueba este! —chilló otra hada.

La princesa se encontró siendo jaloneada y empujada suavemente, la peinaban y le la llenaban de magia, y su cabello se sentía extraño.



Cuando se dio la vuelta para mirarse de nuevo al espejo, llevaba un vestido amarillo; era como si los rayos de sol se estuvieran derramaban desde su corpiño hasta los dedos de los pies. Tenía los hombros desnudos, lo cual era un poco extraño, pero eran pálidos, perfectos y delicados. Como un cisne, oyó decir a un hada que tarareaba. Su cabello caía libremente en una trenza sobre su hombro, atado con una cinta amarilla.

Las hadas jadearon.

—¡Eres *taaaan* hermosa!

—¡Aún *más* bella!

—¿Es eso posible?

—Mira esto —ordenó un hada. Con una mirada seria y un movimiento de su varita, transformó a la princesa de nuevo. Esta vez su cabello estaba recogido sobre su cabeza en un elegante moño, una simple cinta lo sujetaba hacia atrás. Un vestido azul claro apareció a su alrededor suavemente, esponjado como una nube. Los mejores guantes que jamás había usado cubrían sus brazos desnudos hasta los hombros. Los graciosos zapatitos tintineantes se sentían frescos en sus pies.

Puso sus manos en la falda y la movió de un lado a otro; ¡qué vestido para bailar! Ella misma se vería como un hada.

O una novia.

—Tan bonita —dijo un hada, tocándole el cabello de nuevo.

—¡Mi turno! —dijo otra hada.

Pequeñas manos la agarraron. Fue desconcertante y un poco frenético, pero suave. Mucho más amable que Lianna, que también había animado a la princesa a vestirse elegantemente. Quien siempre decía lo bonita que era. Lo hermosa, lo parecida que era a una princesa. La que la hacía pararse frente a un espejo y admirarse en sus vestidos. Para los bailes, que habían sido una distracción para evitar que ella, y todos los demás, prestaran atención a la situación en la que se encontraban, y no se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

—Eso es todo. Nos vamos.



Aurora/Rosa se apartó del espejo mágico. Las pequeñas hadas salieron volando en todas direcciones cuando se giró bruscamente.

Empujó la cortina y a un lado y agarró la mano de Phillip, tirando de él tras ella.

Él se quedó jadeó por la sorpresa y se quedó boquiabierto ante su atuendo.

—¡Rosa! Estás... estás...

—Hermosa. Sí. Lo sé. Vámonos —se abrió paso entre las hadas, que intentaban detenerla gentilmente.

—Gracias por el vestido y el cabello y por todo. Pero estamos en una misión y creo que ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

—¡Quédate! ¡Solo queremos mirarte! —aseguró un hada.

—¡Qué bonita! —dijo otra, metiendo sus manos en sus largos mechones. Sus dedos estaban afilados y jalaron su cabello.

—Gracias, pero lo siento —dijo la princesa, echando la cabeza hacia atrás y haciendo una mueca de dolor.

Manos diminutas tiraban de su vestido y sus brazos.

—¡Quédate! ¡Podrías ser nuestra princesa!

—¡Eres bonita, bonita!

—¡Quédate!

Phillip lucía un poco preocupado ahora.

—¿Debería sacar la espada? —susurró mientras comenzaban a abrirse paso entre la creciente presión de criaturas aladas.

—No aún no...

Las hadas empezaron a lloriquear.

—¡Quédate! ¡Te trataremos como a la princesa que eres! ¡Te adoraremos!

—¡Puedes ser nuestra hermosa muñequita!

—¡Te vestiremos y te daremos ambrosía!

Aurora/Rosa cerró los ojos mientras avanzaba. A las manitas que la sostenían les salieron garras. Sintió que su cabello y su vestido comenzaban a rasgarse.

—¡Ay! ¡Oye! ¡Córtalo! —dijo Phillip. Era menos gentil que la princesa, empujando a las hadas con el dorso de la mano.



No quería mirar hacia abajo para ver lo que estaba pasando; quería seguir caminando tranquilamente por el sendero y esperar a que todo desapareciera una vez que ya no pudiera verlas.

—*No dejaremos que nos dejes.*

Se dio la vuelta.

Las hadas estaban cambiando. Se alargaron, sus cuerpos delgados y huesudos se volvieron extrañamente flácidos. También cambiaron de color, pasando de un gris viscoso a un verde aceitoso y naranja enfermizo. Sus ojos se deslizaron hacia atrás sobre sus cráneos, dejando un rastro amarillo en el proceso.

—*¡Quéeeeeedate!*

Ahora tenían garras y colas llenas de púas. Colmillos afilados y curvos y feos cuernos. No sabía si perdieron las piernas o hicieron crecer otro nuevo par o si les brotaron alas puntiagudas y rasgadas. Volaban, balbuceaban, se deslizaban alrededor de los árboles, rodeando al príncipe y la princesa, golpeando y agarrando.

—Espada. ¿Ahora?—sugirió Aurora/Rosa

—Lista —replicó Phillip, tratando de no parecer nervioso.

Blandió su espada de hoja brillante a través de la multitud de demonios. Cada tanto golpeaba un trozo de carne real, haciendo que alguna criatura chillara y se separara de los demás. Pero la mayoría de las veces simplemente las atravesó, como si estuvieran hechas de humo.

—¡Creí que tu espada estaba encantada! —La princesa se cubrió el rostro y la cabeza, tratando de moverse rápido con ridículas faldas.

—¡Lo estaba! ¡En el mundo real! —gritó Phillip. Hizo una mueca cuando una cosa de seis garras y tres ojos llegó golpeó su rostro. Seis rastros de sangre corrieron por su una vez perfecta mejilla.

Aurora/Rosa gritó cuando algo parecido a una serpiente se lanzó a su cintura y se envolvió alrededor de su cuerpo, apretando con fuerza.

Los demonios se reunieron sobre ella, silbando, rasgando y desgarrando.

Ella pateó y gritó. En ninguno de los dos mundos había vivido tanta violencia en su vida, al menos, no directamente.



Nunca había tenido que defenderse. No tenía idea de qué hacer cuando no podía huir. Sus pies, aún en sus estúpidos zapatos nuevos, estaban atados por algo vivo y frío. Algo más horrible, áspero y diminuto, se abría paso entre sus manos hacia sus ojos.

De repente, Phillip estaba allí. Había envainado su espada inútil y ahora estaba agarrando a los demonios con las, quitándoselos de encima.

Uno aterrizó en la parte posterior de su cabeza y se aferró allí, hundiendo los dientes profundamente en su cráneo.

Phillip jadeó de dolor, pero lo ignoró, concentrándose en liberar a Aurora/Rosa.

Cuando la mayoría de los demonios estaban fuera de ella, la empujó con brusquedad.

—¡CORRE! —gritó, volviéndose para luchar contra el resto.

—¡No sin ti! —dijo sin pensar.

—Oh, yo también voy a correr —dijo Phillip— ¡AHORA!

Y los dos corrieron hacia el bosque, todas las criaturas del infierno siguiendo sus pasos velozmente.



Capítulo 18: *Canta para mí, Musa*

EN EL MUNDO DEL CASTILLO DE ESPINAS, ella se había escabullido. En el mundo real de la cabaña del bosque, había corrido carreras con conejos.

Ninguno de los dos podía compararse con lo rápido que había corrido dos veces el mismo día ahora, estirando las piernas e inclinándose hacia adelante, tragando aire desesperadamente.

Phillip estaba pisándole los talones, todavía tratando de deshacerse de la cosa en su cabeza.

—¡A la izquierda! —jadeó— ¡El camino se divide y hay un pequeño terreno más adelante! Al menos, en el mundo real ...

Cometió el error de volverse para mirar hacia atrás. Las cosas se deslizaban tras ellos justo por encima del suelo, derramándose por el camino como si un caldero hubiera escupido algo podrido e hirviente.

El bosque se volvía más delgado. Aunque ahora estaba bien entrado el crepúsculo, con menos árboles bloqueando los últimos rayos de la puesta del sol, la tierra todavía estaba dorada. El camino se ensanchó y se convirtió en algo parecido a un camino de tierra, y sus orillas tumultuosas se transformaron en huertos e hileras de plantas.

Las criaturas detrás de ellos también disminuyeron; era como si las más pequeños no pudieran salir de las sombras.

Los que quedaban parecían más renuentes de seguirlos ahora, rezagándose alrededor de los arbustos y matorrales como el humo, ocultándose bajo la ocasional protección de una roca, de la que después salían disparados, intentando alcanzar los talones del príncipe y la princesa que huían.

Pero los demonios más grandes, los más fuertes, seguían corriendo tras sus presas, siseando y resoplando, como si la luz del sol moribundo no los afectase.

El más cercano era del tamaño de un caballo y tenía cuernos sobre sus malvados ojos amarillos. Y estaban a punto de alcanzarlos.

—¡LA PUERTA! —gritó Phillip, señalando un grueso umbral que marcaba la entrada a la parcela.



Ciertamente no sería lo suficientemente fuerte como para mantener alejados a los demonios y parecía bastante desvencijada. De la valla de al lado colgaban cosas extrañas que Aurora/Rosa no podía entender para qué servían: ajo, una guirnalda de flores matalobos, una tela hecha jirones pintada con runas.

Pero parecía que el príncipe creía que la puerta ofrecería cierta seguridad, así que dejó que la levantara y la impulsara al otro lado. Se lanzó tras ella, aterrizando rodando.

El demonio gigante que los perseguía se detuvo cerca de la puerta.

Se veía ridículo: esa gigantesca cosa malvada, negra, de ojos amarillos, humeante y con cuernos, se balanceaba vacilante frente a la valla rústica de la que colgaban esos retazos de tela andrajosa y artilugios.

Lentamente bajó la cabeza y comenzó a desvanecerse.

En segundos, se había ido.

Phillip soltó una serie de maldiciones: el demonio que se aferraba a su cabeza seguía allí, no había desaparecido. Levantó la mano y se lo quitó, arrojándolo al suelo.

La criatura aulló y su rostro se partió casi por la mitad. Los dientes que había hundido en la carne del príncipe no eran largos, pero eran muchos.

El príncipe desenvainó la espada y la clavó en la cabeza de la cosa a través de su amplia boca. Quizás más veces de las estrictamente necesarias.

Chillaba, siseaba, se retorció y sangraba una asquerosa sustancia blancuzca, desapareciendo finalmente en una nube de humo aceitoso.

Aurora/Rosa lo miró todo en silencio, tratando de recuperar el aliento. No estaba segura de por qué no estaba llorando.

—Dios mío —murmuró Phillip, pasando una mano por su cabello y mirando las gruesas manchas de sangre que lo cubrían—. Creo que hubiera preferido un dragón. Esas cosas eran horribles.

Limpió su espada en el suelo para limpiarla.

—¿Por qué... por qué esa pequeña puerta los detuvo? —preguntó.



—Las salas protectoras. ¿No viste las señales allí colgadas? —dijo, señalando los retazos y hierbas de colores brillantes—. Son bastante comunes en los pueblos más... rurales. Sin embargo, nunca creí que en verdad funcionaran.

—Oh —decidió que se preocuparía por las explicaciones filosóficas en otro momento, por ahora los talismanes de los sueños mantenían alejados a los demonios.

Un leñador solitario, que regresaba del bosque, con el hacha al hombro, miró a la pareja. Tal vez fue la sangre de Phillip o el extremadamente destrozado vestido de la princesa, pero comenzó a caminar más rápido. Alejándose de ellos.

—Vamos a ver si alguien tiene agua tibia. Y vendajes. Y tal vez la cena —sugirió Phillip.

Rosa se llevó una mano a la cabeza.

—Pero... nada de esto es real. No estamos realmente heridos ni hambrientos. ¿Cierto?

—Es real mientras estemos aquí —respondió encogiéndose de hombros—. No sé qué nos pasaría en el mundo real si nos matan aquí. Y no creo que quiera averiguarlo. Así que sigamos las reglas hasta que averigüemos los vacíos.

Ella asintió. Eso tenía sentido.

Caminaron hacia el pueblo.

—Entonces... otra trampa. Mucho más inteligente esta vez —dijo Phillip.

—Sí. Esta vez con una elegante sorpresa final—suspiró Aurora/Rosa.

—Pero lo descubriste y lograste librarnos de ella.

—Supongo que sí —dijo, pensando en ello. Todo era obra de ella. Hasta la parte de los demonios.

—¿Supones? Tú lo hiciste. ¡Estuviste increíble! ¡Bien hecho!

Se veía realmente feliz por ella; sus palabras habían sido reales y entusiastas.



Un cálido sentimiento recorrió su cuerpo desde la punta de los pies hasta las mejillas. Él, su príncipe, estaba genuinamente impresionado por algo que había hecho. Eso casi la hizo olvidar la aprensión que le quedaba.

Pero no del todo.

—¿Qué... qué pasa? Ganamos, Rosa. ¿Por qué sigues preocupada?

Respiró hondo y trató de ordenar sus sentimientos.

—Cuando me contaste la historia de lo que había sucedido en el mundo real antes, dijiste que las hadas me habían regalado dones de belleza y gracia o lo que sea, y simplemente lo descarté. Pensé que eran una metáfora. Así que cuando las... hadas, los demonios... uno de ellos dijo que mi belleza era un regalo, un regalo de las hadas, de repente se volvió claro para mí. Debí haber sido literal. Mi belleza ni siquiera es mía. Me lo dio alguien más.

—Oh, Rosa, eso es absurdo, por supuesto...

—Lo decía la historia. Lo dijo el hada. Pero ese no es el punto. El punto es que me di cuenta, de pie frente al espejo, que, de donde vinieran, mi apariencia nunca fue tan importante para mí en el mundo real. Otras cosas lo eran.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo extraña que era la situación con esas hadas o demonios o lo que fueran. Ni siquiera me había preocupado por mi apariencia en este mundo, el mundo del Castillo de Espinas, no hasta que me lo empezaron a recordar frecuentemente. Las hadas actuaban exactamente como Li, mi doncella, solía actuar cuando estaba conmigo. Elogiaba mis vestidos y alababa mi cabello dorado. Y terminó siendo una espía de Maléfica.

Phillip frunció el ceño.

—Eso es raro... Parece que han intentado atraparte y distraerte dos veces en tu vida del mundo de los sueños con vestidos y.... no sé, tu belleza y vanidad. De lo que realmente no tienes mucho. Vanidad, quiero decir. Eres muy hermosa. Pero parece que Maléfica no tiene una gran variedad de escenarios para ti. Simplemente vuelve a lo mismo de siempre.

—Creo que podría estar... subestimándome. Supongo que cree saber en su cabeza quién soy. Una linda y tonta princesa. No creo que realmente sepa quién soy.



—Espero que yo lo sepa —dijo Phillip con una sonrisa, tomando su mano y apretándola.

—¿En serio? —preguntó con una sonrisa irónica—. Ni siquiera estoy segura de saber quién soy.

La brisa cambió de dirección, trayendo consigo el trino claro y burlón de un violín junto con el olor a humo y el sonido de la risa. En ese momento, no podría haber habido una combinación de sensaciones más atractiva en el mundo.

—Debe venir del pueblo más allá —dijo Phillip, señalando.

Los dos aceleraron el paso y se apresuraron hacia el centro de la pequeña aldea.

En realidad, no era más que una acogedora colección de cabañas, con techos de paja y humo saliendo de las chimeneas de piedra. No había bancos, ni iglesias, ni grandes edificios más que una herrería y un almacén. Aurora/Rosa se dio cuenta con un sobresalto de que, incluso, este podría haber sido uno de los lugares donde sus tías, las hadas, iban a buscar suministros. Nunca le permitieron acompañarlas en esos viajes.

Una enorme hoguera roja y naranja crepitaba alegremente en medio de la gente. Dos violinistas y un juglar cantaban música animada. Los niños corrían descalzos, sus bocas estaban manchadas de rojo y púrpura por las bayas que estaban comiendo. Los adultos aplaudían y bailaban. Todo el mundo estaba vestido si no con sus mejores galas, al menos con sus ropas más bonitas: vestidos de faldas grandes que giraban al bailar, sombreros de paja rotos remendados con cintas, incluso algunos tenían la cara lavada.

Los humanos no eran los únicos que disfrutaban de la diversión: perros y gatos se perseguían entre la multitud. Un burro gris levantó el cuello y rebuznó al son de la música. Varios niños pequeños intentaban mantener a una pequeña bandada de gansos fuera de sus pies.

Se había dispuesto una mesa, cubierta con un paño blanco como la nieve, con todo tipo de pasteles y tartas, junto con un montón de pan y ollas de mermelada de color púrpura oscuro.



Un caldero con algo que olía a vino caliente estaba asentado en un fuego más pequeño; una comedida anciana servía tragos humeantes de la bebida en la taza de cualquiera.

Los ojos de Aurora/Rosa se agrandaron de alegría ante la escena.

—Es el festival de las Bayas Lunares —explicó Phillip—. Si las cosas aquí son iguales. Están celebrando el final del verano. Apuesto a que allí hay puré de frambuesas hervidas.

—¡Conozco ese festival! Lo tienen todos los años, pero mis tías nunca me dejaron ir —dijo con nostalgia— Espera...

Phillip suspiró y extendió las manos para atraparla mientras ella se tambaleaba, golpeada por otro torrente de recuerdos.

Esta vez no fue tan malo ni demasiado largo. Una serie de escenas muy similares se sucedieron una tras otra: el final del verano y, a pesar de su apartada vida en el bosque, la emoción del festival había llegado incluso a las tres tías y a Rosa. Ella les suplicó que la dejaran asistir. Cuando la brisa giraba a la derecha, podía oler el aroma a frambuesas hirviendo en el viento.

—Nunca, no es seguro —dijo Flora.

—Lo siento, querida —había dicho Fauna—. Tal vez cuando seas mayor.

—¿Qué tan divertido puede ser, de todos modos? —preguntó

Merryweather—. Todos esos hu-uh, saltamontes bailando con esas tontas canciones y comiendo pasteles...

—¡NUNCA ME DEJAN HACER NADA! —gritó Rosa, saliendo furiosa de la casa. A los trece, a los catorce, a los quince ...

Aurora/Rosa se incorporó esta vez, con la cabeza palpitante pero animada por una idea clara.

—¡Puedo ir esta vez! —dijo, sonriendo y avanzando ansiosamente.

—Rosa, no es real —dijo Phillip, persiguiéndola. Probablemente es otra trampa. Probablemente sea peligroso...

—No. Ni lo intentes —Se dio la vuelta y le puso un dedo en los labios— Es mi sueño y finalmente lo voy a disfrutar.



Pero si el príncipe esperaba otra trampa de Maléfica, sus sospechas se disiparon inmediatamente por lo que sucedió a continuación: la música bajó de forma incómoda, el baile se detuvo y la multitud se volvió hacia la pareja con miradas hostiles.

La princesa se llevó una mano a la nuca avergonzada. Se veían bastante extraños, un príncipe armado y una princesa andrajosa, cubiertos de sangre y suciedad.

—Er. Hola —dijo con un tímido saludo. Trató de recordar quién era, de dónde era y cómo la gente normalmente la miraba cuando entraba en una habitación.

Al menos en el Castillo de Espinas.

—Perdón por interrumpir.

—¿De dónde vienen, justo al atardecer y todo eso? —preguntó un anciano, sin molestarse en enmascarar la sospecha en su voz.

—Oh, vamos, viejo loco —bufó una mujer no mucho más joven que él, poniendo los ojos en blanco—. Ese gitano descarado de Ozrey entró un poco antes que ellos, y no le hiciste problema.

—Conocemos a Ozrey —resopló el anciano— Nunca antes había visto a estos dos.

Hubo murmullos y asentimientos de cabeza de más de unos pocos aldeanos.

—Escapamos del castillo encantado —explicó Aurora/Rosa con calma—. Fuimos prisioneros allí y logramos escapar de la reina malvada y sus sirvientes.

—Sus demonios nos persiguieron todo el camino hasta aquí —agregó Phillip—. Maté al último, que me hizo esto —Se volvió y mostró la nuca, desgarrada y ensangrentada.

Y ante eso, la multitud comenzó a relajarse.

—Supuse que eran de la realeza —dijo una mujer, asintiendo con la cabeza a sabiendas.

—Pa' eso tenemos las protecciones —dijo una anciana, que tenía pocos dientes y muchas verrugas y un mentón largo y puntiagudo—. Mantiene a la bruja y a sus sirvientes del infierno fuera de la ciudad.



—Por lo que estamos en deuda ustedes. Totalmente —dijo Phillip con una elegante reverencia.

—¿Hay muchas otras personas ahí? —preguntó otra mujer, luciendo preocupada— ¿Atrapadas?

—Sí. Nosotros... estamos planeando buscar ayuda. Para rescatarlos.

No tenía sentido contar la historia completa a estas personas del mundo de los sueños que podían haber estado durmiendo en el mundo real, o fuera de él.

—Necesitarán un ejército —dijo un granjero de mediana edad que vestía un chaleco acolchado. Un largo trozo de hierba sobresalía de su boca.

—Sí. Un gran ejército. Con máquinas de asedio y cosas por el estilo —dijo otro, pensativo.

—¡Más les vale que su ejército no esté por aquí pisoteando mi huerto de colinabos! —gritó un tercer granjero, señalando el suelo con el dedo, como un juez—. No permitiré que su ejército marche por aquí y arruine mis colinabos.

—No lo, no tenemos... Está bien, lo prometemos —dijo Phillip, rindiéndose— Ningún ejército tocará el huerto de nadie.

El granjero se tranquilizó, aliviado.

—Bueno, entonces, ¡vengan y beban algo, jóvenes héroes! —la vieja del caldero soltó una carcajada—. Están interrumpiendo la fiesta, ¡mejor únense!

—Sería un placer —dijo la princesa con un suspiro.

La música comenzó de nuevo. Todos empezaron a aplaudir, bailar o cotillear, sin molestarse en disfrazar las miradas curiosas que lanzaban a los recién llegados. Alguien le entregó a cada uno una copa de espeso y caliente vino de frambuesas. Un solo sorbo de la bebida dulce y almibarada fue inmediatamente a los dedos de los pies de Aurora/Rosa. Su pie comenzó a moverse con la música. Vio a los niños formar un círculo y comenzar una rutina sorprendentemente complicada.

—¡Ven! —dijo una niña, corriendo hacia ella y agarrándola de la mano. Miró a la princesa con esperanza y asombro; era casi imposible que alguien tan guapa o tan elegante como ella hubiera estado en su aldea alguna vez.

La princesa miró a Phillip.

—Es otra trampa —dijo—. Es lo más probable.



—No lo parece —dijo con una sonrisa, y se dejó llevar por la niña.

—¡Tampoco las dos últimas! —dijo Phillip alzando la voz.

La multitud vitoreó y los adultos se unieron para formar un círculo más grande alrededor de los niños, bailando en la dirección opuesta.

Fue exactamente lo contrario de los bailes que daba Maléfica: sin vestidos elegantes, sin preparaciones, sin estrictas normas, ni reglas. Los niños bailaban por bailar. La energía, la felicidad y la luz lo rodeaban todo, y Aurora/Rosa se vio arrastrada por ella hasta que se rio junto con los pequeños que sostenían sus manos.

Phillip, por otro lado, parecía inquieto; seguía sonriendo y brindando con los aldeanos, pero obviamente no le gustaba la forma en que ahora estaba alejado de ella por la multitud de personas la rodeaban mientras bailaban.

La música se hizo más lenta. Los bailarines dejaron de girar. Phillip avanzó y comenzó a aplaudir, aliviado de que todo hubiera terminado.

Y luego la música comenzó de nuevo.

Los bailarines comenzaron a bailar en círculos de nuevo.

—Esperen —dijo Phillip, sin dirigirse a nadie en particular.

Nadie escuchó y los violinistas siguieron tocando.

Como un corredor que acelera gradualmente en un tramo cuesta abajo, las cuerdas resonaron y temblaron lentamente al principio... y luego comenzaron a ganar velocidad.

Los bailarines se movían al son de la música, ya no hacían pasos complicados, sino que simplemente giraban y daban vueltas.

—¡Rosa! —llamó Phillip, pero ella se dejó llevar por el baile, su cabello era una mancha dorada en la multitud, su sonrisa un destello que estaba allí un segundo y luego desaparecía. Pronto, Phillip apenas pudo distinguirla entre la gente.

Los músicos tocaban cada vez más rápido. Sus arcos se movían hacia adelante y hacia atrás en sus violines, como si estuvieran tratando de cortarlos por la mitad.

Los bailarines giraban tomados de la mano con tanta rapidez que se convirtieron en dos borrosas sombras de tela, trenzas, pies y polvo.



Los adultos elevaron sus manos unidas en el aire y corrieron hacia el centro. donde estaban Rosa y los niños.

Phillip posó la mano sobre su espada.

La música alcanzó un punto álgido, los violinistas tocaban como si los dedos estuvieran a punto de caérseles. Las notas sonaban alocadas.

Phillip hizo ademán de acercarse... y luego la música se detuvo. De la nada.

Todos a los lados aplaudieron efusivamente. Ambos círculos de bailarines se tambalearon, se separaron y colapsaron, exhaustos. Caminaron a trompicones de regreso para descansar o tomar una copa.

Los violinistas se dieron la mano y empezaron de nuevo, una melodía popular lenta, para dar a todos, incluidos ellos mismos, la oportunidad de recuperarse.

Las mejillas de Aurora/Rosa estaban sonrojadas y su sonrisa era salvaje. Se rio cuando vio los lentos cambios en la expresión de Phillip: sospecha, luego confusión y después regocijo a regañadientes.

—¡Te dije que no parecía ser una trampa!

—Tampoco las dos últimas —repitió Phillip, poniendo los ojos en blanco. Él intentó devolverle la bebida, pero ella le quitó ambas copas y las dejó en un barril, luego lo agarró de la mano y lo llevó a la pista de baile.

El bullicio estaba comenzando; una fila de hombres y una fila de mujeres hacían una reverencia y se inclinaban ante sus compañeros frente a ellos. El príncipe y la princesa se colaron en un extremo. Si tenía dudas de si el hijo de un rey pudiera bailar una danza campestre, sus temores se evaporaron rápidamente. Phillip le hizo una reverencia informal e inmediatamente comenzó los pasos correctos en perfecta sincronía con los niños y hombres que lo rodeaban.

Ella recogió su falda y bailó hacia él hasta donde todas las chicas se acercaban, pero sin alcanzar a sus parejas. Todo lo que podían hacer era mirarse a los ojos, desafiando al otro a apartar la vista. Los rostros del príncipe y la princesa estuvieron a un suspiro de distancia cuando ella movió los pies en una serie de pequeños movimientos.



Sintió que el calor de la bebida recorría su cuerpo y enrojecía sus labios y mejillas... y luego estaba girando de nuevo, regresando a su posición inicial, mareada y aturdida.

Las filas de bailarines se movieron, cambiaron de pareja y aplaudieron por encima de sus cabezas. Pronto Aurora/Rosa se encontró cara a cara con un leñador de baja estatura y barba que llevaba un gorro de tela y bailaba con movimientos sorprendentemente elegantes. Era caballeroso y tenía una expresión seria, entregado por completo al baile... pero le hizo un guiño cuando llegó el momento de separarse.

La música se interrumpió por un momento cuando un niño pequeño corrió entre la gente, llorando y buscando a su madre. La princesa inmediatamente lo tomó de su manita y lo acompañó hasta que la encontraron. La madre, no estaba preocupada; era un pueblo pequeño, no había donde perderse, sin embargo, le dio las gracias, pero el niño siguió mirando a la princesa, mirando con asombro a la princesa que lo había salvado.

Todos rieron y el baile comenzó de nuevo, y Aurora/Rosa regresó con Phillip.

Cuando llegó el momento de hacerla girar, posó su mano entera en su cintura, el pulgar curvándose alrededor de su espalda para sostenerla por completo. Podía sentir el calor de su palma a través de la gruesa tela y se encontró a sí misma balanceándose para que la sostuviera con más fuerza de la necesaria. Como si fuera a caer si él la soltaba.

Cuando le puso la otra mano en la cintura para levantarla y dar saltar al mismo tiempo que las otras chicas, le susurró algo al oído. Al principio, no entendió lo le había dicho, demasiado concentrada en los labios que rozaban su oreja, su cálido aliento en su mejilla.

—Tu vestido.

Miró hacia abajo, le tomó un segundo a su mente mareada entender lo que sucedía.

Ya no estaba usando la ridícula cosa azul claro que la hacía parecer un panecillo.



En cambio, vestía una extraña combinación entre el tipo de atuendos de cuando vivía en el bosque y el vestido con el que había escapado del Castillo de Espinas. Una vieja falda marrón y un corsé negro en el pecho, pero con una camisa dorada que fluía debajo del corsé y caía sobre sus caderas, como una túnica. Las faldas estaban rotas y hechas jirones.

Y sus zapatos habían desaparecido otra vez.

Se encogió de hombros.

—Es mi sueño, ¿no? —dijo ella, susurrándole al oído.

Phillip arqueó una ceja, pensando en ello.

Y luego el momento acabó y regresaron a sus posiciones.

Después de que el baile terminó, comenzó un baile en el que todos formaron un círculo, lo que fue algo decepcionante, quería volver a estar cerca de Phillip. Pero un baile era un baile, y ella se estaba divirtiendo, así que se unió a ese de todos modos, y al siguiente y al siguiente. Phillip se retiró después de un par, su resistencia para tales diversiones no era tan generosa como la de ella. Brindó en su nombre desde el margen y fue amable, pero alentaba a las chicas locales que coqueteaban con él a pesar de su reticencia.

Finalmente, se vio obligado a retirarse a un área más tranquila donde los caballos estaban amarrados y los carros y carromatos estaban estacionados por la noche.

La princesa finalmente se tomó un descanso, colapsando junto a Phillip sobre un montón de heno, apoyando su cuerpo cálido y exhausto junto a él.

—Rosa... —comenzó Phillip.

—Lo sé, lo sé, tenemos que irnos —suspiró, bebiendo el último trago de su vino.

—Bueno, no lo sé... —Lanzó una mirada preocupada al cielo. Ahora estaba completamente oscuro y las estrellas estaban apagadas. La hoguera resplandecía con un rojo y naranja brillante contra la noche, y el humo empañaba los cielos—. Tal vez deberíamos pasar la noche aquí. Parece seguro. Me preocupa otro ataque directo de M...

Se calló abruptamente cuando un hombre de aspecto extraño se les acercó.



Había estado escondido en el más bonito de los carros cubiertos: la pintura descascarada decoraba los lados del carro dibujando un paisaje de montañas contra un cielo azul. Banderines que alguna vez debieron haber sido colores brillantes todavía ondeaban orgullosamente.

El hombre ciertamente no era un lugareño; su ropa era demasiado fina y no estaba raída por la suciedad o el trabajo duro que implicaba la vida de un granjero o un leñador. Su rostro también era diferente, con una nariz más puntiaguda y ojos azul claro. Llevaba una gorra multicolor que tocaba cuando se sentaba frente a ellos.

—Una buena noche para un baile de pueblo —dijo.

—Sí —dijo Phillip—. Sí lo es. Sin embargo, no parece ser de este pueblo.

—Ustedes tampoco —replicó el hombre, pero brindó con su taza, una de metal ligeramente abollada—. La gente dice que vienen del castillo. Aquel en el que la bruja mantiene a todos prisioneros.

—Sí —dijo la princesa—. Nos escapamos. Vamos a buscar ayuda.

—¿Y tú de dónde vienes? —presionó Phillip.

—¡De todas partes, muchacho! ¡De todas partes! Soy Ozrey, el vendedor ambulante —dijo el hombre, levantándose y haciendo una pequeña reverencia—. Vendedor ambulante de delicias y presentador de hallazgos fantásticos. La gente viene de todas partes cuando se enteran de que estoy en la ciudad, para echar un vistazo a mis maravillosos productos.

—¿De verdad? —dijo Phillip. No lo dijo con incredulidad, pero Aurora/Rosa le dio una pequeña patada de todos modos.

—Oh, puedo ver que eres un caballero sofisticado —dijo Ozrey con una sonrisa—. Tienes una espada de acero y probablemente tengas todo tipo de juguetes en casa. Pero he estado en el este y más allá, muchacho. Estuve en Alejandría, Shanghái y Persia. He negociado con los que han estado en R'lyeh y Carcosa. Dime, ¿alguna vez has visto algo como esto?

Como un mago, sacó de la nada una delicada jaula para pájaros hecha de alambres, diminuta y con forma de campana. Pero en la percha dorada del interior no había un pájaro real, sino uno de metal, brillante y facetado como una gema. Tenía brillantes esmeraldas en vez de ojos y un pico tallado en ónix.



—Increíble —dijo Phillip maravillado, acercando la cabeza para ver mejor.

—Oh, eso no es nada. Escucha esto —Ozrey presionó un botón en el costado de la jaula y, de repente, el pájaro cobró vida. Ladeó la cabeza y batió las alas. Luego abrió su pico y dejó escapar un pequeño trino, como si fuera un pájaro real.

—¡Es maravilloso! —soltó la princesa.

—Ella también puede cantar canciones reales —dijo Ozrey con una sonrisa de orgullo—. No las que conocemos, no las canciones de este gran país, pero canciones de todos modos. La mejor compañera para los largos caminos polvorientos.

Suspiró, colocándola en el fardo de heno frente a él para que el príncipe y la princesa pudieran seguir admirándolo.

—Esto lo traje de uno de mis viajes hace mucho tiempo, en el este. Ya no hago eso. Principalmente paso por estos lugares un par de veces al año en rondas regulares. Vendo a los buenos campesinos las cosas que no pueden conseguir aquí. Cuchillos Ollas. Lo habitual para el hogar o alguna bonita tela de la ciudad. Y recojo las cosas que no pueden conseguir en las ciudades: setas, hierbas silvestres, lo habitual. Planeaba quedarme para la fiesta, pero estaré en el camino mañana.

—¿En serio? —preguntó Aurora/Rosa emocionada, finalmente apartando los ojos del pájaro y mirando significativamente a Phillip—. Quizás podamos viajar contigo, por seguridad. Puedes escondernos en tu carro.

Ozrey miró hacia otro lado, hacia su bebida y luego por encima de sus cabezas hacia el bosque.

—Er, no es que no serían una compañía bastante agradable... pero me temo que no tengo ningún deseo de llamar la atención del hada malvada de por allá —Phillip frunció el ceño—. Saben que ella descubrirá quién los ayudó —protestó el hombre. —Sus espías están por todas partes. Soy un cobarde, sí, pero he sobrevivido más disputas y tiempos difíciles del reino que muchos en mi profesión.



—No te estamos pidiendo que nos lleves todo el camino por el bosque —dijo el príncipe. —Solo... un tramo. Al cruce de caminos después de la pendiente de granito. Podemos separarnos allí.

—Te pagaremos —agregó la princesa—. Um... de alguna manera.

Ozrey empezó a ponerse nervioso.

—Si tuviera que llevarlos, no podría aceptar un pago, podría... —dijo, pensando desesperadamente—. No es por no ayudarlos a ustedes dos en su... noble búsqueda, pero tendría que ser una buena acción. A menos que me maten. En cuyo caso sería una estupidez, una estupidez.

—Sería una buena acción —sugirió la princesa.

El hombre finalmente negó con la cabeza y se puso de pie.

—Bueno, lo dejaré en manos del destino como siempre lo hago. De esa forma no tomo la decisión yo mismo. Puedo entregarme a los deseos de los dioses.

—¿Cómo es eso? —preguntó Phillip.

—Bueno... ¿sabes cantar, avecilla? —preguntó el hombre, inclinando la cabeza hacia la princesa.

—Sí, pero...

—¡Entonces tendremos un concurso de canto! —declaró Ozrey—. Tú contra mi propia avecilla. Ganas tú y yo los llevo donde quieran o hasta donde quiera. Gano yo y me llevaré la hermosa espada de príncipe y la empuñadura de allí.

Phillip puso su mano protectoramente sobre el cinto.

—¡No tendríamos forma de defendernos!

—Si crees que una espada te salvará de Maléfica, date por muerto —observó Ozrey con ironía.

Phillip movió las piernas exasperado, pero no lo contradijo.

—Le daré cuerda de una vez. Quien cante por más tiempo sin repetir una canción, gana, ¿trato?

Phillip miró a Aurora/Rosa.

La princesa trató con todas sus fuerzas de no poner los ojos en blanco, un hábito que había adquirido de la inexpresiva Lianna.



El concurso era pan comido. Cantar era lo suyo: canciones populares, cantos a los dioses, canciones extranjeras, canciones que le enseñaron las hadas, lo que cantaban sus tutores de música o el juglar. Incluso sus propias canciones inventadas para pasar las horas en el bosque o sus conciertos en el castillo.

De hecho, se parecía mucho a una de sus actuaciones. Solo que ahora había hecho una puesta más alta.

—Por supuesto —dijo.

—Incluso haré que esta la pequeña maravilla vaya primero —dijo Ozrey, insertando una llave plateada en el cuello de la cosa y dándole vueltas—. En cierto modo te dará una ventaja.

El pájaro se inclinó hacia adelante y hacia atrás una o dos veces en su percha, casi como si fuera real. Pero sus movimientos eran bruscos y rígidos, y sus ojos no se movían, ni inclinaba la cabeza para ver a la gente, como haría uno real. El pico tallado en ónix se abrió y comenzó a cantar.

La música que sonó fue hermosa, perfecta y poco mundana, como pequeños trozos de metal o vidrio tintineando en un piso de piedra en una escala sorprendente. Las notas eran un poco extrañas para los oídos de la princesa, pero escuchó atenta los nuevos sonidos con entusiasmo, para poder intentarlos más tarde. Era una melodía alegre. Justo el tipo de canción sonaría en una bonita caja de música.

Y, demasiado pronto, la canción acabó.

—Es su turno, señorita —dijo Ozrey con una pequeña reverencia.

Por ahora, la princesa no presumiría; sólo se concentraría en ganar.

Sin pensarlo cantó:

—*Douce, douce dame jolie...* (Dulce, dulce, dama bonita) —esas habían sido las últimas palabras del juglar antes de que los guardias de Maléfica se lo llevaran. En su memoria, cantó la canción completa, porque él no había tenido la oportunidad de hacerlo.

Y sintió, más que vio, a Phillip mirándola, encantado.

Cuando terminó, incluso Ozrey asintió tocando su gorra.

—Eso fue increíble, señorita, si no le molesta que lo diga.



—Rosa, te he escuchado cantar antes, pero... —Phillip se quedó sin palabras— ¡Tu voz es muy dulce! Como un ángel, algo perfecto y puro...

Se sonrojó.

—Muy bien, es el turno de mi avecilla —dijo Ozrey.

Cantó de nuevo. Otra melodía alegre y vivaz.

Luego la princesa volvió a cantar. Una balada cómica, pero no demasiado obscena, para que coincidiera con su tono.

El pájaro cantó otra vez. Sus melodías volviéndose más complicadas; a veces cantaba dos notas a la vez para hacer un pequeño coro consigo mismo.

La princesa no estaba preocupada en lo más mínimo. Tenía un repertorio de cientos de baladas, cánticos y rondas para elegir.

Lentamente las canciones del ave empezaron a cambiar... pasaron de los sencillos cantos del campo a melodías más dulces y tristes. Sostenía sus notas y trinaba en tonos menores.

Cuando cantó, la princesa escuchó, embelesada.

Al mismo tiempo, estaba impaciente por que terminara para poder cantar su propia canción. Era casi como si ya no le importara el concurso.

Finalmente, el pajarillo entonó una canción tan triste que incluso sus notas más antinaturales hicieron llorar a todo el que oía. Aurora/Rosa le dio una respuesta igualmente triste y temblorosa. El ave se detuvo por un largo momento, agitando sus alas nerviosamente. Había agotado su repertorio de canciones.

Un poco triste de que el espectáculo hubiera terminado, Phillip se volvió hacia Ozrey.

—Bueno, parece que...

Y luego empezó a improvisar.

Tentativamente, al principio. Comenzó a cantar una pequeña melodía triste, como si estuviera angustiada por casi perder el concurso. Pero luego, pequeñas arias entonadas sobre sí mismas, subiendo su timbre más y más, con una vertiginosa complejidad. La música se volvió alegre de nuevo cuando el juguete de cuerda cantó con el corazón de un reloj.



Sin esperar su turno, la princesa se unió, ansiosa por ser parte de algo tan hermoso.

Su dúo no se parecía a nada que ella hubiera experimentado. Pensó que estaba siguiendo al pájaro, pero a veces el pájaro la seguía a ella. ¿Podría un juguete hacer eso? ¿O lo estaba imaginando? Cantó notas que nunca había alcanzado antes, más altas de lo que nunca se había atrevido. Cantar era uno de sus dones. Y por primera vez, lo estaba disfrutando plenamente.

—Rosa ...

La voz de Phillip se escuchaba lejana, algo preocupada. Estuvo a punto de reír, pero casi se perdió una nota.

Ganaría este concurso. El pájaro se calmaría.

Pero, esperaba que durara un poco más.

Le empezó a doler un poco la garganta.

El pájaro trino un arpeggio que subió y subió; ella cantó un estribillo con notas más altas.

Cerró los ojos y mantuvo un solo tono durante lo que pareció una eternidad; los abrió para mirar el cielo nocturno. Cada una de sus notas, cada una de las notas del pájaro, subió y se convirtió en una estrella. Un poco de su alma, su voz, se prendió y se elevó y ahora brillaría en los cielos para siempre. ¿Por qué no había visto esto antes? Ella podía cantarle al cielo. Rosa sostuvo una nota durante tanto tiempo que pequeñas motas de sangre salieron de su boca.

Era perfecto, no preocupante. Su sangre se convirtió en diminutas estrellas rojas, uniéndose a las notas y otras estrellas; ella era parte de todo, su cuerpo y espíritu y la música y el universo.

Luego, una sola nota trivial e irritante lo arruinó todo.

La princesa volvió en sí, obligada a enfocar sus ojos en la tierra; la rama de un árbol se movió bajo el peso de una sombra oscura contra el cielo. Encaramado en él, como un bulto, estaba un chotacabras, un pájaro marrón y negro feo, de boca grande.

Se rio y trino con un feo tono hacia el vacío.

¿La estaba mirando?



Su tono era irregular pero matizado, a diferencia del pájaro de juguete. Este arrastraba las notas. Las llevó por encima de los campos e incluso por encima del borroso estruendo del baile y la banda del pueblo, en lugar de desaparecer en el cielo o caer tintineando al suelo, el pájaro macho seguía llamando lastimeramente a un amigo, a un compañero.

La princesa olvidó su canción.

Ozrey la miraba intensamente. Pero ni él ni Phillip se movían. El pajarito mecánico seguía cantando, brillando y moviéndose de un lado a otro en su jaula.

Sus notas sonaban básicas. Como las de un juguete.

Aurora/Rosa de repente se sintió enferma y dolorida, su garganta ardía. Parpadeó ante el pajarito de cuerda.

—Eso es todo, entonces —dijo Ozrey, repentinamente descongelado. Habló con nerviosismo—. Has dejado de cantar. Has perdido la apuesta.

Aurora/Rosa volvió a mirar al chotacabras. Levantó una mano elegantemente. No había ninguna razón por la que un pájaro, carnívoro y generalmente tímido, debería dejar la rama y posarse en su dedo.

Pero lo hizo.

¿Cómo supo que era carnívoro?

Trinaba feliz, pero hizo de todo menos frotar su extraño pico en su mano como un gato. Ella le acarició la nuca.

—Me llevaré la espada —continuó Ozrey.

—No había ninguna apuesta —gruñó Aurora/Rosa, su voz arruinada—. Otra trampa. Él... me engañó... quería que cantara para siempre.

Phillip pareció confundido al principio. Su mirada se movió de Ozrey a suavecilla, a la princesa y su pájaro, y de regreso.

Luego su rostro se puso blanco de rabia.

—Debería matarte dónde estás —soltó entre dientes, comenzando a sacar su espada.

Aurora/Rosa abrió la mano y el pajarito marrón y negro se fue volando. Las criaturas del bosque la habían salvado. La habían recordado y la encontraron, incluso dentro de su sueño.



Pasara lo que pasara, si ella lograba salir con vida y volvía al mundo real, nunca jamás los olvidaría.

Sin importar qué camino tomara.

Ozrey no reaccionaba a las amenazas del príncipe ni al giro que había tomado la situación. Sus ojos ahora lucían extrañamente opacos, como los de Lianna.

—¿Cómo evadiste las barreras protectoras, demonio? —preguntó Phillip.

—Oh, todo el mundo conoce al viejo Ozrey —dijo con una mueca la cosa que obviamente no era humana—. Todos lo ayudan a abrir la puerta y le dejan pasar su carro. Se podría decir que mi... papel actual... es como una segunda piel y encaja perfectamente. Nadie ve a través de ella.

La princesa tosió, las heridas en su garganta picaban y ardían. Una pequeña gota de sangre cayó al suelo.

—Tienes una voz encantadora, princesa —dijo Ozrey con una mueca de desprecio.

Phillip emitió un sonido de rabia. Antes de que ella pudiera detenerlo, él desenvainó su espada y clavó la hoja en el corazón de Ozrey.

El demonio con forma de persona soltó un chillido parecido al de un cerdo. Se estremeció, se sacudió y tembló de una manera que ninguna criatura normal habría hecho mientras moría. Un humo negro y aceitoso salió de sus ojos y nariz y de la herida en su pecho. Pero a diferencia de los demás, su piel comenzó a colapsar. Grandes trozos de ella se amontonaron y cayeron como charcos de lodo seco en el suelo.

El humo se disipó con un silbido y un olor terrible. Todo lo que quedaba era el caparazón delgado del Ozrey original, el caparazón con forma humana que el demonio había llenado y había controlado como un titiritero usando un disfraz.

La princesa se volvió y cerró los ojos. *No es real*, murmuró para sí misma. Pero, ¿habría un Ozrey real en el mundo real? ¿Estaría muerto ahora? ¿Habría un demonio real en el mundo real también? ¿También estaría muerto? ¿Dónde terminaba el sueño y comenzaba la realidad?



—Bueno... al menos no le informará de esto ahora —dijo Phillip tembloroso, limpiando su espada en la hierba otra vez.

La princesa tosió, había menos sangre esta vez. Sabía que podría haber seguido cantando para siempre. Algún día, cuando estuviera despierta, este sería un recuerdo difícil de recordar. Lo único que quedaría sería el sentimiento de haber cantado como un ángel, de haber sido una con el universo.

Y nunca lo volvería a sentir.

Deseó poder hablar para decirle a Phillip cómo se sentía, cómo Maléfica lo había arruinado todo y la había lastimado de una manera que nunca hubiera esperado. Pero era demasiado doloroso, en todos los sentidos de la palabra.

—Vámonos... salgamos de aquí —sugirió Phillip—. Hay que escondernos hasta el amanecer, en caso de que haya más de sus espías por ahí. Vayamos a los campos lejanos, tal vez podamos mantenernos calientes en un almiar.

Ella no discutió, agotada y desanimada e incapaz de hablar.

Afuera, en los prados, los últimos insectos del verano rechinaban reconfortantemente y el suelo olía a pasto seco y tierra limpia. La princesa admiró un poco de todo, maravillándose de todas las sensaciones. Pero todavía estaba abrumada por los recuerdos de estar atrapada en el castillo, donde todo era estéril y muerto.

Phillip eligió una gran pila de heno y la acomodó en ella, haciendo un pequeño hueco para ellos. Después de que ella trepó y se acomodó, él se puso a su lado... luego sacó su espada y la colocó entre ellos.

Ella le dirigió una mirada curiosa.

—¿Hacen esto en los cuentos de hadas? —dijo Phillip—. Ya sabes, para evitar... quiere decir que no puedo... es algo simbólico. Oh no importa. Si alguien te pregunta sobre esta noche, puedes decir que había una espada de doble filo entre nosotros y tu virtud estaba a salvo.

Ella enarcó las cejas con cansancio. Era extraño preocuparse por eso ahora. Considerando que nada de esto era real.

—Solo olvídalo. Duerme. Descansa. O lo que sea que uno haga en un sueño cuando está cansado —dijo Phillip, quitándose la capa y colocándola sobre ambos—. Solo sé que estoy agotado.



Ella se acurrucó, de espaldas a él. Habría sido más cálido si la espada no estuviera allí. Quería que la abrazaran, no importaba si era Phillip o sus falsas tías o una verdadera madre o padre, o incluso Maléfica, como ella la había imaginado al principio.

Las lágrimas comenzaron a caer silenciosamente de sus ojos y empaparon el heno debajo de su rostro, cada vez más rápido, hasta que finalmente se durmió.

Y fue entonces cuando finalmente se despertó.



Capítulo 19: Dormir, Tal vez Soñar

ALGUIEN LA ESTABA SACUDIENDO.

Aurora se dio la vuelta y vio a varios adultos de aspecto preocupado, personas serias con ropas sombrías y medallones de oro de alto cargo. Se apiñaron sobre ella.

—Despierte, su Alteza. Se acabó. Ahora es la reina. Maléfica ha sido derrotada. Sus padres, lamentablemente, ya no están. La necesitamos de vuelta en el castillo. Podemos llevarla allí. Todo es un terrible desastre.

Aurora parpadeó y dejó que la levantaran. Eran muy insistentes. Y un poco rudos. Se volvió una vez para mirar al príncipe, que aún debería haber estado durmiendo, pero era como si no pudiera verlo.

—Phillip —gruñó, su voz todavía ronca por las canciones del día anterior.

—Más tarde —dijo el que parecía ser el líder—. Tiene mucho trabajo por delante, mi señora. Perdone usted, quise decir Su Majestad. Soy el castellano, trabajé para su padre, el rey. Y ahora para usted.

La arrastraron hasta un carruaje que la estaba esperando, era dorado y regio, tirado por cuatro hermosos caballos castaños. Antes de que pudiera darles una caricia amigable, la puerta se abrió, la hicieron entrar y se pusieron en marcha de inmediato.

El camino irregular la hacía tambalearse en su asiento, aún somnolienta y enferma, y en poco tiempo estaban fuera del bosque y se acercaban al castillo, que no estaba cubierto de enredaderas ni parecía haberlo estado nunca; así fue como supo que finalmente estaba despierta.

El foso había regresado y estaba lleno de agua, y cruzaron el puente levadizo, atravesando un patio que no tenía huertos ni recolectores de lluvia. Estaba lleno de vidas normales: campesinos, comerciantes, artesanos, granjeros y animales.

—Debe hablar con la gente —decía el castellano. La sostuvo del brazo mientras ella salía a trompicones del carruaje, incapaz de apartar los ojos de la escena—. Sus padres lo habrían querido así.



—¿Mis padres? —Parpadeó bajo la brillante luz de la mañana.

—Por favor, Su Majestad, habrá tiempo para explicar todo eso más tarde —dijo. Había arrugas en el rostro del castellano y una sola marca de su edad rodeando sus cejas serias y rectas. No era un hombre persona apuesto, pero tampoco desagradable. Esa era otra razón por la que sabía que estaba despierta y que esto no era un sueño.

La empujaron al interior del castillo y subieron un tramo de escaleras; alguien se apresuró a arrojarle una capa de terciopelo púrpura sobre los hombros para cubrir sus harapos; alguien más le puso una diadema dorada y muy pesada sobre la cabeza. Su cuello se dobló bajo su peso. Le pusieron un cetro en su mano derecha.

Luego la empujaron frente a un gran ventanal, el mismo de donde había visto a Maléfica por última vez, ordenando su captura.

Las trompetas sonaron. La caótica multitud de abajo se volvió repentinamente, casi al mismo tiempo, para mirarla.

Aurora se puso de pie tan alta y erguida como pudo, tratando de no quedarse boquiabierta como un pez dorado. Todavía tenía sueño, su mente estaba nublada, la corona pesaba y la capa estaba caliente. Había mechones de cabello que caían sobre su rostro y le hacían cosquillas.

¿Qué debería decir? ¿Qué podría decirles a todos esos rostros expectantes de abajo?

¿Qué había pasado realmente?

Se había quedado dormida... y luego... Phillip dijo que las hadas pusieron a dormir a todos en el reino... y luego una Maléfica totalmente viva gobernaba en el mundo de las pesadillas... y ahora se habían liberado de alguna forma que ella no lograba entender. Pero el rey y la reina estaban muertos, su madre y su padre, a quienes nunca había llegado a conocer en ninguno de los dos mundos.

¿No había tenido un momento para llorar por ellos?

—Queridos súbditos —trató de gritar. Su voz salió como un susurro feo y ronco—. Son libres ahora.



Todos parecían expectantes; unos pocos aplaudieron.

Obviamente, aquellos que realmente escucharon lo que ella dijo ya lo sabían.

—Soy su reina ahora —se esforzó por decir lo más fuerte que pudo—. El rey y la reina, mis padres... se han... ido. Creo. Soy su nueva reina. Y trataré de hacer con eso lo mejor que pueda. Ser reina, quiero decir. De ahora en adelante.

Hubo aplausos confusos y dispersos.

El castellano se tapó la cara con la mano. Los hombres que lo rodeaban con importantes sombreros flexibles parecían igualmente decepcionados.

—Vamos, hay otras cosas por hacer —dijo, tratando de sonar optimista—. Muchas cosas se han quedado atrás debido a los acontecimientos recientes.

La sacaron del balcón y la llevaron escaleras abajo. Nadie se llevó el cetro, la corona o la capa. Deseaba que lo hubieran hecho.

La llevaron a la sala de audiencias privada, a la que nunca había entrado cuando vivía con Maléfica. Fue donde la reina consultó con sus asesores más cercanos, donde solo se presentaban los asuntos más serios.

Aurora se dejó caer en la gran silla con forma de trono que estaba al final de la habitación. La madera era dura e incómoda debajo de ella; deseaba poder desabrochar la capa y usarla como cojín.

Ese fue otro indicio para saber que finalmente estaba despierta.

Hombres y mujeres de todas las posiciones sociales merodeaban en un extremo de la habitación, impacientes y enojados.

Otro tipo de aspecto importante se le acercó de inmediato. Por su conjunto de terciopelo negro y botones que parecían monedas, Aurora dedujo que él era el tesorero real.

—Su Majestad —dijo—. Las arcas de emergencia están peligrosamente bajas. Si hubiera una plaga este año, no nos quedara nada con lo que hacerle frente.



—¿Una plaga?

—De trigo —dijo con impaciencia—. Como lo hubo hace una década.

—Una plaga de trigo —dijo, aún sin saber qué significaba eso.

—Su Majestad, ¿qué haremos? —presionó cortésmente, aunque con impaciencia.

—¿Qué... protocolo... se sigue normalmente en estos casos? —dijo, preguntándose si podía sentirse orgullosa de lo bien que había formulado la pregunta. ¿Habría sonado como una reina?

—Recomiendo que aumentemos los impuestos de inmediato —respondió encogiéndose de hombros—. Un impuesto de emergencia, una tarifa de un cinco por ciento adicional, más una inflación controlada del dos y medio por ciento. Eso debería cubrirlo.

—Está bien —dijo lentamente—. Vamos a hacer eso...

Hubo aullidos de furia y pisadas fuertes. Se sobresaltó en su trono, sorprendida por el arrebato. El tesorero puso los ojos en blanco.

—¿Qué sucede?

—No quieren pagar impuestos —explicó el castellano desde su lugar al otro lado del trono, con ella entre él y la multitud enojada—. Creen que dirigir un reino es gratis.

—¿Qué es un impuesto? —susurró Aurora.

El castellano la miró boquiabierto. Luego negó con la cabeza y se alejó.

Aurora se volvió hacia el tesorero.

—¿Qué es un impuesto? —repitió.

—Su Majestad —dijo con los dientes apretados—. Este no es el momento para una lección de economía básica. Ahora es momento de tomar una decisión rápida y efectiva. Necesitamos una respuesta. Ahora.

—¡No puedo hacerlo sin saber qué significa todo esto! —protestó ella.



—¿Qué clase de reina es ella? —escupió un anciano escarpado y de rostro tormentoso con vestimentas religiosas— ¿Qué es *esto* con lo que nos han dejado?

Aurora miró desesperadamente a la multitud, esperando poder encontrar un rostro amistoso. Pero todas las expresiones iban desde el odio hasta la confusión y la decepción. Quería correr. Solo quería salir de la habitación lo más rápido posible y huir lo más lejos que pudiera. De regreso al pueblo donde la habían encontrado. De vuelta al bosque. De regreso a sus viejos escondites en el castillo del mundo de los sueños. Se agarró a los apoyabrazos del trono para evitar saltar y huir.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

El castellano volvió a sacudir la cabeza con disgusto.

—¿Qué debo hacer? —preguntó de nuevo, más fuerte.

—¿QUÉ DEBO HACER? ¿QUÉ DEBO HACER? —gritó.

Nadie respondió.



Capítulo 20: Despertar. Mas o Menos.

—¿QUÉ HAGO? ¿qué hago, qué hago, qué hago?

Phillip la estaba sacudiendo.

Gritaba ronca y constantemente, hasta que sus ojos finalmente registraron el heno a su alrededor, la noche afuera, el rostro de Phillip iluminado por las estrellas.

—¿Rosa? ¿Estás bien? ¿Rosa? Solo era una pesadilla. —Luego hizo una pausa, dándose cuenta de lo irónico y extraño que sonaba.

Ella parpadeó unos momentos, asimilando todo.

Luego empezó a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Rosa?

La rodeó con los brazos y le apretó la cara contra su hombro. Ahora alguien finalmente la estaba abrazando, pero estaba demasiado alterada para disfrutarlo adecuadamente.

—Mis *regalos* —dijo, todavía tosiendo un poco. —Las hadas me dieron *gracia, belleza y una bella voz*. Eso es con lo que Maléfica estaba tratando de atraparme: *belleza y canción*.

—Sí —dijo Phillip, un poco confundido. Sus profundos ojos castaños estaban aún más oscuros por la preocupación. Le quitó un mechón de pelo de la cara y lo dejó descansando con los otros. — ¡Pero la derrotamos! Ella no ganó. Ella no *ganará*.

—No —dijo Aurora/Rosa, tratando de formar las palabras con claridad a pesar de su temblor y su ronquera. — No lo entiendes. Me dieron *belleza y canto*, y luego me dejaron en el bosque para crecer durante dieciséis años antes de ser entregada a ti. No sé *nada* sobre gobernar. Ni siquiera sé realmente qué son los impuestos. Estaba en el *bosque* en el mundo real. En el mundo de los sueños, me escondí como un ratón y luego organicé *bailes y fiestas*.

— Oh... —dijo Phillip. — Bueno, a mis hermanas no se les está enseñando cómo llevar un ejército a la batalla, precisamente...



—*¡Pero ellas no son hijas únicas!* —gritó, arrepintiéndose instantáneamente. Su garganta ardía. —Incluso si Maléfica tenía razón, incluso si mis padres esperaban tener un heredero varón después de mí, *no lo hicieron*. ¿No deberían haber tenido algún tipo de plan B?

— Bueno...

—Y apuesto a que a tus hermanas se les enseña *algo* —prosiguió. — Apuesto a que saben coser u organizar al personal de cocina o...

—Por supuesto —dijo Phillip sin pensar. — Bianca es ampliamente conocida por su habilidad en el bordado, de hecho. Y Brigitte comenzó a hacerse cargo de algunas tareas de anfitriona después de la muerte de mi madre. Mi papá dijo que ella incluso tenía algunas ideas bastante innovadoras sobre cómo manejar pacíficamente los peajes en la ruta comercial del norte...

La princesa dejó escapar un incoherente y estrangulado grito de rabia.

— Lo siento—dijo él rápidamente.

—*¿PARA QUÉ SON LA BELLEZA Y EL CANTO?* ¿Para una princesa o una reina? No es como si pudiera unirme a una banda errante de trovadores. Estos “regalos” no tienen nada que ver con la gestión de un castillo o un país. Y todo lo relacionado con ser una esposa perfecta y bonita para el príncipe con el que me comprometieron *cuando era un bebé*.

—Oye, espera ahí—dijo Phillip lentamente. — Nos enamoramos...

— Lo sé, lo sé. Pero ese no es el punto —dijo, irritada, rascándose el cabello con las manos como una loca. En cierto modo recordaba amarlo, pero era extrañamente irreal, mezclado con todos los otros recuerdos que no se sentían del todo reales. Ahora ella no tenía idea de lo que realmente sentía por él.

Ella comenzó a llorar de nuevo. Sollozos agotadores y desgarradores de una niña con dos infancias falsas y demasiados recuerdos y sin pasado; gracia y belleza y canto y nada más. Y, por supuesto, a pesar de las huellas fangosas de lágrimas que corrían por sus mejillas, polvorientas de paja de trigo, y su cabello enredado y su extraño vestido, ella era Hermosa.

Phillip la abrazó y le acarició el pelo.



—Shhh. Intenta dormir un poco más. O por lo menos descansar. No podemos ir a ninguna parte hasta que salga el sol, así que lo mejor es que conservamos nuestras fuerzas. Te lo prometo: no más pesadillas.

La princesa no quería volver a dormirse.

Pero lo hizo, y esta vez no hubo sueños.

A la mañana siguiente, algo incómodamente afilado, incrustándose en su costado, la despertó. Irritada, se hizo a un lado y vio que era la espada de Phillip. A pesar de su resentimiento, no pudo evitar admirar los motivos delicadamente trazados que subían por la empuñadura desde el pomo, las enredaderas doradas y las iniciales decoradas, las gemas cuidadosamente facetadas e insertadas.

Tomó la hoja cautelosamente. Era más liviana de lo que esperaba, pero más pesada de lo que podría manejar fácilmente. Incluso para su mano inexperta, se sentía extremadamente bien equilibrada; aunque necesitaría fuerza para blandirla, podía manipular la punta fácilmente con solo un giro de muñeca. Pasó su mano izquierda por sus bordes afilados, sintiendo el metal que se mantenía limpio y afilado y se volvía notablemente más frío cuanto más tiempo lo tenía en el aire. Había una pequeña muesca reciente en el lado izquierdo.

La dejó con cuidado al lado de Phillip. Estaba estirada más allá de sus límites físicos, con la cabeza turbia, exhausta y débil. Al parecer, sí necesitabas dormir en el mundo de los sueños, incluso aunque supieras que era un sueño.

Phillip dormía más profundo que ella, inocente de pensamientos inquietantes y pasados incoherentes. Pasó bastante tiempo antes de que sus hermosos rasgos comenzaran a contraerse y su espíritu comenzara a emerger al mundo de la vigilia.

Aurora/Rosa lo miró, contemplando su rostro joven, que apenas comenzaba a moldearse al de un hombre. Aunque su mente seguía atascada en el concepto de amor a primera vista, podía entender que esas miradas la golpearan. Y ya estaba siendo conquistada lentamente por su optimismo y su asombrosidad general.

¿Pero prometerte a ti misma para siempre, a alguien que acababas de conocer?



La vida en el bosque debió de afectar su paciencia y su mente aún más de lo que pensaba.

Aun así...

Algún sueño agradable hizo que sus labios formaran una pequeña sonrisa.

Aurora/Rosa se inclinó hacia adelante con la idea de intentar un beso (uno pequeño, antes de que despierte), solo para ver ...

Pero de repente, él se estaba moviendo, estirándose y pasando una mano por su cabello.

La princesa regresó a su sitio apresuradamente. Él no se dio cuenta de nada.

—¡Buen día! Vaya, no había pasado una noche en un pajar en *años* —dijo amablemente.

—¿Ya lo habías hecho? —preguntó con sorpresa.

El príncipe pareció disgustado. —Te cansas un poco de todo el asunto del “príncipe heredero” después de un tiempo. Te escabulles fuera en busca de una buena aventura con tus mejores muchachos. Cazar, ir a las tabernas... despertar en un huerto con la cabeza martilleando y *hambriento* por ese urogallo que jurabas que te ibas a zampar... No me mires así; No sería el *primer* príncipe en hacerlo.

No estaba segura de qué aspecto tenía su rostro. Esa era una idea asombrosa y rebelde. Nunca había considerado *huir* de nadie, ni siquiera de sus tías, excepto esa noche en el bosque.

—¿Se... se molestó tu padre?

—Oh, no tienes *idea* —dijo Phillip con una sonrisa triste. — Me quitó mi espada y prohibió a los establos que soltaran mi caballo, Sansón. Y tuve un capítulo extra de Cicerón cada noche *durante dos semanas*. ¡CICERÓN! El hombre no podría terminar una oración si tenía una daga en la garganta. Quiero decir, supongo que finalmente la hubo. Pero valió la pena. Para mí, quiero decir. No para Cicerón.

Se levantaron, quitaron los peores montones de hierba seca y tierra, se ajustaron la ropa y se pusieron en camino de nuevo. El pueblo comenzaba a cobrar vida bajo el sol de los sueños de la mañana.



Los leñadores se habían ido hacía mucho tiempo, pero los otros hombres y mujeres estaban cuidando sus huertas, saliendo a los campos, yendo a buscar comida al bosque con cestas para llenar de bayas y setas. El *tunk tun tunk* de un herrero forjando en frío algo pequeño resonaba a través del suelo. Los animales pastaban, deambulaban, dormitaban o masticaban contentos. Un par de palafrenes viejos merodeaban alrededor de un árbol, con las cabezas juntas como un par de chismosos.

—Podríamos robar un caballo... —dijo Aurora/Rosa lentamente. —Eso sería más rápido que caminar.

—No —dijo Phillip inmediatamente. —No, no podríamos.

—Pero es solo un sueño, ¿a quién le importa?

Incluso mientras lo decía, no estaba segura de si ella misma creía en esa declaración.

—¿Entonces podríamos simplemente robar y matar y violar y saquear y no importaría? —dijo Phillip, como si fuera algo que ya había deliberado en su propia cabeza. —No lo creo. Seguimos siendo las personas que éramos cuando estábamos despiertos. No es... no siempre es el *resultado* de la decisión lo que es importante; sino el qué *tomemos* esas decisiones. Es el tipo de personas que somos. Oh, lo que estoy diciendo no tiene ningún sentido.

—Sí, si lo tiene. No sabría ponerlo de otra manera. Sin embargo, hay más de ello para mí. He vivido dos vidas y cada una parece igualmente real e imaginaria. Antes de conocernos, esta vez, me decía a mí misma que todo lo que tengo son mis propios ojos y mis manos para decirme qué es real. Quién sabe cuánto tiempo viviré en *esta* versión de mi vida. Me *parece* real. Así que actuaré como si lo fuera. Ya sean hadas o castillos o reinas malvadas o espinas...

Se detuvo pensando en las espinas.

Cómo desaparecieron bajo su toque.

—¿Qué? ¿Qué es? ¿Espinass? — Phillip le puso una mano en la espalda, tratando de empujarla.

Cómo había cambiado su vestido...

—Quiero avena— dijo, sin moverse.



—¿*Gachas de avena*? Mira, sé que tienes hambre, yo lo estoy también, pero no podemos quedarnos más en el pueblo. No podemos confiar en *nadie*; ya lo viste. Tomaremos algo por el camino. Nueces, un urogallo, tal vez... el mero hecho de hablar de uno antes me dio hambre...

Aurora/Rosa negó con la cabeza y apretó la mandíbula. —En los últimos meses en el castillo, o minutos, o lo que sea en el mundo real, comencé a ver cosas. Cosas que *quería* ver. Imágenes de cómo era el mundo antes, bueno, antes de que el falso apocalipsis se suponía hubiese ocurrido. Vi una visión de un conejito.

—¿Un *conejito*?

—Sí, un conejito. Quería más que nada ver y tocar un conejo de verdad. Y apareció uno. Y luego aparecieron las hadas. Y luego, cuando estaba escapando, deseé que las espinas que me sujetaban me dejaran ir. Y.... lo hicieron.

Phillip la miró, todavía confundido.

—¿Lo hicieron?

—¿Podrías dejar de repetir lo último que dije y *escucharme*? Es *mi* sueño. *Mi* toque al huso causó todo esto. Soy la primera que se quedó dormida bajo su hechizo. Es por eso que Maléfica tuvo que mentir e inventar una especie de razón para que todos estemos atrapados juntos; *ella no tiene el control total de este mundo*. O lo que sea. Es parte de mí. Tú mismo lo dijiste antes.

—Está bien, eso tiene sentido—, dijo Phillip con voz seria, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. — ¿Pero eso qué tiene que ver con las gachas?

—¡*Quiero gachas!* —dijo exasperada. — Eso es todo. Yo quería un conejo antes y apareció, y ahora quiero avena. Como mis tías solían hacerla en las mañanas frías. Gachas cálidas y mantecosas, con ricas bellotas tostadas.

—¿Bellotas? ¿En serio? Eso suena... um... quiero decir, es una opción gastronómica interesante.

Ella puso los ojos en blanco. —Vivíamos en medio de un *bosque*, Alteza. Era lo que teníamos. Y eran un verdadero placer en pleno invierno.

Luego procedió a ignorarlo.



Cerró los ojos y ahuecó las manos. Ella rezaba y deseaba e imaginaba y rogaba.

Phillip permaneció cortésmente en silencio, aunque miró a su alrededor, suspiró un poco e hizo todo tipo de cosas para obviamente preocuparse por el paso del tiempo.

Ella trató de recrear la sensación del cuenco de madera en sus manos: cómo se calentaba casi como piel donde la madera era delgada y el calor de sus dedos y la papilla caliente se encontraban. Invocó el olor, una mezcla de productos lácteos y cosas de la tierra y la hierba verde alta y el bosque. A veces incluso había una cucharada de miel encima.

Pensó tanto que sintió que tenía que ir al retrete.

Su concentración vaciló por un momento cuando distraídamente se preguntó si eso le habría pasado alguna vez a Maléfica mientras realizaba algún encantamiento. Pero después de unos segundos volvió a su sueño de gachas.

Pasó el tiempo...

—¡*SANTO CIELO!*

El olor en su cabeza estaba dando paso a un olor real en su nariz ahora, incluso con aquel débil, casi no-sabroso olor a quemado que las bellotas a veces emitían.

Ella sonrió y abrió los ojos.

En sus manos tenía un cuenco de madera agrietado lleno de avena, tal como recordaba.

—¿Me podrías conseguir algunos huevos y una pata? —Phillip preguntó con entusiasmo. —¿Quizás un tarro de cerveza para acompañar?

—Cómete las gachas, pájaro codicioso —dijo, sonriendo.

—Oh, está bien —dijo con un suspiro. —Ciertamente es *mucho* mejor que nada. ¡Bien hecho y todo! ¿Deberíamos usar nuestras manos?

Trató de convocar dos cucharas. ¿Pero cuáles? ¿La gran paleta de madera con la que Merryweather removía la sopa? ¿O pequeñas cucharaditas para las tardes elegantes? O...



Cada una revoloteaba en su mente, y luego desaparecía.

Ella se encogió de hombros en tono de disculpa. —No puedo concentrarme. Demasiado hambrienta.

—Bueno, esta no será la primera vez —dijo Phillip, secándose las manos con cuidado en su capa. —¡Vamos a clavarle el diente!

Ellos lo hicieron, riendo. Mientras lamía la primera “cucharada” y el cereal cálido y familiar llenaba su boca, ella también lo estaba, llena de una calidez y felicidad que no había sentido en un largo tiempo.



Capítulo 21: Interludio

—NUNCA ME HABÍA DADO CUENTA DE cuán infinitamente aburrido es el parloteo de los adolescentes humanos —dijo Maléfica. Pero su voz era incluso más gruesa de lo que requería la ironía; parecía lenta... como un pájaro mecánico que se apaga. —Espero que no tengamos que aguantar mucho más su *fascinante* discusión sobre la filosofía y la naturaleza de la realidad. O las delicias culinarias de las gachas.

—Pensé que la parte de las gachas era bastante interesante —dijo Lianna, quizás envalentonada por la debilidad de su ama. —Especialmente la parte donde ella las *convocó desde el aire*.

Los ojos amarillos de Maléfica la miraron.

—Sí... eso *fue* interesante. Y preocupante. ¿Quién diría que la chica lo tenía en ella?

—No usted —señaló Lianna sin tono. —Hay mucho más en ella de lo que pensaba originalmente. Teniendo en cuenta cómo ha evadido todas sus trampas, incluso la *particularmente* inteligente pesadilla dentro de la pesadilla. Será más difícil matarla ahora que está empezando a desbloquear el poder de su propio mundo de sueños.

—No necesito *matarla* —, dijo Maléfica con una sonrisa de satisfacción. —Todo lo que tengo que hacer es *retrasarla*. Tiene una hora y dos minutos para descubrir cómo derrotarme y despertar. Si ella está en mi poder cuando el reloj marque las doce y el día siguiente comience... yo gano.

—Pero tienes razón —dijo Maléfica, pensativa, haciendo girar los líquidos verdes y rojos en el orbe de su bastón. —Puede que sea el momento de intensificar los ataques directos a su persona. ¡Necesito la mano de mis sirvientes más inteligentes y fuertes! ¡*Eregral, Slunder, Agrabrex*, a mí!

Formas negras grandes, lentas y sonrientes se coagularon de las sombras en los rincones de la habitación.

Y los ojos opacos de Lianna puede que hayan mostrado una pizca de preocupación.



Capítulo 22: No Tenían la Más Nebulosa

HORAS DESPUÉS, todavía era temprano... y Aurora/Rosa ya estaba exhausta. A pesar de la papilla, sus pies se arrastraban; probablemente era antes del mediodía y ya habían caminado al menos seis millas. Trató de no quejarse ni de detenerse. Ninguno de los dos parecía una cosa de princesa.

En lugar de quemarse por completo, la niebla de la mañana se había elevado y adelgazado y ahora cubría el cielo sin apretar, como miles de arañas bebé dejando rastros de seda detrás de ellos. La luz del sol, tan brillante y amarilla antes, era de un gris enfermizo. El aire estaba húmedo y helado.

Mantuvo los ojos en el suelo para evitar tropezar. Las sombras se desvanecían imperceptiblemente junto con la luz. Sin embargo, algunos colores en el fondo se destacaron más, como pequeños hongos venenosos brillantes y la cola rápida de una salamandra naranja. Pero todo lo demás se convirtió en tonos de blanco, negro y gris.

Los sonidos se volvieron extraños. Si su talón crujía hojas muertas, a veces parecía silencioso; a veces resonaba ruidosamente en rocas y troncos.

—¿Cuándo vamos a llegar? —preguntó, tratando de no sonar quejumbrosa. Aún le dolía la garganta.

Phillip suspiró.

—Honestamente, si hoy es completamente libre de eventos, no más demonios o barrancos repentinos o muchos de tus, um, hechizos, ¡que no son completamente tu culpa! Entonces solo otro medio día más o menos, supongo. Unas pocas horas.

—Está bien.

Respiró hondo, tratando de ser valiente e incondicional como un príncipe.



Pero no pasó mucho tiempo antes de que la niebla comenzara a asentarse en serio. En cualquier otro momento, simplemente se habría sentido fascinada.

La niña que estaba atrapada en un castillo nunca había visto algo así, en realidad, y la niña que se crió en el bosque no le tenía miedo a nada del mundo natural.

Pero ahora ... había algo espeluznante en eso.

Pasaron a través de espesos parches de nubes grises cuyas gotas de colonia eran tan grandes que casi podía distinguir cada una de ellas. El agua se filtraba de todo como por arte de magia; vio aparecer una gota de rocío y juntarse en la punta de una rama de pino como un ser vivo. Por un momento vislumbró el mundo en blanco y negro reflejado en él, al revés, antes de que cayera silenciosamente al suelo.

La niebla encontró su camino a través de su ropa, que se volvió pesada y húmeda. Y luego caliente.

Sintió comezón, congelación y picazón cuando sus piernas y cuerpo se movieron debajo de la ropa.

Algunas veces fue tan difícil de ver que casi se salieron del camino. Phillip soltó un juramento poco formal mientras se torcía el tobillo con una raíz expuesta.

La tierra comenzó a inclinarse cuesta abajo y la niebla se derramó junto a ellos, rodando como un líquido que se mueve lentamente.

Los zarcillos salieron disparados antes que el resto de las nubes, como si sintieran el camino. Se enroscaba y ondulaba alrededor de obstáculos como árboles y piedras.

La princesa comenzó a estar realmente asustada.

—Aquí —dijo Phillip, deteniéndose. —Te ves miserable. Toma mi capa, mantendrá lo peor de la humedad fuera.

Ella se volvió para discutir con él. Se preguntó si pensaría menos en ella si ella le tomara la mano. Pero la niebla llenó rápidamente el espacio entre



ellos. El cuerpo del príncipe ya parecía desvanecerse y disolverse en gris. Cuando se quitó la capa y la arremolinó, la niebla fluyó, cubriéndolo por completo.

—... frío en absoluto el derroche de la borrachera ...—Sus palabras sonaban extrañas y distantes.

—¿Phillip?—gritó con incertidumbre.

—Aquí mismo. —Sonaba extraño, como si las palabras murieran a centímetros de su boca, como si la niebla las detuviera y cayeran al suelo. —Espera, el ...—

Lo que sea que dijo a continuación fue amortiguado.

—¿Phillip?

Caminó varios metros hasta donde pensaba que estaba.

No había nada más que una pared blanca arremolinándose.

—¡¿Phillip?!

Se dio la vuelta. La niebla dejaba pequeños rastros detrás de sus faldas y cabello.

Finalmente, hubo una respuesta amortiguada, un poco exasperada.

—¿Dónde estás?—exigió.

Su corazón empezó a latir con fuerza. Ella podía oírlo. Podía oír eso y el aliento en sus propios oídos y nada más. Ni siquiera el ruido de los guijarros que golpeó mientras giraba buscando desesperadamente al príncipe.

Sabía que debería quedarse donde estaba. De alguna manera lo sabía, ya sea por haber crecido en el bosque o por algún instinto enterrado durante mucho tiempo con el que nace todo niño. Debería quedarse quieta como un cervatillo y dejar que Phillip la encontrara. Si ambos se movían, estarían perdidos.

Harrumphhh.



Hubo un ruido extraño, como un rechinar o un gemido. Aurora/Rosa pensó que sonaba un poco como un oso enojado. Pero no lo era del todo. No fue un ruido completamente natural.

—¿Phillip? —susurró ella.

No estaba segura de si debía gritar para que él pudiera encontrarla, o permanecer en silencio y dejar pasar lo que fuera ese ruido sin verla nunca.

Silencio por todos lados.

Silencio pesado.

El silencio de esconderse debajo de las escaleras en un castillo cuando todos la estaban buscando, sus padres de hecho la buscaban, por una vez. Todo lo que siempre había deseado era que sus padres la quisieran, la buscaran ... pero cuando de repente sucedió, se sintió insegura y tuvo que preguntar por qué. ¿Por qué ahora? Miedo a las razones desconocidas.

Y entonces se había escondido, y el castillo estaba mayormente en silencio, excepto por los airados gritos lejanos y las pisadas de pasos cercanos.

Pero nunca la vieron.

Ese tipo de silencio.

Su mente llenó la niebla vacía y arremolinada con imágenes.

Sonrisas sin ojos, lascivas y con dientes. Los cuerpos de cerdo de los demonios guardias de Maléfica. Las formas extrañamente negras y fluidas que tomaron aquí, que encajarían muy bien con la niebla.

Y aún había silencio.

Y luego el roce casi silencioso de la grava en el camino.

—¿Phillip?

Nada.

Entonces: *Harrmmmmppph*.

La princesa corrió.



Apuntó a lo que pensó que era más profundo en el bosque; no importaba, estaba a su alrededor. Se sentiría más segura bajo los árboles. Las cosas no buscaban princesas, ni personas, bajo los árboles.

¿Cierto?

Ella miró hacia atrás; blanco veteado de gris de dónde había venido, como una sombra pegajosa.

Ella miró hacia adelante. También estaba en blanco y... Thunk.

Se estrelló la cabeza contra la rama gruesa y puntiaguda de un pino muerto. Un dolor ofensivo y candente estalló en su frente. Ella se tambaleó hacia atrás, golpeándose la espalda con otro árbol.

Su ojo derecho estaba nublado; cuando levantó la mano tentativamente para ver qué pasaba, salió cubierta de sangre fresca y caliente.

Harroomph.

Se mordió el labio y se limpió el resto de sangre del ojo.

—¡Phillip!— gritó sin entusiasmo.

Esto era como las pesadillas que solía tener cuando era muy pequeña, de ser alejada de sus tías, separada de ellas para siempre.

Observó cómo las nubes giraban y giraban frente a ella. Algo las estaba moviendo. Algo las hacía resbalar y burbujear, como espuma encima de una olla que se hierve hasta dejarla limpia.

Ella vio la sonrisa primero.

La sonrisa negra y desdentada, amplia y luego increíblemente amplia. Dos ojos amarillos sobre ella se abrieron a la existencia. Y brazos negros largos, inverosímiles y delgados, que se levantaron para alcanzarla y arrastrarla.

Ella gritó. Un grito largo, penetrante y terrible ... que nunca pasó por sus labios. Tenía la boca abierta, sintió que su garganta se movía y sus pulmones perdían el aliento, pero no salió ningún ruido. Silencio absoluto, a pesar de lo fuerte que gritó. Nadie oiría jamás....



La cosa sonrió aún más.

Aurora se tambaleó hacia atrás, con las manos a ambos lados, palpando los árboles. No había nada que ella pudiera hacer. No podía correr ciegamente más adentro del bosque. No tenía a Phillip, ni siquiera su propia voz. Ella no tenía nada.

Y luego la última parte diminuta de ella que todavía era Aurora/Rosa, enojada y legítimamente aterrorizada, recordó que era su sueño. Ella podría tener lo que quisiera. Si supiera lo que quería.

Una espada apareció en su mano derecha. Sin mirar, supo que era una réplica exacta de la de Phillip. Probablemente habría una muesca en su borde izquierdo.

El demonio se balanceaba enfermizamente de un lado a otro, como una serpiente tratando de decidir en qué dirección atacar. Aurora/Rosa volvió a gritar para darse fuerzas. Pero de nuevo, no salió nada.

La cosa de repente se abalanzó sobre ella. Inhumanamente rápido, sin previo aviso.

Ella levantó su espada.

En completo silencio:

—Aurora/Rosa bajando lentamente el brazo, clavando la espada en el monstruo

—La cosa se retuerce por la sorpresa, girando en espiral y girando su largo cuello y cuerpo hacia atrás para mirarla de lleno

—Ella de nuevo tratando de gritar por Phillip nuevamente, incapaz de hacer que sus labios den forma a las palabras, piedras en su boca. Agarrando su espada con más fuerza

—El demonio se sumergió fácilmente alrededor de su ataque y la rodeó con calma. Dos, tres, cuatro veces más de lo que pensaba. Mientras intentaba luchar contra su mitad delantera, su cola sin fin formaba vueltas alrededor de sus piernas.



—Bajando su espada nuevamente sobre la carne más cercana a ella, hundiéndola por completo con un sonido extraño e improbable.

Y de repente, hubo luz y velocidad y ruido de nuevo. El demonio chilló y aulló y agitó su cola bifurcada. La princesa blandió su espada de nuevo, tratando de no perder su ventaja mirando fijamente donde había cortado la cosa por la mitad: la herida llana y en carne viva y el icor blanco y negro que salía de ella. Su cola seguía moviéndose por sí sola mientras su cabeza y cuerpo se retorcían y flotaban a través de la niebla.

La luz del sol atravesó la niebla y de repente su grito se encendió, ronco, desigual y horrible, y todo fue brillante y doloroso.

Cuando su espada conectó esta vez, hizo un sonido metálico, como si se hubiera estrellado contra algo igualmente metálico y peligroso.

—¡ROSA!

Phillip gritó cuando la vio levantar su espada de nuevo.

Era su espada lo que había golpeado; era su cuerpo al que apuntaba. La niebla se había disipado un poco y ella podía ver su postura defensiva confusa.

—Casi me golpeas ...— comenzó a decir, luego notó el trozo de demonio en el suelo que se retorcía y salpicaba sangre negra viscosa de donde ella lo había cortado. —Pero dónde ...— comenzó.

La otra mitad del demonio salió de la niebla al rostro del príncipe. Phillip inmediatamente desvió el ataque, golpeándolo hacia un lado.

Antes de que pudiera siquiera pensar en ello, Aurora/Rosa levantó su espada y volvió a atacar la cosa. Si bien su golpe no atravesó limpiamente esta vez, lo lastimó, lo que provocó que arañase y gritara en el suelo, moliendo su cabeza en la tierra. Phillip apuntó con cuidado y apuñaló al demonio en la garganta.

Los dos observaron, jadeando, mientras la cosa siseaba y moría.



Phillip, tembloroso, se pasó las manos por el pelo. No estaba claro si se estaba recuperando de la breve pelea, el ataque sorpresa o si Aurora/Rosa casi lo mata por accidente.

—Buen trabajo— dijo finalmente, señalando las dos mitades de la criatura en el suelo.

Ella lo miró; estaba un poco pálido, sin duda, pero habló como si ella acabara de recitar un poema de memoria o alguna otra cosa mundana. Ella no entendía completamente cómo él podía ser tan ... indiferente.

—Gracias por la ayuda— dijo, tratando de igualar su tono. Quizás era lo principesco que podía hacer. —Hacemos un gran equipo.—

—De hecho, lo hacemos, aunque parecía que te estaba yendo bastante bien por tu cuenta. Una princesa y una cazadora de monstruos. ¡Estarán cantando epopeyas sobre ti! —Dijo con una sonrisa.

Ella hizo una reverencia cortesana en respuesta. —Todo en un día de trabajo.—

—Bonita espada— añadió. —¿Dónde lo obtuviste?

Miró la espada en su mano, que estaba tan bien equilibrada que honestamente había olvidado que estaba allí.

Ya era casi una parte de ella.

—Oh, ¿esta vieja cosa? Yo, um ... ¿la convoqué?

—Práctico— dijo Phillip, asintiendo.

La última gota de sangre del demonio burbujeó y siseó en el suelo. Su cuerpo se desvaneció.

—Me pregunto si había un demonio real en el mundo real de vigilia que coincidiera con este— dijo el príncipe. —Me pregunto si también estará muerto allí.

—Bueno, aquí está muerto ahora. Pero puede haber más. Y no los veremos venir —dijo temblando.



La niebla estaba fría y volvió a arremolinarse a su alrededor. Pequeños zarcillos helados la agarraron por los tobillos.

—Oye—dijo Phillip con una sonrisa. —¿Sabes cómo es el viento verdad?

—¡Por supuesto que sé cómo es el viento! No viví en una cueva sin ventanas en ninguna de las dos vidas. No soy una ... —

—¡Así que convoca un poco y limpia todo esto!

Detuvo su perorata y pensó en lo que acababa de decir.

Por supuesto. Por supuesto que podía.

Ella cerró los ojos.

Se imaginó la brisa que había logrado atravesar cuando abrió una ventana en el castillo. El aire caliente y seco, pero no aparentemente contaminado, del exterior. Recordó la muralla del castillo, los diminutos remolinos de polvo que a veces lo cruzaban, entre los huertos dispersos y de guerrilla.

Recordó estar en un prado en el borde del bosque en el otoño, sintiéndose fría pero incapaz de dejar de ver a los pájaros jugar en la creciente ferocidad del aire. Las mariposas fuertes, los arrendajos y los pájaros carpinteros y los cuervos, retozaban como águilas.

Sintió que algo le hacía cosquillas en la mejilla.

Abrió los ojos.

Había un pequeño remolino de polvo frente a ella: levantaba ramitas y hojas y las esparcía, jugando a sus pies casi como un gato.

Arqueó una ceja, imitando inconscientemente a Maléfica.

El viento creció, ensanchó sus brazos invisibles y arrastró más detritos hacia su centro. Luego se disparó hacia arriba en el aire. Se estiró hacia el cielo, con su larga y poderosa cola batiendo detrás de él. Todo lo suelto y pequeño fue arrastrado hacia su vórtice: hojas, guijarros, las puntas del cabello de la princesa y las puntas de la capa de Phillip, y la niebla.



Grandes franjas de espesa niebla gris se canalizaron hacia el cielo, oscureciendo el torbellino.

La princesa se protegió los ojos mientras la luz del sol se hacía más clara y brillante, toda la oscuridad se desvanecía en el torbellino.

En el bosque que los rodeaba se oían extraños gritos distantes de demonios atrapados en la luz purificadora.

No fue horrible, se dio cuenta la princesa.

Fue extrañamente satisfactorio.

Los vientos se hicieron más y más amplios y más lentos y más lentos hasta que parecieron llenar el cielo ... y luego disminuyeron gradualmente, dejando el cielo tan claro, azul y perfecto como un día de verano después de una tormenta repentina.

Phillip estaba sonriendo como un niño viendo un truco de magia realmente bueno, incluso riendo a carcajadas cuando terminó. La agarró e impulsivamente la besó en la mejilla, en un beso rápido, fuerte y un poco descuidado y maravilloso.

Luego vio la sangre en su rostro, el corte en su cabeza.

—¡Estás herida!— dijo, avergonzado de no haberlo notado antes.

Ella se encogió de hombros. Le dolió un poco cuando movió la frente; podía sentir la piel tirando y agrietándose.

De lo contrario, era casi imperceptible.

—Estaba matando a un demonio— dijo. —A veces sucede en la batalla.

Phillip sonrió.

—Estás en lo correcto. Bueno, ¿de acuerdo? —preguntó, indicando el camino.

Ella asintió y comenzó a avanzar, deseando haber convocado un cinturón y una funda para su incómoda espada. Pero no tenía una buena imagen de cómo



eran esas cosas en ninguna de las dos vidas y, francamente, estaba un poco agotada por convocar al viento.

—Sabes— comenzó casualmente—aunque la niebla se ha ido, creo que es más seguro si nos tomamos de la mano. Sabes. Por si acaso. No quiero volver a separarme.

—Por supuesto— dijo la princesa con una sonrisa.

De alguna manera, sus pasos eran más ligeros ahora, a pesar de la niebla, el demonio, el miedo y la sangre. De alguna manera todo parecía más fácil y mejor.

Puede que no sea capaz de recordar su pasado correctamente, y todavía tenía que derrotar a Maléfica y lidiar con sus padres... pero podía convocar y mover cosas con su mente y acababa de matar a su primer demonio. Ella podría hacerlo. Eso fue bastante bueno.



Capítulo 23: El Doble de Diversión

LOS BOSQUES ESTABAN CAMBIANDO definitivamente: Aurora y Phillip ya no podían ver el cielo en absoluto debido a los árboles altos y antiguos que se extendían muy por encima. Los pinos y otras especies de árboles de corteza desgredada se alzaban a 100 pies en troncos enormes, algunos de los cuales eran tan gruesos como una casa pequeña. Las copas de los árboles que se extendían en sus cimas bloqueaban la mayor parte del sol; sólo un raro rayo moteado lo atravesaba. Pero no se sentía sensación de claustrofobia. La ausencia de luz mantenía el matorral bajo: musgo en antiguos troncos caídos, charcos de flores de sombra, setas y lirios diminutos. Era etéreo e interminable como la mayor catedral jamás imaginada.

El príncipe y la princesa caminaban con el corazón ligero, figuras diminutas en este mundo primigenio, aparentemente los únicos en él.

—Nos estamos acercando al corazón del bosque, donde debería estar la cabaña— dijo Phillip alegremente.

—No se ve exactamente como en el mundo real, pero es lo suficientemente similar. Deberíamos llegar allí a última hora mañana por la mañana.

Pero cuanto más avanzaban, más recuerdos le venían.

Como si de repente le dieran un golpe en la cabeza con una pequeña piedra, una imagen cristalina estallaba en las entrañas de su mente, y ella se tambaleaba por un momento:

- Una mano que se parecía a la suya, pero más pequeña, alcanzando una flor perfecta de finales de primavera. Una araña sorprendentemente grande una araña sorprendentemente grande y amarilla cubierta de polen que salía de su escondite en el centro de la flor
- Sus tías no entendiendo el miedo innato que tenía a una tormenta fuerte y violenta, impacientes y casi como si prefirieran estar ahí fuera, pero la acunan, la abrazan, abrazándola sin comprenderla, pero con cariño.
- Un repentino vistazo en uno de sus paseos por el bosque a los límites de las cosas: el final del bosque, los torreones de un castillo...



Las imágenes no sólo se sucedían con mayor rapidez y duración, sino que cada una de ellas suscitaba un cúmulo de preguntas y que Aurora no podía detener.

¿Por qué nunca fui lo suficientemente valiente como para viajar hasta el castillo?

Santo cuervo, ¿ese era mi castillo!

Espera, el verdadero. Sin las espinas...

Y entonces empezaban los dolores de cabeza en serio.

A veces no era una sola imagen, sino una cadena de recuerdos conectados por un sentimiento o un pensamiento. Éstos la golpeaban como una roca y más como un toro enfadado, que le golpeaba la cabeza y le trituraba las entrañas con sus afiladas pezuñas.

Como sus estudios, uno de los caprichos de sus tías. Varios meses practicando bellas runas que se convertían en oro sin importar con qué las dibujara: tinta y pluma, tiza sobre roca, palo en el barro. Sin ningún problema para recordarlas y copiarlas. Una ráfaga de comprensión por parte de sus tías y luego un reemplazo: veinticinco letras feas que se quedaron del mismo color que la tinta. Estas eran tan fáciles de recordar como las doradas y todo era un juego...

No como el aprendizaje en el mundo del Castillo de las Espinas. En absoluto. Las pocas cosas que las hadas se molestaron en enseñarle le resultaban tan fáciles como cantar.

A medida que los nuevos/reales recuerdos se revelaban, Aurora/Rosa descubrió que tenía una creciente colección de dos versiones diferentes de la misma escena, del mismo día, del mismo año, que luchaban por el espacio y el dominio en su mente.

Recordaba ser una joven adolescente, aburrida durante días en medio del bosque, impaciente por que ocurriera algo, intentando cazar con los zorros, trepando a los árboles tan alto como podía, tumbada desesperada en sus bases, dejando de amar el alegre y descerebrado burbujeo de sus tías cuando trabajaban juntas para hacer la cena o lavar la ropa.



Su memoria hermana en el Castillo de las Espinas era la de la joven Aurora enfrentándose a sus negligentes padres, que, peor que estar enfadados con ella, peor que ordenarle que se fuera de su presencia, simplemente no les importaba. Como si no valiera la pena molestarse por ella. Encontró habitaciones vacías en el torreón y se derrumbó en los sofás durante días, preguntándose qué pasaría si muriera. ¿Alguien se daría cuenta? Le daba hambre y a veces se reunía para encontrar un poco de comida, y se ensuciaba mucho, mucho.

No tenía tiempo para sucumbir a estos recuerdos, para desmayarse. De debilitarse. Para vomitar y recuperarse y tropezar unos pasos y luego derrumbarse de nuevo. Phillip había dicho que, si ella no tenía muchos más hechizos, ellos estarían allí en un par de horas. Y él era muy paciente.

Pero ella quería seguir adelante.

A veces, concentrarse en una cosa bonita de cada recuerdo la ayudaba a mantenerse erguida. Como los zorros... ¡había cazado con zorros! Hermosas bestias de pelaje rojo que a veces se enredaban bajo sus pies como gatos y la dejaban rascar sus gargantas. Eso había ocurrido de verdad. Al concentrarse en su belleza, siguió caminando... temblorosa, y evitaba que su estómago se tambalease.

A veces, concentrarse en una cosa que la enfurecía la hacía seguir adelante.

¿Cómo podían las mujeres que la habían amado, acunado y criado mentirle durante dieciséis años? ¿Cómo podría alguien hacer eso y seguir diciendo que te quiere?

Podían haberle dicho la verdad —que era una princesa en la clandestinidad— y en el peor de los casos habría sido un juego encantador para que ella jugara cuando se vistiera. En el mejor de los casos, habría sido una distracción interesante en sus días más monótonos.

La sacudida de furia por su falsa infancia en el bosque y la traición de sus tías a su confianza era mucho más fuerte que la débil inclinación de su cuerpo a desmayarse o perder el desayuno. Incluso aceleró un poco su paso.

Pero después de varias horas, incluso eso se estaba volviendo difícil de mantener y se encontró empezando a tropezar.



—Creo que será mejor que lo dejemos por hoy, —sugirió Phillip.— Parece que se está haciendo tarde, tal vez una hora antes la puesta del sol. Acampemos y empecemos temprano mañana.

Ella asintió, demasiado cansada para estar en desacuerdo o para decir algo que lo hiciera sentir mejor o para disculparse. Se sentó allí como una muñeca de trapo mientras él se afanaba en empujar montones de agujas de pino increíblemente largas y suaves en colchones elásticos y despejándolas por completo de una zona para hacer una pequeña hoguera. Cuando tuvo la yesca y una bonita estructura piramidal de ramitas, tosió amablemente y la señaló.

Asintió con la cabeza y movió el dedo.

En un momento, un acogedor fuego de color naranja brillante estaba parpadeando, la única luz diminuta en todo el bosque crepuscular. Convocar una cabaña entera podría haber sido más agradable, pero le habría llevado mucho más tiempo y habría tomado demasiado de ella.

Probablemente. Todavía no estaba segura de cómo funcionaba todo esto.

Ni siquiera tuvo que chasquear los dedos o parpadear para que aparecieran dos cuencos de gachas. Phillip trató de no suspirar, pero tomó el suyo tan agradecido como pudo.

—Creo que entiendo un poco cómo funciona la magia de Maléfica,—dijo después de un momento, pensando en la magia. —Los... eventos son diferentes. Pero los sentimientos son los mismos,—continuó lentamente, tratando de ponerlo en palabras que tuvieran sentido.—Ella está trabajando... —Ella trabajaba con lo que ya estaba en mi cabeza y le daba nuevas imágenes.—Más o menos. Mi "encierro" en el castillo se basaba en la sensación de estar atrapado. Sin lugar a donde ir, figurativa o literalmente. Nada que hacer más que pasear por mi jaula hasta que muriera. Ella construyó todo un mundo alrededor de esa premisa para mantenerme dormida y bajo su control. Pero de una manera extraña, ella era lo más interesante que me pasó en cualquier vida.

La dirección que tomaban sus pensamientos obviamente estaba incomodando a Phillip. Terminó sus gachas, todavía con hambre, pero no necesariamente con ganas de más. Se estiró hacia atrás; a pesar de su deseo de seguir adelante, también estaba agotado.



—Oye, —dijo, sentándose de repente, ansioso. ¿Puedo ver tu espada? ¿La que invocaste?

Contenta de tener algo con lo que recompensar su paciencia, se la entregó con una sonrisa.

El príncipe sacó la suya para compararla.

—Es realmente sorprendente,— dijo, pasando los dedos por cada una. —Una copia perfecta.

—Es curioso, nunca me había fijado en las espadas. Ni siquiera las tuyas.

—Bueno, no la llevaba abiertamente cuando viajaba. La mantenía en secreto, por así decirlo. Esta es la espada de un príncipe real—hijo de un rey. Mi padre la mandó hacer para mí cuando cumplí dieciséis años. Sería peligroso exhibirla abiertamente.

—¿Peligroso llevar una espada donde se pueda llegar rápidamente a usarla?

—Soy un espadachín extremadamente hábil,—dijo Phillip con suavidad.—Pero no es rival para una banda de salteadores de caminos. A un noble luchador en un caballo podrían estar dispuestos a dejarlo pasar. El hijo de un rey es bueno para un buen rescate.

—Ahhh,—dijo Aurora, asintiendo.—Así que por eso no te vi con él cuando... —Frunció el ceño, tratando de traer el recuerdo.—Cuando...

Phillip la observó con inquietud.

—Nunca te vi con la espada,—dijo ella rotundamente.—Porque la tenías escondida.

Phillip tenía una mirada muy poco principesca y divertida. Sólo que a ella no le hizo ninguna gracia.

—Nunca me dijiste que eras un príncipe.

—Te lo iba a decir, protestó él.—Iba a decírtelo esa noche, de hecho...

—¿Esa noche?, —preguntó ella. A pesar de su agotamiento físico, se puso en pie, con la rabia recorriendo su cuerpo e irguiéndolo. Sus puños se cerraron por sí solos.—¿Por qué no, inmediatamente? ¿Cuándo iba a ser momento adecuado?



—Rosa, escucha. —Él se levantó y le cogió las manos. Ella se las arrancó de los dedos. —Yo estaba viajando ese día al castillo de tu padre. Iba a ser presentado formalmente como yerno a tus padres y al resto de la corte; a saludar a una novia que nunca había conocido y a despedirme de una vida que apenas había empezado a disfrutar.

—¿Y? —preguntó ella. —Decidiste que tendrías una última aventura con alguna aldeana o con la hija del leñador antes de ser forzado a una vida de matrimonio?

—¡No! Escucha: Soy un príncipe. Fuera de las damas de alta alcurnia y las princesas y lo que sea, no puedes decir a nadie que eres un príncipe. Nadie te quiere por lo que eres. Las chicas... quieren... asumen... todo el mundo piensa que pueden conseguir algo si tienen un príncipe.

Sus mejillas se tornaron más rosadas y comenzó a tartamudear mientras intentaba explicarse. No cambió la mirada severa que ella le dirigió.

—En cuanto le dices a una chica que eres un príncipe, se te echan encima —dijo desesperado. —En el sentido equivocado. Sólo oyen príncipe y piensan en riquezas o lo que sea. Especialmente si consiguen... quiero decir, si hay un... mira, ¿podemos dejarlo así?

—No. No, no podemos, —dijo la princesa. —Tú eres... tú eras la única persona en la que pensaba que podía confiar. La única persona de mi pasado. Mi verdadero pasado. El amor que olvidé.—Sus labios comenzaron a torcerse, y sintió que su nariz se agarrotaba con lágrimas incipientes. —¡Y resulta que tú... también tú, incluso tú... me has mentido! Como todos los demás en toda mi vida. Nadie —nadie— me ha dicho nunca la verdad sobre nada. Ni siquiera tú.

—Bueno, no sabía quién eras... realmente... que eras una princesa....

—¡No es culpa mía!, —espetó ella. —¡Yo tampoco lo sabía! ¡No te atrevas a pensar en culparme o en compararnos!

Phillip respiró profundamente. Miró hacia arriba y a su alrededor, como si tratara de buscar ayuda en el cielo o en el aire o los árboles que los rodeaban.



—Lo siento. Lo siento de verdad. Me doy cuenta de que no hay forma de demostrártelo ahora, pero el día de nuestra... de la boda de la princesa Aurora y el príncipe Phillip, le dije a mi padre que no me iba a casar con la princesa. Me iba a casar con la campesina que conocí en el bosque. Porque todo lo demás en tu vida puede haber sido una mentira, pero que te amé no lo fué

No lo es.

Ella no dijo nada. Seguía mirándole, temblando de rabia.

—Me voy a dormir ahora, —dijo entre dientes apretados. —Voy a poner las dos espadas entre nosotros. Espero que te cortes el codo.

Se tumbaron en sus jergones, Phillip triste y cansado, ella espasmódica y enfadada. Ella se cubrió con agujas de pino. Cuando él empezó a ofrecerle su capa, ella gruñó: —No. Te. Atrevas.

Suspiró y se envolvió.

—Buenas noches, —susurró.

Ella se puso de lado, lejos de él. Pasó mucho tiempo hasta que finalmente se quedó dormida. La mañana siguiente le pareció el tipo de nuevo comienzo que necesitaba. Nada era extraño ni indicaba nada mágico o maligno. Respiró el aire limpio y escuchó el impresionante silencio del antiguo bosque. Miró a los árboles, sintiéndose pequeña e increíblemente afortunada y especial. Pequeños pájaros, escondidos en algún lugar de la penumbra, emitían pequeños pitidos en forma de eco.

Le invadió el deseo de quedarse.

Esto era bonito. Aquí era hermoso, y ella tenía poderes increíbles. ¿Quién sabía lo que el mundo real le deparaba para ella cuando todo esto estaba hecho?

—¿Me perdonas ya?

Y entonces todo el cansancio y el estrés emocional del día anterior volvió a caer sobre sus hombros.

Phillip estaba de lado, con la barbilla apoyada en la mano, mirándola y tratando de ser atractivo.

Aurora/Rosa gruñó sin saber cómo y deseó tener mantas para poder darse la vuelta y tirar de ellas agresivamente sobre su cabeza.



—¿Por favor? —preguntó, sonriendo de forma cautivadora. No llegó a batir las pestañas.

—Acabemos con esto —dijo —es decir, encontrar a las hadas, averiguar cómo derrotar a Maléfica y despertar. Y luego lidiar con cualquier secuela que hubiera.

¿Todavía estaban los dos comprometidos como príncipe y princesa? ¿Qué iba a decir a sus padres? Todo la irritaba. ¿Por qué no podía quedarse dormido más tiempo y dejarla disfrutar sola de la paz del bosque durante unos minutos? La rara paz de su propia y profunda mente.

—Aw —dijo con un mohín. —¿Qué tal un beso? ¿Un beso de "te acabaré perdonando"?

Ella lo miró fijamente, con una ceja levantada como Maléfica. El resto de su cara era una máscara de sorpresa y horror muy poco propios de la misma Maléfica.

Entonces dejó que la Aurora del castillo, de la princesa organizadora de bailes, esa Aurora, tomara el control, y una suave mirada de fría elegancia se apoderó de su rostro.

—Ni siquiera me dignaré a responder a eso.

Se levantó con toda la elegancia que pudo, resistiendo el impulso de empujar las agujas de pino hacia su lugar como si estuviera haciendo su cama, al estilo de Rosa.

Phillip suspiró dramáticamente y no se levantó, contentándose con observarla. Ella se mantuvo de espaldas a él.

Entonces Phillip entró en el claro a grandes zancadas, con una ristra de peces sobre el hombro.

—Intentaba pensar en alguna forma de disculparme, pero parece que no hay flores aquí. De hecho, no hay mucho de nada aquí, y me imaginé que estarías harta de la avena, también, y... —Se detuvo, mirando fijamente a la enfadada pareja.

Aurora/Rosa le miró fijamente.

Phillip de-la-tierra lo miró fijamente.



Phillip con-el-pescado dejó caer el pescado e inmediatamente sacó su espada.

—Rosa, retrocede —dijo Phillip de-la-tierra, saltando. —Es otro de los demonios de Maléfica.

—¡Él es el demonio!—Dijo Phillip con-el-pescado, con las mejillas enrojecidas por la ira.

—Cierto, dijo Phillip de-la-tierra, desenfundando su propia espada. Que estuvo durmiendo aquí junto a Rosa toda noche mientras tú entrabas por casualidad.

—¡Me levanté hace dos horas! —Dijo Phillip con-el-pescado.—No pude dormir por nuestra pelea.

—¿En serio? Porque yo he dormido muy bien, dijo Phillip de-la-tierra con una sonrisa cómplice. Y de alguna manera lo hizo. Directo a través de su "levantarse" y ... ¿Qué es lo que estabas haciendo? ¿Pescar? ¿De verdad?"

Aurora/Rosa miró de un lado a otro entre ellos con incertidumbre. Lo del pescado era extraño, a pesar de su evidente cansancio de las gachas. ¿Acaso los príncipes sabían pescar?

—A mí me gusta pescar —protestó Phillip con-el-pescado. —Incluso los emperadores romanos pescaban. Para relajarse.

—Ja, ahora sabes que es el demonio —dijo Phillip de-la-tierra, riendo.— Soy terrible en latín. Ya lo sabes.

Eso era cierto.

Pero... ¿Philip de tierra estaba actuando... no como Phillip Phillip?

Pero entonces, ¿quién era Phillip? ¿Además de un mentiroso?

—Espera, silencio —dijo ella, pensando mucho.

Ambos esperaron con la misma expresión paciente y expectante.

—¿Cómo se llama tu caballo?, —dijo ella lentamente.

—Sansón —respondieron al mismo tiempo.



Phillip tierra se encogió de hombros. El Phillip con-el-pescado miró de reojo.

—Muy bien. Qué... —Escarbó en lo más profundo, en los recuerdos que sólo habían sido descubiertos recientemente. —¿Qué tipo de flor elegiste y me diste el día que nos conocimos?

—Jonquil, —dijo Phillip de-la-tierra.

—No lo sé, —dijo Phillip con-el-pescado, exasperado. —¡No sé los nombres de las flores! Era pequeña y amarilla y olía muy bien. Como tú.

—Bonito, —dijo Phillip de-la-tierra, poniendo los ojos en blanco. —Muy poético.

Ella frunció el ceño. Le pareció que el bondadoso Phillip había dicho algo muy malo.

Intentó pensar con lógica, algo que ahora sabía que era difícil en un sueño. Maléfica estaba dentro de su cabeza y era capaz de invocar un mundo entero a partir de sus pensamientos y recuerdos. El hada malvada lo sabía todo sobre Aurora/Rosa, y probablemente también sus sirvientes.

Pero no lo sabía todo sobre Phillip.

No las cosas que habían sucedido antes de que él conociera a la princesa.

—Cuéntame... cuéntame tu recuerdo más importante de la infancia —dijo finalmente.

Phillip con-el-pescado habló primero.

—Mi padre me regaló mi primera espada, una de madera, en mi tercer cumpleaños. La llamé Gato. Porque lo que yo quería era un gato.

Y Phillip de-la-tierra levantó las manos.

—Podrías inventarte cualquier cosa —dijo con exasperación.—Podría inventar cualquier cosa. Rosa no sabría la verdad. Claro, tuve una espada cuando tenía tres años y la llamé Gato. También besé a una lechera cuando tenía trece años, junto al fuego en la cocina. Absolutamente lo hice. Pero... también es el tipo de cosa que cualquier príncipe, cualquier chico, podría esperarse razonablemente que hiciera. ¿Es cierto? ¿Puedes probarlo?



Phillip con-el-pescado frunció el ceño. El odio real comenzó a arder en sus ojos.

—Sí besé a una lechera cuando tenía trece años. Pero fue fuera, cerca de las vacas.

—¿Ves? Dijo Phillip de-la-tierra.

Ella se mordió el labio. Él tenía razón. ¿Había alguna conexión con Phillip en el mundo real a la que pudiera recurrir?

¿Algo que ambos conocieran de alguna manera, ella en su bosque y él en su castillo?

O.... en el Castillo de las Espinas...

—Tu padre, dijo ella. —El rey Hubert. Háblame de él.

Los dos Phillips parecían sorprendidos.

Phillip de-la-tierra se encogió de nuevo.—Pomposo. Ruidoso. Mandón.

Muestra algo de respeto, gruñó Phillip con-el-pescado. —Sigue siendo tu-mi-padre.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo era realmente? Su cara —insistió ella.

—Viejo —bromeó Phillip de-la-tierra.

Phillip con-el-pescado levantó su espada. —¡Basta, he dicho!

—Por favor, usa esto como excusa para atacarme, —escupió Phillip de-la-tierra —¡Porque no puedes describirlo en absoluto, falso!—Preparó su propia espada.

Phillip con-el-pescado saltó hacia adelante, golpeando el arma del otro Phillip a un lado con un sonido que sonó inquietantemente entre los antiguos árboles. Nubes de pájaros diminutos, en lo alto, estallaron desde las hojas y salieron volando.

Ambos Phillips eran rápidos, muy rápidos. Eran espadachines extremadamente hábiles, claramente entrenados por un maestro. Estaban perfectamente emparejados, obviamente. Ninguno de los dos podía ganar la mano, y cada truco y táctica que uno se le ocurría, el otro ya había pensado en ello.



Parada, giro, estocada, salto, ataque sorpresa a las piernas... fue realmente muy hermoso. Si no hubiera sido una situación tan peligrosa, habría disfrutado viéndolos.

Pero se encontró sacando su propia espada. No estaría desprevenida, sin importar quién ganara. Después de unos minutos, los gemelos se separaron, respirando con dificultad. Ninguno de los dos había derramado sangre.

—Estás bien entrenado, demonio, —dijo uno de los Phillip.

—Como tú, demonio —dijo el otro, haciendo un pequeño saludo al primero.

Ya ni siquiera sabía cuál era Phillip con-el-pescado y cuál era Phillip de-la-tierra. Volvieron a chocar, esta vez con más furia. Uno le hizo brotar sangre en el costado del otro; el otro le asestó un golpe que parecía doloroso con la parte plana de su espada en la cabeza del otro.

Aurora/Rosa se estremeció con cada uno de ellos.

Finalmente, jadeando, se separaron de nuevo.

—Esta es la cuestión —dijo Phillip a la izquierda, frente a ella. —No hay manera de que puedas confiar en ninguno de nosotros. La magia de Maléfica es demasiado fuerte y perfecta.

—Y aquí está la otra cosa —dijo el segundo Phillip con una mirada de arco a su gemelo. —¿Por qué ibas a confiar en cualquiera de nosotros? Ya has visto que el verdadero Phillip, sea quien sea —yo, por cierto—.

—¡Soy yo, engendro del infierno mentiroso!

—Lo que sea. Ya has visto que no se puede confiar en el verdadero Phillip de todos modos. Te he mentado. Tal y como tú dijiste. A pesar de haberme enamorado de ti. Podría volver a mentirte con la misma facilidad. Por buenas razones —añadió rápidamente, al ver la mirada de ella. —Podría ser por tu propia seguridad, o porque es demasiado peligroso que estemos juntos... o lo que sea. ¿Qué tan bien me conoces? ¿Podrías volver a confiar en mí? ¿Ahora que sabes que te he mentado?

Se llevó una mano a la cabeza. El otro Phillip puso cara de asco, viendo la lógica de las palabras de su gemelo y hacia dónde se dirigía. Pero no protestó.



—Por tu propia seguridad, por la seguridad de esta búsqueda —por el bien de toda la gente que depende de ti sería mejor que siguieras.—Sola.

Aurora/Rosa sintió un dolor tan grande como la herida de una espada ante estas palabras —una espada invisible, en su corazón.

Era la verdad.

¿Y no lo había sabido siempre? Siempre estuvo sola. Siempre estaría sola. Ella era la única en la que podía confiar. En sus dos recuerdos. Ya sea escondida en el gigantesco laberinto del Castillo de las Espinas o buscando algo que hacer entre los animales salvajes del bosque o tumbada en su cama de princesa, esperando que Lianna se mantuviera alejada, todo se había reducido siempre a ella.

El otro Phillip también puso cara de dolor ante estas palabras.

—Pero... te quiero... —dijo desesperadamente. —Quiero estar contigo, protegerte y ayudarte.

—No, sí quiero —dijo el primer Phillip con tristeza. —Todas esas cosas. Esto es lo más difícil que he hecho nunca. Pero es lo mejor.

Ella sabía que no podía demorarse. Si lo hacía, se quedaría atrapada allí para siempre, tratando de decidir.—Otra trampa de Maléfica. Se dio la vuelta para irse, esperando no escuchar a los dos chicos comenzar su inevitable pelea de nuevo, repiqueando en el bosque de su mente para siempre.

O hasta que se despertara.

—He robado el pendiente de perla de mi madre —dijo de repente un Phillip.

Ella cerró los ojos y siguió.

—Lo robé porque era bonito. Eso es todo. Después, cuando murió y lo encontraron, todos me preguntaron si lo había robado porque quería un recuerdo de ella y yo dije que sí, aunque sólo lo quería porque era bonito y fue cuando ella aún estaba viva. Pero así todo el mundo fue amable conmigo y me perdonaron y todos se sintieron mal por mí.

No pudo evitar darse la vuelta.

—Qué cosa más rara —dijo Phillip. El otro Phillip también lo pensó; miró al primero con disgusto.



—¿Por qué le dices eso de nosotros?

Pero el primer Phillip aún no había terminado.

—Cuando tenía diez años, cuando ya era demasiado mayor para no saberlo, le dije a mi hermana Marya que era muuuuucho más guapa que Brigitte. Delante de Brigitte.

El Phillip que habló parecía enfermo y atormentado por la culpa.

La princesa agarró su espada con más fuerza, pero se acercó.

—Una vez atrapé un ratón y lo puse en una habitación con mi gato y vi al gato jugar con él hasta que estuvo muerto. Fue horrible y lloré durante días después y me confesé por ello, pero lo hice. Lo hice. Porque yo quería ver qué pasaba.

—Claro, de acuerdo —dijo nervioso el otro Phillip. —¿Estamos diciendo todo esto ahora? Porque yo también puedo hacerlo. No sé por qué querías contarle todo esto....

—¡Yo mojé la cama hasta los trece años!

Aurora/Rosa y el otro Phillip le miraron sorprendidos.

—Mojé la cama hasta los trece años —continuó Phillip, un poco histérico. —No todo el tiempo. Pero sí muchas noches. Mi padre se enfadó y la camarera juró guardar el secreto y me azotaron y me dijeron que yo que era terrible, que traía vergüenza a nuestro nombre y linaje. Los príncipes reales no actúan así. Los príncipes reales no mojan sus camas. Pero yo lo hice.

—Nadie más sabe nada de esto. Nadie. Te lo cuento porque te quiero y te confío todos mis secretos, buenos y malos. Quiero que sepas que tú también puedes confiar en mí. Sé que te he mentado, pero te juro que te contaré todo sobre mí a partir de ahora. Todo lo malo y todo lo bueno también. —Hizo una pausa, con aspecto sombrío y cansado. —Vete ahora, por el bien de tu reino y por tu propia seguridad. Pero que sepas que —si tienes éxito, si volvemos a vernos— nunca, nunca te mentaré sobre nada. Nunca más. Y pasaré el resto de mi vida haciendo todo lo posible para que me perdones.

—El otro Phillip abrió la boca para decir algo.



Lo cual fue la oportunidad que ella aprovechó para clavarle la espada en el estómago.

La mirada en su rostro era humana y terrible: sorpresa, dolor, horror. Sus manos rodearon el mango mientras la sangre comenzaba a fluir por él, como si pudiera sacarla y hacer que todo fuera mejor. De su boca salieron ruidos extraños de su boca.

Se tambaleó hacia atrás, horrorizada por el error que había cometido.

Y entonces la sangre se volvió negra. Y los ruidos se convirtieron en siseos. Su cuerpo se estremeció y se convirtió en algo oscuro y que no existía realmente, serpenteante y transparente. Vibraba, temblaba y se estremecía.

Finalmente, cayó al suelo como todos los demás.

El Phillip restante lo observó en silencio, con las mejillas blancas.

Debe ser algo horrible verse morir, pensó Aurora/Rosa

Pero se recuperó y avanzó, dándole un golpe de gracia a la cosa, una muerte rápida que el demonio ciertamente no se merecía.

Luego soltó la espada, se volvió hacia la princesa, la envolvió en sus brazos y la abrazó tan fuerte que casi le dolía.

Ella no dijo nada. Había demasiadas cosas de las que hablar: cómo se había dado cuenta de que era realmente él, de cómo aún no le perdonaba haber mentido antes, de cómo no siempre era el príncipe perfecto que parecía ser.

Cómo ella, en privado, durante el resto de sus vidas, sin importar lo que pasara, le recordaría las cosas que él había dicho ese día. Sólo porque sí.

Cómo ella, de alguna manera, asumía que lo conocería por el resto de sus vidas. Para siempre.

Pero también acababa de matar algo que se parecía mucho a una persona real cuando lo apuñaló a través de las entrañas. Esa imagen se repitió una y otra vez en su mente.

¿Y si se había equivocado?

Así que guardó silencio y se dejó abrazar.



Capítulo 24: Interludio

UN MONTÓN DE CUERPOS crecía junto al trono de Maléfica. Era un poco chocante, tal vez incluso desagradable. Nunca en su vida el hada había sido desordenada o se había dejado rodear por la suciedad.

Sin embargo, a la horda que la rodeaba no le importaba; miraban los cadáveres con hambre.

Lianna puso los ojos en blanco.

—Estás pasando por ellos demasiado rápido. No va a quedar nadie a quien gobernar.

Con un siseo y un movimiento que olía mucho más a dragón serpenteante que a reina humana, Maléfica despejó el espacio entre ella y la doncella de patas de cerdo en un abrir y cerrar de ojos. Se cernió sobre ella, toda arcos y negrura.

Lianna no se inmutó.

—Tengo menos de una hora. Disculpe, permítame reformularlo: tenemos menos de una hora. Si no consigo que la princesa vuelva aquí para entonces, podría consumir a todos en el castillo y no importaría.

—¿Y en qué me has ayudado, querida? —añadió con una venenosa mirada. —La he atacado a través de todas sus debilidades... y he enviado a mis mejores sirvientes tras ella. Todos los cuales han fracasado. ¿Qué es lo que no me dices?

—¿Qué oscuro secreto del corazón de Aurora puede llevarme a su derrota?

—Te he dicho todo sobre la princesa —dijo Lianna con firmeza. —Disculpa, déjame decirlo de otra manera: tú ya sabes todo lo que sé.

El hada malvada y la extraña doncella se miraron a los ojos durante un largo momento. Ninguna de las dos miró a otro lado.



El resto de las creaciones de Maléfica se pusieron nerviosas. Se movían de pazuña en pazuña o de garra en garra y emitieron inquietantes silbidos y chillidos.

Maléfica torció los labios en una mueca y giró, concentrándose en la imagen de la maltrecha princesa y el príncipe. Su capa voló y se posó detrás de ella. Pero Lianna no se movió. En todo caso, parecía un poco un poco aburrida.

De repente, Maléfica se quedó pensativa.

—Pero no tengo que conocer los secretos más oscuros de su corazón— dijo lentamente. —Todo lo que tengo que hacer es... alentarlos...

—Levantó su bastón y miró hacia las profundidades del orbe, sus ojos amarillos se iluminaron aún más por lo que fuera lo que fuera que viera allí.

—Y comenzó a cantar.



Capítulo 25: Vacío

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA recorrieron el camino en silencio. Phillip le tendió el brazo para que lo cogiera y Aurora/Rosa trató de ignorarlo, pero finalmente lo aceptó, cediendo a su estado actual y a su tendencia a tambalearse.

Siguió repitiendo los últimos segundos, en los que había matado al demonio.

Fue más difícil clavar la espada en el cuerpo de la cosa de lo que había imaginado. Pero aun así fue, ¿fue más fácil de lo que habría sido con un humano real? ¿Habría habido más resistencia? ¿Habría sido ella más vacilante? ¿El hecho de que se tratara de una persona real le habría frenado un poco? ¿O los últimos días la habían cambiado más que todos sus años en cualquiera de las dos realidades?

Phillip era complicado ahora. No quería pensar en él. Sus sentimientos por ella eran insoportablemente fuertes. El trato que le dio en la cabaña del bosque había sido abominable.

¿O no?

¿No era la forma en que inevitablemente terminaría, considerando sus experiencias de vida hasta ese momento? ¿Tenía él alguna razón para confiar en una chica al azar en el bosque con la verdad?

¿Pero no la amaba?

Ella no quería pensar en eso. Parecía que dondequiera que estuviera, quienquiera que fuera, Aurora/Rosa era una especie de torbellino de engaños, que hacía mentir a todos los que se acercaban a ella.

Por primera vez, deseó estar fuera del mundo de los sueños. Inmediatamente. Quería despertar y ver el mundo real y enfrentarse a la gente y hacer que se enfrenten a ella. Estaba agotada. Quería desprenderse de todas las capas de falsedad como la piel gris y cansada de una serpiente.

—¿Qué tan cerca estamos? —murmuró, rompiendo finalmente el silencio.



—Es un poco confuso por aquí. Hay rocas, grandes, no tan lejos, creo,—respondió Phillip

Phillip respondió, tratando de mantener su voz neutral, sin querer parecer demasiado ansioso o agradecido por la atención que ella le mostraba, sin querer asustarla. —Tan pronto como los veamos, debería ser un directo a la casa, junto al pequeño arroyo.

—Me acuerdo de eso.

Inmediatamente otro torrente de recuerdos la golpeó. Jadeó, pero se obligó a seguir caminando.

Ahora era como si una válvula se abriera y no pudiera cerrarse del todo. Incluso cuando el estallido inicial había terminado, las imágenes seguían entrando, sin parar.

Podía sentir las rocas. Se había subido a ellas. Se había frotado las manos en ellas. Había encontrado rocas más oscuras en el arroyo con las que podía dibujar. Se había balanceado sobre las rocas. Había fingido que era un águila que anidaba en ellas.

—¡Baja! Las damas no actúan así. —había gritado Flora, atrapándola una vez.

Las otras tías habían mirado a su líder con caras escépticas.

—Bueno... quiero decir... no lo hacen. No podrá cuando... ya sabes,—había continuado de una manera que no había tenido sentido hasta ahora.

—Tal vez si más princesas escalaran rocas, el mundo no estaría en el estado en que se encuentra —comentó Merryweather con su habitual mal humor. En ese momento Rosa pensó que se refería a princesa en un sentido generalmente sarcástico.

—Bueno, deberíamos tratar de ser coherentes —dijo Fauna razonablemente.—¿La estamos educando para que sea una dama o una niña en el bosque? Nunca hemos hablado de eso, la verdad.



—Oh, no sé, es un punto justo,—dijo Flora, poniendo una mano en su cabeza. —Ella tiene tanta gracia y nobleza. Discutámoslo más a fondo, pero dejémosla en paz por ahora.

La joven Rosa se había aferrado a la parte de dejarla en paz y había olvidado todo lo demás.

La Aurora/Rosa ya mayor vio a regañadientes su dilema: habían estado criando a una princesa que no sabía que lo era.

Sus pequeñas lecciones y sus vuelos de fantasía empezaban a tener sentido. Comer con el utensilio adecuado (cuando lo tenían), los pasos de algunos bailes de la corte... las pocas cosas que las tías pensaban que hacían a una princesa —que las hadas pensaban que hacían a una princesa humana.— Hadas que realmente, hasta que recordaron su tarea, la dejaron que corriera desnuda y que hiciera lo que quisiera, porque eso era normal. Para las hadas.

¿Y si se hubiera criado en el castillo? Ella no habría tenido, como dijo Phillip, la poca libertad que había disfrutado en el bosque. No habría cazado con los zorros.

Por supuesto, habría tenido dos padres humanos cariñosos. Tal vez. Que al menos habrían estado bien, como los de Phillip, pero nada especial. Un beso suave una vez al día antes la cama y después de los estudios. Que podrían haber sido sólo para pasar el tiempo hasta que llegara un hijo. Era demasiado, ser golpeada por los recuerdos, entenderlos de repente en un nuevo contexto, casi simpatizando con los que le habían mentido toda su vida.

—¿Quieres que te cargue? —preguntó Phillip, poniendo una mano en su hombro.

Aurora/Rosa maldijo en voz baja.

Le estaba costando todo su esfuerzo mantenerse erguida, y había algo saliendo de su nariz que estaba segura de que era sangre.

Lo que más deseaba era que la llevaran en brazos, como lo habían hecho sus tías cuando estaba cansada de pequeña, cuando había jugado demasiado o había llorado demasiado o simplemente no podía volver a la casa.



Ella estaba agotada y miserable y dolorida, y Phillip, el bueno de Phillip, podía llevarla fácilmente el resto del camino e incluso disfrutarlo como penitencia por sus pecados anteriores.

—No.—Ella apretó la mandíbula y siguió caminando.

Phillip no dijo nada. Se limitó a seguir el ritmo de ella en silencio.

El camino se inclinó inestablemente en lo que era el sitio de un antiguo lecho de arroyo o un lugar donde la lluvia se acumulaba de forma natural cuando bajaba por la colina. La tierra vegetal daba paso a guijarros y rocas y a pequeños y afilados surcos que engañaban a la vista. Tropezó dos veces antes de que hubieran avanzado más de quince metros.

Con un estallido de fastidio, extendió los dedos. Si fuera realmente su sueño, su cabeza, habría caminos anchos y lisos, empedrados y drenados, hasta donde tenían que ir. O, al menos, tierra bien compactada.

Las piedrecitas bailaban y la arena se movía.

Phillip se detuvo, con el pie colgando en el aire. Al principio fue incapaz de ver la causa de los movimientos. Su mano se dirigió tímidamente a su espada.

Aurora/Rosa frunció el ceño, concentrándose. ¿Por qué no podía ver el suelo donde debía ir? ¿Se llenaba a sí mismo en sí mismo? Las rocas, la arena y la suciedad actuaban como piedras imantadas que no se gustaban entre sí, o como gotas de lluvia sobre el polvo seco: patinaban nerviosamente, sin querer ir a donde ella quería. Los lugares desiguales y los agujeros permanecieron.

Ella gritó de frustración.

Phillip se arriesgó a ponerle una mano en el brazo.

—Estamos entrando en lo más profundo de tu mente, ¿recuerdas?— dijo suavemente.—No creo que se suponga que ser fácil de llegar. Es un camino difícil hacia lo que realmente eres.

—Ahórrame más filosofía. Ahora mismo estoy enfadada.

—Bueno, ¿qué tal esto? No eres Maléfica, que tuvo cientos de años para perfeccionar su magia.



El sonido que emitió en respuesta podría haber sido de molestia animal o de aceptación humana de la lógica de lo que dijo.

Así que viajaron más despacio.

El camino finalmente se abrió a un antiguo claro. Los árboles se adelgazaron y un arroyo, que había estado escondido tímidamente en lo más profundo del bosque, se acercó a ellos, rocoso y gorgoteante. Piedras grises emergían del suelo del bosque con musgo y agujas e incluso árboles encima. Parecían haber levantado sus cabezas por unos momentos para mirar a su alrededor y desaparecieran de nuevo abajo en cualquier momento.

—Esto empieza a parecerme... familiar—dijo la princesa con cautela. Se estremeció, pero en el buen sentido.

Por fin algo empezaba a tener sentido, a sentirse bien.

Phillip no le estaba prestando atención, lo cual era extraño, porque siempre le prestaba atención.

Incluso cuando ella se comportaba mal. O distante. O ambas cosas.

—¿Recuerdas esto? Esto es cerca de donde nos conocimos, ¿no?—insistió ella.

Pero él hizo un movimiento con la barbilla en la dirección que miraba, que no era hacia ella.

De pie, más arriba en el camino, como si siempre hubiera estado allí, había una niña.

Parecía una niña de pocos años: tal vez seis, vestida con una camisa rosa grisácea que no le cubría los brazos y que le llegaba hasta las rodillas. Una corona fea y desigual, que parecía un dibujo infantil, estaba inclinada sobre su cabeza. Sus pies estaban descalzos. Era tan pálida como una brizna de nube, y unas medias lunas oscuras cabalgaban bajo sus sorprendentes ojos violetas. Permanecía perfectamente inmóvil. Ni siquiera una brisa perdida despeinó su perfecto cabello rubio.

Aurora sintió que el frío horror subía por su espalda.



La chica parecía perfectamente tranquila. La quietud total la rodeaba como un pesado manto. Aunque no había sombras claras en el eterno crepúsculo del antiguo bosque, todo parecía más tenue y gris a su alrededor como si estuviera bañado en la oscuridad.

Esperó pacientemente a que ellos hablaran primero.

—¿Quiénes son? —comenzó la princesa.

—¡Mátala!—Phillip gritó, encontrando de repente su voz. —¡Es un demonio!

Sin dudarle un instante, se abalanzó sobre la chica, con la espada en alto.

Aurora/Rosa agarró al príncipe, deteniéndolo, aunque no sabía exactamente por qué. No era sólo porque se trataba de una niña desarmada, bonita y de largas pestañas a la que iba a atacar y atravesar con su espada.

Probablemente Phillip tenía toda la razón en que la niña era otro de los demonios de Maléfica. Pero había algo terriblemente familiar en ella. En el aire que la rodeaba. La falta de color.

La chica sonrió débilmente, observándolos.

—No pasa nada. No podría haberme tocado de todos modos.

Cuando hablaba, era como si no hubiera ninguna distancia entre ellos; su voz sonaba cerca del al oído de la princesa. Como si la chica supiera que siempre sería escuchada por la persona adecuada.

Estaba claro que a Phillip no le gustaba su tono. Francamente, a Aurora/Rosa tampoco. Ella no detuvo al príncipe cuando se lanzó sobre la chica por segunda vez.

Era hermoso de ver, todo gracia y habilidad consumada, calentado por la batalla con su gemelo. La princesa se estremeció, esperando la estocada en el vientre que derribaría a la niña.

Pero la niña parpadeó.

Como una vela a punto de apagarse.



Ella estaba allí y no allí, allí y no allí, y cuando la espada de Phillip habría conectado con su carne, de repente estaba a unos metros, en la misma postura, con la misma mirada, como si no hubiera tenido que hacer nada —ni siquiera pensar— para llegar hasta allí.

A su favor, Phillip dudó sólo un momento antes de girar y lanzarse de nuevo. La chica parpadeó, apareciendo a unos metros de distancia.

Phillip giró y atacó, aún más rápido que antes.

No importaba.

Siguieron atacando: Phillip atacando y la chica sonriendo y desapareciendo y reapareciendo y nada más.

Aurora/Rosa se sintió mal. Nada de la magia, nada de lo que habían visto antes en el mundo de los sueños, se había parecido a nada parecido de esto.

Finalmente, Phillip se echó hacia atrás, agotado.

—Te lo dije —dijo la chica, no con un tono burlón, sino con uno de infinita paciencia, lo que era de alguna manera peor. —No puedes tocarme, príncipe Phillip.

—No pretendo 'tocarte', demonio —gruñó él. —Pretendo atravesarte y mantener tus malvadas manos lejos de Rosa.

—Ah. Bueno. No todo lo que hay aquí es un demonio, Príncipe Phillip. O, mejor dicho, no todas las... cosas... de aquí son creaciones de Maléfica —dijo la chica, con frases extrañamente adultas en su voz alta y joven.

El príncipe y la princesa tenían expresiones de confusión que coincidían, lo que obviamente divertía a la chica.

—Algunas... cosas... son de la propia mente de Aurora.

La princesa aspiró el aliento. Había algo resonante en esa afirmación. La chica no se parecía exactamente como ella. Pero la corona...

—O espera... ¿es Rosa ahora? ¿Qué es? ¿Rosa o Aurora? ¿Cómo te llamas estos días?—preguntó la chica, frunciendo el ceño con seriedad.



—Si eres de mi mente, deberías saberlo, —consiguió decir Aurora/Rosa, intentando canalizar la habitual despreocupación de Phillip.

—Ah, pero tú no lo sabes, ¿verdad?—dijo la chica.

—¿De su mente? ¿De qué está hablando? —preguntó Phillip.—Rosa, ¿qué es ella? ¿Qué es esto?

Toda su vida había sido inacción. Toda su vida había sido esperar a que otras personas hicieran. Desde que había escapado del Castillo de Espinas, sabía que no duraría mucho más si seguía así.

Antes de que pudiera convencerse a sí misma de lo contrario, desenfundó su espada y atacó.

No se preguntó si podría golpear a lo que parecía una niña. Simplemente gritó y se lanzó por ella.

Sin pestañear, la chica observó cómo la princesa se acercaba a ella. En el último momento levantó la mano. Una pequeña espada de madera apareció en ella, un tosco juguete.

Cuando Aurora/Rosa bajó su propia espada, la niña se movió para desviarla. La espada de la princesa rebotó en la espada de madera con un sonido irreal. Tuvo un eco terrible en los árboles.

Sus brazos y la parte superior de su cuerpo fueron sacudidos por la fuerza del rebote. No estaba preparada en absoluto para lo sólidos que eran la chica y su espada.

Pero Aurora/Rosa apretó los dientes y volvió a golpear.

La niña hizo girar su espada y realizó una torpe e infantil maniobra de bloqueo y un contra ataque. La punta de su juguete no llegó ni cerca del cuerpo de la princesa.

Aurora/Rosa levantó su espada por encima de su cabeza, preparada para acabar con la chica. Para partirle la cabeza por la mitad si tenía que hacerlo.

La niña emitió un sonido de preocupación, de picazón.

—¿Seguro que estás preparada para esto?



La princesa se estremeció con el esfuerzo de sostener la espada. No era una cosa tan grande, realmente, pero era de metal sólido y la sostenía por encima de su cabeza. Podía sentir cómo la sangre bajaba por su brazo hasta el hombro y le dolía terriblemente.

¿Y qué sentido tenía?

No podían matar a esa cosa. Fuera lo que fuera.

Su espada cayó a su lado.

—¡Rosa, máatala! —gritó Phillip.—¡No es una niña pequeña!

—Lo sé —dijo ella con dulzura.

—No te sientas mal —dijo la chica. —Sólo has matado a otra persona, de verdad. No cuento el espíritu de la niebla porque tu novio te ayudó a acabar con él.

Aurora/Rosa se sintió desfallecer. *¿Persona?*

—Ese demonio que se parecía a mí no era una persona—dijo rápidamente Phillip. —Era otra criatura malvada, como tú, lo que sea que creas que eres.

—Sinceramente, pareces un poco cansada, —observó la chica, mirando a Aurora/Rosa e ignorando al príncipe.

La princesa se desplomó en el suelo. Fue una especie de alivio. De todos modos, no quería matar a la chica.

Y el suelo era seguro y cómodo.

La chica le sonrió con tristeza, como una madre a un bebé agotado.

Phillip la observó confundido, pero sólo por un momento. Aprovechó la oportunidad para intentar un ataque furtivo, corriendo detrás de la chica con el pomo de su espada levantado para golpearla en la cabeza.

La chica ni siquiera se molestó en mirar. De repente se convirtió en un reflejo de sí misma, todavía girada para observar a la princesa, pero ahora en el ángulo opuesto.



Phillip se dejó caer, sin ningún plan en su mente para detenerse una vez que se hubiera enfrentado a la chica.

La chica se quedó de pie, con un aspecto ligeramente decepcionado, con los dos adolescentes en el suelo a su alrededor.

Aurora/Rosa se levantó con dificultad del suelo acogedor. Tenía que hacerlo. *Tenía que hacerlo*. Estaba tan débil y maltrecha, y agotada....

—No, no, quédate ahí. De verdad. Parece que te vendría bien... tumbarte un poco... —dijo la chica con dulzura.

La princesa se tumbó con la cabeza en el suelo, sintiendo cómo le invadían olas de despreocupación. Era como cuando era una niña....

—¡Rosa! —gritó Phillip. Se levantó de un salto. —¡Rosa! ¿Qué estás haciendo? ¡Levántate!

—Déjala en paz, ¿no ves que está acabada?—dijo la chica con fingida impaciencia.

Aurora/Rosa sintió que la pereza se derramaba sobre ella como plomo fundido desde los pies hasta los hombros. Era un oscuro día invernal en cualquiera de las dos vidas, en el Castillo de Espinas o el bosque, cuando el cielo era de un feo color nulo y hacía frío, pero no del tipo que hacía que quisieras abrigarte y reconfortarte con una taza de té caliente. Era el tipo de día en el que te querías quedar tumbado, sin pestañear, y deseabas morir.

—¡Rosa! ¡Para! ¡Levántate! ¿Por qué la escuchas?—Phillip le exigió.

—Me escucha porque no le digo nada que no sienta ya.—explicó la chica con una sonrisa misteriosa. —No le digo que haga nada que no quiera hacer ya.

—Eso no es cierto,—dijo Phillip, pero dudó. —¿Rosa?

Ella levantó la cabeza cansada para mirarlo. Ella no podía hacer mucho más que eso. Esto era realmente lo que ella quería: que la dejaran tranquila, en reposo, sola. Tal vez sería mejor que todos dejaran de hablar.



—Contempla a tu verdadero amor —dijo la chica a través de unos pequeños y perfectos dientes blancos. Fue casi un siseo. —Una niña sin dirección, indecisa, abatida y triste.

La princesa se abrazó a sus piernas, cada palabra goteaba ácido en sus oídos. Se sentía extrañamente bien.

—¡Eso no es cierto!—dijo Phillip, acercándose a ella y arrodillándose. Le puso la mano en la barbilla y le giró la cara para que ella se viera obligada a mirarle. Sus ojos eran grandes, brillantes y apasionados. —Me enamoré de Rosa porque era feliz y alegre. Me enamoré de ella porque era hermosa y alegre como la luz del sol. Me enamoré de ella porque la oí cantar con su hermosa voz... tan despreocupada como un pájaro cantor. Me enamoré de una chica que bailaba y giraba por los prados como un ángel de la felicidad.

Aurora/Rosa le escuchó. Sus palabras sonaban dulces y era evidente que las decía en serio. Pero su barbilla se sintió incómoda en su agarre y comenzó a pensar en lo que él había dicho.

—¿Por eso te has enamorado de mí? —preguntó, sintiendo que volvía un poco de energía al hablar, un poco de rabia que subía a través de la pereza.

—Si —dijo Phillip con inseguridad.

—¿Porque yo giraba?

—Estabas tan hermosa cuando te encontré... tu pelo brillando a la luz del sol...

—¿Te enamoraste, como si quisieras pasar el resto de tu vida, de una chica tonta que encontraste girando en medio del bosque?

—Pero —dijo Phillip —no fue sólo eso...

—No, —resopló ella. —Fue el canto y la... ¿alegría?

—Eras la chica más encantadora que había conocido —protestó él.

—¿Ibas a dejar todo en tu vida por una chica bonita que te parecía encantadora?



—Eras tú o una princesa que aún no había conocido —señaló Phillip. —Tú parecías alguien con quien podría pasar el resto de mi vida.

—Porque se me dieron los dones de la canción, la belleza y la gracia —espetó ella.

—No importa cómo los obtuviste, es lo que eres.

—Creo que nos vamos a encontrar con más problemas de confianza —interrumpió la niña. —Especialmente si tú crees que conoces a Aurora. Rosa. Lo que sea.

—No es lo que soy, —dijo la princesa, ignorando a la niña. —No soy alegre y desenfadada. Me has pillado en una buena mañana, cuando me estaba volviendo loca de soledad por vivir en un bosque con tres tías locas y el deseo abrumador de un chico. Cualquier chico. Estaba recordando un sueño realmente genial que tenía sobre conocer al chico perfecto, que era lo más cerca que había estado de conocer a un chico de verdad, a excepción de los jóvenes del bosque y los aldeanos de los que mis tías me mantenían alejada con tanto cuidado. Y entonces, de repente, ahí estabas tú, como si hubieras salido de mis sueños.

—Lo sé —dijo Phillip. —Realmente fue perfecto.

—Escúchame, —dijo ella, tratando de luchar contra la debilidad que la estaba invadiendo de nuevo, así como la de Phillip, de carácter bondadoso, pero no siempre perspicaz.—Pasé muchos días en ambos mundos simplemente... tumbada por ahí. Más tiempo del que pasé girando. La alegría que sentí cuando llegaste fue más de lo que había experimentado en la cabaña en el bosque.

—Pero... parecía tan idílico —dijo el príncipe con impotencia.

—Era aburrido. Nunca pasaba nada. Nunca. Quería... no sé... hacer cosas. Ver cosas. No sé... ni siquiera sé lo que quería.

—¿Pero no es normal? Sé que me sentí así.

—Dices que te sentiste así. En tiempo pasado. ¿Qué cambió eso?



—Bueno, fui a la universidad e hice muchos amigos nuevos y..—Phillip se interrumpió.

La princesa sacudió la cabeza y miró al suelo.

La chica espeluznante soltó una carcajada silenciosa.

—Oh sí, dadas tus oportunidades, tal vez habría estado bien. Si hubiera podido ir a un lugar donde sus otros talentos hubieran podido ser entrenados. Donde ella se hubiera visto obligada a trabajar y aprender y hacer amigos y salir al mundo.

—Honestamente, incluso si hubiese sido criada normalmente, tal vez hubiera estado mejor con el tiempo y su tristeza se hubiera convertido en una etapa pasajera. En una familia de granjeros, donde hubiera trabajo que hacer, cosas que aprender y mantenerla ocupada. O en una familia de pueblo, donde esperara conocer a los chicos en el baile cada temporada. O incluso como princesa que tenía que organizar obras de caridad y.... no sé... tapices que coser. Pero no sólo se sentía atrapada; lo estaba. Y ni siquiera lo sabía. Simplemente lo sentía.

—Estás diciendo tonterías —dijo Phillip. La frase era tan extraña para él que Aurora/Rosa se preguntó si la había oído a menudo de otra persona.— Todo el mundo está triste de vez en cuando. Rosa está bien. No es una persona triste, o lo que sea que estés tratando de insinuar. Le estás llenando la cabeza de mentiras, demonio.

Y con eso se levantó y miró hacia otro lado, entonces le dio un golpe a la chica en la cara con el pomo de su espada.

Fue horrible verlo.

El extremo metálico redondeado se hundió en la nariz de la muchacha sin hacer ruido; no hubo el esperado crujido de cartílago o ni el chasquido del hueso. Los rasgos de la chica simplemente se arrugaron alrededor del metal, como si se aplastara una almohada.

Y entonces su cara volvió lentamente a su sitio.



—No te molestes, Phillip —dijo la princesa con cansancio.—No funcionará. Y, además, ella tiene razón.

—¡No, no la tiene! —gritó el príncipe. —Eres una chica feliz, alegre y hermosa, y ella está tratando de convertirte en algo que no eres... para matarte con estas ideas...

—¡Me he pinchado el dedo!

Phillip la miró fijamente.

Incluso la chica parecía sorprendida.

—¿Cómo sigue la historia? —preguntó Aurora/Rosa con cansancio. —Las hadas me llevaron al castillo, donde, triste por perder al amor de mi vida, me senté sola a llorar y...

—Y Maléfica te hechizó, —susurró Phillip. —Ella te hipnotizó, trabajó su magia maligna en ti hasta que controló tus pensamientos, y te llevó a la habitación secreta con el huso, donde guió tu mano...

—Ella abrió un pasillo secreto a una habitación con una rueda giratoria. Al menos, eso es lo que asumo que era, nunca había visto una antes, —admitió la princesa. —Y sí, creo que intentó controlar mis pensamientos. Pero, por el amor de Dios, apareció como una malvada bola de fuego verde y me dijo que la siguiera. ¿Quién escucharía a una malvada bola de fuego verde? ¿Un idiota total?

—Pero...

—Tenía una idea bastante clara de lo que iba a pasar. La maldición se reunió a mi alrededor cuando se acercaba la medianoche. Sabía que iba a morir o a dormir para siempre o algo así y estaba completamente bien con eso.

La cara del príncipe era un estudio de conmoción y sorpresa.

—Phillip —dijo ella, buscando las palabras. —Había estado sola en el bosque durante dieciséis años. Por lo menos cinco años de más. Y por fin te había conocido. Eras realmente como alguien que salía de mis sueños y entraba en mi vida. Y entonces, tan pronto como eso sucedió, se acabó.



Fue como si todo fuera a propósito. Mis tías me llevaron la noche en que se suponía que te reunirías con ellas y me lanzaron a una situación totalmente nueva con unos padres que no conocía y una boda con alguien que no conocía, ¡preparada para el día siguiente!

Era demasiado. Quería salir. La muerte era mejor que vivir tanta decepción. Y el sueño era más que bienvenido.

Phillip apartó la mirada de ella hacia el suelo, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Bueno, ese era un secreto profundamente enterrado, —dijo la niña. —Ni siquiera yo lo sabía.

—¿Por qué no te fuiste... corriendo? —lloró Phillip. —Si estabas tan asustada y miserable.

—No lo sé —dijo la princesa, frustrada consigo misma. —Ni siquiera se me ocurrió. No se me ocurrió. El huso parecía la única opción razonable.

—No, siempre hay otras opciones además de matarse —dijo el príncipe, negando con la cabeza. —Podrías haber... no sé...

—Y esa es la naturaleza de su, digamos, enfermedad. Ella, bueno, yo. —La chica habló amablemente, como un profesor cuyos inteligentes estudiantes finalmente habían descubierto la respuesta por sí mismos. —La mente se atrapa a sí misma. Ella no podía ver ninguna salida. Todo parece demasiado duro. Demasiado difícil. Demasiado agotador. Demasiado improbable. Demasiado propenso al fracaso. Demasiado ineludible.

Con cada pronunciamiento Aurora/Rosa se marchitaba: cada cosa que la chica decía era absolutamente cierta, siempre había sido verdad. Era como si finalmente su mente y su cuerpo lo reconocieran mientras lo decía. El familiar y negro letargo se apoderó de ella.

La niña sonrió, demasiado ampliamente para sus pequeños rasgos.

—Duérmete, princesita. Este mundo —cualquier mundo— es demasiado para ti.



Aurora/Rosa sintió que sus ojos se volvían pesados. El suelo parecía crecer a través de ella, sosteniéndola y tirando de ella hacia abajo en su abrazo.

Entre parpadeos vio a Phillip luchando por alcanzarla. No parecía que se esforzara mucho, sin embargo. No se acercaba a ella. Tal vez él también se estaba rindiendo. O tal vez eran las vides negras y espinosas que surgían del suelo y envolvían sus miembros. Le retenían.

No importaba. Sus ojos se cerraron, llenos de una savia permanente, y sus miembros se relajaron.

Oyó el susurro de Phillip, pero finalmente se quedó quieto. Todo era silencio y una pacífica negrura.

Y entonces: Un único sonido.

Un silencioso gemido del incondicional Phillip, que nunca se quejaba de nada.

Abrió los ojos de golpe.

El príncipe estaba ahora atado fuertemente a un árbol por las lianas, y éstas seguían apretándose. Las espinas se clavaban en su carne. Su rostro estaba blanco mientras luchaba por respirar, pero era evidente que estaba perdiendo esa lucha.

No habría rescate para él. O por él.

O para los cientos de personas que yacen dormidas en un castillo en algún lugar del mundo real.

Y es tu culpa, Aurora/Rosa.

Por lo general, el hecho de que le gritaran —incluso por su propia mente— sólo le daba más ganas de huir. Escapar dentro de a sí misma. Hizo una mueca de dolor y se removió incómoda.

Hay todo un reino de gente dormida, a merced de Maléfica, que depende de ti para que los rescates. Esta es tu búsqueda. Esta es tu aventura.

Esta era su misión. Este era su deber.



La niña debió notar que algo cambiaba en el semblante de la princesa; apenas se movió y otra pesada ola negra de letargo se arrastró sobre Aurora/Rosa y la presionó como un peso físico.

¿Qué podía hacer una princesa contra un hada poderosa? ¿Un mundo falso? ¿Un ejército de guardias inhumanos? ¿Qué sentido tenía el punto de intentar? Sólo iba a fracasar.

Y entonces una sola imagen apareció y se grabó a fuego en el fondo de sus ojos.

Lady Astrid.

Lady Astrid desangrándose en el suelo, una mujercita antaño enérgica y divertida reducida a un montón de carne sin vida.

En algún lugar del mundo real, su marido aún no sabría que estaba muerta.

Aurora/Rosa comenzó a levantarse con dificultad. Sentía las piernas como si fueran de piedra. Le dolían los brazos como si estuviera enferma. Ella apretó los dientes, dio un paso adelante y blandió su espada.

La chica desvió el ataque, pero retrocedió al hacerlo.

—Deberías rendirte —susurró la chica.

La derrota se cernía, horrible e inevitable, en torno a la princesa. Se tambaleó por el miedo al fracaso.

Con un gemido, volvió a apuñalar pobremente a la chica, intentando moverse, intentando continuar la lucha. Intentando mantenerse despierta.

La chica apartó su espada con facilidad.

Y entonces se abalanzó sobre ella.

No parecía que una espada de juguete de madera sin filo pudiera hacer ningún daño. Su punta pintada sólo rozó el muslo izquierdo de la princesa, pero le cortó la carne como si fuera tela. Aurora/Rosa cayó hacia atrás, tragándose el dolor. Parecía como un corte limpio, con una precisión lineal y el flujo inmediato de sangre; se sintió como una dentellada, un feo desgarró de su piel y el dolor de mil espadas arrastrándose por ella.



Como si lo hubiera hecho el cuchillo ondulado que Maléfica había usado en Lady Astrid.

El ruido que salió de ella fue un grito animal de dolor.

—No puedes destruirme, —siseó la niña. —Yo soy tú, princesa. Soy tu tristeza. Yo soy tu melancolía. Soy tu desesperación.

Se movió para arremeter de nuevo.

La princesa apenas sacó su propia arma a tiempo para bloquearla.

—No puedes. Espada. Luchar. —se esforzó Phillip en decir con unos cuantos tragos de aire.

—¡Lo sé! —chilló ella, casi tirando su espada. ¿Qué podía hacer? Nada. No tenía habilidades útiles, ni fuerza, ni...

Y entonces se detuvo.

Phillip la miraba desesperadamente. Significativamente.

Ella no podía luchar con la espada. Él tenía razón. Él estaba tratando de decirle algo.

Entonces, ¿qué podía hacer ella?

La niña esperó pacientemente preparada, con las rodillas dobladas, anticipando su próximo movimiento. Probablemente no esperaba un ataque de algo que no fuera la princesa.

Entonces...

La niña tropezó de repente hacia atrás cuando una roca surgió del suelo, justo bajo sus pies, como si hubiera sido levantada por la escarcha, pero rápidamente, haciendo maravillosos ruidos de grava al levantarse.

La niña se estabilizó.

—Inteligente —dijo. —Tú...

Aurora/Rosa imaginó otra roca.

La niña se inclinó hacia adelante.



Otra, y otra y otra roca.

Se concentró en levantarlas todas, en un círculo alrededor de los pies de la chica. Su oponente cayó hacia adelante y hacia atrás como una muñeca de trapo sacudida por un niño enfadado.

En cuanto recupero su equilibrio, la chica lanzó una mirada a la princesa y siseó una sola palabra:

—Decepcionante.

Inmediatamente, Aurora/Rosa se hundió bajo el peso del significado. El suelo se apresuró a abrazarla al recordar a todas las personas que la consideraban totalmente decepcionante:

—Sus tías, que le pedían que hiciera tan poco, al volver a casa y aun así veían que ella no hacía nada, ni siquiera barría su propia habitación. Seguía en la cama, contemplando las nubes.

—Maléfica, siguiéndole la corriente a la princesa, pero evidentemente disgustada con sus estudios. La paciencia de la reina y el desinterés por los bailes, y el rechazo al deseo de Aurora de ayudar.

—Aurora/Rosa, ante su propia incapacidad para encontrar una salida a un matrimonio que no quería en una familia que no amaba, recurriendo a la muerte porque era fácil.

Cerró los ojos, frunciendo el ceño todo lo que pudo, tratando de forzar el dolor en su cabeza, tratando de querer algún poco de espíritu y rabia. Intentó pensar de nuevo en Lady Astrid, pero esta vez sólo sintió tristeza.

—Rosa... —graznó Phillip. —Ibas a terminar con todo... pensaste que me habías perdido para siempre. Pero... estoy aquí. Siempre estaré aquí. Para ti. Diciéndote... que no te duermas. Que... te levantes.

La princesa miró cansada la escena: el príncipe atado en el fondo; la niña con su pequeña espada; los altos y antiguos árboles, que crecían para siempre, rodeándolos. Los árboles, que podrían tener algo que ver con sus pensamientos subconscientes. Sus recuerdos se hicieron sólidos. El doble de los que tenía una persona normal.



El doble de inútiles.

La chica levantó su espada de madera.

—¡Rosa! —sollozó Phillip.

Hubo un sonido chirriante. Un crujido muy, muy fuerte.

La chica miró a su alrededor, confundida.

El tiempo se volvió extraño: parecía que el árbol infinitamente alto e infinitamente viejo tardaba una eternidad en caer. La niña miró a un lado y a otro con ansiedad, tratando de encontrar el origen del sonido. Entonces se produjo un salto en los momentos conectados, como cuando la niña se desvanecía de la existencia, desapareciendo de un lugar y reapareciendo en otro.

El enorme árbol estaba a medio camino... y luego sobre todo... y luego...

Se estrelló sólidamente encima de la niña, apenas rozando los pies de la princesa.

Phillip gritó con angustia: —¡Rosa!

La depresión y la somnolencia se agotaron en ella mientras el demonio siseaba, burbujeaba y moría.

—Estoy bien —respondió ella temblorosa.

Sin embargo, el cansancio, el dolor y la debilidad persistían.

—¿Eras tú?

—Sí —respondió con una débil sonrisa. Se obligó a levantarse, utilizando algunas de las ramas para mantener el equilibrio.

No había ningún chisporroteo de pensamientos enterrados. El árbol estaba muerto. Se disculpó ante él, ante el recuerdo que representaba.

Cuando se acercó, vio que, a diferencia de los demás árboles del resto del bosque, estaba plagado de agujeros de pájaros y tenía grandes manchas sin corteza de madera negra y viscosa. Para empezar, no era un árbol sano.



¿Qué significaba todo esto?

El tronco era demasiado grande para rodearlo, así que se subió a él. Se detuvo allí, balanceándose por un momento entre las espinosas ramas de los pinos muertos, y observó la escena debajo de ella. Era una nueva perspectiva, ver a Phillip desde arriba.

Archivó ese pensamiento para más tarde y bajó con cuidado por el otro lado.

La parte superior del cuerpo de la niña estaba expuesta; el árbol había aplastado el resto. Sus extremidades y cabeza estaban girados en ángulos imposibles y enfermizos, y un hilillo de sangre roja goteaba del lado de su boca. Sus pestañas eran largas y doradas, y era difícil concentrarse en el hecho de que acababa de intentar matar al príncipe y a la princesa. Al menos en la muerte, parecía casi una niña normal.

—¿Lo siento? —dijo la princesa, sin saber si había sido su intención

Los ojos de la niña se abrieron de golpe. Los iris violetas se centraron en los suyos.

—No has ganado, princesa —dijo con una voz que crujía. —Escucha esto, y veamos cómo lo afrontas: tus padres están muertos.

Maléfica acaba de matarlos.



Capítulo 26: Interludio

MUCHAS PERSONAS ESTABAN MURIENDO.

A medida que se acercaba la medianoche, primero uno, luego otro, y después otro noble de la corte de repente empezó a sangrar. Fueron golpeados y jadearon ahogados como peces lanzados a la tierra. Fauna y Merryweather volaron alrededor, intentando frenéticamente de ocuparse de ellos, conteniendo las heridas con vendajes limpios por aquí, tratando de hacer un hechizo curador por allá. Nada funcionó, y a veces parecía ser que lo único que hacía era prolongar su agonía. Flora se mantuvo lo más en calma como pudo en medio de todo, volando en el aire, *pidiéndole* al universo que la ayudara mientras intentaba alcanzar a Rosa. Había roto un pedazo de su alma y la envió al inframundo dormido en que Maléfica reinaba. Era un lugar terrible, esto dentro de la cabeza de su sobrina, con el hada malvada corriendo rampante en él.

La durmiente se sacudió, se giró y se quejó por lo que sea que estaba pasando allí, y su dedo pinchado empezó a sangrar otra vez. Flora rebotaba entre bosques de sueño y pesadillas de castillos, neblinas de preocupación y unos grandes espacios en blanco de una fuerte depresión y tristeza. Unas chispas doradas que representaban su conciencia estaban ligeramente sueltas y apenas brillaba en el vacío del mundo.

Sólo después, cuando tuviera tiempo, ella pensaría en la pobre Rosa y en cómo era posible que ninguna de ella hubiera visto esta oscuridad dentro de su hija adoptiva.

Ahora, sin embargo, era tiempo de *actuar*.

Sentía el amarre que la ataba al mundo real ponerse tenso y delgado; no podía ir más lejos. Fue arrojada fuera de su conciencia, buscando algo, cualquier cosa, algo que pudiera ayudar. Pero lo único que veía era la oscura e inútil tristeza y las sombras confundidas de personas cuyos espíritus estaban totalmente esclavizados al hechizo de Maléfica.

—*¡Allí! ¡Más adelante!*



Otra conciencia. No una embrujada por el mundo falso que había alrededor. No era completamente coherente tampoco, pero tendría que servir. Estaba seguro de sí mismo y parecía más que inofensivo... parecía como un amigo.

—¡Tú! ¡Ayúdala!

El alma giró en un manojo de nervios, buscando el origen de la comunicación.

—¡Encuéntrala! —ordenó Flora frenéticamente. —*Ella está... en esa dirección.*

Chispas doradas se alinearon en la dirección de la parte más oscura del mundo, al lugar más profundo de la mente de Rosa... al lugar al que Flora no podía ir.

—*Tu liberación... la libertad de todos depende de ello. AYÚDALA A ESCAPAR. Ayúdala a encontrarnos...*

Y justo, como si fuera un calcetín que tiraron muy fuerte del colgador, el hada más fuerte entre las tres hadas fue retraída, de forma dolorosa y rápida, al mundo de los despiertos.

—¡Flora!

Ella abrió sus ojos, dividida entre la furia y la preocupación. Sus cohortes era improbable que la hubieran invocado por algo que no fuera importante.

Merryweather la tenía agarrada del brazo y ya la estaba arrastrando. Sus ojos estaban brillantes; lágrimas de hadas, resplandecientes y elegantes, corrían por sus mejillas.

—¡Son *ellos* esta vez! —lloraba ella— Oh, Flora, ¡Ella los atrapó a *ellos*!

Sin querer creer lo que sospechaba, Flora se dejó ser guiada a la sala del trono.

Allí, Fauna estaba revoloteando entre el rey y la reina, quienes hace apenas unos minutos más temprano habían estado tranquilos y dormidos en sus asientos gigantes. Ahora ellos tiritaban y convulsionaban como si fueran muñecas de tela, mientras que su sangre se derramaba de sus corazones.



—¿Pero *por qué*? —lloró Flora—¡Ella *no los necesita*!

En vida el Rey Stefan era un buen rey y un hombre ligeramente divertido, con su mostacho que estaba caído y un comportamiento calmado. Ahora él se mecía y jadeaba de forma inhumana, su rostro largo y pálido, su piel cenicienta y con grasa. Las pesadas túnicas que él usaba anticipando el día de la boda real estaban destrozadas como harapos mientras él intentaba escapar de su propia muerte, aún muerto.

Y la Reina Leah... su boca se torcía y se movía de un lado para el otro como un horrible títere, sus rasgos tristes y tranquilos derritiéndose y expandiéndose con desesperación.

Había sido terrible ver a los otros asesinados de este modo, pero las hadas habían conocido al rey y a la reina desde mucho antes de que tomaran el trono. Estos humanos y su hija, a quien las hadas habían cuidado, eran lo más cercano a *hijos* que alguna vez habían tenido.

Así que podían ser perdonadas por perderse unos pequeños sonidos; fácilmente perdidos en la calamidad del castillo dormido, pero seguramente eran audibles para los oídos de un hada.

El sonido de la piedra rompiéndose. El sonido de trozos cayendo lejos, tintineando como vidrio.

El sonido de unas triunfantes alas negras estirándose fuera de su prisión de piedra. Los graznidos de un hada cuervo, empezando a volar para descubrir qué había pasado con su ama.

Su poder estaba creciendo y el cuervo estaba volando a su hogar.



Capítulo 27: ¡Oh, Necios, Debo estar Enloqueciendo!

LAS ESPINAS QUE ESTABAN DETENIENDO al príncipe se estaban volviendo negras y a derrumbarse. Aurora Rosa estaba ayudando, tirando y rompiendo, aunque no tuvo que hacer mucho realmente; se redujeron a nada bajo su toque.

—¡Rosa!

Tan pronto como sus brazos estuvieron libres Phillip la abrazó muy fuerte. Ella lo soportó porque se sentía bien y porque estaba muy cansada como para hacer otra cosa.

Luego ella colapsó en el piso como una pequeña niña o una muñeca antigua.

—Oh, Rosa —dijo Phillip, arrodillado junto a ella.

—Nunca lo sabré —dijo ella, su voz vacía— Nunca sabré por qué pensaron que era más seguro enviarme lejos. Nunca sabré si me extrañaban. Nunca sabré si realmente hubieran querido un hijo en vez de a mí. Nunca los escucharé decir “Lo siento” o “Te amo” o “Fue el peor error que alguna vez cometimos” o incluso “Algún día, cuando seas reina, lo entenderás”.

—Rosa... —él le acarició su mejilla.

—¡Nunca sabré cómo se veían! —chilló.

Estaba encontrando difícil respirar. Sus pulmones se movieron y su pecho se levantó con repentinos y bruscos jadeos, pero no sentía como si estuviera entrando aire— Cómo... caminaban... o abrazaban... o reían.

—Shh —Phillip la abrazó otra vez y la apretó— Shh. Silencio. Ahora respira. Lo sé. Es una cosa terrible perder a tus padres. Aún a los que no conocías.

—¿Aún? —dijo con rabia.

Phillip se mordió el labio y respiró profundo y paciente— Rosa, mi madre murió ¿Recuerdas? Tuve problemas con ella, pero seguía siendo mi madre. Ella falleció. No me verá casado o siendo Rey, no disfrutará a ningún nieto que alguna vez le podría haber dado.

—Oh.

De repente, se sintió estúpida y aún más miserable. Qué bestia más egoísta y horrible era ella, por sobre todo. Era como si las únicas cosas que importaban eran las cosas que le pasaban a ella. Aquí estaba este (si bien engañoso) príncipe con todo un pasado que era muy real para él.



Y ella ni siquiera había pensado en ello.

—Soy una idiota. Lo siento.

—No lo eres. Y mi tragedia no hace que la tuya sea menor. Acabas de descubrir que tus padres están muertos. Lloro por ellos... está bien.

—No puedo hacer esto, Phillip —dijo finalmente ella, cubriéndose los ojos con sus manos, tratando de presionar el resto de sus lágrimas. Se sentía completamente drenada, golpeada, sangrienta, débil, y terminada— No puedo...

—Tienes que poder —él dijo firmemente— Tomate otro momento, y luego te paras. Ahora que tus padres han fallecido tu gente realmente no tiene a nadie que los guíe. Tú eres la única. Tienes que salvarlos y guiarlos fuera de este caos cuando todos despertemos.

—¡NI SIQUIERA SÉ A DÓNDE VAMOS! —ella gritó desesperada.

Apuntó a la copa de los árboles, luego al camino, el cual se acababa— ¡No sé si nuestra cabaña aún existe aquí! Era una posibilidad remota, ¿no es así? ¿Encontrar la cabaña, tal vez encontrar a las hadas, tal vez encontrar una salida? ¡No sabemos si nada de esto realmente servirá! Y ahí es cuando escucharon el canto.

*“Un poderoso leñador balancea su hacha,
Sólo entre los árboles... oh,
A solas sin una niña o esposa,
Hasta que una criada lo ve... oh...”*

—No puedo soportar más de esto —dijo ella en voz baja.

—No, espera —dijo Phillip, ladeando la cabeza. Había una mirada extraña en su cara— Conozco esa canción...—¡Va a ser un demonio! O un aldeano psicópata, o un zorro con rabia, o algún horrible niño que se viera como un mazo gigante con puntas.

—¡NO TEMAS! —llamó la voz, acercándose— ESCUCHÉ GRITOS. FUI ENVIADO EN UNA MISIÓN PARA DAR SOCORRO Y AYUDA. CANTO PARA ALEJAR A LOS OSOS. SI ELLOS TE ESCUCHAN LLEGAR, ELLOS DEAMBULAN LEJOS DE TI.

—¡NO TEMAS! UN REY SE ACERCA ¡EL REY DE LO SALVAJE! APUESTO A QUE SI FUERAS DE VERDAD NO TENDRÍAS NADA QUE TEMER.



—Vámonos —dijo la princesa, encontrando la fuerza para pararse—
Vamos. Evitemos esto.

Pero Phillip la sostuvo y apuntó a la dirección en que venía la voz, como un cazador esperando que aparezca un ciervo.

—PERO SI ERES UNO DE ESOS DEMONIOS ENVIADOS POR ESA
BRUJA DE MALÉFICA, YO ME ALEJARÍA. PORQUE YO PORTO UN
PODEROSO BASTÓN Y UN GARROTE...

Alguien que probablemente no era un demonio salió de entre los árboles.

Vestía una capa desgarrada de color roja con negro, con las mangas rotas de color naranja y una camisa debajo. Sus botas en algún momento han de haber estado bien pero ahora estaban unidas y amarradas con lianas y con unos pedazos de cuero mal cocidos y fibras de tendones. Lo que parecía ser cabello blanco estaba desordenado para todos lados en su cabeza, su frente, cuello y mentón, y era plomo y café, muy lleno de tierra, ramas y hojas. Uno de sus ojos estaba perdido, la piel colgaba suelta sobre su cuenca como una bolsa triste.

Él sí tenía un poderoso bastón... o siendo más preciso, una rama gigante usada como un bastón ordinario. Su garrote era sólo una roca con forma de calavera que cargaba en su otra mano.

—¿Padre...? —susurró Phillip.

—¿Phillip...? No... no puede ser —la voz del viejo hombre se quebró y miró alrededor distraídamente— Estoy viendo cosas otra vez. Como suelo hacer. Antes de que perdiera mi ojo malo que me hacía ver cosas que no estaban allí. Antes de que me lo sacara, para evitar que me mintiera.

—Padre, soy yo —dijo Phillip, atragantado.

Corrió hacia él, envolvió con sus brazos al loco y mugriento viejo.

La princesa miró en silencio, tratando de entender todo. Era tan impactante como para que tuviera sentido.

El rey empezó a llorar y apretó sus brazos como un oso alrededor de Phillip.

—Phillip... Phillip... Desearía que *no* estuvieras aquí. Sólo me mantuve cuerdo asumiendo que estabas a salvo, lejos de todo esto, que te habías escapado para estar con tu campesina... Tenías razón al querer escapar del castillo... Es el siglo *catorce*... ¿no es cierto?

—Oh, Padre. Has *estado* aquí todo este tiempo... sólo... —dijo Phillip, sus ojos mojados.

—El exilio... —murmuró Aurora/Rosa— Lo siento mucho...



—¡Tú! —el Rey Hubert la rodeó— ¡La pequeña protegida de Maléfica!

—No, no —dijo Phillip— Resulta que *ella* era la campesina con la que pensé que me iba a casar... pero resulta que ella es la Princesa Aurora. Ella estaba en el bosque porque fue enviada lejos para vivir con las hadas.

—Espera, recuerdo eso, creo —dijo el Rey Hubert, alzando sus cejas. Hacía que su piel alrededor de su cuenca se viera rara. Se la rascó pensativamente— Espera. ¿Qué?

—Tal vez debemos empezar desde el principio —dijo Phillip— Pero rápidamente. El tiempo es corto.

—¿Tiempo? —preguntó el Rey Hubert sombríamente— He estado vagando estos bosques por años muchacho. Todo lo que *tengo* es tiempo.

Ella dejó que Phillip hablara. Era extraño, una vez que sus aventuras fuera del castillo habían empezado, a que de repente se alejara y dejara que alguien contara la historia. Era a la vez relajante e inquietante.

—Pero no lo entiendo... dime otra vez. ¿*Por qué* fue exiliado? ¿Qué es lo que hizo? —preguntó finalmente Phillip cuando terminó la historia. Se giró hacia ella, como si sintiera que ella estaba siendo dejada de lado. Ella se encogió de hombros— Creo...que no fue mucho, ¿no es así? Él quería que lo tomaran en cuenta para mandar en el castillo. Pero probablemente tuvo más que ver con su presencia en el castillo —ella frunció el ceño, pensando— No había una explicación simple para el por qué él estaba allí. Él estaba allí en el mundo real por nuestra boda. Podría apostar que Maléfica tenía miedo de algún tipo de... irregularidad en el mundo de los sueños. De él o de yo recordando algo.

El Rey Hubert asintió— Cuando esa bruja me sacó dijo algo como “Y ahora no tendremos problemas contigo, Rey Hubert” Pero lo dijo en un tono desagradable. Una mujer desagradable.

—Y entonces... ¿Qué te ocurrió? —preguntó Phillip, acercándose como si fuera a acariciar la frente de su padre. Luego se detuvo, pensándolo dos veces en tocar al rey de una forma tan casual.



—¿UNA VEZ QUE ME EXILIARON, ME RENDÍ AL DESTINO?— demandó el rey— ¡No lo hice! ¡Los idiotas *allí* pensaron que el mundo estaba muerto *aquí*! Ni siquiera miraron. Sólo le creyeron a ella. ¡Era hermoso! ¡Verde y glorioso! Tenía que salir a dar un paseo. No lo he hecho desde que era un muchacho. ¡He comido de la *tierra*, chicos! ¡Nueces, champiñones, conejos y fruta de los árboles! ¡SALUDABLE, se los digo!

—A veces me encontraba con alguno de los secuaces de Maléfica —añadió filosóficamente. La piel sobre su ojo faltante se movió— Tuve que encontrar armas. Ya no tenía la espada de mi padre... me hice *nuevas* armas. ¡Rey de lo Salvaje! ¡Hubert podrá estar exiliado, pero sigue siendo REY!

Aurora/Rosa se encontró a sí misma poniendo su brazo alrededor del viejo hombre cuando se puso nervioso otra vez. Bajo su suave toque, él saltó y miró alrededor. Luego sonrió y se calmó.

—No podía encontrar mi reino —continuó tranquilamente— No debía haber sido difícil. Stefan y yo podíamos ver la torre del otro en un día soleado. Bromeábamos sobre poner una cuerda en medio de ellas... haciendo que fuera fácil de visitar. Pero no estaba allí... Debía haber estado allí... Pero no lo estaba.

—Este mundo está dentro de la mente de Aurora, Padre —le explicó gentilmente Phillip— Ella está dormida. Estamos en su sueño. Ella nunca ha ido a nuestro reino.

—Correcto, correcto. Perdido en el sueño de una chica de la hechicera— dijo débilmente Hubert— Nada nunca es como se ve. Mientras más lejos me voy del castillo destruido, las cosas se vuelven más confusas. Pero también son más claras. Las memorias de otro mundo vuelven... el mundo real supongo. Stepan y Leah... como *buenas* personas. Buenos amigos. Todo está mezclado. Igual que la mente de una jovencita supongo. En vez de resentirse por eso, la princesa hizo la pregunta que le estaba molestando— ¿No es extraño que justo le encontremos cuando estábamos hablando de mis padres? ¿Cuándo estábamos a punto de rendirnos en nuestra misión? Hubert se arregló y se vió petulante— Nada es raro en estos bosques, querida dama. Yo fui *llamado*. Por un poder superior. Algo, como un ángel, un espíritu protector, me guió hacia ustedes. Me dijo que estaban perdidos. Me dijo que debía buscarlos y guiarlos a su hogar.



—Las hadas —susurró Aurora Rosa— Tienen que haber sido ellas.

—¿Hadas? —preguntó el rey, intrigado— Supongo que pueden haberlo sido. Todo dorado y brillante ahora que lo pienso.

—¡Excelente! ¡Todo tiene sentido! —dijo Phillip con un suspiro. —¿Pero *puedes* ayudarnos con lo que estamos buscando? —preguntó ella, presionándolo— Necesitamos encontrar una cabaña en los bosques. Se ve como la que crecí, en el mundo real, con mis tías. Pequeña, con techo de paja... Creo...

—Conozco *todo* este bosque, querida dama —dijo el rey, levantándose y dándole una gran reverencia— Aun cuando ha cambiado. Y lo han hecho. *Sabía* que el deber me llamaría. ¡Y aquí estoy, respondiendo! ¡Por fin siendo necesitado! ¡Sígueme chicos!

Él marchó hacia adelante, con una mirada seria en su cara, sosteniendo su bastón en alto y su piedra firmemente.

—Él no era así en la vida real —susurró Phillip mientras lo seguían.

Aurora/Rosa le dio una mirada.

—Está bien... tal vez un poco. Pero casi todo era para aparentar. Debajo de eso él era severo, un gobernante sólido. Bebía mucho, comía mucho, y era un buen amigo con quienes eran buenos amigos con él. Pero si se trataba de ejecutar criminales de la realeza, él no tenía problemas en tomar la espada y hacerlo él mismo.

Ella tembló, aunque no estaba segura si era por el Hubert del pasado o por el Hubert del presente. Phillip estaba hablando sobre él como si ya estuviera muerto.

Lo siguieron por lo que parecía ser a primera vista un raro serpenteo a través de los árboles, completamente perdidos con lo que ya habían caminado. Hubert andaba a zancadas como un verdadero rey, como si su capa aún fuera larga y gruesa y la estuviera arrastrando. Pero también se mantuvo pendiente en todo alrededor suyo: sombras, el mundo que estaba sobre él, los movimientos distantes. No estaba *nervioso* precisamente. Sólo consciente. También parecía ser que ocasionalmente saludaba a algunos árboles y rocas.



La princesa decidió no señalárselo. De la forma en que saludó a una piedra muy grande, era obvio que, ya sea que tuviera una conversación con el paisaje, él definitivamente lo reconocía. Y Aurora Rosa, rota y golpeada, de luto y herida, estaba aliviada de dejar que otro los guiara por un rato. Tomó toda su concentración para seguir al padre y al hijo, balanceando su rígida y herida pierna con cada paso. Su lado dolía cuando respiraba; era un raro dolor que se sentía *mal*, como si los huesos estuvieran haciendo algo que no debían.

Ella se preguntó qué habrían hecho si Hubert no hubiera llegado... si las hadas no hubieran encontrado la forma de mandarlo. Por primera vez en su viaje, Phillip caminó frente a ella, manteniendo el paso de su padre. No hablaron de nada serio; sólo intercambiaron los ocasionales y raros tópicos que parecían fuera de alcance con lo la situación de ahora... Phillip comentaba del clima, y su padre se reiría y le contaría una historia de un terrible diluvio en el cual él se escondió en una pequeña cueva... junto con dos zorros y un tejón.

Aurora Rosa se preguntó si ella había hecho llover. Se preguntaba si reflejaba algo que se hubiera ido de su cabeza.

Eventualmente Phillip pareció recordar a la princesa y se devolvió hacia ella.

—¿Estas bien? —preguntó.

—No genial. Pero sí bien —admitió ella.

—Casi llegamos —le aseguró él.

Vagaron por el camino, casi sin tocar nada, casi sin chocar sus hombros. El sol debía haber ascendido por sobre los árboles; el tiempo y la luz cambiaron, aunque estaba filtrada.

—Señorita —dijo el Rey Hubert. Él hizo un gesto con su mano hacia al frente dramáticamente y se inclinó. Allí, empezando en medio de la nada, había un camino con baldosas con un poco de musgo que dirigían a lo más oscuro del bosque. Su corazón empezó a retumbar. El camino se veía *conocido*, sí, pero estaba abrumada con nostalgia. Lo cual era raro cuando lo pensaba. En el mundo real ella estaba a menos de un día de distancia de su hogar en el bosque, y menos de un día había pasado desde que se había ido. En este mundo ella nunca había estado allí en absoluto. Pero se sentía extrañamente alta, gigante en realidad, como si estuviera volviendo a un lugar en el que no había estado desde que era una niña.



Ella empezó a correr por el camino, pero Phillip la tomó de la mano y la sostuvo.

—¿Esto no se te hace conocido? —susurró ella.

—Se ve mucho como el área en que nos conocimos —dijo Phillip cautelosamente— Pero no es igual. Los árboles y las plantas son las mismas, y el...

—¡Piedras! —ella lloró con deleite, viendo una piedra grande y plana con los lados tan grandes y rectos que se veía como una pequeña montaña con acantilados escarpados. Esta vez ella *sí* intentó correr y fue recompensada con caerse sobre su pierna mala y experimentando un doloroso tirón en su estómago.

Ella se agachó y puso una mano en su cintura.

Phillip y Hubert la miraron preocupados.

—¿Estas bien?

No, se dio cuenta ella. Su cuerpo no estaba listo para más aventura.

Pero sacudió su cabeza, levantó su mano; ella estaba bien.

—Sólo continuemos —sugirió ella.

Entonces hubo un crujido en la maleza detrás de ellos, desde donde habían venido. No era ruidoso ni pesado. Sin embargo, era extremadamente ominoso.

—Creí que ninguno de los demonios de Maléfica podía llegar hasta aquí— dijo Phillip cautelosamente— Aquí, en la parte más honda de la mente de Rosa.

—Eso no fue un oso —señaló Hubert— Sé de osos.

—La pequeña niña que nos encontramos no era un demonio —dijo la princesa cansadamente— Y ella podría, no sé, estar *esperando* por nosotros. A que volvamos. No nos podemos ocultar en la parte más honda de mi mente por siempre.

Hubo otro (muy pequeño) movimiento de hojas. Y el sonido de aire siendo aspirado desde algún lugar. Un hoooomph muy poco natural.

—¡HE SIDO LLAMADO NUEVAMENTE! —dijo emocionado Hubert respondiendo, alisando su ropa— YO ME ENCARGARÉ DEL DEMONIO. Ustedes váyanse. Terminen su aventura.



—¿Qué? —lloró Phillip— No, tenemos que permanecer juntos. Padre...

—No, muchacho —dijo el anciano con una sonrisa triste— Esta es mi parte de la historia. La suya está frente a ustedes.

—Tiene razón, Phillip —dijo gentilmente Aurora/Rosa— Es el mejor plan. Tal vez pueda retrasar lo que sea que esté afuera hasta que terminemos con lo que sea que tenemos que hacer.

—Escúchala, mi niño. Ella es inteligente.

Phillip miró a ambos desesperadamente por un momento. Luego apretó su mandíbula y asintió.

—Está bien. Gracias, Padre. Nunca lo habríamos encontrado sin ti —dijo, abrazando al anciano afectuosamente.

—Lo veremos en el otro lado —dijo la princesa agradecida— Cuando todos despertemos.

Hubert le dio una mirada graciosa. —¿La campesina es la princesa entonces, eh? No creo que seas ninguna de las dos, joven dama. No sé *qué* es lo que eres. Tal vez tú tampoco. Pero... no creo que te veré en el otro lado. Exactamente en esta forma me refiero.

—¿A... a qué te refieres? —preguntó Phillip, intentando que su voz se mantuviera calmada.

—A lo que me refiero es, bueno... —El Rey se puso nervioso y luchó por encontrar las palabras adecuadas— Hijo, he estado perdido en estos bosques por años. He tenido muchas aventuras (*las mejores*), y he conocido a algunos amigos peludos. He sacado de su miseria a algunos demonios terribles. Pero no creo que haya sido encontrado por completo. ¿Me entiendes?

—No —dijo Phillip con una mirada preocupada.

—Ah, bueno —Hubert le dio una palmada en la espalda— No te preocupes de eso ahora. Tienes más problemas de los que preocuparte. Reinos que salvar. Princesas que... bueno, no lo sé. Hablaremos después. Desearía... desearía que hubiéramos hablado *antes*. *Realmente* hablado. El ojo que aún tenía se puso brillante. Luego levantó su rama haciendo un saludo de rey.



—¡Debo DERROTAR todo lo que LOS ATAQUE Y QUE LES DIFICULTE EN SU GLORIOSA MISIÓN! Y CUANDO HAYA GANADO, debo ir hacia el castillo infernal que está cubierto de enredaderas. Tal vez puedan necesitar de mi ayuda después cuando estén lidiando con esa bruja.

¡Y, honestamente, me encantaría estar allí cuando obtenga lo que se merece! Les dio una última sonrisa. Luego se dio vuelta con una dignidad grande y lenta y se dirigió hacia las sombras del bosque. Había desaparecido, como un animal salvaje, en treinta pasos.

Phillip lo vio mientras se iba. Las emociones luchaban por dominar su cara. —¿Qué es lo que... qué es lo que acaba de pasar? —preguntó con la voz estrangulada— ¿Qué es lo que...? Algo acaba de pasar. Siento como si nos hubiéramos despedido de alguna forma.

Aurora/Rosa puso una mano en su brazo... Su primer impulso de tocarlo desde que pelearon. Pero ella no estaba pensando en un *nosotros* o en *nuestro* o en *de él*; sólo vio a Phillip, el chico que había sido optimista, valiente e inspirador en este viaje, que estaba siendo llevado al borde de las lágrimas. Él miró hacia sus manos; el movimiento desprendió una simple gota, la cual fue volando al suelo, mojando un lugar salado en las hojas. Luego sacudió su cabeza y luego le dio unas palmaditas a su mano.

—Vamos —susurró.

Ella asintió.

Casi podía ignorar los pequeños dolores en todo su cuerpo, perdida en la satisfacción que sentía alrededor de ella. Unas conocidas hojas de roble cayeron al piso, dibujando formas extrañas en la pálida tierra, viéndose como pequeños monstruos indefensos. El olor que producían mientras las aplastaba le llegaban tan al corazón que ella quería nadar en el aire. Era otoño allí, acababa de darse cuenta, mientras que había otras estaciones en todos lados en el mundo de los sueños. El otoño era su estación preferida después de la primavera. Pequeñas bellotas barnizadas, con su bronceado, estaban desparramadas en el piso. Ella solía recolectarlas y...

Era difícil estar presente; su conciencia tenía que estar constantemente siendo devuelta al mundo que la rodeaba. Cada parte de ella quería hundirse en las memorias, en el océano cálido de perfección que ella sabía que estaba allí ahora, siendo fácil poder sumergirse en él.



—Vamos —dijo el príncipe, dándole su brazo para que se apoyara. Esta vez ella lo tomó inmediatamente. Ella fue la que vio la cabaña primero.

—Es... *casi* como el lugar en el que me raptaron —dijo Phillip.

Era una cabaña agradable, de madera y techo de paja, habitaciones divertidas añadidas al azar, y una chimenea grande sobresaliendo, torcida, por encima de todo. Pequeños hilos de humo salían de ella. Pero era lo suficientemente parecido, decidió ella.

Había una mujer esperando en la puerta de la entrada, la cual de alguna forma ninguno de ellos notó al principio. Un vestido simple verde oscuro y un delantal verde claro caían haciendo pliegues en todo su cuerpo. Un par de trenzas plomas colgaban de ambos lados de su cabeza, por detrás de sus oídos. Su cara era lisa, pero tenía unas profundas arrugas. Ella parecía estar inclinada a la paz y bondad.

—Entren, entren, niños —les urgió ella— Rápido.

—Es otra trampa —dijo Phillip, pero incluso él podía ver que esto era diferente de alguna forma.

—¿Yo... la conozco? —dijo la princesa, confundida pero intrigada— No, está bien, Phillip. —Esta cabaña es el lugar más seguro en tu mente, Aurora/Rosa. La chica saltó a la mención de su nombre completo... el cual había empezado a pensar que era su *propio* nombre.

—Por favor apúrense —les urgió la mujer.

La princesa miró a Phillip a los ojos, y por primera vez ella estaba tranquilizándolo a *él*. Él aceptó su inclinación de cabeza casi sin movimiento y los dos caminaron hacia adentro.



Capítulo 28: Terrores de la Niñez

AURORA/ROSA PARPADEÓ.

En vez de lo esperado, una cabaña oscura pero hogareña con las usuales parafernalias (una ordenada chimenea, cacerolas, una escoba), el interior era mucho, mucho más grande de lo que debería haber sido. Y también de un brillante y cegador dorado.

Cuando los ojos de Aurora finalmente se ajustaron vio dónde estaban: en una habitación del castillo ornamentada, casi *sobrecargado*. En *su* castillo. En una habitación que tenía tejidos de animales dorados: conejos, venados, pájaros y un unicornio. Un fuego naranja ardía felizmente cerca de una chimenea positivamente gigante cuyos manteles eran de color blanco mármol con dorado. Enormes ventanas con paneles de vidrio con plomo que dejaban entrar unos felices rayos de sol. Una alfombra gruesa de hilos blancos y dorados cubría el piso. Guirnaldas de colores brillantes y guirnaldas de flores colgaban desde cada superficie expuesta.

En medio de la habitación había una cuna dorada. Sobre ella estaban parados dos adultos altos y quietos.

Aurora/Rosa sintió algo en su garganta, un sollozo o un llanto de felicidad, cuando se dio cuenta de quienes eran, y a quien debían estar viendo. Ella se acercó, casi como una criatura del bosque, con sus manos apretadas. Echó un vistazo a la cuna. Allí, pateando y con una cara rosada, estaba la bebé Aurora. La Aurora adulta se reconoció inmediatamente. Sus ojos eran los mismos, los mechones dorados eran los mismos. Pero mientras que casi todas las personas habrían estado interminablemente fascinadas por la oportunidad de observarse a sí mismos a esa edad, la Aurora/Rosa adulta quería más ver otra cosa... otras *personas*.

Se dio vuelta para mirar a los dos adultos que se cernían sobre la cuna. La Reina Leah.

Casi como una versión más adulta de Aurora, pero con el cabello ligeramente café. Con cejas más café, más pobladas y amables. La princesa vio donde iban a terminar sus mejillas eventualmente, lo restante de la grasa de cuando era bebé: navegando sobre sus pómulos que también había heredado.



Pero la apariencia de su madre no importaba; la mirada que le daba a su bebé era lo que importaba. La reina estaba completamente cautivada por su hija en la cuna. Sus ojos estaban abiertos sin parpadear; una ligera sonrisa estaba en sus labios semiabiertos. Nada podía distraer su mirada.

El Rey Stefan. Delgado. Con una mirada cansada. Ojos amables de color café sobre un mostacho y una barba que no era mucho de gente de la realeza. Sus túnicas le daban más profundidad; el fuego le daba más rudeza a sus mejillas.

—Madre —respiró Aurora/Rosa— Padre.

Los padres que nunca había conocido. Los padres con los que se suponía que se había reunido... sólo para ser separados... en su cumpleaños número dieciséis. En el día de su boda. Los cuales habían dado su vida y que la habían dejado irse.

Y esta iba a ser la única forma en que los iba a ver nuevamente... en sus memorias. La belleza de su madre, su rostro amoroso. La cara de su padre, bueno, como de un rey. Ella no iba a poder hablar con ellos, hacerle preguntas, abrazarlos. Ella nunca iba a poder descubrir por qué habían hecho lo que hicieron. Nunca iba a poder insultarlos o perdonarlos. Phillip tosió silenciosamente, aclarando su garganta. Reluctante, ella levantó la mirada. Parada en la chimenea estaba la mujer que los había dejado entrar, junto a otras dos mujeres.

Una era de todos los tonos de azul descoloridos. Vestía túnicas, cinturones, bufandas y trozos de tela, e incluso unos ojos que le hacían juego... aunque *estos* no estaban descoloridos. Su cabello era tan café como las nueces pulidas y estaba atado en moños raros detrás de su cabeza con palitos sobresaliendo para mantenerlos en su lugar.

La tercera mujer era gigante: alta y musculosa, fornida y fuerte. Vestía una túnica roja sobre unos pantalones y unas botas de color rojo oxidado. Su cabello rubio caía por su cintura y estaba empujado lejos de su cara con un simple cintillo. Su piel estaba bronceada y un poco quemada, sus ojos cafés estaban bailando.

—¡Las hadas! —gritó Aurora— Casi —añadió.



Sus memorias no eran perfectas, pero había algo diferente en ellas. ¿No eran un poco más jóvenes que sus tías? O tal vez más viejas. Definitivamente se vestían diferente. Y sus ojos eran... diferentes.

—No se ven exactamente como las centelleantes damas que me rescataron—susurró Phillip— ¿Pero se *sienten* como ellas?

—Nada es exactamente igual en el mundo de los sueños —dijo la de azul— Igual que en un sueño su propia casa se ve diferente, con más habitaciones, o con cosas dentro de ella en lugares extraños. Todo aquí es resultado de su percepción y está editada por la cualidad de tu memoria. La realidad es enteramente subjetiva

—Ella se refiere a que no se preocupen —dijo la de verde— Las cosas no son lo que parecen... pero eso no siempre es algo malo.

—Ustedes trataron de rescatarme en el castillo —dijo la princesa— ustedes aparecieron frente a mí y me dijeron que despertara.

—No precisamente, no nosotras —dijo la de azul— Esa fue una manifestación de las hadas reales del mundo de los despiertos. Igual que la que envió a Hubert a que los guiara.

—Créeme, que si nosotras hubiéramos ido a rescatarte —dijo la de rojo— Yo habría ido con mi espada desenfundada y con una sed por la sangre de Maléfica.

Phillip la vio con algo parecido al afecto.

—Aquí, en esta habitación, ustedes están en la única parte de tu memoria que está completamente libre del alcance de Maléfica —dijo la mujer de verde. Extendió sus manos y sonrió— Estas son tus memorias más hondas, viejas e intocables. Tú las cuidas muy cuidadosamente... De igual forma que nosotras lo hacemos.

—Pero esa horrible cosa como niña nos atacó no muy lejos de aquí —dijo acusadoramente Phillip— Sólo un poco más lejos por esa dirección.

—Ah —dijo la mujer de verde tristemente— La manifestación dijo la verdad: Ella era mayormente una parte de la propia Aurora Rosa. Un monstruo de su propia mente. Maléfica puede que le haya dado un empujoncito, o que la haya despertado completamente, pero ella siempre ha estado cerca del corazón de la princesa.



—Ni yo lo entiendo, —dijo la mujer de rojo con franqueza— si fuera por mí, habría asesinado esa cosa desagradable hace años. En el mundo real.

—Por favor, presta atención —le dijo la de azul a la de rojo— Aurora, todo esto vuelve al hecho de que *tú eres la que está soñando*. Tú, al final, eres responsable por este mundo. Inadvertidamente al principio, y deliberadamente (y con optimismo) al final. Sólo tú puedes terminar esta maldición y despertar a todos.

—Lo que estamos experimentando ahora son los efectos finales de una magia prometida hace dieciséis años, algo así como una balanza en una ecuación de magia. O sea, Maléfica te maldijo para que murieras en tu cumpleaños número dieciséis. Luego Merryweather lo arregló con un poco de corrección contigo durmiendo. Pero sin saberlo ninguna de nosotras, Maléfica unió su alma en la maldición. Si tu realmente murieras, tu fuerza vital (y todos los demás en el reino en menor medida) se le habrían transferido a ella. En vez de eso, cuando Phillip la mató, el alma de Maléfica aún estaba atada a ti y te siguió en el sueño. Y, por supuesto, todos podemos ver cuál fue el resultado de *eso*.

—Ella controlándome en el mundo de mis sueños —murmuró Aurora/Rosa.

—Y, desafortunadamente, las vidas de todos los demás que están dormidos contigo —añadió la de verde tristemente— Una consecuencia inesperada por un poco de bien que las hadas pensaron que estaban haciendo al atar el destino del reino con el tuyo para que incluso si te tomaba cien o mil años para que la maldición fuera rota por el verdadero amor, tú no despertarás en un mundo que no conocieras, rodeada de tus tátara tátara nietos de personas que conociste.

—Todo lo cual no está ni aquí ni allí —continuó la de azul— Lo que es importante es que una maldición de esta magnitud y con complicaciones sólo pueden ser rotas al derramar sangre de la realeza.

—La *Reina* Maléfica —murmuró Aurora/Rosa.

La de rojo sonrió con aprecio— Debes volver al castillo y derrotarla —dijo, con su mano en la espada— Debes matarla de una vez por todas.

El momento en que ella finalmente esté muerta y que se haya derramado sangre de la realeza, todo su dominio sobre su sueño se alzará y volverán a sus vidas despiertos.



—Te ayudaremos, por supuesto —añadió con una reverencia.

La princesa dejó salir un sonoro suspiro de alivio, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba manteniendo la respiración. El sólo pensar en la mujer de rojo batallando a su lado era alentador. Y tener a las otras tres alrededor... bueno, por lo menos serían buenas como apoyo moral.

—Pero como la dueña del sueño, tú ya tienes unos increíbles poderes a tu disposición —dijo la de verde— Como te habrás dado cuenta ya. A fin de cuentas, este es *tu* mundo. Tú lo controlas.

—Muy bien —dijo Phillip, dándole golpecitos a su propia espada Tenemos a nuestra propia hechicera Rosa, dos buenas luchadoras, dos, em, lo que sea que puedan hacer ustedes damas de verde y de azul... contra el sueño de Maléfica. Eso *suen*a bien. Pero, ¿qué puede hacer realmente *Maléfica*? La derroté con ayuda antes.

La de verde vio incómoda a la princesa —Ella se ha estado volviendo más fuerte. Creo que tú lo puedes sentir... porque *nosotras* sí podemos. La de rojo bajó la vista y se arrodilló por un momento antes de levantarse otra vez— Lo siento, Su Majestad, pero la muerte de sus padres sólo la han hecho más poderosa. Ella se ha alimentado de la sangre de la realeza y es mucho más fuerte.

Su Majestad.

Aurora/Rosa se estremeció. Era como si la pesadilla que tuvo en el montón de paja... lo que le habían llamado... porque sus padres estaban muertos. Y ahora lo están. Ella era reina. *Reina.*

Ella miró a Phillip, el que le dio una sonrisa triste y una reverencia con la espalda recta que las personas de la realeza le daban a aquellos que tenían más rango. Tragó duramente.

Olvida el mundo, se dijo a sí misma. Ella tenía que *actuar* como reina.

—Maléfica los *mató* y es más poderosa. Igual que como lo hizo con la Señorita Astrid. ¿Ella les... Luego ella les quitó algo a ellos. Su sangre. ¿Y su bastón? Lo vi pero no lo entendí realmente...

La de azul asintió.

—Ella tomó la *sangre* de mis padres... y la usó... —la princesa lo repitió, sintiendo los primeros indicios de ira.



—Vas a tener tu venganza —dijo la de rojo sombríamente.

La de verde negó tristemente— La venganza no los traerá de vuelta. Aurora/Rosa estaba a punto de conocer a su madre y a su padre, de quienes se había separado por dieciséis años. De hecho, es un milagro que esta memoria aún exista. Nunca va a poder hablar con ellos, culparlos, aprender de ellos, odiarlos, o amarlos por cómo eran. Sólo va a poder lidiar con el resultado de sus acciones.

La de rojo se encogió de hombros— La venganza puede que la haga sentir mejor.

—Además de que despertaría a todos —señaló la de azul alegremente Todos ganan.

—¡Muestren un poco de compasión! —les siseó la de verde.

Ahora la de azul se encogió de hombros— No es mi estilo. Esa eres tú. Estoy aquí para hacer estrategias.

Aurora/Rosa miró de un lado a otro entre las tres mujeres, felizmente distraída de los eventos tristes que la seguían. Las hadas en la vida real tenían su propia personalidad, por supuesto, a pesar de sus similitudes como la edad, lo habladoras, y como tías cariñosas. Flora tendía a intentar mandar y tomar las decisiones por ellas. Merryweather parecía entender mejor el cómo funcionaba el mundo, aunque raramente hacía algo con este conocimiento y en vez de eso elegía comentar sarcásticamente de ello. A veces se volvía sigilosa e iba detrás de Flora. Fauna era la que más abrazaba a la princesa y a menudo era una intermediaria entre las otras dos.

La de verde (Fauna), parecía más preocupada con el cómo se estaba sintiendo Aurora/Rosa... con el cómo *todos* se estaban sintiendo. Ella era la que estaba esperando afuera de la cabaña por el príncipe y la princesa. Como si ella fuera a la que le *importaba*. Y la de azul (Merryweather) parecía *increíblemente* rápida de mente y brillante. Y aún más escurridiza. Flora era valiente, poderosa y estaba lista para sumergirse en una pelea. Y no por nada, ella estaba acondicionada como un gladiador.

Todas estaban actuando como unas versiones exageradas de sí mismas. ¿Qué significaba eso?



Ella se encontró yendo a la ventana. Como sospechaba, no pudo ver las tierras más allá del muro exterior. Era la vista de su habitación en la cabaña del bosque: árboles de manzana en donde los pájaros hacían nidos y las ardillas correteaban, árboles de abedul con hojas doradas iluminaban el prado en el otoño, una esquina del pequeño jardín con cocina que sus tías cuidaban. Una escena pacífica que estaba combinada con la salvaje e indomable naturaleza de una forma que era tan familiar que dolía.

—¿Nunca... nunca voy a volver aquí en la vida real, cierto?

Las tres mujeres se veían tristes.

—Probablemente no, querida —dijo la de verde— O no por un largo tiempo.

—Con tus padres muertos y sin un heredero varón, va a haber un terrible caos cuando despiertes, asumiendo que derrotamos a Maléfica —dijo la de azul— Tú deberás tomar el trono y defenderlo de primos distantes que lo intenten clamar, o casarte con Phillip y combinar sus reinos, o alguna variación de esas situaciones, ninguna de las cuales te deja mucho tiempo de visitar a tus terrores de la niñez.

Aurora/Rosa respiró de forma profunda y dolorosa. Fue la palabra *niñez* la que dolió. Antes de su mundo de sueños, ella habría rechazado el término: ¡ella tenía dieciséis y era una mujer, por dios! Había elegido el amor de su vida y había planeado huir con él. Pero ahora la permanente e inminente elección de una puerta en su vida pasada parecía un poco inevitable y triste.

—Despierto y ya soy adulta —dijo ella secamente— *Eso* sí es un poco sutil. Phillip, quien había estado en silencio en todo el intercambio, la miró preocupado.

—Rosa... tú no solías ser tan... cínica —dijo, buscando por las palabras— ¿Sarcástica? Sé que la muerte de tus padres fué un golpe duro, pero te está volviendo... no, estás cambiando a... algo... no lo sé...

Ella sólo lo miró.

—No es que no me guste —añadió Phillip rápidamente— Es sólo que eres diferente. Eso es todo.

—Oh, él es todo un genio —dijo la de azul.

La de verde le golpeo el brazo.



Aurora/Rosa sonrió débilmente— Tal vez me estoy convirtiendo en *mí misma*.

Tomó la mano de Phillip y señaló hacia la ventana.

—Ven, déjame mostrarte algo. Yo solía escalar ese árbol de allí... el árbol más grande de manzanas. Siempre pensé que las mejores manzanas estaban más arriba. Fingía que las ramas de abajo eran caballos. Puedes ver las enredaderas de guisantes allí. Me encantaba hacerlas con la Tía Fauna, las hacíamos de parras secas y ramitas. Era como tejer con plantas. Y me encantaban los rizos de los extremos de los guisantes...

—Me encantaría que me mostraras donde creciste —dijo Phillip gentilmente, apretando su mano— Lo que sea que sientas por mí ahora... lo voy a disfrutar. Algún día.

Ella le dio al príncipe una rápida pero triste sonrisa, luego tomó su otra mano y las apretó por un momento.

—Lo sé. Lo sé. Pero... tenemos otras cosas que hacer.

Las tres mujeres la miraron con aprobación. Se movieron al otro lado de la habitación y se pararon en la puerta que Aurora Rosa estaba segura de que no había estado ahí antes. Ella enderezó sus hombros y caminó hacia adelante, con la cabeza en alto, imaginando que tenía una capa de reina arremolinándose detrás de ella.

Phillip la siguió.

—Lo primero es vestirlos apropiadamente a ustedes dos —dijo el hada azul con total naturalidad. Entraron a una sala con trajes y armaduras en las paredes y con closets y baúles de ropa llenos hasta rebosar. Vestidos, dobletes, capas y enaguas estaban tan apretados que se veían como muebles que se estaban ahorcando hasta la muerte en ondas de colores brillantes. Cascos, cuellos, cintillos, capas, guantes, encajes, fajas y otros accesorios estaban apilados al azar en los estantes.

En algún momento Aurora/Rosa habría estado emocionada de probarse todos los nuevos y diferentes trajes. Pero ahora ella siguió caminando hacia adelante, mirando un par de guantes que le quedarían perfectos.



Phillip era como un niño frente a una mesa llena de dulces. Él eligió cascos, los sostuvo en alto y los observó fijamente, luego los devolvió... sólo para ir hacia las rodilleras y las corazas, prácticamente rebosando de deleite.

—¿Rosa no puede hacernos protección mágicamente? ¿Como un escudo invisible o algo por el estilo? —preguntó él, intentando medirse la talla de una coraza.

La de verde le dio una sonrisa complaciente— Mientras menos tenga que *pensar* ella en ello, en concentrarse en algo, cuando la batalla empiece, mejor. Tener esto puesto puede comprarles unos momentos extra.

Al principio la princesa fue por las cosas más feas, lo que se veía más feo, desafiando... Bueno, lo que fuera de princesa. Pero cuando fue al óvalo plateado que estaba manchado y servía como espejo observó la máscara de metal con la boca rota, los grotescos guantes plomos, y las hombreras gigantes, la armadura con púas, todo lo que vio fue un monstruo. Ella giró la cabeza y también lo hizo el monstruo. ¿En qué estaba pensando? Lentamente, se dio vuelta lejos del espejo y volvió a los estantes y a los armarios.

—Quieres algo que inspire a tus objetivos —dijo el hada verde gentilmente, ayudando a sacarse la máscara— No que los asuste.

—Lo sé —dijo tristemente Aurora Rosa.

El hada verde le apretó las manos a través de los guantes.

—No es justo que no tengas tiempo. Para probarte todas las diferentes posibilidades.

La princesa la miró irónicamente— Mi *subconsciente* no es tan *sutil* tampoco, ¿no es así?

—En nuestra defensa, tu mundo de hábitos experimentados y leídos no te ha guiado a ser la persona más sofisticada del planeta —dijo el hada de azul, soplando el polvo de lo que se veía como un escudo de niños, lleno de gemas brillantes en él.

Ella alzó una ceja de complicidad.

—No sabía que yo podía ser tan *sarcástica* tampoco —dijo la princesa, poniendo sus manos en sus caderas.

El hada azul se encogió de hombros.



—Sólo lo digo como lo veo.

El hada roja se separó de Phillip, con quien había estado riendo sobre la diferencia de peso y densidad de los diferentes tipos de metales.

—Intenta esto —sugirió ella. Le mostró un par de guantes simples que habrían estado geniales para el frío, con cadenas por debajo y enchapados. Aurora/Rosa se sacó cuidadosamente lo que tenía puestos y se puso los otros. Le quedaban perfectamente.

—Esto es como tu estilo —dijo la de azul, acercándose con una pechera que se veía tan grande como ella. Estaba curvada femeninamente para quedarle al cuerpo de Aurora Rosa, pero no de forma ridícula. Un diseño sobrio de rosas y espinas estaba incrustado en los costados. Era robusto y *pesado*. La princesa tuvo que cambiar la forma en que se paraba para soportarla, mientras todos le ayudaban a abrocharla en la parte de atrás.

—Y por la parte de arriba... —dijo la de rojo, mirando alrededor.

—Déjenla a *ella* elegir —sugirió gentilmente la de verde.

Aurora/Rosa caminó por el pasillo lentamente, acostumbrándose al peso de la armadura. Pasó de largo a las mujeres y luego a Phillip (deslumbrante en su brillante armadura y sus rodilleras de color blanco plateado, como un soldado de la antigua Roma). Sus ojos recorrieron todo, por todas partes, parando en ninguna parte. Armaduras doradas, intrincados cascos de ónix, coronas con púas que se veían peligrosas, turbantes chapados en metal. Finalmente, vió lo que realmente quería.

Caminó hacia adelante y levantó un casco (uno que ella *sabía* que le quedaría) del estante de arriba. Una punta caía en el medio de su frente para proteger su nariz... y también le recordaba vagamente al casco que usaba Maléfica. Pero, en vez de cuernos, alas plateadas sobresalían por sus orejas. Con movimientos lentos pero seguros se lo puso. Sí le *quedaba*. Perfectamente.

Luego se giró alrededor para mostrárselo a los demás.

Phillip contuvo su respiración.



—Te ves *magnífica*, Rosa. Como... como una diosa de la guerra. —Como victoria —dijo la de verde suavemente. Los bordes de todo alrededor cambiaron... silenciosamente y de forma discreta. Los cinco se encontraron en una larga y silenciosa habitación que era una extraña mezcla de lo que una niña imaginaría cómo se vería una sala del trono y el simple trono gigante brillante y dorado. Había muchas chimeneas alrededor en vez de la gigante que había en el Castillo de Espinas, y todos se veían más cómodos, cada una con una pequeña olla y con una escoba cerca. El piso estaba lleno de tierra sin alfombras, y las mesas tenían grandes patas y un mantel amarillo con azul en el medio... pero con una madera, con cuencos de barro y platos hondos de sopa.

—Malditas bellotas otra vez —maldijo jocosamente Phillip, alzando una tapa caliente.

—No somos tan hábiles como Maléfica para manipular el mundo de los sueños —se disculpó la de azul— Esto es lo que se le ocurrió a tu mente cuando te pedimos por un lugar para practicar.

—Pongámonos a trabajar —dijo la de verde, cortés pero firmemente— No tenemos mucho tiempo.

—Tenemos que trabajar en la *invocación* primero —dijo la de azul— Pero no lo muestres inmediatamente en la batalla. Hay reglas, incluso en este mundo. La creación de algo de la nada te va a agotar excesivamente... como ya te habrás dado cuenta. Es mejor hacer cosas con lo que tienes alrededor tuyo. Mantén esto como último recurso.

—Hiciste una espada antes —dijo la de rojo, inclinando su barbilla en el espacio vacío en que la joven Aurora Rosa había colgado su corsé anteriormente— ¿Puedes hacer una daga?

Aurora/Rosa movió su nariz. ¿Había visto alguna vez una daga? En el Castillo de Espinas algunos hombres y niños las usaban. Ella nunca había visto cuchillas ser usadas para nada más que limpiar uñas (lo que era descortés), o para acuchillar la comida (lo cual era ligeramente más cortés). Ella estaba muy segura de que nunca había sostenido una.

—¿Qué tal un cuchillo entonces? ¿Sólo... un cuchillo? ¿un cuchillo *afilado*? —le pidió impacientemente la de rojo. Aurora/Rosa podía manejar esto.



A sus tías no les parecía importar que sostuviera uno de sus cuchillos de bronce con mucho filo. Le habían hecho sostenerlo incluso cuando era niña.

Cerró sus ojos y sostuvo sus manos en el aire. Recordaba el mango de hueso. Recordaba el aburrido brillo dorado. Recordaba la punta afilada y ligeramente curva, perfecta para empezar a pelar la gruesa cáscara de una fruta o un vegetal. Sintió el peso en su mano incluso antes de abrir sus ojos.

—¡Bien hecho! —le aplaudió la de verde.

—Bien, bien —dijo impacientemente el hada de rojo— Ahora invoca dos más. Rápido.

Aurora/Rosa se mordió el labio. Las dagas adicionales aparecieron en su palma, la cual ahora estaba sudorosa.

—¡Buen trabajo! —dijo emocionado Phillip.

—Ahora lánzalas al trono —le urgió la de rojo.

Aurora Rosa parpadeó, luego hizo lo que le dijeron. Era buena para esto. No era tan buena para lanzar las dagas con una mano. Volaron no muy lejos y se fueron para todos lados, traqueteando en las mesas y en el piso sucio.

Todos la miraron. La princesa se puso roja.

—¡Con tu *mente* tontita! —le espetó la de azul.

La de verde no golpeó a la de azul, aunque se veía como si hubiera estado tentada.

—No ganarás contra Maléfica en un combate cuerpo a cuerpo —le dijo amablemente la de rojo— En esta parte protegida de tu mente ella no puede ver; ella no sabrá qué tan fuerte es tu control sobre tu poder. Así que... Em. Inténtalo otra vez. Con *magia*.

Aurora/Rosa se mordió el labio, sintiéndose avergonzada y con calor. Cerró sus ojos...

—No es una buena idea en una pelea —le dijo gentilmente Phillip— Mantén tus ojos abiertos.

Aurora/Rosa respiró profundamente y forzó a sus ojos a mantenerse abiertos, sin parpadear. Sostuvo su mano en alto. Tres dagas aparecieron en ella.



Miró hacia el trono. Las tres dagas se lanzaron a través del aire y silbaron mientras volaban. En la parte que golpearon la parte trasera de la gigante silla las puntas se enterraron en la madera.

Dejó salir un suspiro. Todos le aplaudieron. *Esa* era una cosa extraña, se dio cuenta mientras jadeaba y sentía que sus mejillas se enfriaban. Casi como si las personas creyeran que podía hacer esto. Como si ella *pudiera* hacer esto.

—¡Bien! —dijo la de rojo— Ahora haz crecer una montaña en medio del piso.



Capítulo 29: El Larguísimo Viaje de Vuelta al Castillo

FUE DIFÍCIL DECIR CUÁNTO TIEMPO pasó practicando, pero se sintió como un número infinito de tardes invocando a las rocas de las paredes para que vinieran a ella y se reconstruyeran en una barrera. Horas interminables haciendo caer del techo cualquier cosa débil y rompible sobre la cabeza de su enemigo imaginario. Días haciendo que la propia tierra se agitara como el océano bajo los pies de su agresor, sin descanso para comer.

Y aun así el tiempo no era suficiente.

—Debemos irnos pronto —dijo la azul a Phillip en voz baja mientras la princesa hacía volar sillas hacia arriba y alrededor de la habitación—. El tiempo pasa más lento en este, su recuerdo más enterrado, pero el tiempo pasa todos modos. Maléfica ha abandonado toda pretensión de ser buena y puede seguir consumiendo personas hasta que cada una de ellas haya desaparecido.

—Pero una vez que salgamos de aquí, ella sabrá dónde estamos, ¿no es así? —preguntó Phillip.

—Inevitable —dijo la roja, puliendo el extremo de su espada. Phillip observó sus hábiles movimientos con admiración—. Debemos avanzar hasta el límite exterior de sus sueños, donde la reina ejerce su dominio. Ella no vendrá a nuestro encuentro.

—Un pájaro ayudó a tropezar con una de las trampas de Maléfica en nuestro camino hacia aquí —dijo el príncipe con entusiasmo— ¿Quizás en el camino podríamos reunir algunos más? ¿Qué nos ayuden?

—¿Pájaros? —la azul lo miró sin comprender—. Oh, por supuesto. Sí. Pájaros. ¿Por qué no? Cualquier ayuda vale, ¿verdad?

La verde le dio una palmadita en la rodilla para animarlo.

Phillip torció el labio en un puchero sospechoso.

Las sillas se resbalaron en el aire y casi se cayeron cuando la princesa trató de no reír.

—Está bien —, dijo la roja, dándole a su espada un último golpe con el estropajo de cuero que había estado usando—. Vamos.



La pequeña procesión regresó a la habitación con la cuna, donde la princesa se despidió en silencio de sus padres y de su yo bebé, quien parecía tan feliz, momentos antes de ser llevada al bosque en el que viviría durante dieciséis años.

Pasaron en fila por la puerta principal, hacia la penumbra del crepúsculo, que parecía absolutamente apropiada para el comienzo de su viaje secreto.

De repente, las tres mujeres estaban vestidas con túnicas de viaje, aunque ninguna había dicho nada ni movido un dedo. Phillip arqueó una ceja.

—No deberíamos invocar algunas provisiones o suministros para el viaje de regreso?

—No seas tonto, tú ni siquiera necesitas comer —dijo la azul—. No estás realmente aquí.

—Es como estar muerto —, dijo la verde amablemente—. Te das cuenta de que solo piensas que necesitas las cosas que los vivos necesitan.

La mirada de Phillip se transformó en una de consternación cómica cuando comenzó a asimilar las implicaciones de lo que dijo. Mientras tanto, Aurora/Rosa pensaba furiosamente en la pausa antes de la tormenta. Ella nunca había hecho nada violento en su vida antes de estas aventuras. No estaba segura de poder hacerlo ahora. ¿Matar a alguien? ¿Alguien que ella conocía? ¿Su afecto por Maléfica ralentizaría su mano cuando se enfrentaran?

Ciertamente eso no causaría un momento de vacilación por parte de Maléfica.

Discretamente hizo malabares con dos o tres rocas a su lado con su mente. Ayudó a distraerla.

—Voy a extrañar esto —dijo en voz alta con un suspiro—. Todo este trabajo y cuando me despierte ya ni siquiera tendré estos poderes.

—No los tenías para empezar —, dijo pragmáticamente el hada roja.

—Pero ella lo ha experimentado ahora —dijo la verde—. Es difícil volver a no tener algo tan maravilloso. Además, ahora también sabe que estuvo viviendo con hadas todo el tiempo. Y eso también desapareció. Va a volver a ser una chica humana normal en un mundo donde las princesas son utilizadas como peones y nunca tienen ningún tipo de poder por sí mismas.



—Gracias —dijo la princesa—. Estaba tratando de no pensar en eso.

—Oye —le susurró Phillip al oído mientras la alcanzaba—. ¡Creo que lo he descubierto! ¿La azul es la inteligente? ¿La roja es la valiente? ¿Y la verde es... la buena? ¿O compasiva o algo así?

Realmente él solo estaba tratando de ayudar.

—Oh... sí, apuesto a que probablemente sea correcto —dijo lentamente, tratando de que pareciera que lo decía en serio—. Yo misma llegué a una conclusión similar.

Phillip sonrió, complacido con su elogio.

—Ojalá tuviera mi caballo. Sansón podría llevarnos al menos a dos de nosotros. O quizás tres. Él es muy fuerte, ¿sabes? Sólo un poco temperamental. ¿Alguna vez te dije que era en parte Nisaeen? No lo adivinarías por su color. Definitivamente tiene tendencias de caballo de guerra, puedo decirte eso.

Ella entendió que estaba emocionado por el viaje de regreso al castillo, probablemente un poco nervioso por el enfrentamiento final, y quizás presumiendo un poco con la de rojo.

—Desearía que hubiera un camino más rápido al castillo —ella dijo en lugar de *cállate*—. Me preocupa el tiempo que estamos perdiendo y que Maléfica pueda ver lo que estamos ...



Capítulo 30: Interludio

EL TIEMPO SE VOLVIÓ INCONEXO.

Su cabeza se volvió confusa y espesa. Por primera vez en el mundo del Castillo de las Espinas, supo que estaba dormida: aturdida y consciente de que las cosas no tenían sentido, como si estuviera en medio de un sueño muy profundo.



Capítulo 31: Su Regreso

—TEN CUIDADO con lo que deseas, querida.

Aurora/Rosa no se sorprendió del todo al ver que estaban de nuevo en la sala del trono del Castillo de las Espinas.

Parpadeó con dificultad y se quedó paralizada, por un momento, por lo fuera de lugar que parecía su pequeño grupo. Ella, con armadura y trapos dorados. Las tres extrañas damas, vestidas de rojo, azul y verde. El príncipe, que de alguna manera parecía más vivo y resplandeciente que cualquiera de las tenebrosas personas que se encontraban en los alrededores de la sala.

Una luz verde cegadora brillaba desde el orbe en la parte superior del báculo de Maléfica; bañaba la habitación con un tono enfermizo y confundía las sombras. Su rostro, que nunca tuvo un aspecto tan saludable, era también de un verde palpitante.

Sin embargo, la túnica púrpura y negra de la reina yacía gruesa y lujosamente a su alrededor, como siempre, y estaba sentada con menos de la tensa elegancia de siempre; ahora parecía más relajada, casi satisfecha.

Un cuervo se posó junto a su muñeca en el trono y pareció sonreír con maldad. La princesa estaba confundida; Maléfica nunca había tenido una mascota. Las superficiales similitudes visuales entre ambos no eran sutiles: tanto el familiar como la ama eran negros, amarillos, angulosos y de aspecto vicioso.

La princesa se apartó de la luz verde pulsante y parpadeó de nuevo para ver mejor el resto de la sala. Las personas que se apretujaban contra las paredes eran aquellas con las que había pasado las últimas décadas, las personas cuyos cuerpos reales estaban en otro lugar, durmiendo. Ahora le parecían extrañamente desconocidos, como si alguien la obligara a nombrar a personas en un retrato que eran difíciles de distinguir y que se parecían a otras que podría haber conocido.



Los sirvientes antinaturales de Maléfica montaban guardia frente a ellos. Había más criaturas desagradables con aspecto de duendes y ojos amarillos de las que Aurora recordaba. Se mantenían insolentes con las puntas de sus lanzas cruzadas para hacer una valla improvisada que retuviera a sus prisioneros. Obviamente, la reina había dejado de fingir; los pobres nobles, sirvientes y campesinos sabían ahora para qué los estaba reservando.

—Perdón, ¿qué? —preguntó el príncipe Phillip, claramente desorientado.

Maléfica parecía molesta.

—¿*Qué* qué?

—¿Qué acabas de decir? Me lo he perdido.

—He dicho: 'Ten cuidado con lo que desees' —siseó el hada malvada entre dientes—. Estabas deseando llegar aquí más rápido. Lo he arreglado para ti.

—Sí, sí, lo entendemos. Muy inteligente —, dijo Aurora, un poco impaciente. Eso era algo bueno de todo esto: se dio cuenta de que la culpa que sentía por su irritación con los hábitos más molestos de Maléfica era irrelevante ahora. Podía sentirse honestamente irritada por la afición de la mujer a lo dramático.

Miró profundamente el rostro de la mujer, tratando de recordar todo lo que había sentido por ella, y por qué. Cómo había querido nada más que el respeto, la amistad y el amor de ella. Pero ahora se daba cuenta de que no había mucho de humano en ese rostro. O incluso un hada "normal". Veía a la reina con dos ojos diferentes, y su nueva visión estaba superando rápidamente a la antigua.

Tenía ante sí a una criatura malvada, loca por el poder y furiosa.

¿Qué haría una verdadera reina en el lugar de Aurora?

—Por favor, abandona mi trono —dijo fríamente la reina Aurora/Rosa—. Y libérame de esta maldición.

Maléfica se quedó realmente desconcertada por un momento, con sus ojos amarillos encendidos por la sorpresa.



Luego echó la cabeza hacia atrás y se rio. El cuervo cacareó al unísono con ella. Sus otros sirvientes malvados farfullaron y ulularon tan pronto como consideraron que estaba bien hacerlo.

—¿Y *qué*, oh benéfica princesa Aurora? ¿Te dignarás a perdonarme la vida?

—No, pero te concederé una muerte digna y rápida.

Ella sintió más que vio el cambio de postura de los que la rodeaban; apostaría que el príncipe estaba sonriendo de forma macabra.

Maléfica ladeó la cabeza y lanzó una mirada cómplice. Acarició el cuervo para darle efecto.

—Vaya, vaya, unos pocos días en el mundo fuera del castillo y de repente te has convertido en una asesina a sangre fría.

—No me he convertido en nada de eso. En mi autoridad como reina del reino, estoy ejecutando a un conocido criminal, asesino y enemigo del estado.

—¿Por qué no me meten en una prisión y hacen que me pudra allí para siempre? —preguntó Maléfica filosóficamente.

La mujer más joven enarcó una ceja al ver al hada.

—Al parecer, matarte una vez no es suficiente para deshacerse de ti—, dijo secamente—. No creo que los barrotes de la cárcel —los barrotes de una prisión de *un sueño*— te retengan.

—Oh, me halagas —dijo Maléfica, bajando la mirada y tocándose el pecho tímidamente. Pero su sonrisa era todo maldad y fuego infernal. Siseó—. Por supuesto, también te halagas *a ti misma* si crees que puedes acercarte a un metro de este trono sin que te destruya en el acto.

Agachó la cabeza como el dragón que había sido brevemente, preparada para atacar. El Príncipe Phillip se estremeció.

Cuando el hada malvada se encorvó, Lianna se reveló de pie detrás del trono, sus ojos negros ilegibles, su rostro impassible.

—Saludos, Lady Lianna —dijo Aurora/Rosa con frialdad, asintiendo hacia la chica—. Estoy encantada de ver que las cosas te han salido tan bien.



—Oh —dijo Maléfica poniendo un gesto de sorpresa y preocupación—. ¿Creías... pensabas que ella te estaba *reemplazando*? ¿Cómo mi 'pupilo'? —, su rostro se torció en una mueca de desprecio—. Ella no es nada, ¿no lo sabías? Solo un poco de mi esencia y mucha magia inteligente. Con algo de ayuda de los poderes de abajo.

Ante esto, los ojos de Lianna se endurecieron. Ella no se movió.

Aurora tenía lista una réplica, pero murió en su lengua. Toda su realeza cambió por un momento, se hizo a un lado mientras una niña que había quedado dos veces huérfana se abrió paso.

—¿Pero no sentiste nada en absoluto por mí? — Aurora susurró.

Maléfica pareció sorprendida por la pregunta.

La habitación estaba en silencio. Todos los demás también parecieron sorprendidos por este giro de la conversación.

—Todos esos 'años'—dijo Aurora, presionándola, avanzando lentamente en el trono— todas esas charlas que tuvimos, todas esas comidas que compartimos, todas las cosas que hicimos juntas ... ¿De verdad no sentiste *nada* por mí?

Maléfica agarró la parte superior de su bastón con fuerza; sus dedos sobre el orbe causaron la espantosa luz se atenuara. Todos los humanos se estremecieron de alivio.

—Tú eras mi medio para un fin —dijo finalmente.

—No estás respondiendo a mi pregunta —, se obligó a decir Aurora. Fue duro, pero se sintió bien. Nunca, ya sea en la vida, había cuestionado a alguien con autoridad.

—Cualquier sentimiento que pudiera haber tenido inicialmente en la crianza de una niña humana, al final, fue irrelevante. —Maléfica dijo—. A través de tu muerte, volvería a vivir. Después de haber sido asesinada tan cruelmente por tu príncipe.



—¿Asesinada? ¡Estabas intentando matarlo! Porque estaba tratando de salvarme. ¿Eres tan ilusa, Maléfica? ¡Todo esto, *todo esto*, sucedió debido a la maldición que me pusiste cuando era una bebé! —ella gritó—. Una bebé. ¡Porque no te invitaron a una fiesta!

—Tus padres no me respetaron ni a mí ni a los poderes que ejerzo.

—Tú. Maldijiste. Un. Bebé. Porque. Te. Sentías. Menospreciada.

El príncipe Phillip se movió en silencio para estar a su lado, con la mano en la espada.

Maléfica encogió un elegante hombro.

—¿Y? No menosprecies a los de gran poder. Creo que esa es la lección que se debe aprender allí.

Aurora/Rosa de repente sintió la necesidad de pasar una mano cansada y exasperada sobre su rostro. Estaba perdiendo esta batalla verbal. Estaba perdiendo su propio hilo de pensamiento. No había nada que alcanzar en Maléfica. La princesa había sido criada en un mundo de sueños por una loca. Ella había estado buscando una madre en un monstruo.

Las tres hadas y el príncipe Phillip se acercaron a ella, sintiendo un cambio. Encararon a Maléfica juntos.

—¿Qué te hizo tan horrible, Maléfica? —preguntó la azul—. ¿Qué te convirtió en este monstruo de hada?

—¿Fue algo en tu infancia? —preguntó la verde—. ¿Es por eso que te ha molestado tanto no haber sido invitado a una fiesta?

—¿A quién le importa? —dijo la roja, blandiendo su espada—. Ella es malvada ahora. Vamos a por ella.

—¿Y si tuviera un poco de poder? —Aurora/Rosa interrumpió—. ¿Y si tuviera alguna habilidad en mí, como la tuya? ¿Me habrías *mantenido cerca y me habrías enseñado bien, me habrías educado en las artes de la magia*?

Maléfica se quedó sin habla por un momento al darse cuenta de que Aurora había escuchado esa conversación con sus padres.

—Pero no tienes poderes —dijo finalmente—. Es irrelevante.

Las dos mujeres se miraron a los ojos.



Luego, una daga voló por el aire y se hundió en el trono junto a la cabeza de Maléfica.

Los ojos del hada malvada se agrandaron en estado de shock.

—¿Pero y si lo hiciera? —Aurora susurró con fiereza.

—No cuenta —dijo Maléfica lentamente—. Este mundo no es real.

La princesa casi alzó las manos por la frustración.

—¿Qué hay de todos esos tutores especiales que me asignaste? ¿Qué hay de todas esas cosas que hiciste que se parecían un montón a cuidados?

—Era solo un juego —dijo Maléfica a la ligera—. Para mantenerme entretenida en este lugar terriblemente aburrido.

Pero no podía mirar a la princesa a los ojos. Vaciló bajo la mirada de Aurora y se volvió a acariciar al cuervo para escapar de su mirada.

Ella nunca jamás revelaría la verdad. Incluso si hubiera un último y persistente hilo de humanidad sobre ella.

—No tienes idea —,dijo Aurora/Rosa con una mezcla de alivio y decepción—, lo cerca que estaba de poder perdonarte. Matarte va a ser mucho más fácil ahora.

Maléfica se recuperó rápidamente. —¿*Más fácil*? ¿Matarme? Creo que hablas demasiado pronto, poderosa reina.

—Estoy a menos de un pie de ti —susurró Aurora/Rosa en el rostro del hada—, y no he sido exterminada.

Se hizo un silencio absoluto en el castillo mientras todos observaban a la malvada hada de los cuernos y a la princesa del yelmo de plata mirarse la una a la otra, con sus narices a menos de un centímetro de distancia.

La mandíbula de Maléfica se movió dos veces antes de que la furia se apoderara de ella. Ella agitó el brazo de su bastón con impaciencia.



Enredaderas, gruesas, gomosas y fuertes, pero de aspecto enfermizo, se enredaban en las piernas y el torso de la princesa. Repentinamente, estaba siendo empujada hacia atrás, deslizándose por el suelo de la sala del trono.

—¡Rosa! —Phillip gritó, tratando de agarrarla.

Cuando estaba a unos seis metros de distancia, las enredaderas se endurecieron hasta convertirse en troncos leñosos que la pegaron al suelo e inmovilizaban sus brazos a sus dos lados.

Maléfica se levantó, con su capa y túnica ondeando detrás de ella, atrapadas en los remolinos de magia que empezaba a invocar.

Al instante, el hada verde voló entre las dos.

Fue un poco desconcertante; las tres mujeres no habían mostrado ninguna habilidad de hadas hasta ese momento. Y ver a una mujer de mediana edad zumbando por encima de ellas - aunque parecía que se hacía más pequeña a medida que avanzaba - era un poco desconcertante.

—Sé razonable, Maléfica —dijo el hada verde, sonando como una madre decepcionada que hace un último esfuerzo con un hijo rebelde antes de castigarlo—. Este es el *mundo de Aurora*. No puedes esperar ganar. Estás en *su* mente.

—Oh, no le tengo miedo a eso —dijo Maléfica con calma. Su cuervo cacareó una vez—. La niña apenas puede entender sus propios sentimientos, mucho menos lo que quiere o cómo funciona el mundo. *Ahora apártate de mi camino, luciérnaga inútil.*

Apuntó con su bastón y un rayo púrpura crepitó. El hada verde se agachó y lo evitó por los pelos; el rayo golpeó una piedra del techo sobre ella, que explotó, dejando una marca negra de hollín donde había estado. El hada verde dirigió a Maléfica una mirada de reproche.

—La gente cambia. La gente *crece*, Maléfica. La gente *normal*.

La reina la ignoró y siguió dejando volar los rayos.



A pesar del tamaño del hada verde y de su vestido ondulante, se las arregló para esquivar la mayoría de ellos. La sala del trono se iluminó con destellos púrpura, y ella zumbó alrededor de ellos mientras iluminaban sus rasgos, de hecho, muy parecido a una luciérnaga.

Un rayo se desvió y salió disparado por encima de uno de los prisioneros; este se agachó, pero aun así consiguió prender fuego de color púrpura a su sombrero. El pobre hombre lo tiró al suelo y lo pisoteó a pesar de los gruñidos de advertencia de los guardias.

—¿Podemos hacer esto en otro lugar? —preguntó preocupada el hada verde—. Hay muchas personas inocentes que morirán en el mundo real si son golpeados en este.

Aurora se preguntó si el hada verde sabía lo increíblemente estúpida que estaba siendo.

Maléfica hizo lo que cualquiera que conociera a Maléfica esperaría: esbozó una sonrisa de dientes, con los labios hacia atrás, como una calavera, y señaló con su bastón.

Un chorro de luz púrpura estalló de él y se abrió paso por la habitación, para terminar su camino en el corazón de un hombre. El antiguo tutor de pintura de Aurora.

Gimió una vez y se desplomó. El olor a carne humana quemada llenó el aire.

Aurora/Rosa maldijo con rabia y luchó contra las lianas. Al menos no le cortaron la piel, protegida como estaba por su coraza y sus guanteletes.

Entonces recordó que no necesitaba estar en ningún sitio para hacer lo que tenía que hacer. Intentó no cerrar los ojos y calmó su interior.

—Todavía no —susurró el hada azul a Aurora—. Deja que iniciemos la batalla. Desgastarla. Mantén tu ataque como una sorpresa al final.

—¡Pero morirá más gente!



—¡Todos morirán si Maléfica gana! —replicó la azul—. ¡Intenta pensar tácticamente!

—¡Asesina! —, aulló el hada verde, y se lanzó contra la reina.

Maléfica apuntó a su alrededor, eligiendo a otra persona entre la multitud.

El hada verde se inclinó hacia un lado para interceptar el rayo. Extendió su mano; de repente, había una varita en ella. Un chispazo de energía dorada salió disparado y apartó la magia púrpura. Chispas doradas y púrpuras llovieron sobre la habitación mientras se anulaban mutuamente.

Como si estuviera eligiendo flores, Maléfica apuntó tranquilamente con su vara a diferentes personas de la sala y luego disparó.

El hada verde se zambulló y giró, disparó alto y rodó, parando cada rayo con uno propio.

Maléfica hizo girar su bastón y se mordió el labio, pero no parecía tan preocupada; era más como si estuviera jugando a un juego difícil que tratando de matar a la gente.

Sus ataques se volvieron más rápidos.

Los prisioneros del sueño se acobardaron y se agacharon. La luz dorada y púrpura formaba terribles sombras detrás de ellos, multiplicando a los prisioneros por mil sombras. Los malvados sirvientes de Maléfica se reían y solo de vez en cuando intentaban evitar los rayos.

Uno fue alcanzado.

Explotó en el acto, los colmillos, los ojos amarillos y las patas se desintegraron inmediatamente y se convirtieron en hollín negro. No había nada húmedo, nada animal, nada real o vivo en la muerte.

Sus compatriotas, de pie a ambos lados, ululaban y se reían de su destino, de su suerte.

Y entonces Maléfica se volvió de repente y apuntó con su bastón directamente al hada verde.

Con un gruñido dentado, envió un rayo gigante que atravesó la habitación.



El hada verde se lanzó, pero fue demasiado lenta, demasiado tarde, demasiado preocupada por salvar la vida de los demás para preocuparse por la suya.

Sus piernas y brazos se agitaron cuando la energía la golpeó directamente en el corazón; de sus ojos brotaron rayos de color púrpura.

Hubo una enorme y brillante explosión.

Aurora se dio la vuelta, incapaz de mirar.

Cuando la luz se desvaneció, una pequeña y tenue bola verde colgaba inútilmente en el aire donde había estado el hada. Se sumergía y se balanceaba, poco inteligente y apenas animada.

—Vete, pequeña luciérnaga. —Maléfica se rio.

El hada roja lanzó un grito estrangulado de rabia.

Corrió hacia delante, con la espada desenvainada, dirigiéndose directamente al corazón de Maléfica.

Maléfica inclinó su bastón de forma experimental hacia la mujer.

El hada roja desvió el rayo púrpura con facilidad, apartándolo como si fuera una mosca.

Maléfica volvió a disparar.

El hada roja volvió a desviar el rayo.

Maléfica frunció el ceño y lanzó una lluvia de rayos, decenas de ellos, uno tras otro.

Lo único que consiguió fue que el hada roja frenara su avance para defenderse de los ataques. No se detuvo.

Sus brazos se movieron rápidamente, sus músculos se flexionaron maravillosamente mientras se contorsionaba en diferentes posiciones para evitar ser golpeada. Su ceño fruncido por el esfuerzo, pero sus ojos permanecían claros, llenos de concentración, rabia y sin una pizca de miedo.

Consiguió avanzar poco a poco.



El príncipe Phillip, que seguía al lado de la casi congelada Aurora, tensó sus propios músculos y llevó su mano, sin pensarlo, a su espada.

—*Todavía no* —susurró el hada azul—. Vuestras vidas son cortas y preciosas. Dejad el derroche de ellas para el final, si hemos fallado.

Phillip asintió, pero no apartó los ojos de la lucha.

Lianna también observó la pelea sin pestañear. Las chispas de la magia y los destellos de la espada encantada del hada roja brillaban en sus ojos.

Con todo el mundo observando la increíble batalla frente al trono, no era de extrañar que nadie se diera cuenta de que dos de los sirvientes de Maléfica se acercaban sigilosamente a cada lado del hada roja hasta que fue casi demasiado tarde.

—¡Cuidado! —gritó Aurora/Rosa.

—¡A tu izquierda! —gritó Phillip.

El hada roja no se dio la vuelta, sino que empujó su espada hacia atrás, por debajo de su axila, sorprendiendo a la criatura detrás de ella. Su espada se hundió profundamente en su pecho. Pero no perdió ni un momento en verle gorgotear, burbujear, chisporrotear y morir. Giró y se lanzó, cortando los pies de la segunda criatura por debajo de ella.

—No tiene ni una pata en la que apoyarse —, bromeó el hada azul, sin poder evitarlo.

Maléfica blandió su bastón y un rayo púrpura rozó la pantorrilla izquierda del hada roja.

Ésta se tambaleó y cayó de rodillas. No se le escapó ningún grito; aspiró y se estremeció de dolor. Pero aun así se obligó a levantarse.

Maléfica murmuró algo ininteligible y volvió a apuntar. Esta vez, en lugar de grandes rayos púrpura, salieron pequeñas bolas de fuego de color verde enfermizo de su bastón. Estas parpadeaban de forma extraña y estaban conectadas entre sí por hilos de magia almibarados.



El hada roja pareció confundida por un momento. Pero las rechazó con facilidad: una, otra, una docena...

Pero una vez que golpeaban algo, las bolas no se disipaban como lo habían hecho los rayos morados. Las hebras verdes y enfermizas que fluían detrás de ellas tardaban mucho más en caer, arqueándose lentamente hacia el suelo como miel fría.

Cuanto más golpeaba las bolas lejos de ella, más se acumulaban los hilos a su alrededor. Se pegaban a su ropa, a sus pies, a sus brazos y piernas, a todo menos a su espada.

Al poco tiempo, el hada roja estaba completamente enredada. Grandes gotas de la materia verde brillante goteaban de sus brazos, arrastrándolos hacia abajo. Jalaban el brazo que sostenía espada hacia el suelo, incluso cuando intentaba rechazar los ataques.

Pronto no pudo moverse en absoluto.

Maléfica sonrió ampliamente con satisfacción. Entonces, con la misma suavidad que si fuera un hada que unge una flor con gotas de rocío, inclinó ligeramente su bastón hacia su oponente.

Un gigantesco destello púrpura estalló, envolviendo al hada roja y a sus ataduras, así como a todo lo que se encontraba a unos metros de distancia.

Aurora gritó y giró la cabeza. Phillip la rodeó con el brazo, pero no apartó la mirada.

Una débil brasa roja brillaba entre los residuos chamuscados y malolientes de la magia maligna que quemaba el suelo. Maléfica echó la cabeza hacia atrás y se rio. Su cuervo también cacareó. Usó su mano libre para rascarle la garganta.

—¿Y bien? —preguntó—. Al final todos vais a morir. ¿Quién quiere ser el siguiente?

—Y cuando todos nos hayamos ido, ¿entonces qué? —gruñó Aurora/Rosa—. ¿Te pavoneas de forma prepotente en torno a un castillo vacío?



—¿Crees que gobernar a un grupo de patéticos humanos es mi objetivo final? —preguntó Maléfica con sorpresa fingida.

—Realmente no me importan un bledo ustedes, simios domésticos enconados, ni sus ridículos reinos.

—No, sólo te importan las fiestas que organizan y a quiénes invitan —dijo la princesa con tono de arco. El Príncipe Phillip sonrió.

—Muy buena —dijo el hada azul, adelantándose. Giró una vez en el aire y le hizo a Aurora/Rosa un falso saludo militar. El hada tenía pocas dudas sobre el resultado de su asalto.

Pero no se acercó directamente a Maléfica. En su lugar, se dirigió hacia el borde de la habitación, a una esquina, y se cernió sobre algunos prisioneros y sus guardias.

—Muy bien, Maléfica —dijo—. Intenta al menos ser coherente. Si no te importan los humanos en absoluto, no debería importarte matarlos. Así que déjalos en paz.

Maléfica, todavía molesta por el golpe de Aurora/Rosa, puso la barbilla y se inclinó hacia atrás, poniendo su concentración en un rayo de inmenso tamaño.

El hada azul rebotó con delicadeza para apartarse.

El rayo golpeó el suelo entre dos de los guardias, envolviéndolos a ambos en fuego púrpura hasta que se quemaron y quedaron reducidos a la nada.

—Repito mi pregunta de antes, Maléfica —dijo el hada azul casi con indiferencia. Flotó hacia el otro lado de la habitación como si no tuviera un plan más allá de mantener la mayor distancia posible entre ella y la reina—. ¿Qué te ha pasado? No siempre estuviste tan loca. Un poco susceptible, quizás, y maliciosa, pero no empeñada en el mal.

—No es malo querer vivir, continuar con mi vida que fue cortada tan prematuramente —gruñó Maléfica, lanzando otro rayo hacia ella.



El hada azul se agachó, dejando al descubierto al guardia que tenía delante. Recibió la totalidad de la ráfaga y estalló de sorpresa.

Aurora/Rosa comenzó a sonreír, viendo lo que estaba haciendo.

—*Está tratando de igualar las probabilidades para nosotros* —susurró Phillip emocionado.

—*¡Ya lo sé! ¡Cállate!*

—Y puedo decirte, por experiencia propia —continuó el hada azul, recorriendo lentamente la fila de prisioneros y guardias como si los estuviera inspeccionando—, que las fiestas reales no son tan divertidas como te imaginas. Me gustan más los humanos que tú, no me malinterpretes, pero son escandalosamente engreídos. Especialmente sus reyes y reinas.

Con una rabia inarticulada, Maléfica le lanzó un rayo tras otro. El hada azul agachó la cabeza, se inclinó y se apartó, moviéndose lo menos posible para evitar todos los ataques dirigidos a ella.

Casi todos los rayos fallidos alcanzaban a otro guardia, enviándolo de vuelta al infierno o a su lugar de origen.

—Y cúpulas de platos dorados. De verdad. ¿Quién las necesita? Tengo al menos media docena de ellas de varios cumpleaños y bautizos a lo largo de los siglos. Solo desordenan el lugar. Créeme, no te perdiste mucho en esa fiesta.

Cuatro rayos más. Cuatro guardias más.

El quinto rayo chamuscó la parte trasera del vestido del hada azul, pero ella ni siquiera hizo una mueca de dolor; simplemente continuó su enloquecido vuelo.

—¡Merezco más respeto que eso! —siseó Maléfica.

—Sí, sigues diciendo eso. ¿No has pensado que tal vez tenían miedo de que fueras una invitada a la fiesta bastante desagradable? Quiero decir, no puedo imaginar por qué pensarían eso, pero...



Esta vez no pudo evitar soltar un grito cuando un rayo púrpura extragrande y furioso salió disparado del bastón de Maléfica. Se apartó de la trayectoria, sujetándose la cabeza.

Pero el hada azul no era tan ágil ni rápida como la roja; la magia la alcanzó de lleno en el costado. La llama púrpura se extendió por la mitad izquierda de su cuerpo, chamuscando su carne mientras luchaba por seguir adelante.

—Qué susceptible —graznó a través de unos labios negros y quemados. Cojeó, medio volando, medio caminando, hacia Maléfica.

—¡Muere ya, mosquito molesto! —maldijo Maléfica.

El hada azul se abalanzó de repente, lanzándose hacia Maléfica en lugar de alejarse de ella. Cuando el rayo asesino la alcanzó, estaba demasiado cerca del hada malvada para que pudiera escapar por completo de sus ardientes consecuencias.

Maléfica chilló mientras las llamas le lamían la cara, dejando huellas carbonizadas en sus mejillas.

El hada azul hizo un guiño a Aurora y Phillip con un ojo hinchado, y luego se desvaneció en el fuego. Sólo quedaba otra pequeña y débil chispa del hada azul, revoloteando sobre sus cenizas.

La malvada reina se limpió la cara con el dorso de la mano y pareció sorprendida por la sangre que vio allí. Si antes parecía meramente malsana, ahora era positivamente aterradora, ensangrentada y quemada y aun palpitando un verde espantoso.

Consiguió cacarear roncamente.

—No importa. Estaré completa en cuestión de minutos. Guardias, traedme una víctima.

Hubo una pausa.

—Guardias —ordenó de nuevo.



Solo quedaban un par de las cosas inhumanas, y ahora parecían inseguras de sí mismas, agitadas e inmóviles. Con la mayoría de sus compañeros aniquilados, ya no balbuceaban y ululaban a la muerte.

—No te atrevas —dijo Aurora— Has matado a tu último inocente.

—Oh, no, no lo he hecho— siseó Maléfica, avanzando con su bastón—. Ahora te toca a ti, dulzura.

—Y no queda nadie para salvarte.



Capítulo 32: Otro Desentace

LOS PRISIONEROS MIRARON con horror. El príncipe se puso frente a Aurora/Rosa, entre ella y el hada.

Pero la princesa ya no estaba prestando atención.

Los fuegos fatuos, las pequeñas brasas verdes, azules y rojas, habían comenzado a agitarse en el aire y se dirigían hacia ella. Pasaron prácticamente bajo la nariz de Maléfica, y el hada malvada parecía más sorprendida y confundida que enojada.

Rebotando lentamente en el aire como si tuvieran todo el tiempo del mundo, cruzaron el espacio abierto mientras todos las contemplaban en silencio.

Cuando finalmente llegaron a Aurora/Rosa, de repente ganaron velocidad, golpeando su carne con chispas calientes.

—¡Rosa! —gritó Phillip.

Aurora/Rosa comenzó a... *reír*.

Maléfica no parpadeó; como una serpiente, mostró su sorpresa congelándose en su lugar.

Y la princesa siguió riendo.

No era una risita tonta, ni de histeria, ni las risas de alguien que se da cuenta de que está a punto de morir y, por lo tanto, se está volviendo loca, sino una risa genuina y a pleno pulmón.

—Rosa —dijo el príncipe lentamente.

Todos sus recuerdos se quedaron en silencio. El sueño del Castillo de Espinas y su infancia en la cabaña del bosque se desvanecieron juntas ante de la comprensión del aquí y ahora. Se sentía *viva*, como si fuera la primera vez. Completamente despierta y presente.



Su sangre cantaba con el deseo de proteger a su reino, el afán de luchar por la vida de sus súbditos y por Phillip, y por la dicha de saber cómo hacerlo.

—No mostraré clemencia ni siquiera por tu aparente locura —dijo Maléfica con cuidado, obviamente confundida por lo que acababa de suceder, tratando de fingir que no lo estaba—. Aun así, morirás.

—No —dijo Aurora/Rosa—. Esto lo cambia *todo*. Y yo *no voy a morir*.

Se estiró como si acabara de levantarse de un *largo* sueño; fue un movimiento grande y suntuoso. Las enredaderas y las ramas mágicas cayeron lejos de ella como nunca antes lo habían hecho. Y ella resplandeció, no como Maléfica, sino con un saludable calor detrás de sus ojos y bajo su piel.

—Mis verdaderos dones —dijo—, han regresado a mí.

—Dones verdaderamente *inútiles* —dijo Maléfica—. ¿De qué sirven la gracia, el canto y la belleza, especialmente para una chica muerta?

—No esos dones. Esos me fueron otorgados por *otras*. Estos son mis *verdaderos* dones: *Inteligencia. Valentía. Compasión*. Esas tres que “mataste” no eran hadas de verdad en absoluto, eran partes de *mí. Mi verdadero yo*. Ocultas de mí por ti. Frías. Oscurecidas. Como todo lo demás en este miserable reino. Justo como yo estaba escondida del mundo, primero en el bosque y luego en un sueño.

—¿Valentía? ¿Inteligencia? Por favor. No eres más que una tonta princesita —escupió Maléfica.

Aurora/Rosa no podría haber controlado su ira si hubiera querido.

De repente, Maléfica salió volando hacia atrás, azotada por un impetuoso viento aparecido de la nada, un demonio de polvo y aire que explotó y luego desapareció.

La reina malvada se las arregló para no golpear el suelo aferrándose al trono. Su cuervo graznó y agitó las alas para mantenerse erguido.

—*No soy. Una tonta. Princesita* —siseó Aurora—. Soy Aurora Rosa, legítima reina de este reino y tu juez y verdugo, hadita tonta.



Maléfica se obligó a ponerse de pie, el dolor se hizo evidente cuando enderezó la espalda. Sus ojos irradiaban llamas de furia.

—Cómo te atreves...

—Eso es todo lo que eres. Una pequeña y tonta hada a la que se le subieron los humos a la cabeza. La que se cree la más grande, malvada y poderosa hechicera porque es la reina de un mundo hecho de sueños.

Las piedras del suelo crecieron. Se levantaron en columnas y pilares alrededor de Maléfica y el trono, crujiendo y chirriando mientras las rocas luchaban una contra otra. La pared que formaron alrededor del hada parecía los dientes de una mujer muy vieja. Como si se la estuvieran tragando entera.

Habría sido un final agradable, pero Aurora/Rosa no se sorprendió en absoluto cuando, tras apenas un momento de silencio, el muro de granito explotó. Fragmentos de roca afilada, como vidrio, llovieron y cayeron sobre todos en la habitación.

Los prisioneros de Maléfica se encogieron de miedo, gritaron y se cubrieron la cabeza. Uno de los guardias fue golpeado de lleno en el pecho por las esquirlas y cayó al suelo.

Sin embargo, ninguno de los fragmentos alcanzó a Aurora/Rosa; simplemente la evitaban.

Cuando el polvo se asentó, Maléfica se reveló de pie en una pose muy poco propia de ella, con los puños cerrados de ira y las piernas dobladas, lista para otro ataque. Sus dientes descubiertos, lo único en ella que permanecía blanco, asemejaban a los de una fiera.

Lianna, todavía detrás del trono, se estaba levantando tranquilamente, restándole importancia.

—¡Perra insolente! —siseó Maléfica.

—Es la verdad, Maléfica —dijo Aurora/Rosa sin mostrar ninguna emoción en su voz—. Ni siquiera es tu mundo. Es el mío.



—¡Todavía tengo tu sangre, soñadora! Puedes pensar que tienes el control del mundo, ¡pero yo te controlo a ti!

Maléfica agitó su bastón. El líquido verde, la sangre transformada, se arremolinaba en él de manera extraña.

Aurora/Rosa de repente se sintió enferma.

Su mente y estómago se agitaron. Toda la fuerza y la energía que había sentido un momento antes se le escapó a través de los pies, como cuando estaba resfriada o era el primer día de su periodo o ...

Todo parecía inútil y gris.

—¡Rosa! —gritó Phillip. Le puso las manos en los hombros y la sacudió. ¡Rosa! ¡Ella lo está provocando! ¡No es real!

Maléfica estaba sonriendo. Levantó su bastón.

“Asiste en mi ayuda, en estas últimas horas,

Te convoco a ti con mis oscuros poderes:

Golem y demonio y efrit y diablillo,

Atiende mi llamada y...”

—Sin encantamientos —dijo Aurora/Rosa débilmente.

Un viento poderoso se levantó y giró alrededor de Maléfica, rasgando sus ropas y bebiendo su aliento y sus palabras.

Puede que no haya estado del todo a tiempo.

Una cosa apareció. Era negra y estaba a medio formar, con profundos ojos rojos que brillaban como las últimas brasas en un fuego moribundo.

Miró a su alrededor una vez y luego embistió.

Pero en lugar de dirigirse hacia Aurora/Rosa, buscó una presa más cercana: los residentes del castillo.



Los pobres prisioneros apenas comenzaban a darse cuenta de que sin los sirvientes de Maléfica protegiéndolos, eran libres de escapar, pero se tenían enfrentar a enormes pilas de escombros y piedras que bloqueaban las salidas, un piso al que le faltaban partes en algunos lugares, y ahora a un demonio gigante, uno que anhelaba su sangre. Los sirvientes, los niños, las antes grandes damas y nobles, todos comenzaron a correr de un extremo a otro de la habitación, buscando una salida.

Había un enorme caos y muchos gritos.

Aurora/Rosa comenzó a concentrarse nuevamente.

—Me ocuparé de eso —dijo Phillip, interrumpiéndola. Sacó su espada—. ¡Encárgate de Maléfica!

La reina malvada ya estaba tomando un profundo respiro y empuñando su bastón nuevamente.

Aurora/Rosa trató de no cerrar los ojos.

Se imaginó las raíces en las que solía sentarse a tomar una siesta cuando vivía con las hadas. Raíces de árboles grandes, fuertes, amigables y ancestrales...

Casi como una protesta a las enfermizas enredaderas negras que la tenían sujeta, unas fuertes raíces de roble marrón crecieron rápidamente a través de las piedras del suelo y las puertas y ventanas de la habitación. Incluso bajaron por la chimenea.

Pequeñas hojas verdes brotaban aquí y allá, como si quisieran, con todas sus fuerzas, convertirse en árbol.

Maléfica levantó un pie y luego el otro, rápidamente, tratando de evitar tropezar con ellas mientras la rodeaban.

Pero lo corpóreo no era el punto fuerte de Maléfica.

En cuestión de momentos, unas robustas cuerdas marrones se enroscaron en su cintura y se ciñeron a ella con fuerza, endureciéndose. Pequeñas ramitas se deslizaron por su rostro, pero no lograron cubrir su boca.



Un fuerte bufido de Phillip rompió la concentración de Aurora/Rosa; ella se volvió a mirar.

El demonio a medio formar lo había alcanzado en el costado con una mano ridículamente grande y regordeta, dejándolo sin aliento. Posiblemente le había roto una costilla. Phillip se tambaleó, pero luego lo convirtió en un sorprendente ataque y clavó su espada en el vientre de la criatura.

Mientras Aurora/Rosa miraba, distraída, Maléfica logró completar otro conjuro.

Habría sido casi divertido de no haber sido una de las peores pesadillas de Aurora/Rosa.

De pie frente a ella había un monstruo de tres patas y dos metros de altura con dos cabezas, deforme y antinatural.

Parecía el mero dibujo de un niño, una burla de demonio.

Excepto que una de las cabezas tenía la forma de su madre, la otra de su padre. Llevaban coronas.

Le farfullaron sin sentido, sus largos brazos barriendo el aire.

Pero podía entender sus palabras en su cabeza.

¿Es así como se comporta una princesa?

¡No eres ninguna Reina!

—Lo soy —dijo Aurora/Rosa, tragando saliva, obligándose a mirar dentro de los desquiciados, coloridos y brillantes ojos del demonio.

—Están muertos. No son reales.

Se necesita más que la muerte para coronar a una reina.

Te podemos ayudar...

Toma nuestra sabiduría y amor.

Aurora/Rosa hizo caer una lluvia de madera y piedra del techo entre ella y el monstruo con la forma de sus padres. Luego la dejó caer sobre el monstruo.



Cada vez que la lluvia golpeaba al monstruo, él aullaba y sus rostros extrañamente familiares, aunque distorsionados y pálidos, se retorcían y contorsionaban.

Te amamos.

Ven aquí.

Fue un error.

Extendieron sus brazos largos y sinuosos.

Maléfica hizo rodar su bastón, hablándole a la sangre.

Y, por un segundo, Aurora/Rosa vaciló.

¿De verdad sería tan malo morir?, ¿sabiendo que finalmente estaría en brazos de sus verdaderos padres?, ¿sabiendo que la amaban de verdad? Sería la única oportunidad que tendría. Todos morirían eventualmente. ¿Importaba cuándo? ¿Importaba cómo? De todos modos, probablemente moriría en esta batalla. Al menos sería feliz en sus últimos momentos.

La mano que parecía ser de su madre le rozó el brazo.

Aurora/Rosa reaccionó sin pensar, de repente tenía una espada en la mano y el brazo de la criatura había caído al suelo.

La duda se disipó; el hechizo se había roto. El hada malvada la había estado controlando, haciéndole pensar que en realidad no le importaba. Aprovechándose de su abrumador deseo de ser amada.

Pero Aurora no necesitaba otros padres. Las tres hadas la que la habían criado. Y Stefan y Leah se habían ido.

Ahora ella era la reina. Tenía que sobrevivir y salvar a todos los demás.

El monstruo chilló y aulló.

¡Niña ingrata!

¡Ve a esconderte detrás de tu príncipe!

¡MUERE, NIÑITA!



Con un grito horrible, el monstruo se abalanzó sobre ella, agitando sus enormes manos, tratando de alcanzar cabeza.

Enferma de ira, Aurora/Rosa hizo que el resto del techo se derrumbara. Los escombros se dirigieron hacia el monstruo formando un remolino gigante que lo succionó. Todo el piso de arriba desapareció en medio del caos.

—Estás enferma, Maléfica —escupió Aurora/Rosa.

Gracias a su furia, el mundo a su alrededor se volvió firme de nuevo, el mundo que era parte de ella. Todo era un arma.

Maléfica la ignoró, tenía los ojos cerrados y entonaba un hechizo.

Más cosas iban apareciendo mientras Maléfica las invocaba: criaturas escamosas de muchos pies, con picos largos llenos de dientes que salieron corriendo graznando y lanzando zarpazos, listas para matar desde el momento en que aparecieron.

Los habitantes del castillo se apiñaron en el único rincón intacto de la sala del trono mientras Phillip trataba de protegerlos.

Aurora/Rosa visualizó en su mente desesperadamente todas las piedras del castillo, recordándoles a quién debían su lealtad.

Cantos rodados y piedras angulares se desprendieron de los muros y las torres.

El hada malvada arrojó su bastón.

Las piedras se detuvieron en el aire y salieron volando hacia un lado, bloqueadas por una fea pared llamas verdes que se arremolinaban protegiendo a Maléfica.

El hada le lanzó una desagradable sonrisa de triunfo mientras los cimientos del castillo eran engullidos por el muro de llamas ardientes.

Pero la luz del orbe del bastón se estaba atenuando.

Los gritos de hombres, mujeres y niños aumentaron mientras Phillip intentaba ahuyentar a las bestias que los atacaban.



Aurora/Rosa trataba de no dejar que su concentración vacilara, trataba de concentrarse en lo que tenía que hacer. Matar a Maléfica era la única forma de salvarlos.

Una de las bestias demoníacas se levantó frente a Aurora/Rosa, lanzando mordiscos frente a su rostro con el pico negro lleno de dientes. El hedor a descomposición y podredumbre la envolvió. Las garras de la criatura arañaron su pecho, arrancando chispas por el contacto. De no haber usado armadura, Aurora estaba segura de que la habría cortado desde las costillas hasta el vientre.

Entonces lo recordó: ella también tenía una espada.

La blandió frente a él, pero el demonio saltó sobre ella y la tiró al suelo.

El monstruo trató de sacarle los ojos con el pico, babeando y siseando mientras se agitaba con locura. Su cuerpo se sentía caliente y viscoso y sobre ella, su peso la aplastaba.

Aurora/Rosa trató de proteger su rostro con la empuñadura de su espada. El pico del monstruo se partió contra la hoja con un terrible sonido metálico, haciendo añicos el cartílago naranja que había sido su pico.

Lejos de detenerlo, el dolor solo lo enloqueció.

Ella entró en pánico, agitándose violentamente. Todo lo que quería era quitárselo de encima. No consideró usar magia. No le importaba lo que le sucediera a Maléfica. Aurora soltó un grito.

—¡APÁRTATE DE ELLA!

Y luego el peso desapareció. Phillip estaba sobre el monstruo. Había sometido a la criatura con sus manos desnudas, retorciéndole el cuello, la espada olvidada. Su rostro cubierto de furia, sus ojos enrojecidos por la rabia.

—¡MUERE, bestia del infierno!

Se arrodilló y lo estrelló contra el suelo. Una y otra y otra vez, aplastando su cabeza contra la piedra. La criatura luchaba por su vida con un silencio antinatural, salvo por el chirrido de sus garras raspando el suelo.



Finalmente, dejó de moverse.

—¿Estás bien? —preguntó Phillip con la voz ronca.

Aurora/Rosa asintió.

—Te amo —dijo, y luego se fue, tras otro demonio.

Aurora/Rosa se puso de pie tambaleándose, con la mano cubriendo el lugar donde saliva de la demoníaca criatura la había tocado, su piel ardía y sangre brotaba de su herida.

Maléfica se estaba riendo.

—Aw, mira a la princesita que necesita un príncipe para salvarla. Ni siquiera puede luchar sus propias batallas.

—Necesitar a alguien de vez en cuando no me hace débil, vieja bruja. Me hace humana. ¿Quién está de tu lado, Maléfica?

Y en un ataque de mezquindad, que la princesa ni siquiera se había dado cuenta que tenía, una jaula de raíces surgió del trono y encerró al cuervo del hada antes de que pudiera chillar.

Aurora/Rosa se imaginó al hada azul murmurando, “*Cría cuervos...*” y luego sonrió, sabiendo que era algo que ella misma diría.

A primera vista, Lianna parecía estar observando con vago interés, tal vez esperando un castigo similar, o simplemente intrigada por la magia. Pero también estaba agarrándose fuertemente el respaldo del trono, sus nudillos estaban blancos, revelando que la pelea finalmente había despertado algún tipo de instinto de supervivencia en su mente inhumana.

El castillo ahora estaba en ruinas, la mayor parte de él destruido durante la batalla con Maléfica. Un cielo extraño brillaba en lo alto, trozos de azul y blanco y rasgaduras tenidas con el negro de la medianoche, lleno de estrellas. La gente del castillo gritó desesperada mientras el mundo literalmente se derrumbaba a su alrededor.



Phillip luchaba con el último de los monstruos; Aurora/Rosa lo apresuró todo con un pensamiento fugaz. Uno de los muros restantes del castillo se derrumbó encima de la criatura, evitando limpiamente al príncipe.

Maléfica estaba entonando otro conjuro de nuevo.

—Dije que *sin encantamientos* —repitió Aurora/Rosa con cansancio. El suelo oscilaba bajo ellos, balanceándose y agitándose como las aguas del océano en una tormenta. Se preguntó vagamente si alguna vez había visto el océano en cualquiera de los dos mundos. Ella no podía recordarlo. Bueno, era como si un topo gigante estuviera empujando la tierra. Ese era un buen ejemplo.

El suelo del castillo se rompió y se desgarró casi formando un rompecabezas con sus bordes. Una sola columna de piedra se levantó de repente, justo debajo de la reina, lanzando a Maléfica por los aires sin ceremonias y luego aterrizó en el suelo con un golpe sorprendentemente violento, estaba hecha un montón.

Mejor asegúrate.

Entonces, Aurora/Rosa cerró los ojos.

Las paredes del torreón exterior, que ahora eran visibles a través de las ruinas del castillo, volaron en pedazos como flores de manzano levantadas por el viento y se detuvieron por un momento, arremolinándose sobre Maléfica.

Luego se estrellaron contra su cuerpo con un satisfactorio y exquisito crujido.



Capítulo 33: Piense en el Dragón. Otra Vez

POR PRIMERA VEZ, desde que había comenzado la batalla, hubo silencio: todos los demonios estaban muertos. Las personas del castillo se miraron unas a otras, reticentemente esperanzadas. Aurora/Rosa dejó escapar un profundo suspiro. La emoción de la batalla, la adrenalina de la supervivencia, la estaba abandonando. Se desplomó, exhausta.

Su mundo de sueños había sido destruido. El Castillo de Espinas ya no existía, asolado por sus propios cimientos durante la batalla contra Maléfica. Los espacios estaban revueltos; las cosas que estaban lejos se veían demasiado claras y grandes, como si las hubieran dibujado mal. Ropa, camas y baratijas doradas llenaban el suelo, como si un niño gigante hubiera destrozado una inmensa casa de muñecas.

Los habitantes restantes del castillo lucían lamentables y pequeños ahora expuestos al delirante cielo. Se arrinconaron contra los restos caídos de las pocas espinas gigantes que quedaban para marcar los límites de los muros del castillo. Las enredaderas ya no les impedían el paso, pero tampoco los protegían.

El cuervo empezó a graznar; podría haber sido un sonido lastimero para algunos, pero para Aurora/Rosa, sonó como si alguien hubiera pasado las uñas sobre una pizarra, y requirió de toda su fuerza de voluntad para no aplastar al pájaro en su jaula de madera.

—No creo que haya terminado todavía —dijo Lianna inesperadamente.

La doncella malvada hablaba sin emoción ni decepción en su voz; solo había hecho una observación. Miró con interés el lugar donde el cuerpo de Maléfica yacía enterrado debajo de la pila gigante de escombros.

—Obviamente, Lianna —dijo Aurora/Rosa con disgusto—. Todos estamos aquí todavía. No estamos despiertos. Ella no está muerta.



Lianna parecía sorprendida, tal vez incluso un poco herida por el tono en el que le había hablado la princesa.

—Tienes razón, por supuesto. No lo había pensado. Creí que la lógica no funcionaba en los sueños —dijo un con aire filosófico.

—Sí, y también creíste que era mucho más tonta de lo que realmente soy, y...

Entonces, en medio del silencio del extraño mundo, se oyó un ínfimo ruido de piedrecitas moviéndose, del polvo deslizándose a través de una oscuridad invisible.

Un tintineo de pequeñas rocas siendo tiradas de lado a lado, una por una.

Un laborioso movimiento, una roca rechinando dolorosamente contra otra.

Un solitario pedazo de escombros cayó de la parte superior de la pila, rebotando siniestramente y deslizándose hasta el suelo irregular del castillo en ruinas.

Entonces, todo quedó en silencio.

Aurora/Rosa se volvió para decirle algo a Phillip...

... y una mano salió disparada de la pila, abriéndose camino hacia la luz.

Una mano grande, negra, *con garras*.

—No... —susurró Phillip.

Como si estuviera ganando fuerza por la mera posibilidad de liberarse de su prisión de piedras, la criatura bajo las rocas comenzó a moverse y sacudirse. Olas y cascadas de rocas y escombros cayeron pesadamente al piso.

Aurora/Rosa usó rápidamente lo que quedaba del castillo, tratando de aplastar la cosa horrible que estaba emergiendo lentamente. Vigas gigantes, cimientos, muebles, estatuas, paredes, ventanas y torreones, la misma torre desde la que había saltado. Todo coincidió en el lugar, formándose a cerrar hasta espacios más pequeños mientras trataba de terminar con la vida de Maléfica. Las piedras gritaron y explotaron. Un chorro de líquido ardiente llenó los huecos de las piedras y las selló.



No quedaba nada.

Una brisa cálida y llena de polvo recorrió la desolada llanura donde antes se erigía un castillo. Lo único que permaneció intacto y completo fue el trono y el extraño óvalo flotante que mostraba a la Aurora real, aún dormida.

Su rostro estaba retorcido, contorsionado con una mueca, la batalla y violencia vivida en su sueño la hacían reaccionar mientras dormía. Pero la chica durmiente no hizo ruido.

Todo estaba en silencio.

Y luego el dragón apareció.

Se levantó de su prisión de piedra como un lagarto saliendo de su huevo. La cosa se elevaba cada vez más alto en el cielo, enorme, casi tan alto como había sido una vez el castillo, negro, violeta y amarillo. No se parecía en nada a los dragones de los cuentos: demasiado delgado en unas partes, muy grueso en otras, alas que eran poco más que aletas inútiles que sobresalían de horribles y ennegrecidos bultos de sus hombros. Boca larga y estrecha con forma de pico llena de dientes, como los de los demonios que Maléfica había convocado. Gritó, el terrible ruido atravesó la tierra vacía.

Horrendo. Como algo sacado del fin del mundo.

Chilló y sacudió las rocas de su aparentemente interminable espalda escamosa y continuó creciendo en su nueva forma.

—Fuera —le dijo Aurora/Rosa a Phillip sin apartar los ojos del dragón—. Saca a todos de aquí.

—Me quedaré contigo. Los príncipes matan dragones. Eso es lo que hacemos.

—No la mataste lo suficiente la última vez. Ayúdame después de que alejes a todos.

Phillip intentó discutir, pero fue interrumpido por un grito desde atrás.

—¡QUERIDOS SÚBDITOS DE LA CASA DE STEFAN!



El rey Hubert estaba en el camino que conducía al bosque, tan alto e inamovible como una montaña a pesar de la ropa andrajosa ondeando alrededor de sus tobillos. Tenía heridas recientes en las piernas y los brazos: profundas y feas grietas que aún sangraban.

Pero sus ojos, antes nublados, estaban claros y tenían una mirada glacial. Agarró su piedra como si fuera un cetro real y su cayado de madera, un poderoso bastón.

—Padre —susurró Phillip con asombro—. Estás vivo....

—¡VENGAN AL REFUGIO DEL BOSQUE! —ordenó Hubert—
¡SÍGANME Y ESPEREN A SALVO HASTA QUE LA BATALLA TERMINE! ¡AHORA!

Como si solo hubieran estado esperando a que les dijeran qué hacer, la multitud rezagada corrió inmediatamente hacia él. Se hizo a un lado y con su cayado les mostró el camino como un pastor guiando a sus ovejas. Y así, los súbditos de Aurora/Rosa huyeron a lo que debía parecer un tipo de terror diferente para los durmientes de la tierra de los sueños: el bosque, del que habían escuchado que era peligroso y mortal.

La princesa sintió una oleada de calidez y gratitud, algo que rara vez sentía en presencia de otras personas que no fueran sus tías. La gente podría ser sorprendente. No todo el mundo en el mundo era engañoso ni decepcionante. No todos te mentían o te fallaban.

Silenciosamente complacido, Phillip miró a su padre con una sonrisa.

Cuando el último niño pequeño pasó corriendo junto a él, el rey se volvió y le dio un gran guiño muy propio de Hubert. Sacudió su piedra y su palo y susurró:

—Los defenderé con mi propia sangre.

Y luego se fue detrás de ellos, exhortándolos haciéndolos continuar con mucha precisión.



Aurora/Rosa se llevó una mano a la cabeza. La transformación de Maléfica le había costado una cantidad absurda de poder, y la magia de sangre retumbó profundamente en el cuerpo de la princesa. Fue su propio poder el que el hada malvada había robado. Estaba débil y no estaba preparada para lo que vendría después.

El dragón se enfureció. Rugió escupiendo una llamarada de fuego verde.

Phillip agarró a Aurora/Rosa y la atrajo a su lado, luego se puso frente a ella.

Lianna todavía estaba de pie, extrañamente indiferente al fuego que parecía que podría haberla consumido con una facilidad increíble.

Mientras las llamas se acercaban a ellos, Aurora/Rosa levantó un viento tan fuerte que arrastró el fuego a un lado y lo envió hacia el cielo, creando un vórtice de humo y cenizas. El dragón chilló de frustración.

Pero, ¿cómo podría derrotarlo?, ¿qué podría pararlo?, ¿qué podría hacer que, al menos, tropezara?

Los barrancos. Los recordaba de su tiempo en el bosque. Largos y estrechos. En el fondo había arroyos poco profundos y llenos de piedras...

El mundo se derrumbó bajo dragón.

El suelo se hundió sobre sí mismo y cayó al pozo sin fondo que se había abierto. El gigante reptil chilló y cayó hacia atrás, clavando sus garras en las piedras desesperadamente para tratar de mantenerse de pie.

Aurora/Rosa sintió un tirón dentro de su cabeza.

Ríndete. No puedes derrotarme tan fácilmente.

El dragón se estaba deslizando fuera del pozo, la cola y las piernas se movían tan rápida y extrañamente que parecía como si estuviera trepando por el aire para salir.

El príncipe Phillip corrió hacia el dragón, espada en mano. Justo en el borde del pozo, se detuvo y lanzó un tajo al cuello de la cosa, que ahora estaba al nivel del suelo.



Ni siquiera raspó una escama.

Maléfica echó la cabeza hacia atrás y rio, entrecerrando los ojos amarillos.

Quizá eso había sido lo único que salvó a Phillip de recibir una llamarada de fuego de lleno en el rostro.

Salió corriendo, pasó junto al dragón, zigzagueando sobre los pisos del castillo en ruinas, atravesó lo que alguna vez fueron las cocinas, la capilla, el cuarto del tesoro. Se detuvo al otro lado del pozo y se burló de Maléfica, tratando de desviar su atención de Aurora/Rosa. Hizo sonar su espada contra su coraza y bramó.

—¡Demasiado lenta, Maléfica!

El dragón ahora estaba completamente fuera del pozo. Se arrastró tras él, moviéndose, retorciéndose y estremeciéndose como si le doliera quedarse quieta.

Aurora/Rosa separó sus manos. Visualizó a la tierra abriéndose como un libro gigante.

El dragón se estrelló de cabeza directamente en la colina que se elevó ante él repentinamente. Se tambaleó, aturdido por un momento.

Pero luego se levantó, sacudiendo el cuello y la cabeza y trastabilló un poco e inmediatamente se arrastró por el suelo detrás de Phillip de nuevo.

Aurora/Rosa miró a su alrededor con desesperación. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los árboles.

Con una triste punzada, Aurora/Rosa recordó haberlos visto por primera vez cuando escapó del Castillo de Espinas, lo asombrada que estaba de que todavía existieran.

Ahora, se levantaron del suelo chirriando y crujiendo. Las ramas se elevaron cuando una mano invisible las arrancó de sus troncos y las volvió espinas mortales.

Los envió tras Maléfica.



La primera golpeó al dragón de lleno en la espalda. Movi6 la cabeza, molesto, sacudiéndolo como una ramita y agitando sus alas inútiles con enojo.

Aurora/Rosa lanzó una docena más después de eso, una tras otra cortando el aire con un silbido, como flechas grandes y mortales.

Maléfica rugió, luego corrió hacia ella, agitando sus horribles piernas, haciendo poco para evitar los árboles.

Las afiladas puntas de madera se rompieron, los troncos se partieron por la mitad, los proyectiles rebotaron en su piel, tan dura como una armadura. Cuando la golpearon, ella simplemente se estremeció.

¡Las ramitas y las hojas no pueden hacerme daño, niña tonta!

Phillip volvió a perseguir al dragón, tirando un tajo a su cola para llamar su atención.

La cabeza de Maléfica se giró más rápido de lo que parecía posible y le arrojó un chorro de fuego verde.

Aurora/Rosa gritó.

Un humo negro seseante y feo se elevó donde Phillip había estado parado. Flotaba, como un fantasma, sobre los montones de rocas y cantos rodados.

El dragón echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada enfermiza.

Luego giró con una lentitud regia, como si estuviera saboreando el siguiente bocado.

Aurora/Rosa se tragó un sollozo. No podía pensar en Phillip. Tenía que pensar en los cientos de personas que dependían de ella, en todos los que la necesitaban para sobrevivir, ganar y despertar. Para que pudieran vivir.

¿Qué mata a los dragones?

—Piensa, Aurora — se dijo en voz alta, presa del pánico— ¿Qué mata a los dragones? Phillip...

Phillip tenía su espada mágica.

Aurora/Rosa imaginó una docena de ellas.



Llovieron sobre Maléfica desde el cielo enfurecido como gotas de metal, chocando contra su piel.

La carne del dragón se estremeció, temblando y hundiéndose donde cada una golpeaba. Algunas escamas cayeron, eran del tamaño de escudos de guerra. Pero no derramó una sola gota de sangre.

¡Las armas de los humanos no pueden destruirme! Ya no soy una simple hada. ¡Soy la cosa más grande de este mundo!

La lengua del dragón, bifurcada y gigante, salió y se lamió los labios con expectación. La bestia se deslizó lentamente, acercándose a Aurora/Rosa y levantó sus garras mortales, cada uña era dos veces más larga que las espadas que había invocado y tan negras como la misma muerte.

Y luego, de repente, el cuello de Maléfica se dobló hacia atrás. Chilló de dolor, un sonido horrible que se extendió por todo el mundo.

De pie debajo de ella, estaba Lianna, como una sombra siniestra. Había clavado su pequeño cuchillo, el que tenía escondido en su corpiño, lo había hundido profundamente en el tobillo de Maléfica y lo estaba torciendo.

—Pero las armas infernales pueden reclamar lo que se les debe.

Había una sonrisa muy débil pero definida en sus labios. Sacó su daga y la hundió de nuevo, esta vez en la parte plana del pie del dragón.

Maléfica rugió de rabia y se agitó por los espasmos, sacudiendo su pierna para liberarse. Pero la daga estaba atascada. Se volvió para morder a Lianna.

De repente, *Phillip* estaba allí, levantándose detrás de una roca. Su cabello y ropa estaban chamuscados y tenía quemaduras en la cara, pero por lo demás, parecía ileso.

Cerró la distancia entre él y Lianna en segundos. La agarró por la cintura como si no fuera más que una pelota en un juego y siguió corriendo.

Maléfica azotó su cola como un garrote. La punta apenas le tocó el costado, pero fue suficiente para derribarlo.

Aterrizó con un ruido sordo y aterrador, y Lianna se le escapó de las manos.



Rápido como un gato desesperado por atrapar un ratón intentando escapar, el dragón saltó sobre Phillip para abalanzarse sobre la doncella.

—¡No! —gritó Aurora/Rosa, tratando de controlar a la tierra para que se moviera, para formar un acantilado entre los dos.

Era demasiado tarde.

Con una mirada de puro odio, el dragón lanzó un golpe con sus garras delanteras sobre el rostro y el cuerpo de Lianna. Sus uñas afiladas le desgarraron la carne y le abrieron las entrañas a la luz del día.

Y luego, como si simplemente hubiera sido una tarea molesta con la que lidiar, el dragón la dejó morir. Maléfica se dio la vuelta y se enfrentó a Phillip y Aurora/Rosa, sin siquiera molestarse en regodearse por su muerte.

—¡Lianna! —lloró Aurora/Rosa.

—Lo siento... —jadeó su vieja doncella.

Entonces sus ojos negros se apagaron para siempre.

Fue demasiado. Había pasado de ser su amiga a traicionarla y de nuevo se volvió su amiga, para convertirse en su salvadora, para al final la abandonara. Aurora/Rosa no pudo procesarlo todo.

Detente, se dijo a sí misma. Ya llorarás más tarde. ¡AHORA PIENSA!

Desde algún lugar invisible, un reloj comenzó a dar la hora.

Phillip y Aurora/Rosa e incluso Maléfica se detuvieron, confundidos.

No quedaba nada en el castillo. Excepto por el bosque, el mundo entero parecía destruido y lúgubre, sin detalles y plano en todas las direcciones. Sin embargo, el distintivo bong de un reloj se podía escuchar perfecta e inquietantemente, en todos lados al mismo tiempo

Un frío pavor se apoderó de Aurora/Rosa.

Maléfica se elevó sobre sus patas traseras, la izquierda herida por la daga. Y rio.



¡Medianoche del día después de tu decimosexto cumpleaños, Aurora!
¡Ahora morirás y yo viviré de nuevo!

Aurora/Rosa pensó desesperada. ¿Qué podía hacer ella? Todo esto era culpa de la maldición. Todo esto porque ella se pinchó...

De repente, lo supo. *Sabía* lo que tenía que hacer.

Aunque solo había visto el mundo real una vez, podía visualizar perfectamente en su memoria una cosa.

La rueca.

Trozos y partes del castillo en ruinas, sillas, mesas, vigas y otros pedazos de madera rota, comenzaron a volar por los aires. Giraron, se juntaron y se movieron hasta que cada pieza encajó una con la otra, uniéndose como imanes. Aurora/Rosa frunció el ceño, concentrándose arduamente para devolver a su sitio las piezas más complicadas.

Los escombros formaron una enorme y fea rueca.

Maléfica rio y escupió fuego verde.

La rueca se encendió inmediatamente y comenzó a arder, todo menos el huso, la brillante aguja negra con la punta afilada.

El dragón pareció confundido por un momento.

Aurora/Rosa le clavó el huso, directo en su corazón.

El dragón rugió

Escupió un fuego que cambió de colores, diferentes y monstruosos: rojo sangre, negro enfermizo, amarillo infernal.

Un icor púrpura, escarlata y negro brotó de la herida del dragón, soltando un eco gigante por lo que le había sucedido a Lady Astrid. Aurora/Rosa miró con sombría y terrible satisfacción.

El dragón arañó su herida, tal vez tratando de sacar el huso, pero todo lo que logró fue arrancarse escamas y desgarrar su propia carne.



Se derrumbó, golpeando el suelo con tanta fuerza que provocó un temblor. La princesa estuvo a punto de caer también.

El dragón se retorció y se arrastró por el suelo como si tratara de usar sus garras para volver a la vida. Se estremeció, siseó y convulsionó.

Sus alas, patas, escamas y cola se agitaban, aleteaban y parecían encogerse para convertirse en andrajosos colgajos de tela. Los que, finalmente, aparecieron despedazados y amontonados alrededor de lo que había sido su cuerpo gigante, excepto que ahí ya no había nadie.

Sólo una mancha negra, violeta y amarilla en el suelo, con pequeños trozos de seda agitándose al viento como una mariposa moribunda.



Capítulo 34: El Fin

Y AURORA/ROSA estaba bastante segura de que en ese momento era cuando se suponía que todos debían despertar.



Capítulo 35: ¿El Fin?

—TODAVÍA ESTOY AQUÍ— dijo el príncipe, aunque era bastante innecesario, pensó Aurora/Rosa. Pasó una mano por su espesa y sucia melena; salieron trozos de cabello roto y quemado. —Al menos espero estar todavía dormido.

Aurora/Rosa miró el montón de suciedad donde Maléfica había muerto. En medio de él, como si fuera lo único real que quedaba, yacía el huso gigante, aún reluciente y afilado.

Lianna yacía cerca, rota y destrozada. Sus ojos negros estaban abiertos al cielo apocalíptico de arriba.

Un viento frío sopló sobre el paisaje degradante. Aurora/Rosa se consoló al saber que en algún lugar más allá de los árboles, su gente estaba a salvo.

—Dijeron que la sangre real rompería el hechizo—continuó Phillip.— Mataste a la reina malvada ... ¿qué está pasando?

—Ella no era una verdadera reina.

Su voz era extrañamente plana debido al mundo desolado, la falta de algo para que el sonido rebotara.

Respiró hondo e hizo una mueca cuando le dolió las costillas y el pecho.

—Oye, mira— dijo Phillip, señalando la única otra cosa distintiva entre los montones de basura y desperdicios.

Era la imagen de la Aurora verdadera, dormida en su cama. Se acercó y trató de atravesarlo, como una puerta.

Pero simplemente lo empujó como si fuera aire y terminó mirándolo desde atrás.

Por un momento, la Aurora dormida se agitó, y la Aurora de los sueños sintió que la esperanza subía a su pecho.



Pero todo lo que hizo la Aurora dormida fue dejar caer un brazo sobre el costado de la cama. Sus dedos se desenroscaron mientras se relajaba y volvía a dormir profundamente.

Una sola gota carmesí cayó de la punta de su dedo índice herido.

—Sangre real—murmuró Aurora/Rosa.

Sangre real.

Ella sabía qué hacer.

Aurora/Rosa cuadró los hombros y se enderezó el casco.

Luego se volvió hacia el huso.

—No te atrevas— dijo Phillip con inquietud. —Rosa, ¿qué estás haciendo...?

Ella lo ignoró.

—¡Rosa, detente!

Se levantó de un salto justo cuando ella alcanzaba la afilada y fea cosa negra.

Pero todo lo que hizo fue tocarlo con el dedo.

Phillip suspiró aliviado.

Aurora/Rosa se puso rígida.

El dolor que atravesó su cuerpo no fue el de un solo pinchazo. Era como si el fuego subiera por sus venas y luego saliera por sus oídos, por su boca, por su nariz, hacia el mundo.

Apretó los dientes y trató de ignorarlo. Eso era lo que haría una reina.

Sosteniendo su dedo sangrante, caminó lenta y cuidadosamente hacia la imagen de la princesa dormida.

Ella se miró a sí misma. Las mejillas hundidas, el cabello hermoso, el cuello esbelto, el vestido impecable.



—Qué lío— murmuró.

La niña, la joven, que podía encontrar un escape de su vida falsa y arreglar el matrimonio solo a través de la muerte. Que nunca había sabido lo suficiente como para cuestionar nada.

Echó una última mirada al mundo sombrío y terrible donde lo controlaba todo. Podría ser un paraíso si se lo imaginara.

Respiró hondo otra vez, alcanzó la imagen y tomó su propia mano, tocando sangre con sangre. La última vez que se pinchó el dedo fue para dormir por siempre.

Esta vez fue para despertar y vivir.



Capítulo 36: Felices Para Siempre

LA PRINCESA AURORA/ROSA DESPERTÓ, sofocada en sus vestidos pesados con corsé. Había jurado que iría directamente a trabajar, pero su propia piel la sorprendió.

—Yo era mayor en el sueño— dijo en voz alta, sorprendida por su propia voz.

Habían pasado varios años con Maléfica. Aquí ella todavía tenía dieciséis años.

Balanceó sus piernas jóvenes ilesas hacia el costado de la cama, donde Phillip se estaba estirando y bostezando.

—Despierta, Príncipe—dijo, dándole una palmada en el hombro. —Tenemos mucho que hacer.

Su momento de paz y transición terminó rápidamente. Los gritos, inevitables, pero aún impactantes, comenzaron a sonar desde diferentes áreas del castillo. Algunas personas no se despertaban. Algunas personas estaban tan muertas como en el sueño.

Tres criaturas diminutas, rojas, azules y verdes, entraron en la habitación y rápidamente se volvieron familiares, señoritas muy bienvenidas.

—¡Tías!

Aurora/Rosa lloró, sorprendida de lo contenta que estaba de verlas, la oleada de sentimientos que la invadió, a pesar de su traición apenas unas horas antes en este mundo.

Ella saltó y las tomó en sus brazos, apretando con fuerza.

—¡Rosa!—Fauna gritó feliz.

Todos tenían lágrimas en los ojos, incluso Merryweather.

Pero aún.

—Nosotras— susurró Aurora/Rosa al oído de Flora,—hablaremos. Más tarde

—Bueno, sí, por supuesto, querida, pero ...—



—¡MI SEÑORA!

Uno de los guardias más rápidos e inteligentes —Aurora/Rosa tomó nota mental de revisarlo más tarde, con un posible ojo para un ascenso— apareció en la puerta, con el rostro demacrado y horrorizado.

—¡El rey y la reina, sus padres, están muertos! ¡Asesinados! Así como innumerables otros nobles y sirvientes... aquí... —agregó, un poco inseguro de sí mismo.

Ninguno de los otros que habían dormido tenía la ventaja de conocer la historia completa de las verdaderas intenciones de Maléfica y el objetivo del sueño. Sin duda, estarían confundidos y aterrorizados.

—Gracias— dijo cortésmente. —Lamentablemente, ya estoy al tanto de la situación. Todo esto es el resultado del mal que causó Maléfica.

Phillip finalmente estaba de pie, todavía estirado y sombrío con los cabos sueltos de la aventura.

Los ojos del guardia seguían moviéndose rápidamente hacia los del príncipe.

—Necesito que lleves tantos guardias como puedas y recorras el castillo en busca de los sirvientes de Maléfica—dijo Aurora/Rosa. —Mátalos a todos. Luego, debemos enviar una unidad para que vaya a su guarida y la destruya por completo. Prenda fuego a ella y a todo su contenido. No quiero que se repitan ... eventos recientes. Debemos asegurarnos de que cada aspecto de ella esté muerto y desaparecido.

—Por supuesto, mi señora— dijo el guardia. Parecía aliviado de que alguien se hiciera cargo de la situación, pero dudaba en cumplir esas órdenes. —Quizá el príncipe Phillip o su primo el príncipe de Fendalle ...

—Pueden ambos ayudar en la búsqueda —dijo Aurora/Rosa, poniendo un poco de saliva en sus palabras. Ella cambió de opinión sobre su ascenso. —Si están a la altura. Todos los hombres sanos con espadas pueden hacerlo. No, cualquiera motivado.

Salió resueltamente de la habitación, todavía con la gracia infinita con la que había nacido. Pero había una inmovilidad férrea en sus hombros.

Fauna suspiró. —Esa ya es una reina.



Las tres hadas y Phillip corrieron tras ella.

En el mundo real, ella había estado en el castillo como adulta solo por unas pocas horas. Pero era, con algunas diferencias superficiales, casi exactamente igual que el Castillo de Espinas. No tuvo problemas para encontrar el salón del trono. Al menos, los sonidos del caos la habrían llevado allí. Por un momento, Aurora/Rosa se contuvo, viendo la habitación que había destruido momentos antes en su mente. La real era diferente en formas que la mareaban: se cambiaban las longitudes y alturas de las cosas; los colores y las decoraciones estaban apagados. Estaba preparado como para una fiesta....

Mi boda, se dio cuenta Aurora/Rosa tardíamente. Se detuvo a la mitad de la gran escalera por la que se suponía que había bajado con Phillip, su brazo en el de él, para saludar a sus padres. Tapices dorados y azules colgaban por todas partes; cuernos brillantes con banderines colgando de sus campanas centelleaban en la luz.

Pero esta no era la escena para la que se habían preparado los músicos. Las damas bellamente vestidas arrastraron sus vestidos invaluable a través de charcos de sangre y lloraron. Los hombres intentaron consolarlas a ellas o a los demás, o ellos mismos lloraron. Cuerpos esparcidos sobre sillas y el suelo en poses terribles.

—GENTE— gritó Aurora/Rosa, tratando de canalizar la llamada lujuriosa del rey Hubert desde el mundo de los sueños.

Solo unos pocos la miraron. Uno, sin embargo, tocaba la trompeta. Aurora/Rosa le hizo un gesto con impaciencia.

Él obedeció de inmediato. Como el guardia de antes, estaba muy feliz de tener a alguien dando órdenes.

Tocó una floritura real fuerte, y tal vez podría ser perdonado si no fuera perfecta.

Ante eso, la multitud se dio la vuelta. De ellos surgieron ruidos extraños, murmullos de reconocimiento y asombro. La recordaron de sus sueños. Recordaron la batalla, ella enfrentándose al dragón.



—Nobles damas y honorables caballeros— dijo Aurora/Rosa tan recatadamente como lo permitían los gritos.—Es un día triste para nuestro reino. Mi corazón está con todos los que hemos perdido y con quienes los amamos. Sé que ninguna palabra mía podrá detener su dolor. Aun así, hay mucho trabajo por hacer. Aquellos que no necesiten asistencia inmediata, por favor regresen a las habitaciones en las que se hospedan. Nuestros sirvientes se ocuparán de todas sus necesidades y los enviaremos a todos tan pronto como las cosas estén ... ordenadas.

Hubo algunos murmullos de protesta, pero por lo demás, todos los que pudieron irse parecían contentos de hacerlo. Nadie iba solo; todos estaban en pequeños grupos, susurrando, discutiendo y compartiendo lo que recordaban, la extraña experiencia que todos habían vivido mientras dormían.

Un hombre con severas túnicas negras y un sombrero suave se acercó a Aurora/Rosa. Otros hombres con túnicas similares lo siguieron. Todos llevaban gruesas cadenas de oro con pesados colgantes de gemas.

Ministros o secretarios o algo así, decidió Aurora/Rosa. Como los que le habían gritado en su sueño dentro del sueño.

Parecía que, a veces, el sueño sí reflejaba la vida.

—Su Alteza, es muy amable de su parte tomar esto bajo su dirección personal—comenzó el primer hombre.

—Pero como es nueva en el reino y no ha tenido experiencia en tales asuntos...—

—Y además es mujer— intervino otro hombre.

—Y una mujer— continuó el primer hombre.—Es posible que su delicada constitución ni siquiera sobreviva a la vista de sus padres, y mucho menos a lo que se necesita hacer. Lo que estoy diciendo es que tal vez debería dejarnos la solución de las cosas a nosotros, a los asesores de su padre ... y tal vez a su tío, el príncipe Jaundry ... —

Aurora/Rosa lo miró con dulzura, tratando de evocar recuerdos de la hermosa chica llena de gracia de la que se suponía que todos se enamorarían tan fácilmente.



—¿No me enfrenté a un dragón, desarmada, mientras el resto de ustedes huía a la protección del bosque?

El hombre palideció.

—No tengo un ...—

—Oh, sí, lo recuerda bien, por favor no finja que no era real— dijo Aurora/Rosa con firmeza, tratando de no silbar como lo habría hecho Maléfica.

—Después de tal terrible experiencia, créanme, soy bastante capaz de hacerme cargo de los asuntos cívicos. Si no está de acuerdo con mi manera de hacer las cosas, por supuesto, puede plantearlo más tarde en una conferencia conmigo. En privado. Además, de ahora en adelante se dirigirá a mí correctamente: como Su Majestad .

—Sí, Su Majestad— dijo el hombre, mirando nerviosamente a los hombres a su alrededor. Ninguno lo miraría a los ojos.

—Excelente— dijo Aurora/Rosa. —Gracias. Espero reunirme con todos ustedes más tarde para discutir cómo proceder.

Salió del grupo de hombres a grandes zancadas, Phillip y las hadas la seguían elegantemente como un séquito. El príncipe se esforzaba mucho por no sonreír.

Le tomó mucho tiempo hacer el corto viaje a los tronos. Hombres y mujeres nobles, que se habían parecido e irreales con sus vestidos perfectos y sus ropas a juego en el otro mundo, se volvieron humanos a través de la tragedia en este.

Tardó un momento en reconocer al duque Walter de los Cinco Árboles, el pequeño y sensato esposo de mediana edad de Lady Astrid. La princesa nunca había tenido mucho que ver con él en el Castillo de Espinas; solo era su esposo.

Sus mejillas estaban húmedas y rojas y sostuvo la cabeza de Lady Astrid en su regazo, negándose a permitir que nadie se la llevara.

Aurora/Rosa se arrodilló y le estrechó la mano.

—Lo siento mucho— susurró.

Él asintió con la cabeza, sin prestar realmente atención. Incluso una princesa valiente que luchó contra los dragones y salvó a todos, incluido él, no pudo distraer su atención de la pérdida y el dolor.

Se armó de valor y siguió adelante.



Los jóvenes, poderosos y ahora muertos Marqués y Marquesa de Longbow había dejado tres hijos, el mayor de los cuales tenía doce años. Trató de parecer valiente, pero la histeria se filtró por los bordes de sus ojos con lágrimas.

—Maléfica no ha pagado lo suficiente por sus crímenes—murmuró Aurora/Rosa después de besar y abrazar a cada uno de los niños, incapaz de hacer nada más por ellos en ese momento.

Finalmente, llegó a su propia tragedia: los cuerpos ensangrentados y sin vida del rey Stefan y la reina Leah, todavía apoyados en sus tronos. Nadie se había atrevido a tocarlos. Nadie sabía cuál era el protocolo.

Aurora/Rosa se inclinó y los miró a la cara, pero los muertos no contaban ningún secreto.

—"Les perdono—susurró, porque ... porque no había nada más que pudiera hacer.

Besó a cada uno en la frente, luego llamó a un sirviente para que los cubriera y se los llevara.

El rey Hubert aparentemente se había quedado dormido cerca de la pareja real, después de haber estado discutiendo con ellos mientras esperaban la llegada de Aurora. Su rostro estaba empapado de lágrimas, pero ahora estaba hablando con un guardia, con un sirviente, con un noble de aspecto aturdido, con cualquiera que quisiera escuchar.

—Viví años en el desierto, después de que esa maldita hada me exilió. Años. Una vez comí algunos hongos por hambre extrema ... no sabía lo que eran ... ¡pero no mataron al Rey Hubert! ¡No, te lo digo! ¡Se necesita más que eso para sacarme! ¡Hola, Phillip, muchacho!— Sus ojos se iluminaron cuando notó a la pareja. —Le estaba diciendo a este muchacho aquí... uno de los muchos israelitas, que yo estaba guiando por el desierto. Como Moisés. ¿Eh, chico?

—Por supuesto, padre.

—Dime, supongo que tu madre no regresó con el resto de nosotros, ¿verdad?— preguntó con entusiasmo, mirando alrededor de la habitación. — Ella también estaba perdida en algún lugar, pero tal vez ... ¿tal vez regresó?



El príncipe miró inquisitivamente a la cara de su padre. Algo se rompió en el anciano. De hecho, vagar por los bosques del mundo de los sueños durante años lo había alterado, tal como había sugerido.

Phillip envolvió a su padre en un fuerte abrazo. Aurora/Rosa vio, por un momento, que las lágrimas se agolpaban en los ojos de Phillip antes de que él las cerrara con fuerza y las desechara. Sollozó un sollozo enorme y estremecedor de pérdida por todas las cosas que había soportado pero que no mencionó.

El mundo de los sueños había cambiado a todos. Incluso al juvenil e imperturbable Phillip.

—Pero, ¿qué pasa, muchacho?—Preguntó el rey Hubert asombrado.—Estamos bien ahora.

—Padre ...— Pero lo que fuera que estaba a punto de decir a continuación fue interrumpido por alguien que llamaba desesperadamente desde el otro lado de la habitación.

—¡Mi señora!

El guardia que Aurora/Rosa había enviado para organizar la búsqueda de los sirvientes de Maléfica regresó corriendo hacia ella, luciendo un poco pálido a pesar de su esfuerzo.

—Encontramos algo que podría ser ... los restos de Maléfica o el dragón—dijo vacilante.

Aurora/Rosa se encogió de hombros, sintiéndose triste.—Muéstrame—ordenó.

Ella, Phillip y las tres hadas corrieron tras él, recogiendo a media docena de los guardias más ingeniosos como escolta. De vuelta a través de la caótica sala del trono, pasando las mesas en el gran salón, hacia el patio y luego a través de la puerta, sobre el puente levadizo, como si no fuera gran cosa. La princesa trató de no quedarse boquiabierta. Estaba saliendo de un castillo en el que parecía estar atrapada durante tantos años ... Y las espinas de este, que ahora se alejaban, eran pequeñas y bonitas y estaban cubiertas de flores.

Al otro lado de la pared exterior, los arbustos y los campos todavía ardían por la batalla de Phillip con el dragón.



Un cráter humeante y ennegrecido perfilaba el lugar donde había caído el dragón. La espada de Phillip todavía estaba allí, clavando los restos andrajosos de las capas y túnicas de Maléfica en la tierra.

Pero en lugar de Maléfica entre ellos, era Lianna.

En este reino, ella era más un monstruo cerdo que un humano. Aunque todavía tenía su hermoso cabello negro y vestía las vestimentas de una dama, los colmillos sobresalían de su boca en ángulos incómodos y sus delicadas manos terminaban en extrañas garras.

Miró a Aurora/Rosa sin mover la cabeza y sonrió levemente.

—Todavía estás viva— dijo Aurora/Rosa, arrodillándose a su lado.

Lianna resopló dolorosamente.—Yo ... nunca estuve viva. En este mundo o en el otro. Soy ... solo una pieza de Maléfica y algo de magia oscura. Semántica. Me estoy muriendo ahora, o una versión razonable de eso. Y lo último de Maléfica muere conmigo .

Aurora/Rosa tomó las garras de Lianna en sus propias manos y las apretó.

—¿Por qué ... por qué me salvaste?

—Eras mi amiga— dijo la criatura simplemente.

Aurora/Rosa sintió las lágrimas brotar, más de las que el día podía contener. Los ojos de Lianna se volvieron hacia el cielo como si no quisiera ver.

—Aprendí eso. Aprendí que puedes cuidar a alguien y que alguien te cuide. Incluso ... si no eres ... creado con eso como parte de ti, puedes aprender eso. Maléfica también podría haber aprendido eso ... pero nunca lo hizo. Las cosas podrían haber sido tan diferentes .

Su respiración era irregular ahora y cada vez más superficial, el sonido empeoró por los colmillos. Ella se movió incómoda.

Reprimiendo un sollozo, Aurora/Rosa le hizo un gesto a Phillip. Sin necesidad de preguntar, se quitó la capa y se la entregó. La princesa dobló la tela y la colocó lo mejor que pudo debajo de la cabeza de la niña poniéndolo alrededor de su cuello.

Una mirada de alivio se extendió por el rostro de la criatura. —Gracias. Por esto y ... todo .

Y luego, sin más, sus ojos se volvieron opacos y quietos.



Aurora/Rosa dejó escapar un grito desesperado, un chillido de impotencia, ira y pérdida. Phillip la rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Mira— murmuró.

La cara de Lianna comenzó a cambiar y a derretirse, todo su cuerpo lo hizo.

Pero en lugar de disolverse en el negro, siseante hollín y la suciedad en que generalmente se convertían los demonios, sus rasgos se transformaron.

Tumbada muerta en el suelo ante ellos no era cosa parecida a un cerdo. Era una mujer joven con un hermoso cabello largo y negro y pómulos altos, y cuernos negros brotando de su cráneo. Una pequeña y agradable sonrisa se asomó a sus labios.

Ella se miraba en paz.

—Es Maléfica— susurró Aurora/Rosa. —Como era, originalmente. Como pudo haber sido. Phillip negó con la cabeza y maldijo, pateando el suelo con frustración.

—Esto— murmuró.—¿Este es nuestro final feliz?



Epílogo: Todas las Cosas Buenas

AURORA/ROSA se sentó a la cabecera de la pesada mesa, con los brazos descansando graciosa y majestuosamente en los bordes del trono. Contempló a los hombres planteando diferentes pensamientos sobre las ramificaciones económicas de consolidar el poder del reino bajo una sola princesa (no, reina ... no, espera, niña) con una mirada que era solo un poco más cálida que fría, divertida indiferencia.

No fue una decisión inconsciente adoptar algunos de los movimientos característicos de Maléfica; ¿Por qué no aprender de ella, incluso si ella hubiera sido un enemigo?

Detrás de su trono, a la izquierda, estaban Flora, Fauna y Merryweather. Su presencia agregaba solo el toque de poder místico que mantenía a la gente en línea cada vez que comenzaban a pensar en usar el término princesa.

A su derecha estaba sentado Phillip, invitado de honor del reino. Pero se sentó lejos de la mesa y no habló. Si alguien intentaba dirigirse a él, él respondía con su habitual comportamiento afable y los dirigía hacia su reina.

Se apartó un tapiz de la puerta y entró un mayordomo de confianza.

—Su Majestad, es hora del discurso. Todos los súbditos capaces se han reunido en el patio exterior.

—Gracias, Christer — dijo Aurora/Rosa, tratando de sonar más educada que increíblemente aliviada —Y gracias, señores. Continuaremos estas discusiones más tarde, después de la coronación.

Ella dijo esto cálidamente y con una sonrisa que hizo que cada hombre en la habitación sintiera que él, personalmente, estaba siendo agradecido. Solo unos pocos parecían descontentos cuando salieron.

Tan pronto como se fueron, se hundió en su trono, con la mano en la cabeza.



No hace mucho, podría haber conjurado una taza de sidra o hacer que los pergaminos de la mesa volaran por la habitación de manera divertida como una bandada de gorriones.

Pero luego, por supuesto, se había despertado. —Oh, eso fue maravilloso, simplemente maravilloso —dijo Fauna, poniendo una mano delicada e ingrátida sobre el hombro de Aurora/Rosa. —Ciertamente tienes una habilidad especial para todo este asunto del liderazgo.

—Sí, estuvo muy bien hecho —dijo Flora. —Los tienes comiendo de tus manos.

—Creo que deberías convertir al que está en la esquina en un sapo —dijo Merryweather, frunciendo el ceño con su carita gorda.

Aurora/Rosa asintió con una leve sonrisa, tomando sus elogios tan amablemente como pudo. Ellas la amaban.

Ella simplemente había superado sus atenciones.

—Todavía no los he perdonado por mentirme sobre mis padres todos estos años —les advirtió. —No crean que pueden halagar todo su camino hacia mi gracia.

—No, por supuesto que no, querida —dijo Flora con un suspiro—Sin embargo, míralo desde nuestra perspectiva. Mientras estemos aquí, estamos sujetas a las leyes de tu reino. Y era lo que querían tus padres, Rosa.

—¿Qué querían mis padres? ¿Mostraron algún gran conocimiento o habilidad en la crianza de los hijos? —exigió— ¿De quién fue la idea de encerrarme en un dormitorio sola en la víspera de mi decimosexto cumpleaños y ni siquiera presentarme adecuadamente a mis propios padres?

—Tenía algún tipo de sentido en ese momento—dijo Fauna pensativamente, con un dedo en los labios.

Aurora/Rosa las miró fijamente por un momento. —¿Me pinché el dedo en el eje porque pensé que nunca volvería a ver a Phillip y mi vida había terminado!



—Sí, bueno— dijo Flora, luciendo disgustada. —No esperábamos que eso sucediera. Honestamente, nunca nos dimos cuenta de lo triste que estabas. Fuiste nuestro primer bebé.

Phillip murmuró algo poco formal y muy grosero.

—Bueno, intente estar sujeta a los reyes humanos y la ley humana —espetó Merryweather —¿A cuál de ustedes, brillantes simios domésticos, se le ocurrió la idea de que la gente simplemente heredara el dominio de una tierra? ¿En lugar de elegir a la mejor persona para el trabajo? Teníamos que hacer lo que dijo el rey. Sus propias reglas, gente.

—Amábamos a Rosa. Todavía lo hacemos. Incluso si no tomamos las mejores decisiones como padres —dijo Flora con nostalgia, tocando el cabello de Aurora/Rosa.

—Lo haremos mejor con nuestro próximo bebé—prometió Fauna.

Aurora/Rosa sintió que su corazón se detenía.

Amaba a sus tías. Ella perdonó a sus tías. Se estaba volviendo menos amargada y fúrica con cada segundo que pasaba con ellas. Ella tuvo, a su manera, una infancia más libre en el bosque que muchas princesas.

Pero ella nunca les entregaría a ningún hijo suyo.

Si alguna vez tengo una hija, pueden estar seguras de que la mantendré cerca, le enseñaré bien, la educaré en las artes de la lectura, las matemáticas y la bondad, y la haré lo suficientemente fuerte y poderosa para protegerse a sí misma, y nunca dejaría que nada se interponga entre nosotros.

Ella sonrió mientras pensaba en las palabras. —Vamos.—dijo Aurora/Rosa, levantándose del trono y dirigiéndose a la puerta. El rostro de Phillip aún se iluminó al verla moverse con tanta gracia, su cabello dorado ahora recogido en una trenza más profesional por su espalda.

En la antecámara del balcón de conferencias, el rey Hubert estaba sentado cómodamente en un taburete acolchado. Varios jóvenes de aspecto educado, tanto nobles como sirvientes, se agruparon alrededor y escucharon.



—La cosa es, muchachos, la cosa es, érase una vez. Érase una vez yo estaba en un bosque oscuro sin fin. No, ¡en realidad interminable, te lo digo! ¡En otro mundo! Vagué durante años solo por el bosque. Mi esposa murió hace años. No sé dónde estaba mi hijo mayor. Creo que mis hijas y mis muchachos estaban a salvo en casa. Érase una vez que estábamos todos juntos, en un castillo, ya sabes, pero las cosas cambian. Las esposas mueren y los hijos mayores crecen y persiguen a las princesas y las campesinas, alejándose de ti para siempre ... —

—Buenas tardes, rey Hubert — dijo Aurora/Rosa, besándolo en la mejilla.

—¡Jovencita! — Hubert dijo con deleite, tomando sus manos entre las suyas. —Solo les estaba diciendo. ¿Eres la princesa... no...? —Él la miró y se detuvo, buscando su rostro —No, mi error. ¿Eres la reina con la que mi hijo se va a casar hoy?

—Hoy no, rey Hubert —dijo Aurora/Rosa con una sonrisa. Ella apartó un mechón de cabello blanco como la nieve de sus ojos.

—Oh, bueno, pronto entonces, espero. Creo que los nietos arreglarán todo— dijo pensativo.—A los nietos les encantan las historias.

—Lo veremos en un momento, padre —dijo Phillip con una rápida y formal reverencia.

Luego le dio una palmada en el hombro, sin saber qué más hacer.

Miraron hacia el balcón, donde los cuernos estaban listos, con banderines dorados y azules saliendo de sus instrumentos pulidos. Una criada apareció frente a Aurora/Rosa con una corona apoyada en una almohada. No era de la pequeña princesa que las hadas le habían regalado, ni era la corona dorada gigante del estado que le darían más tarde en la coronación oficial. Había revisado la tesorería con mucho cuidado y había elegido un aro de oro antiguo, simple y grueso, que sería inconfundible como cualquier cosa menos una corona para las multitudes de abajo.

Aurora/Rosa lo tomó y agradeció a la criada, enviándola a su camino.

—Ojalá Lianna estuviera aquí —dijo, tratando de sonar un poco frívola.



La tristeza llegó de todos modos pesando sobre ella tanto como la diadema que presionó sobre su cabello. —Ella haría algo elegante con esto. Bucles o bollos o algo ... —

—Te ves hermosa —dijo Phillip, tomando sus manos y apretándolas.—No te preocupes por ganarte a la gente. Si son como yo, se enamorarán de ti a primera vista .

—Realmente lo hiciste — dijo, sacudiendo la cabeza. Y tal vez ella también lo había hecho una vez.

Pensó en sus aventuras juntos. Cómo nunca se había rendido con ella. Cómo la había obligado a seguir. Cómo había permanecido constante y moleestamente alegre y optimista en cualquier situación. Cómo había matado demonios y siempre hablaba de su estúpido caballo y comía gachas que odiaba.

No, no se había enamorado de él a primera vista, fue la segunda vez. Habían tardado unos días.

—Oye —dijo con una sonrisa. —Hazme una pregunta de matemáticas.

—¿Qué? ...Oh, para demostrar que estamos despiertos —Él le devolvió la sonrisa—¿Cuánto son cuatro más cuatro?

—¡Ocho! Demasiado fácil. Dame otra.

—¿Cuánto es ... veintiocho menos quince?

—¡Trece! ¡Otra vez!

—Muy bien, Princesa Sabelotodo, ¿cuánto son doscientos veinticinco divididos entre quince?

—¡Quince, tonto! Es la raíz cuadrada.

Ambos hicieron una pausa, igualmente sorprendidos por su respuesta.

—Bueno, ¿qué sabes?—dijo lentamente. —Realmente soy una princesa sabelotodo.

Phillip le tomó las manos y las apretó entre las suyas.

—No, eres una reina sabelotodo.



Aurora/Rosa miró sus manos y respiró hondo.

—¿Volverás a casa después de hoy?

—Sí. Creo... creo que tengo mi propia ... ah ... transición de poder con la que lidiar — dijo Phillip, mirando a su padre con un suspiro.—Creo que finalmente tendré que crecer y hacer todas esas cosas para las que fui entrenado.

—Oye, al menos te entrenaron para eso— dijo con una sonrisa pálida

—Creo que te irá bien.

—¿Crees?

—Absolutamente. Además, creo que se hablará mucho sobre nuestros dos reinos ... con líderes jóvenes... Líderes jóvenes, solteros ... —

— ¿Podemos dejar esto por unos dos minutos?

—Solo estoy diciendo ...—

—Lo sé, lo sé. Tienes razón. Hay muchas ... ventajas en combinar cosas.

Se quedaron en silencio por un momento incómodo. El ruido de la gente se podía escuchar abajo, los gritos a reína y las exhortaciones de los guardias pidiendo a la gente que se calmara. También solo muchos gritos generales.

—Oye, Reina Aurora— dijo Phillip de repente, con una mirada traviesa en su rostro,—antes de que todo esto comience ... y las cosas se pongan demasiado complicadas ... y tengamos que averiguar qué vamos a hacer los dos ...—

—¿Sí?

—¿Qué tal un beso?

El rostro de Aurora/Rosa se iluminó con una sonrisa de sorpresa y satisfacción.

—Absolutamente. Pero solo uno pequeño .



Y el príncipe Phillip tomó a la reina Aurora/Rosa en sus brazos y la besó, profunda y apasionadamente, y ella lo abrazó con fuerza, y se ganaron fuerza, amor y apoyo el uno del otro.

Y vivieron felices para siempre ...

... si bien no exactamente, al menos de la forma que habían esperado originalmente.